

Autora de best sellers de *The New York Times*

Bully

PENELOPE DOUGLAS

SEDA NEW ADULT

Libros de
se da
FALL AWAY



© Privado

Penelope Douglas es autora de best sellers de *The New York Times*. Ha escrito la serie *Fall Away* (*Bully*, *Tú* y *Rival*, entre otros) y la novela *Misconduct*. Nacida en Dubuque, Iowa, es graduada en Administración Pública y máster en Ciencias de la Educación por la Universidad de Loyola en Nueva Orleans. Vive en Las Vegas con su marido y su hija.

Me llamo Tate. Pero él no me llama así. Nunca se referiría a mí de una manera tan informal, eso en el caso de que me dirigiera la palabra. No, casi ni me habla.

Pero aún así, nunca me deja sola.

Hubo un tiempo en que fuimos muy amigos. Luego me dio la espalda e hizo de arruinarme la vida su objetivo. Me han humillado, me han gritado y han murmurado sobre mí durante toda la secundaria. Sus burlas y los rumores se volvieron cada vez más sádicos según iba pasando el tiempo, mientras yo me volvía loca tratando de no cruzarme en su camino. Incluso me fui a Francia durante un año, solo por evitarlo.

Pero ya me he cansado de esconderme y no pienso consentir que me arruine también el último año. Puede que él no haya cambiado, pero yo sí. Ha llegado el momento de luchar.

No pienso dejar que vuelva a acosarme nunca más.

Bully

Bully. Libro 1 de la serie *Fall Away*.

Título original: *Bully*

Copyright © Penelope Douglas, 2014

© de la traducción: Natalia Navarro Díaz

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Marta Ruescas

Imágenes de cubierta: © PhotoMediaGroup/Shutterstock; ©I WALL/Shutterstock (humo)

Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: noviembre 2017

ISBN: 978-84-16973-15-6

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Bully

PENELOPE DOUGLAS

Linhas de
seda

CAPITULO 1

Hace un año.

—¡No! Gira por aquí —me gritó KC en la oreja derecha.

Los neumáticos del Bronco de mi padre chirriaron por el brusco movimiento cuando entramos en una calle atestada de vehículos.

—¿Sabes? Igual deberías de haber conducido tú, tal y como te sugerí —repliqué, a pesar de que no me gustaba que condujera otra persona cuando yo iba en el automóvil.

—¿Y que te lleves las manos a la cabeza cada vez que no me salto un semáforo en ámbar? No —respondió como si me leyera la mente.

Sonreí para mis adentros. Mi mejor amiga me conocía muy bien. Me gustaba conducir rápido, moverme rápido. Caminaba todo lo deprisa que las piernas podían soportar y conducía todo lo rápido que se consideraba razonable. Me precipitaba sobre todas y cada una de las señales de *stop* y los semáforos en rojo. «Date prisa, que después tendrás que esperar, esa era yo.»

Pero oír el martilleo de la música en la distancia no me insuflaba ganas de correr más. En la calle se alineaban automóvil tras automóvil como prueba de la magnitud de la fiesta a la que nos dirigíamos. Me aferré al volante cuando llegué a un hueco que estaba a una manzana de distancia del lugar al que íbamos.

—Creo que no es una buena idea, KC —señalé otra vez.

—Ya verás que no pasa nada. —Me dio una palmada en la pierna—. Bryan ha invitado a Liam, Liam me ha invitado a mí y yo te he invitado a ti.

—El tono tranquilo y monótono que empleó no ayudó a calmar la opresión que sentía en el pecho.

Me solté el cinturón de seguridad y la miré.

—Bien, pues recuerda que... si me siento incómoda, me voy. Y tú te vas con Liam.

Salió y cruzó la carretera. El alboroto de la fiesta aumentaba de volumen conforme nos acercábamos a la casa.

—Tú no te vas a ninguna parte. Te marchas en dos días y nos lo vamos a pasar bien. Pase lo que pase. —La amenaza implícita en su voz me alteró los ya de por sí alterados nervios.

Cuando llegamos a la entrada, se quedó detrás de mí, imaginé que para escribirle un mensaje a Liam. Su novio había llegado antes y había pasado la mayor parte del día con sus amigos en el lago mientras KC y yo íbamos de compras.

Había vasos de plástico rojos tirados en la hierba y gente entrando y saliendo de la casa, disfrutando de la agradable noche de verano. Varios compañeros que reconocí del instituto salieron por la puerta principal, bromeando entre ellos y derramando las bebidas que llevaban.

—Hola, KC. ¿Qué tal, Tate? —Dentro estaba sentada Tori Beckman con una bebida en la mano, hablando con un joven al que no conocía—. Dejad las llaves en el cuenco —nos indicó para después devolver la atención a su acompañante.

Tras procesar su indicación, entendí que quería que le entregara mis llaves. Supongo que no quería permitir que nadie condujera borracho.

—No voy a beber —grité para hacerme oír por encima de la música.

—Puede que cambies de opinión —respondió—. Si quieres entrar, me tienes que dar las llaves.

Disgustada, metí la mano en el bolso y dejé las llaves en el cuenco. El simple hecho de pensar en separarme de una de mis tablas salvavidas me ponía de los nervios. No tener las llaves significaba que no podría irme rápido si me apetecía. O si lo necesitaba. ¿Y si era ella la que se emborrachaba y abandonaba su puesto? ¿Y si alguien se llevaba por error mis llaves? De repente me acordé de mi padre, que solía decirme que dejara de

plantearme tantos «y si». «¿Y si Disneyland está cerrado por mantenimiento cuando lleguemos? ¿Y si se acaban los ositos de goma en todas las tiendas de la ciudad?» Me mordí el labio para reprimir una carcajada al recordar lo mucho que se irritaba con mis infinitas preguntas.

—Vaya —me gritó KC al oído—, ¡mira eso!

La gente, algunos compañeros de clase y otros no, saltaban al ritmo de la música, riendo, pasándose en grande. Se me erizó el vello de los brazos al ver tanto movimiento y entusiasmo. En las estancias resonaba la música que salía de los altavoces y me quedé sin palabras al percibir tanta actividad en un único espacio. La gente bailaba, bromeaba, saltaba, bebía y jugaba al fútbol —sí, al fútbol— en el salón.

—Espero que no se le ocurra fastidiarme esto —dije con un tono de voz más energético de lo habitual. Pasármelo bien en una fiesta con mi mejor amiga antes de marcharme de la ciudad por un año no era pedir demasiado.

Sacudí la cabeza y miré a KC, que me guiñaba un ojo de forma intencionada. Avancé hacia la cocina y juntas nos abrimos paso tomadas de la mano entre la multitud.

Entramos en la enorme cocina, el sueño de cualquier madre, e inspeccioné la barra improvisada que había en la isla central. En la encimera de granito había botellas de licores, dos litros de refresco, vasos y un cubo con hielo en el fregadero. Exhalé un suspiro y renuncié a mi promesa de mantenerme sobria. Emborracharme era tentador. «Lo que daría por poder dejarme llevar una noche.»

KC y yo habíamos probado las reservas de licores de nuestros padres de vez en cuando y yo había asistido a unos cuantos conciertos fuera de la ciudad en los que habíamos bebido un poco. Pero no pensaba bajar la guardia con algunas de las personas que había allí esa noche.

—¡Hola, Tate! Ven, acércate. —Jess Cullen me dio un abrazo cuando llegué a la barra—. Te vamos a echar de menos. Conque Francia, ¿eh? ¿Todo el año? —Relajé los hombros y le devolví el abrazo; tenía los músculos menos tensos que cuando entré. Al menos había una persona aquí, aparte de KC, que se alegraba de verme.

—Ese es el plan. —Asentí y exhalé un suspiro—. Me voy a quedar con

una familia de acogida y ya me he inscrito en las clases. Pero estaré de vuelta para el último curso, ¿vas a guardarme un puesto en el equipo?

Jess se había presentado a capitana del equipo de atletismo este otoño y competir era una de las experiencias del instituto que iba a echar de menos.

—Si soy la capitana, tienes un puesto asegurado, nena —alardeó animadamente dejando a las claras que estaba bebida. Jess había sido siempre simpática conmigo a pesar de los rumores que me perseguían año tras año y las bromas vergonzosas que recordaban a todo el mundo por qué era el hazmerreír.

—Gracias, ¿te veo luego? —dije al tiempo que me acercaba a KC.

—Sí, pero si no te veo, buena suerte en Francia —gritó mientras salía bailando de la cocina.

La vi marchar y se me heló la sangre. Una sensación de temor se abrió paso por mi pecho hasta el estómago.

«No, no, no...»

Jared entró en la cocina y me quedé paralizada. Él era la persona con la que esperaba no encontrarme esta noche. Su mirada se encontró con la mía y a la sorpresa le siguió el disgusto.

«Sí.» Conocía esa mirada. La de no-puedo-soportar-ni-verte-así-que-sal-de-mi-vista.

Apretó la mandíbula y me di cuenta de que levantaba un poco la barbilla, como si acabara de ponerse la máscara de acosador. Me dio la sensación de que me costaba respirar.

El latido del corazón me resonaba en los oídos y me pareció que el mejor lugar en el que estar en ese preciso momento se encontraba a cientos de kilómetros.

¿Era demasiado pedir que pudiera divertirme una sola noche como una adolescente normal?

Cuando éramos pequeños y vivíamos puerta con puerta, solía pensar que Jared era fabuloso. Era dulce, generoso y simpático, y el muchacho más guapo que hubiera visto nunca. Su pelo castaño era el complemento perfecto para su piel olivácea y su deslumbrante sonrisa, cuando sonreía, demandaba atención exclusiva. Las muchachas se quedaban mirándolo con tanta atención

en los pasillos del colegio que se chocaban contra las paredes. Literalmente.

Pero ese niño hacía tiempo que no existía.

Me di la vuelta rápido y vi a KC en la barra. Me esforcé por sostener la bebida a pesar de que me temblaban las manos. Acababa de servirme un Sprite, pero con el vaso de plástico parecía que estaba bebiendo otra cosa. Ahora que sabía que ese capullo estaba ahí, necesitaba mantenerme sobria.

Se acercó a la barra y se colocó justo detrás de mí. Una sensación de calor se apoderó de mi cuerpo debido a su proximidad. Los músculos de su pecho rozaban la delgada tela de mi camiseta y una sacudida me recorrió el pecho y el estómago. «Tranquilízate. ¡Tranquilízate ya!»

Tomé unos cubitos de hielo para echarlos en la bebida y me obligué a respirar pausadamente. Me abrí paso hacia la derecha para apartarme de él, pero alzó un brazo para alcanzar un vaso y me bloqueó el paso. Cuando traté de escabullirme por la izquierda, hacia KC, estiró el otro brazo para tomar una botella de Jack Daniel's.

En mi cabeza se desarrollaron diez escenas distintas de qué debería de hacer. ¿Le daba un codazo en la barriga? ¿Le tiraba la bebida en la cara? ¿Agarraba el flexo del grifo y...?

Bah, qué más daba. En sueños era mucho más valiente. En sueños habría agarrado el cubo con hielo y hecho cosas que se supone que una muchacha de dieciséis años no debería de hacer solo para ver si lograba que se le quitara esa cara de bravucón. «¿Y si, y si?»

Tenía pensado mantener las distancias con él esta noche y ahora se encontraba justo detrás de mí. Jared hacía ese tipo de cosas solo para intimidarme. No me daba miedo, pero era cruel. Quería hacerme saber que él tenía el control. Una y otra vez, permitía que ese capullo me obligara a esconderme para no tener que volver a pasar vergüenza o a sentirme mal. Mi prioridad del verano había sido pasármelo bien en al menos una fiesta, y aquí estaba una vez más, con una sensación de temor revolviéndome el estómago. ¿Por qué no me dejaba en paz?

Me di la vuelta para ponerme de cara a él y vi que tenía las comisuras de los labios alzadas. No obstante, la sonrisa no le llegaba a los ojos mientras tomaba un sorbo considerable de alcohol de su vaso.

—KC, échale un poco de Coca-Cola a esto, por favor —le pidió a mi amiga, pero tenía la vista fija en mí mientras le tendía el vaso a ella.

—Eh, sí —farfulló la aludida, que al fin alzó la mirada. Le echó un poco de refresco mientras me miraba nerviosa.

Como de costumbre, Jared no me dirigía la palabra a menos que fuera para amenazarme. Frunció el ceño, le dio un nuevo sorbo a la bebida y se marchó.

Lo miré alejarse de la cocina y me limpié el sudor frío que me empapaba la frente. No había sucedido nada, ni siquiera me había dicho nada, pero, aun así, tenía un nudo en el estómago.

Y, encima, ahora él sabía que estaba aquí.

«Mierda.»

—No puedo, KC —El suspiro de agotamiento contrastaba con la fuerza con la que apretaba el vaso. Había sido un error venir esta noche.

—Tate, no. —Mi amiga negó con la cabeza, seguramente tras reconocer la mirada de rendición en mis ojos. Dejé el vaso en el fregadero y me abrí paso entre la gente para salir de la cocina, con KC detrás de mí.

Alcancé el cuenco de cristal y me dispuse a buscar las llaves.

—Tate, no te vas a ir —dijo KC, y cada palabra destilaba decepción—. No permitas que gane él. Liam está aquí, no tengas miedo. —Me agarró por los brazos mientras yo seguía buscando las llaves.

—No me da miedo —respondí a la defensiva, aunque en realidad no me creía lo que decía—. Es solo que... estoy harta. Ya lo has visto, no deja de molestarme. Seguro que planea algo. En cualquier fiesta a la que vamos, o cada vez que me relajo un poco en el instituto, alguna broma o tontería embarazosa acaba fastidiándolo todo.

Centrada aún en la búsqueda del llavero con forma de ADN de colores, relajé el ceño y esboqué una sonrisa forzada.

—No pasa nada, estoy bien —le aseguré; las palabras me salieron demasiado deprisa—. Pero no quiero quedarme a ver lo que ha preparado esta vez. Esta noche ese imbécil se va a quedar con las ganas.

—Tate, quiere que te marches. Si lo haces, él gana. Puede que haga algo esta noche, él o ese idiota de Madoc, pero si te quedas y te mantienes firme, ganas tú.

—Estoy agotada, KC. Prefiero irme ahora enfadada que hacerlo después llorando.

Devolví la atención al cuenco. Cada vez que agarraba un puñado de llaves, sacaba las manos sin nada que se le pareciera a las mías.

—Qué bien —grité por encima de la música y solté el cuenco en la mesita de nuevo—, parece que no puedo irme. Aquí no están mis llaves.

—¿Qué? —KC parecía confundida.

—¡Que no están aquí! —repetí y recorrí la habitación con la mirada.

Tenía el dinero y el teléfono móvil en el bolso. Dos de mis tablas salvavidas estaban a salvo. Me había quedado sin mi plan de escape y sentía como si las paredes se me vinieran encima. Maldije mentalmente y el cansancio que me había alentado a salir corriendo antes se convirtió en rabia. Apreté los puños. Debería de haber sabido que esto iba a suceder, claro.

—Puede que alguien se las haya llevado por error —comentó mi amiga, pero seguramente supiera que las probabilidades de que eso hubiera sucedido eran todavía menores que las de que la gente se marchara tan pronto de la fiesta. Los errores no eran algo que me pasara.

—No, sé exactamente dónde están. —Centré la mirada en Madoc, el mejor amigo y compañero de felonías de Jared, que estaba en el otro extremo de la habitación, junto a la puerta del patio. Me dedicó una sonrisa de superioridad y devolvió la atención a la pelirroja que tenía arrinconada contra la pared.

Me dirigí hacia él con KC pisándome los talones al tiempo que escribía un mensaje con el móvil, probablemente a Liam.

—¿Y mis llaves? —pregunté, interrumpiendo sus progresos para hacer algo con su conquista de esa noche.

Alzó lentamente sus ojos azules del rostro de la muchacha. No era mucho más alto que yo, solo unos pocos milímetros, así que no me dio la sensación de que estuviera por encima de mí, como me sucedía con Jared. Madoc no me intimidaba, simplemente me ponía furiosa. Se empeñaba en dejarme en ridículo, pero yo sabía que lo hacía por orden de Jared.

—Están a unos dos metros y medio de profundidad. ¿Te apetece un baño, Tate? —Sonrió, haciendo alarde de la deslumbrante sonrisa que hacía que se llevara de calle a la mayoría de las chicas. Estaba disfrutando con mi

situación.

—Eres un idiota —repliqué con un tono tranquilo, aunque los ojos me ardían de rabia.

Salí al patio y eché un vistazo a la piscina. Hacía un tiempo perfecto para bañarse y la gente estaba divirtiéndose en el agua. Rodeé la piscina, buscando el brillo plateado de las llaves entre los cuerpos.

Jared estaba sentado a una mesa con una muchacha rubia en el regazo. Se me formó un nudo en el estómago por la frustración, pero fingí que no me afectaba. Sabía que si yo sentía malestar a él eso le daba placer.

Atisé el fulgor plateado de las llaves y miré a mi alrededor en busca de una vara para alcanzarlas. No encontré nada, así que miré a algunos de los jóvenes que se bañaban para pedirles ayuda.

—Eh, ¿te importa alcanzarme las llaves que están ahí, por favor? —le pregunté a uno. Él miró a Jared, que estaba tranquilamente sentado, observando la escena, y se apartó de mí como un cobarde.

«Estupendo.» Ni vara, ni ayuda. Jared quería que me mojara.

—Vamos, Tate, tírate y recupera las llaves —me gritó Madoc desde la mesa en la que se encontraba Jared.

—Vete a la mierda, Madoc. Está claro que las has tirado tú, así que ¿por qué no vas tú a por ellas? —Liam, el novio de KC, estaba ahora a su lado y había salido en mi defensa, como siempre.

Me quité las sandalias y me acerqué al borde de la piscina.

—Tate, espera. Voy yo —me detuvo Liam.

—No. —Negué con la cabeza—. Pero gracias. —Le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

«Un año entero», me recordé, y saboreé las palabras. Iba a pasar un año entero lejos de Jared.

Metí primero las manos y el agua me enfrió la piel sonrosada. El cuerpo se me relajó de inmediato ante la dicha de sumergirme en la piscina. No oía nada, no veía miradas puestas en mí. Me deleité con la paz que sentí, ese tipo de paz que alcanzaba cuando huía.

Seguí bajo el agua, dando brazadas. Dos metros y medio no eran nada, así que alcancé las llaves en segundos. Las aferré con fuerza y, a regañadientes,

saqué primero la cabeza y exhalé el aire que retenía en los pulmones.

Esa era la parte fácil.

—¡Impresionante! —Los que había allí aplaudían, aunque no estaban animándome precisamente.

Ahora tendría que salir de la piscina y enfrentarme mojada a toda esa gente. Se reirían y bromearían. Tendría que soportar algunos comentarios y después me iría a casa y comería mi peso en chucherías.

Nadé lentamente hasta el borde y salí. Me escurrí el agua del pelo y me puse las sandalias.

—¿Te encuentras bien? —KC se acercó a mí; la brisa le levantaba el pelo largo y oscuro.

—Sí, claro. Solo es agua. —No podía mirarla a los ojos. Aquí estaba de nuevo, el hazmerreír de todos, el objetivo de todas las burlas.

No obstante, KC nunca me reprochaba nada.

—Vámonos de aquí. —Me tomó del brazo y Liam nos siguió.

—Un momento. —Me detuve y miré a Jared por encima del hombro. Seguía retándome con sus ojos marrones.

Me acerqué a él, a pesar de que sabía que era una mala idea, me crucé de brazos y le dediqué una mirada penetrante.

—¿Me marcho en dos días y esto es lo mejor que se te ocurre? —«¿Qué narices estoy haciendo?»

Él me miró con una sonrisa hostil mientras repartía cartas en la mesa.

—Que te vaya bien en Francia, Tatum. Aquí estaré cuando regreses.

La amenaza me dio ganas de pegarle. Mi intención era retarle a que se enfrentara a mí ahora. No me gustaba la idea de pasarme todo el año fuera pensando en su inminente ira.

—Eres un cobarde. Atormentarme es lo único que hace que te sientas un hombre. Ahora vas a tener que meterte tus insultos en otra parte. —Bajé los brazos y apreté los puños. Todos los que había en la mesa y en la zona presenciaban nuestro intercambio de palabras.

—¿Sigues hablando? —masculló Jared y todo se llenó de risitas—. Vete a casa, nadie quiere ver tu trasero de niña buena aquí.

Apenas me miró mientras seguía repartiendo cartas. La muchacha que

tenía en el regazo se rio y se inclinó más sobre él. Noté una presión demoledora en el pecho; dolía. «Lo odio.»

—Eh, ¡mirad! —gritó Madoc cuando me esforzaba por reprimir las lágrimas—. Se le han puesto duros los pezones. La has puesto cachonda, Jared. —El tono provocador de Madoc resonó en el patio y todo el mundo empezó a silbar y reír.

Cerré los ojos, mortificada, al recordar que llevaba una camiseta blanca y que estaba helada por el agua. Mi primer instinto fue cruzar los brazos delante del pecho, pero entonces sabrían que habían conseguido su objetivo. Maldita sea, ya lo sabían. La cara me ardía por la humillación.

«Hijo de puta.»

Otra vez volvería a casa hecha un mar de lágrimas, estaba claro.

Abrí los ojos y vi a todo el mundo pendiente del tormento al que me había enfrentado esa noche. Jared miraba la mesa con las fosas nasales dilatadas, sin hacerme caso. Su comportamiento seguía desconcertándome después de tanto tiempo. Antes éramos amigos y aún seguía buscando a ese muchacho en sus ojos, en alguna parte. Pero ¿en qué me beneficiaba seguir aferrada a un recuerdo?

—¿Por qué sigue aquí? —preguntó la rubia que estaba sentada en el regazo de Jared—. ¿Es que es retrasada o qué? ¿No capta la indirecta?

—Sí, Tate, ya has oído a Jared. Nadie te quiere aquí. —Madoc pronunció las palabras lentamente, como si fuera demasiado estúpida como para entenderlas.

Se me tensó la garganta. No podía tragar y me dolía al respirar. Esto era demasiado. Algo dentro de mí se rompió. Eché el brazo hacia atrás y le pegué un puñetazo a Madoc en la nariz. Se cayó de rodillas y se llevó las manos a la cara; la sangre goteaba entre sus dedos.

Las lágrimas me empañaron la visión y de la garganta comenzaron a emerger sollozos. Antes de darles tiempo a que se divirtieran más a mi costa, retrocedí todo lo rápido que pude por la casa y hasta la puerta de salida, sin mirar atrás.

Entré en el automóvil con KC en el asiento del copiloto y Liam detrás. Ni siquiera me había dado cuenta de que me habían seguido. Estuve a punto de

preguntarles por la reacción de Jared, pero entonces comprendí que no debería de importarme. «Que se vaya a la mierda.»

Miré por la luna delantera y las lágrimas me mojaron las mejillas. Liam y KC estaban en silencio, probablemente no supieran qué decir o qué hacer.

Acababa de pegar a Madoc. «¡Acababa de pegar a Madoc!» Me resultaba sobrecogedora la reacción que había tenido y solté una carcajada amarga. Acababa de pasar de verdad.

Inspiré profundamente y solté el aire pausadamente.

—¿Estás bien? —KC me miró.

Sabía que nunca antes había hecho algo así, pero me encantaba la sensación de temor y poder que estaba experimentando.

Maldita sea, lo último que me apetecía era irme a casa. A lo mejor estaba predestinada a hacerme un tatuaje o algo así.

—Pues sí. —Resultaba raro decir tal cosa, pero era verdad. Me limpié las lágrimas y miré a mi amiga—. Me siento bien.

Fui a meter la llave en el contacto, pero me detuve cuando Liam me interrumpió.

—Sí, pero que no se te suba a la cabeza, Tate. Acabarás volviendo a la ciudad.

«Sí, ya lo sabía.»

CAPITULO 2

Presente

—¿Y qué se siente al volver a casa? —Mi padre y yo hablábamos por videoconferencia a través del ordenador que me había comprado antes de irme a Europa.

—Es estupendo, papá. Estoy muy bien. —Levanté los dedos para enumerar—. Hay comida, dinero, no hay adultos y tienes cerveza en el frigorífico de la planta de abajo. Huelo a fíeeesta —bromeé, pero mi padre me devolvió la jugada.

—También tengo condones en el baño, úsalos si los necesitas.

—¡Papá! —estallé con los ojos abiertos por la impresión. Los padres no deberían de usar la palabra «condones», al menos no con sus hijas—. Te has pasado. De verdad.

Me eché a reír. Era el tipo de padre que desearían todas mis amigas. Tenía unas cuantas normas simples: respeta a tus mayores, cuida tu cuerpo, termina lo que has empezado y resuelve tus propios problemas. Si seguía sacando buenas notas, demostraba control y cumplía estas cuatro reglas, él confiaba en mí. Si perdía su confianza, perdía la libertad. Un padre militar.

—¿Qué planes tienes para esta semana? —me preguntó al tiempo que se pasaba la mano por el pelo rubio canoso. Había heredado el color de pelo de él, pero, por suerte, no las pecas. No obstante, tenía los vibrantes ojos azules velados por el cansancio y la camisa y la corbata, arrugados. Trabajaba demasiado.

Crucé las piernas en mi cama de matrimonio, encantada de estar de nuevo en mi habitación.

—Aún queda una semana para que empiecen las clases, así que tengo una reunión con la orientadora el miércoles para hablar de mi horario de otoño. Espero que las clases de más a las que asistí el curso pasado me sirvan para la solicitud de plaza en Columbia. También me está ayudando con eso. Y tengo que hacer algunas compras, y ponerme al día con KC, por supuesto.

También quería empezar a buscar un automóvil, pero seguro que me decía que esperara hasta Navidad, que era cuando él volvía. No es que no supiera hacerlo sola, sino que él quería compartir la experiencia conmigo y no iba a quitarle la ilusión.

—Ojalá estuvieras en casa para ayudarme con la búsqueda de proyectos para la feria de ciencias —cambié de tema—. Deberíamos de haberlo hecho cuando fui a visitarte este verano.

Mi padre se había retirado del servicio militar tras la muerte de mi madre hacía ocho años y trabajaba para una empresa de Chicago, a una hora de distancia más o menos, que construía aviones y los vendía por todo el mundo. En ese momento, estaba de viaje en Alemania haciendo un cursillo de mecánica. Cuando terminé el curso en París, fui a Berlín a pasar el verano con él. Mi madre se habría alegrado de saber que había viajado y de que tenía planes de seguir haciéndolo todo lo posible cuando acabara el instituto. La echaba mucho de menos, incluso más últimamente que cuando murió.

En ese momento se abrió la ventana de la habitación con una repentina ráfaga de viento fresco.

—Un momento, papá. —Bajé de la cama y me acerqué a la ventana para echar un vistazo afuera.

Una brisa me acarició las piernas y los brazos desnudos. Me incliné sobre la barandilla y vi que las hojas revoloteaban y los cubos de basura se alejaban rodando. El olor a lilas de los arbustos que atestaban nuestra calle, Fall Away Lane, se colaba por la ventana.

Se avecinaba tormenta y el ambiente estaba cargado de electricidad. Se me puso la piel de gallina, no por el frío, sino por la emoción por la tormenta que se estaba formando. Me encantaba que lloviera en verano.

—Oye, papá —lo interrumpí mientras hablaba con alguien que estaba con él—. Tengo que dejarte. Creo que se avecina una tormenta y debería de comprobar que las ventanas estén cerradas. ¿Hablamos mañana? —Me pasé la mano por los brazos para calmar la piel erizada.

—Claro, cielo. De todas formas, tengo que irme ya. Recuerda que el revólver está en la mesita de la entrada. Llámame si necesitas algo. Te quiero.

—Yo también te quiero, papá. Mañana hablamos —le contesté.

Apagué el ordenador, me puse la sudadera de los Seether, y abrí de nuevo la ventana de mi habitación. Me quedé observando el árbol que había fuera y me vinieron a la cabeza recuerdos de las muchas veces que me había sentado en él para disfrutar de la lluvia. Muchos de esos momentos los había compartido con Jared... cuando aún éramos amigos.

Alcé la mirada rápidamente y me fijé en que él tenía la ventana cerrada y no se veían luces en su casa, que estaba a menos de diez metros de distancia de la mía. El árbol hacía las veces de escalera entre las ventanas de nuestras habitaciones, por lo que parecía que ambas casas estaban conectadas.

Durante el año que había pasado fuera, había reprimido la necesidad de preguntarle a KC por él. Incluso después de todo lo que me había hecho, una parte de mí seguía echando de menos a ese muchacho en el que pensaba nada más despertar y que siempre estaba conmigo cuando éramos niños. Pero ese Jared ya no existía, se había convertido en un capullo resentido y odioso que no me respetaba.

Cerré la ventana y corrí las cortinas negras. Un instante después, el cielo soltó un alarido y empezó a llover.

Esa noche me quedé despierta hasta tarde; mi cerebro se negaba a ignorar el estruendo que producía el árbol al chocar contra la casa. Encendí la luz de la mesita de noche y me acerqué para observar la tormenta. Vi la luz de unos faros que se movían peligrosamente veloces por la calle. Ladeé la cabeza tanto como pude y vi que un Boss 302 negro se dirigía a la puerta de la casa de Jared.

El vehículo derrapó ligeramente antes de desaparecer de mi vista para

entrar en el garaje. Se trataba de un modelo nuevo que tenía una raya roja gruesa pintada a todo lo largo del lateral. No lo había visto nunca. La última noticia que tenía era que Jared tenía una moto y un Mustang GT, así que ese vehículo podía ser de cualquier otra persona.

¿Era posible que tuviera un vecino nuevo? No estaba segura de cómo sentirme ante tal posibilidad.

Por otra parte, ese modelo era del estilo que le gustaba a Jared.

Más o menos un minuto después, una luz tenue se cernió sobre mi habitación procedente del dormitorio de Jared. Atisé una figura oscura detrás de las persianas. Empecé a sentir un hormigueo en los dedos y se me puso la piel de gallina.

Traté de centrar la atención en la maravillosa visión del viento y la cortina de lluvia, pero el corazón me dio un vuelco al oír que las persianas de la habitación de Jared subían y un destello de luz inundaba el espacio entre las dos casas. Entrecerré los ojos cuando vi que Jared abría la ventana y se asomaba para observar la tormenta nocturna.

«Mierda.»

Parecía admirar el espectáculo, igual que yo. Apenas percibía su rostro al otro lado de la densa capa de hojas, pero supe en qué momento me vio él a mí. Se le tensaron los brazos que tenía apoyados en el alféizar de la ventana, y tenía la cabeza inclinada en mi dirección, inmóvil. Casi sentía los ojos de color marrón chocolate perforarme.

No me saludó ni hizo ningún gesto con la cabeza, ¿por qué iba a hacerlo? La ausencia no iba a volver su corazón más cariñoso, estaba claro. Normalmente, cuando lo tenía cerca me embargaba una sensación de temor y recelo, pero ahora... sentí una mezcla de nervios y expectación.

Retrocedí lentamente y cerré la ventana. No quería que me traicionaran las emociones que bullían bajo mi calma aparente. En el tiempo que había estado fuera había pensado en Jared, pero no me había obsesionado con él ni con la idea de que el tiempo y la distancia lo apaciguarían.

A lo mejor era una esperanza demasiado optimista.

A lo mejor ya no me molestaban tanto sus tonterías.

CAPITULO 3

—¿Ya lo has visto? —KC se asomó por la ventana con la vista fija en la casa de Jared. No tuve que preguntarle a quién se refería.

—No... bueno, sí. Más o menos. Anoche vi un Boss bastante imponente entrar en el garaje. ¿Sería él? —No quería contarle que lo había visto en su habitación. Tenía la esperanza de poder disfrutar de un par de días antes de verlo cara a cara, así que me estaba aferrando a la calma de la que había logrado disfrutar durante el año que había pasado fuera.

Seguí revisando la ropa que había en la maleta, separando la que podía guardar de la que tenía que lavar.

—Sí. Vendió el GT poco después de que te marcharas y compró ese. Supongo que ha estado haciéndose un nombre compitiendo en el circuito del Loop.

Curvé con fuerza los dedos alrededor de la percha al oír sus palabras. Me sobrevino un sentimiento de decepción al darme cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas durante el año que había estado fuera. Cuando éramos más jóvenes, Jared y yo soñábamos con encontrar juntos un automóvil para el Loop.

—Es un buen vehículo. —Odiaba tener que admitirlo.

Jared trabajó con mi padre y conmigo en mi garaje para arreglar el viejo Chevy Nova de mi padre. Éramos alumnos entusiastas y entendíamos el control que se necesitaba para dejar un vehículo en las mejores condiciones.

—Entre las carreras y el trabajo —continué—, espero que esté demasiado ocupado como para meterse conmigo este año.

Me moví por la habitación apartando cosas, pero la cabeza me palpitaba por el enfado.

KC se apartó de la ventana y se tiró bocabajo en la cama.

—Pues yo estoy ansiosa por ver la cara que se le queda cuando te vea. — Apoyó la cara en una mano y esbozó una sonrisa.

—¿Y eso? —murmuré al tiempo que me acercaba a la mesita de noche para poner en marcha el reloj.

—Porque estás increíble. No tengo ni idea de qué ha pasado entre vosotros dos, pero no va a poder ignorarte. Ningún rumor ni broma va a alejar a los muchachos, y Jared seguramente se lamenta por haberte tratado tan mal. — Movié las cejas arriba y abajo.

No sé a qué se refería con que estaba increíble. En lo que a mí respectaba, tenía exactamente el mismo aspecto de siempre. Seguía midiendo un metro setenta y tres centímetros, el pelo rubio me llegaba a la mitad de la espalda y tenía los ojos azules oscuros. El gimnasio me daba ganas de vomitar, pero había continuado corriendo para mantenerme en forma para el equipo de atletismo. La única diferencia era el tono de mi piel. Como había viajado este verano y me había expuesto mucho al sol, estaba bastante morena. Pero el bronceado acabaría desapareciendo y recuperaría el tono pálido de siempre.

—Nunca le ha costado no hacerme caso. Espero que lo haga. —Tomé una bocanada de aire y sonreí—. Ha sido un año fantástico. Toda la gente que he conocido y los lugares que he visto me han ayudado mucho. Tengo un plan y no voy a permitir que Jared Trent se entrometa en mi camino.

Me senté en la cama y exhalé un suspiro.

KC me tomó de la mano.

—No te preocupes, nena. Todo esto tendrá que llegar a alguna parte en algún momento. Además, nos graduamos en nueve meses.

—¿A qué te refieres?

—A los preliminares entre tú y Jared —respondió muy seria al tiempo que bajaba de la cama y se acercaba al armario—. No pueden durar para siempre —indicó.

«¿Preliminares?»

—¿Perdona? —Preliminares era una palabra relacionada con el sexo y se

me revolvió el estómago al mezclar «Jared» y «sexo» en la misma frase.

—Señorita Brandt, no vayas a decirme que no se te había ocurrido. —KC sacó la cabeza del armario y usó un acento sureño al tiempo que fruncía el ceño y se llevaba una mano al corazón. Se puso uno de mis vestidos por delante y se examinó en el espejo de cuerpo entero que colgaba de la puerta del armario.

«¿Preliminares?» Repetí la palabra mentalmente en un intento de entender a qué se refería, y de repente mi cabeza hizo clic.

—¿Crees que su forma de tratarme tal vez sea una especie de preliminares? —prácticamente le grité—. Claro, se trataba de preliminares cuando le conté a todo el mundo que padecía síndrome del intestino irritable y todos me hacían ruiditos de pedos cuando iba por el pasillo el primer año de instituto. —El tono sarcástico que empleé no logró ocultar la ira que sentía. ¿Cómo podía pensar que todo esto eran preliminares?—. Y sí, también fue muy erótico cuando hizo que la farmacia enviara una crema para la candidiasis a clase de Matemáticas en segundo. Pero lo que más cachonda me puso y me hizo postrarme a sus pies fue la vez que pegó folletos sobre tratamientos para las verrugas genitales en mi taquilla, ¡es increíble que una persona tenga una enfermedad de transmisión sexual sin haber practicado sexo!

Todo el resentimiento del que me había liberado este año había regresado con ganas de venganza. No había olvidado ni perdonado nada.

Parpadeé con fuerza y me tomé unas vacaciones mentales en Francia. «Queso Port Salut, pan francés, *bonbons*...» Resoplé al darme cuenta de que probablemente no era Francia, sino la comida lo que de verdad me había encantado.

KC me miró con los ojos muy abiertos.

—No, Tate. No creo que sean preliminares al sexo. Me parece que te odia de verdad. Lo que quiero decir es que... ¿no va siendo hora de que te defiendas? ¿De que le devuelvas la jugada? Si él te pega, devuélvele el golpe. —Intenté sopesar sus palabras, pero continuó—: Tate, los tipos no son crueles con las guapas si no tienen una razón. De hecho, la mayoría de los adolescentes emplean sus energías con el único propósito de conseguir un

poco de sexo. No quieren reducir las opciones, así que es poco frecuente que se porten mal con ninguna chica... a menos que ella les haya traicionado, claro —reflexionó.

KC tenía razón hasta cierto punto. Tenía que haber una razón por la que Jared actuara de ese modo. Me había devanado los sesos mil veces en un intento de encontrar una explicación. Se mostraba distante con la mayoría de las personas, pero conmigo era cruel.

«¿Por qué yo?»

Me puse en pie y continué guardando la ropa con las bufandas en los hombros.

—Pues yo no he traicionado a Jared. Ya te lo he contado cien veces, éramos amigos, se marchó durante unas semanas el verano anterior al primer curso y, cuando volvió, había cambiado. No quería tener nada que ver conmigo.

—No sabrás nada hasta que no te enfrentes a él. Como antes de irte a Francia. Esa noche te defendiste, y eso es lo que tienes que seguir haciendo. —KC lo mencionó como si en este último año no lo hubiera pensado yo. Me deshice de la rabia la noche de la fiesta de Tori Beckman, pero no iba a salir nada bueno de mí si me rebajaba al nivel de Jared una vez más.

—Mira —relajé la voz en un esfuerzo de parecer tranquila. «Ni por asomo iba a volver a vivir más dramas con ese muchacho, maldita sea.»—, va a ser un año fantástico. Espero que Jared se haya olvidado de mí. Si es así, podremos ignorarnos mutuamente en paz hasta la graduación. Si no, haré lo que considere oportuno. Tengo cosas más importantes en las que pensar, él y ese capullo de Madoc pueden decir y hacer lo que quieran, yo ya estoy harta de prestarles atención. No me van a fastidiar el último curso.

Me detuve para mirarla, parecía pensativa.

—De acuerdo —respondió, complaciente.

—¿De acuerdo?

—Sí, he dicho «de acuerdo». —Se olvidó de la discusión y yo relajé los hombros. Quería que me convirtiera en el David de Goliat de Jared y yo solo quería centrarme en Columbia y en ganar el concurso de ciencias en primavera.

—De acuerdo —repetí y cambié rápidamente de tema—. Mi padre no vuelve a casa hasta dentro de tres meses. ¿En qué líos debería de meterme? ¿Crees que tendría que romper el toque de queda mientras él esté fuera? —Seguí ordenado la ropa.

—Sigo sin creerme que tu padre te deje sola tres meses.

—Sabe que es una tontería obligarme a que me quede con mi abuela, a que comience en un instituto nuevo y a que vuelva a mudarme aquí cuando regrese en Navidad. Es mi último curso, es importante, y él lo sabe. —Mi abuela siempre se había quedado conmigo cuando mi padre estaba fuera, pero su hermana estaba enferma y necesitaba ayuda, así que esta vez me quedaba sola.

—Sí, ya. De todas formas, tu abuela vive a unas dos horas, así que seguro que se pasa por aquí de vez en cuando —señaló KC—. ¿Nos arriesgamos y organizamos una fiesta?

Sabía que tendía a preocuparme, así que empleó un tono precavido. Mis padres me habían enseñado a pensar por mí misma, pero también a usar el sentido común. KC se había mostrado decepcionada en muchas ocasiones por mi falta de temeridad.

—¡Así no rompes el toque de queda! Porque... estarás en casa —razonó.

Se me encogió el corazón al pensar en una fiesta no autorizada, pero tenía que admitir que se trataba de algo que me gustaría hacer en algún momento.

—Supongo que es un rito de iniciación de todo adolescente organizar una fiesta cuando no están sus padres —admití, pero tragué saliva con dificultad al recordar que solo tenía un padre. Aunque mi madre había muerto hacía mucho tiempo, me seguía doliendo cada día. Eché un vistazo a nuestra última fotografía en familia, que estaba en la mesita de noche. Estábamos en un partido de los White Sox, mis padres me estaban dando un beso en la mejilla y yo tenía los labios fruncidos como un pez.

KC me dio una palmada en la espalda.

—Iremos poco a poco. Podemos empezar a rasgar las reglas antes de romperlas. ¿Y si traemos solo a un chico antes de invitar a toda una multitud? —Alcanzó una camiseta negra de seda que me había comprado en París y la levantó.

—Claro, me da que a mi padre le parecería peor uno solo que una casa llena de adolescentes fiesteros. Además, a veces rompo las reglas. Conduzco demasiado rápido y cruzo la calle de forma imprudente y... —Me quedé callada y alcé la comisura de los labios, esbozando una sonrisa. KC y yo podíamos ser aventureras, pero no me interesaba perder la confianza de mi padre. Normalmente ni siquiera me acercaba a romper las reglas. Le tenía mucho respeto.

—De acuerdo, de acuerdo, madre Teresa —murmuró mi amiga desdeñosa y se puso a ojear algunas de las fotos que había hecho ese año—. ¿Sabes hablar francés con fluidez?

—Conozco algunas palabras que te resultarían útiles —bromeé.

Ella agarró un cojín de la cama y me lo lanzó sin apartar la mirada de las fotos. Después de tres años de leal amistad, podíamos intercambiar insultos inocentes y ropa.

—¿Te quedas a cenar? Podemos hacer *pizza* —le pregunté al tiempo que me dirigía al baño de mi habitación.

—Hoy tengo que ir a casa —respondió—. Liam viene a cenar. Mi madre se está poniendo histérica con nuestra relación y quiere verlo con más frecuencia. —Pronunció «relación» como si tuviera un significado doble.

Liam y KC llevaban saliendo dos años y hacía tiempo que mantenían relaciones sexuales. Estaba claro que su madre sospechaba que su «relación» había avanzado.

Volví a la habitación y le lancé una mirada cómplice.

—Oh, vaya, ¿os está espiando la sargento Carter? —Metí la maleta, ya vacía, debajo de la cama.

Solía llamar a la madre de KC «sargento Carter» porque era muy autoritaria. Mi amiga no tenía mucha privacidad y tenía que contarle todo lo que hacía, pero con eso solo conseguía que ella quisiera guardarle más secretos.

—Seguro que sí. Vio mi camión y se puso hecha una furia. —KC se levantó y alcanzó su bolso de la cama.

—Me habría encantado ver cómo saliste de esa. —Apagué la luz de la habitación y la seguí escaleras abajo.

—Si mis padres fueran como tu padre, tal vez no me pondría tan nerviosa contarle las cosas —murmuró.

Estaba muy segura de que nunca le hablaría a mi padre sobre mi primera vez, pasara cuando pasase.

—Bueno, podemos quedar mañana u otro día, siempre y cuando sea antes de que empiecen las clases.

—Mañana. —Me dio un fuerte abrazo—. Tengo que ducharme antes de la cena. Nos vemos luego.

Y salió por la puerta.

—Hasta luego.

CAPITULO 4

—¡Mierda! —bramé mirando el techo de la habitación, iluminado ahora por la llegada de otro invitado.

Me pareció vivir un *déjà vu* con la casa de al lado rugiendo con la música y las voces. Me había olvidado de las estridentes fiestas de Jared. La vibración constante de los motores revolucionados y las muchachas gritando, esperaba que de emoción, habían inundado el ambiente las últimas dos horas y seguían haciéndolo con intensidad. A cada ruido nuevo se me tensaban los músculos.

Volví a mirar el reloj de la mesita de noche con la esperanza de que los minutos dejaran de avanzar. Ya era más de medianoche y tenía que levantarme cinco horas después para reunirme con el club de atletismo para el entrenamiento semanal. «Tengo que madrugar», pensé, y eso contando con que antes me durmiera, lo que no iba a suceder si no hacía algo.

«¿No va siendo hora de que te defiendas?» Las palabras de KC resonaron en mi mente.

Jared no iba a bajar la música si se lo pedía, pero la persona con tacto que había en mí creyó que merecía la pena intentarlo. La antigua Tate se habría quedado despierta toda la noche, demasiado intimidada por ese acosador como para pedirle que bajara la música. Pero el agotamiento había acabado con mi paciencia.

Tal vez, solo tal vez, Jared se habría sacado el palo del trasero y habría superado los problemas que pudiera tener conmigo. La esperanza era lo último que se perdía.

Las noches se habían vuelto frescas, así que, a regañadientes, salí de la calidez de la cama. Me aparté las sábanas antes de darme tiempo a arrepentirme, me puse las deportivas negras y una sudadera negra encima de la camiseta. Tenía el pelo suelto, no llevaba maquillaje y me había puesto mis pantalones cortos preferidos para dormir, de lino y con rayas azules y blancas. Podría tener un aspecto mejor y probablemente debería de haberme puesto unos pantalones más adecuados, pero no me importaba. Estaba demasiado cansada, así que me limité a bajar las escaleras y salir por la puerta así de desaliñada.

O bien la noche de agosto era cálida o bien se debía a los nervios, pero tuve que subirme las mangas de la sudadera para refrescarme cuando abandoné el patio de mi casa y pasé al de la suya. La parte delantera de la casa estaba llena de gente, nadie que yo reconociera, y el latido del corazón se tranquilizó un poco al comprender que no habría mucha gente que conociese. Sabía que en la lista de amigos de Jared había gente de otros institutos, facultades, e incluso adultos de barrios cuestionables. La gente estaba tan mal por el alcohol que logré colarme sin que nadie se fijara en mí.

Dentro de la casa, el ambiente era ruidoso y repulsivo. La gente bailaba en el salón, algunas jóvenes con pinta de fulanas dejaban que los muchachos se restregaran contra ellas y otras se encontraban sentadas o de pie en diferentes partes de las escaleras, hablando, bebiendo y fumando. Arrugué la nariz ante la repugnante imagen del comportamiento inadecuado de esos menores de edad y el hedor, pero... todo el mundo parecía divertirse y ser gente normal.

Era oficial: soy una persona muy cerrada de mente.

Empezó a sonar Chevelle por los altavoces; al parecer había uno en cada habitación. Después de todo, igual valía la pena mi incursión en la fiesta gracias a *Hats Off to the Bull*.

Entré en la cocina en busca de Jared y me detuve de inmediato. Había varias personas en torno al barril de cerveza y otras sobre la encimera; no esperaba encontrarme con Madoc sentado a una mesa jugando a las cartas. Estaba con algunos chicos y un par de muchachas, y ya era tarde para darme media vuelta.

—¿Qué demonios haces aquí? —Se levantó como un resorte de la silla y

se me echó encima. Su burla era impostada, simplemente para que lo vieran. Sabía que Madoc disfrutaba con los dramas que le daban salsa a la noche.

Y yo era un drama.

Decidí hacerme la interesante.

—No te busco a ti. —Sonriendo, seguí examinando la habitación con aire desinteresado—. ¿Dónde está Jared?

—Ya ha encontrado a una para esta noche, aunque dudo que le interesaras tú. —El último comentario no tenía otra intención más que provocarme.

Había unas cuantas chicas interesadas en llamar la atención de Madoc, pero yo no era una de ellas. Era guapo, con ojos azules y pelo rubio y arreglado. Tenía muy buen cuerpo y llevaba ropa que le sentaba bien. No obstante, dudaba que usara a las muchachas más que para una noche.

Me di la vuelta para marcharme y seguir la búsqueda, pero me agarró del codo.

—En realidad me gusta que me castiguen, pero es que estás increíblemente fantástica con el pijama. Si buscas algo de acción, puedo encargarme de ti.

Se me revolvió el estómago y me quedé paralizada. ¿Estaba de broma? ¿Es que no tenía orgullo? En primero y segundo, tanto él como Jared me habían hecho la vida imposible. Me acosaban allí donde iba, incluso en mi casa. ¿Y ahora quería llevarme a la habitación? ¿Ahora era suficiente para él?

—Eh, amigo, Jared dice que ella está prohibida —nos interrumpió desde la mesa Sam Parker, uno de los amigos más simpáticos de Jared.

Madoc me recorrió el cuerpo con la mirada y se detuvo en las piernas.

—Jared está arriba follándose a Piper, ahora mismo tiene otras cosas en la cabeza.

Me quedé con la boca seca. De repente me vinieron a la mente imágenes del muchacho con el que solía compartir una tienda de campaña en el patio trasero de mi casa. Jared estaba arriba, en la cama, haciendo el amor con alguien. Solté una bocanada de aire y me di la vuelta para marcharme. Necesitaba salir de allí.

Madoc tiró de mí hacia sí y me rodeó con los brazos. Me di cuenta de que Sam se levantaba y salía corriendo de la habitación. Retorcí el cuerpo y se me

tensaron los músculos, pero aguanté sin resistirme, por el momento. Quería ver a Jared y, con suerte, Sam había ido a buscarlo. Si conseguía salir de allí sin dramas mayores, prefería que fuera así.

«Pero ya le valía a Sam darse prisa, porque Madoc estaba a punto de rozarme la nuca con la nariz.»

—No aprendes, ¿eh? —Miré al frente. A unos pocos metros, había unos cuantos chicos jugando al billar, pero no nos prestaban atención. Estaba claro que les resultaba más interesante el juego que el hecho de que atacaran a una muchacha.

—¿Lo dices por la nariz? Ha sanado bien, gracias. Además, me parece que te debo una por aquello. —Las palabras sonaban ahogadas mientras deslizaba los labios por mi cuello.

Moví los hombros de un lado a otro en un intento de apartarme de él.

—Qué bien hueles —susurró—. Sigue enfrentándote a mí, Tate. Me excita. —A la risita le siguió su lengua lamiéndome el lóbulo de la oreja antes de agarrarlo con los dientes.

«¡Hijo de puta!»

El pulso me latía desbocado por la rabia, no por miedo. El fuego se apoderó de mis brazos y piernas.

«Síguele la corriente.» Había olvidado si eran palabras de KC o mías, pero me daba igual.

«A ver si le gusta que lo toquen a él.» Eché la mano atrás, entre nuestros cuerpos y le agarré la entrepierna. Apreté lo suficiente para atraer su atención, pero no para hacerle daño... todavía. Madoc no me soltó, pero se quedó quieto.

—Déjame. En. Paz —siseé. Los espectadores empezaron a fijarse en lo que estaba pasando, pero seguían sin involucrarse; parecían divertidos. Nadie se movió para ayudarme.

Ejercí un poco más de presión y por fin me soltó. Me aparté rápidamente y me volví para mirarlo, obligándome a reprimir la rabia. Hasta que no lograra que Jared bajara la música no iba a marcharme.

Madoc enarcó la ceja.

—Seguro que todavía eres virgen, ¿eh? —Su afirmación me sorprendió—.

Los chicos querían follar contigo, pero Jared y yo nos encargamos de que no fuera así.

«¿No va siendo hora de que te defiendas?» La voz de KC me alentó.

—¿De qué coño estás hablando? —Me recoloqué la sudadera y me quedé allí parada, como si mi cuerpo fuera un muro.

—¿Y qué narices hay entre Jared y tú, por cierto? Cuando lo conocí y me enredó para que te saboteara todas las citas en primero, supuse que era porque tenía algo contigo. Que estaba celoso o algo así. Pero luego me quedó claro que no iba detrás de ti. A saber qué le pasaba. ¿Qué le hiciste? —Me dedicó una mirada acusadora y ladeó la cabeza.

Cerré las manos en puños.

—Yo no le he hecho nada.

Nuestra disputa se estaba convirtiendo en un espectáculo. El tono elevado que estaba usando hizo que la gente empezara a marcharse. Rodeé la mesa de billar hasta el otro lateral para poner distancia entre los dos.

—Piensa —me provocó con una sonrisa estúpida—. Eres preciosa y, si por mí fuera, te la habría metido ya de todas las formas posibles. Muchos otros lo habrían hecho ya, si no fuera por Jared.

Apreté los muslos. La idea de que ese cabrón pensara que podía quitarme las bragas me parecía demasiado asquerosa.

—¿Qué quieres decir con si no fuera por Jared? —Se me puso la piel de gallina en los brazos y la respiración se me entrecortaba.

—Es sencillo. Cada vez que hablábamos con alguien que estaba interesado en ti o te había pedido salir, nos encargábamos de asegurarnos de que la cosa acabara tan rápido como había comenzado. Los primeros meses fuimos particularmente capullos. Todd Branch te pidió que fuerais juntos a aquella hoguera en primero, pero se enteró de que estabas con un tratamiento para los piojos y nunca te llamó. ¿Nunca te has preguntado cómo se enteró de eso?

Ese rumor en concreto fue uno de los menos dañinos, pero, en aquel momento, resultó devastador. Acababa de empezar el instituto, estaba intentando hacer amigos y entonces me di cuenta de que la gente se reía a mis espaldas.

—Daniel Stewart te pidió salir para el baile de Halloween también ese

año, pero no fue a recogerte porque oyó que habías perdido la virginidad con Stevie Stoddard. —Apenas había acabado la frase cuando ya se estaba partiendo de la risa.

Hice una mueca y el calor me subió por el cuello. Stevie Stoddard era un muchacho muy dulce, pero tenía acné severo y se comía los mocos. En todos los institutos había un Stevie Stoddard.

Madoc continuó:

—Sí, al principio estuvimos muy ocupados. Había muchos chicos que querían meterse entre tus piernas, pero para cuando estábamos en segundo los rumores se volvieron más elaborados. La gente ya había captado que eras una marginada social. La situación se hizo más fácil para Jared y para mí... por fin.

Y más dura para mí.

Me resultaba imposible moverme. ¿En qué había estado pensando? Por supuesto, ¡todo había sido por culpa de Jared!

Sabía que era el responsable de algunas de las bromas y también de que me hubieran dejado fuera de muchas fiestas, pero no pensé que fuera el artífice de todos los rumores. Nunca supe por qué me había dejado plantada Daniel Stewart ni tampoco había oído el rumor de Stevie Stoddard. ¿Qué más había habido que no sabía? Me dejaba en evidencia, decía mentiras sobre mí y se comportaba como un completo capullo en el instituto, pero no había sospechado que desempeñara un papel tan activo en mi desdicha. ¿Estaba tan furioso conmigo sin razón alguna?

«Piensa.»

—¿Qué hace ella aquí?

Abandoné las cavilaciones y vi a Jared en la puerta que separaba la sala del billar de las escaleras. Tenía los brazos por encima de la cabeza y las manos apoyadas a ambos lados del marco de la puerta.

Me quedé sin aliento. Verlo cara a cara hizo que me olvidara de todo. De Madoc, de sus palabras... ¡Mierda! ¿De qué narices teníamos que hablar? No me acordaba.

Incluso a pesar del resentimiento que le guardaba, no podía apartar la mirada de la musculatura de ese pecho suave que tan bien se amoldaba a sus

brazos. Mi cuerpo reaccionó de forma involuntaria con una sensación cálida justo debajo de la barriga que me subió hasta el cuello. Había pasado un año en Francia y verlo de nuevo tan de cerca hacía que mi estómago diera un salto mortal.

El pelo castaño oscuro y los ojos parecían conseguir que la piel le resplandeciera. Las cejas rectas y duras ensalzaban su aspecto imponente. Mirarlo debería de ser un deporte; el que antes apartara la mirada, ganaba.

Estaba medio desnudo, vestido solo con unos pantalones negros de cuyo bolsillo colgaba una cadena. Estaba bronceado y llevaba el pelo descaradamente desordenado. Destacaban dos tatuajes, uno en el antebrazo y otro en el costado. Unos *boxers* a cuadros azules y blancos sobresalían por encima de los pantalones, que llevaba caídos debido al cinturón desabrochado.

«Desabrochado.» Cerré los ojos.

Las lágrimas me ardían bajo las pestañas y la magnitud de sus actos regresó y me desbordó. Ver que me odiaba tanto como para hacerme daño día tras día hacía que me doliera el corazón.

«No me va a fastidiar el último curso», me juré. Parpadeé para deshacerme de las lágrimas y relajé la respiración. «La supervivencia es la mejor venganza» habría dicho mi madre.

Vi a Sam asomarse por debajo de uno de sus brazos; parecía Dobby encogido de miedo detrás de Lucius Malfoy. Debajo del otro brazo había una morenaza guapa cuyo nombre imaginé que sería Piper, apretujada contra él; parecía un gato que acabara de comerse a un canario. La reconocí vagamente del instituto. Llevaba un vestido ajustado y rojo atado al cuello y unos tacones negros de infarto. A pesar de que estos añadían unos buenos quince centímetros de altura, seguía llegándole a Jared por debajo de la barbilla. Era guapa de un modo... bueno, de todos los modos posibles, supongo.

Jared, por otra parte, tenía una expresión que parecía a punto de comerse a un bebé. Dejó bastante claro que estaba hablando con Madoc y no conmigo, pues no me miró a los ojos.

Di un paso al frente antes de que su amigo abriera la boca.

—Resulta que ella quería hablar un momento contigo.

Me crucé de brazos y ensombrecí la mirada en un intento de parecer más dura de lo que en realidad era. Jared hizo lo mismo y, aunque tenía los labios inmóviles, sus ojos tenían una expresión divertida.

—Rápido —respondió—. Tengo invitados.

Pasó a la habitación y se colocó al otro lado de la mesa de billar. Madoc y Sam siguieron su ejemplo y entraron en la cocina arrastrando los pies. Vi por el rabillo del ojo a Madoc darle una palmada a Sam en la cabeza.

El control que con tanto esfuerzo intentaba mantener amenazaba con resquebrajarse. Después de la confesión de Madoc, odiaba a Jared más que nunca y me costaba mirarlo a la cara.

—Tengo invitados —repitió con expresión de enfado.

—Sí, me he dado cuenta. —Miré detrás de él, a la puerta, donde seguía la morena—. En un minuto podrás regresar a tus servicios.

Arrugó el ceño ligeramente. Ella captó la indirecta, se acercó a él, cuya mirada seguía puesta en la mía, y le dio un beso en la mejilla.

—Llámame —murmuró.

Jared no apartó la mirada de mí, no le hizo caso. Tras un momento de duda, la muchacha retrocedió, se volvió sobre sus tacones y se marchó. No había duda, los hombres eran unos idiotas. Y ellas se lo permitían.

Me recompuse y alcé la cabeza.

—Tengo que levantarme en unas cinco horas para acudir a una cita en Weston. Vengo a pedirte, educadamente, que por favor bajas la música. —«Por favor, no te comportes como un capullo, por favor, no te comportes como un capullo.»

—No.

Era pedir demasiado.

—Jared. —Me quedé en silencio un instante, pues ya sabía que no iba a ganar—. He venido en son de paz. Es más de medianoche y te lo estoy pidiendo amablemente. —Me esforcé por mantener un tono de voz firme.

—Es más de medianoche de un viernes por la noche. —Mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho, en una pose aburrida.

—No estás siendo razonable. Si quisiera que apagaras la música, podría poner una queja por ruidos o llamar a tu madre. He acudido a ti por respeto.

—Eché un vistazo a la habitación vacía—. ¿Dónde está tu madre, por cierto? No la he visto desde que regresé.

—Ya no pasa mucho tiempo aquí y no va a traer su trasero a esta casa en mitad de la noche para poner fin a la fiesta.

—Yo no estoy hablando de ponerle fin. Te estoy pidiendo que bajes la música —aclaré, como si existiera alguna posibilidad de que cediera.

—Vete a dormir a casa de KC los fines de semana. —Comenzó a rodear la mesa de billar y a colar las bolas en los agujeros.

—¡Es más de medianoche! No voy a molestarla tan tarde.

—Me estás molestando a mí tan tarde.

—Eres un capullo. —Las palabras abandonaron mis labios antes de que pudiera retenerlas.

—Cuidado, Tatum. —Se detuvo y me fulminó con la mirada—. Has estado un tiempo fuera, así que te daré un respiro y te recordaré que mi buena voluntad no dura mucho contigo.

—Oh, venga ya, no actúes como si tolerar mi presencia fuera un sacrificio. He tenido que aguantarte demasiado todos estos años. ¿Qué ibas a hacerme que no hayas hecho ya? —Volví a cruzarme de brazos en un intento por parecer segura de mí misma.

El nerviosismo provenía de mi incapacidad para tratar con él. Era astuto y espabilado, y yo siempre perdía cuando discutíamos. Pero no me daba miedo.

—Me gustan mis fiestas, Tatum. —Se encogió de hombros—. Me gusta entretenerme. Si vienes a fastidiarme la fiesta, entonces vas a tener que entretenerme tú. —Los ojos entrecerrados y la voz ronca que puso probablemente tenían como objetivo hacer que pareciera más atractivo, pero resultaban amenazantes.

—¿Y podrías decirme qué desagradable tarea quieres que haga? —Efectué un movimiento exagerado con la mano en el aire, como si estuviera hablando con un duque o un señor. A lo mejor el idiota quería que limpiara los baños o le doblara los calcetines. Lo único que iba a conseguir era que le levantara el dedo delante de sus narices.

Se acercó a mí, agarró el dobladillo de mi sudadera y dijo:

—Quítate esto y hazme un baile privado.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Perdona? —pregunté en un susurro ahogado.

Estaba muy cerca de mí y el cuerpo me bullía de energía. Tenía la cabeza alta, pero sus ojos oscuros miraban abajo con una expresión penetrante. Era muy consciente de su cuerpo, de su piel desnuda y de repente empecé a imaginarme mentalmente cómo sería ese baile. Por Dios. «Lo odio, lo odio», me recordé a mí misma.

Jared le dio un golpecito al logo de Seether en el lado del pecho izquierdo de la sudadera.

—Voy a poner *Remedy*. ¿Sigue siendo tu canción preferida? Me haces un bailecito y se acabó la fiesta. —Alzó las comisuras de la boca, pero su mirada seguía siendo distante. Quería humillarme una vez más. El monstruo necesitaba alimentarse.

«¿No va siendo hora de que te defiendas?»

Si aceptaba su propuesta, seguro que encontraba un modo de dejarme en evidencia. Si no aceptaba, estaríamos en un punto muerto. En cualquier caso, Jared era consciente de que no tenía nada que perder. El idiota también daba por sentado que estaba demasiado nerviosa para pensar en una tercera opción.

«¿No va siendo hora de que te defiendas?»

Durante el instante que tardé en tomar la decisión, lo inspeccioné una última vez. Qué pena, Jared era guapísimo y, hace un tiempo, era un buen muchacho. Si las cosas hubieran sido distintas, podría ser suya. Hace tiempo lo pensé. Pero no iba a sacrificar mi orgullo por él. Nunca más.

Empezaron a temblarme las piernas, pero me negué a dejar escapar mi determinación.

Retrocedí y empecé a gritar.

—¡La poli!

La gente que bailaba empezó a mirar a su alrededor, confundida.

—¡La poli! ¡Todo el mundo fuera! ¡Que viene la poli por la puerta de atrás! ¡Corred! —Me sorprendió el valor del que tuve que hacer acopio para hacer eso, pero funcionó. ¡Maldita sea, funcionó!

Se desató el caos cuando la multitud reaccionó, llevada por el pánico. Los jóvenes, al menos los menores de edad, empezaron a desperdigarse en todas

las direcciones y, al parecer, transmitieron el mensaje a los que estaban fuera. Todos tomaron la hierba y las botellas antes de marcharse corriendo. Estaban demasiado borrachos como para examinar bien la zona y buscar a los policías. Simplemente salieron corriendo.

Me di la vuelta para mirar a Jared y me fijé en que él no había reaccionado. Ni siquiera se había movido. Mientras todos se marchaban de su casa en una vorágine de gritos y ruido de motores, él simplemente me miraba con una mezcla de enfado y sorpresa.

Se acercó a mí lentamente y la enorme sonrisa que apareció en su rostro logró que se me revolviera el estómago. Dejó escapar un suspiro de pena fingida.

—En nada estarás hecha un mar de lágrimas —declaró con tono tranquilo y determinante. Me creí cada palabra.

Tomé una bocanada de aire y entrecerré los ojos.

—Ya me has hecho llorar un montón de veces. —Le mostré el dedo medio y pregunté—: ¿Sabes lo que es esto? —Me llevé el dedo a la esquina del ojo y me di un golpecito—. Soy yo limpiando la última lágrima que lograrás causarme.

CAPITULO 5

Los días siguientes pasaron en un torbellino de actividad mientras me preparaba para el inicio de las clases. Por mucho que intentaba convencerme de que el silencio de Jared era buena señal, sabía que lo inevitable no tardaría en suceder.

Mi comportamiento en su fiesta había sido arriesgado, pero a veces las peores ideas parecían las mejores. Incluso ahora, una semana después, se me aceleraba el pulso y no podía evitar sonreír al pensar en mi victoria. La perspectiva que había adquirido mientras vivía en el extranjero hacía que las cosas que antes resultaban amenazantes parecieran ahora más triviales. Aún sentía nervios en el pecho al pensar en Jared, pero ya no tenía la necesidad de evitarlo a toda costa.

—¡Hoy estás en boca de todos! —No era una pregunta. KC daba saltitos delante de mí mientras apartaba los libros. Se agarró a la parte superior de la puerta de la taquilla y miró a nuestro alrededor.

—Miedo me da preguntar. —Exhalé un suspiro sin mirarla. Era el primer día de clase, el primer día de nuestro último curso. Había tenido una mañana bastante completa con Física, Cálculo y Educación Física. Alcancé un cuaderno para Francés, que era la última clase que tenía antes del almuerzo.

—¿No te has dado cuenta de que todo el mundo se ha fijado en ti hoy? En un centro con unas dos mil personas, pensaba que igual te habías enterado de que casi todas ellas están hablando de ti —comentó con una risita.

—¿Me he vuelto a sentar encima del pudin de chocolate? O quizá circule un rumor nuevo acerca de que me he pasado el último año ocultando un

embarazo y he dado al bebé en adopción.

Cerré la puerta de la taquilla y me volví para dirigirme a clase de Francés a sabiendas de que mi amiga me seguía. No quería saber nada de lo que decía la gente, en parte porque no me importaba la clase de porquería que estaban propagando ahora y también porque no era algo nuevo para mí. Francia había supuesto un respiro, pero Shelburne Falls probablemente siguiera siendo la misma de siempre. Gracias a Jared, la experiencia en el instituto había sido una sucesión de rumores, bromas, lágrimas y decepciones. Esperaba que hubiera más este año, pero iba a esperar sentada.

—Nada de eso. Además, están hablando bien. Muy bien.

—Ah, ¿sí? —pregunté con aire ausente con la esperanza de que notara el desinterés en mi tono de voz y se callara.

—Al parecer, el año que has pasado en Europa te ha transformado de bicho raro ¡en chica interesante! —señaló con tono sarcástico, pues ella sabía que nunca había sido un bicho raro, aunque tampoco es que fuera una persona tan interesante. Mi identidad por defecto ha sido siempre la de «una más», pero solo porque, por culpa de la influencia de Jared Trent, siempre he sido considerada como alguien poco aceptable en la mayoría de los círculos sociales.

Me dispuse a subir las escaleras hasta la tercera planta para acudir a clase, esquivando a otros estudiantes que bajaban con prisas en dirección a su próximo destino.

—Tate, ¿me has escuchado? —KC trotaba detrás de mí, intentando alcanzarme—. ¡Mira a tu alrededor! ¿Puedes parar dos segundos? —me pidió a gritos con ojos suplicantes cuando la miré.

—¿Qué? —Era gracioso ver cómo necesitaba transmitirme el último cotilleo, pero lo único que quería yo era poder entrar al instituto sin mi armadura invisible—. ¿Qué importancia tiene? La gente me ve hoy de otra forma. ¡Hoy! ¿Qué van a pensar mañana cuando Jared los manipule? —No le había contado nada de la fiesta de Jared ni de lo que había hecho. Si lo supiera, no se mostraría tan optimista con respecto a mi situación.

—La cosa no ha ido mal desde que te fuiste. A lo mejor nos estamos preocupando por nada. Lo único que digo es que...

—Hey, Tate. —Ben Jamison, que apareció detrás de KC, la interrumpió y se puso detrás de mí—. Te sujeto la puerta.

Me hice a un lado y le dejé espacio para que abriera la puerta. No hubo elección, acabamos nuestra conversación, apreté los labios y me despedí con la mano de una KC boquiabierta.

—Qué bien tenerte de vuelta —susurró Ben al tiempo que entrábamos en clase, yo delante y él detrás, muy cerca de mí. Puse cara de asombro y tuve que reprimir una risita nerviosa. Que Ben Jamison hablara conmigo era surrealista.

Estaba en los equipos de fútbol y baloncesto y era uno de los muchachos más guapos del instituto. Habíamos ido juntos a Francés I y II, pero nunca me había hablado.

—Gracias —murmuré con la vista fija en el suelo. Esto estaba fuera de mi zona de confort. Me senté con sigilo en una silla de la primera fila.

«¿Qué bien tenerme de vuelta?» Como si alguna vez le hubiera importado. Seguramente fuera cosa de Jared. Tomé nota mental de disculparme con KC por intentar advertirme sobre la atención tan inusual que recibiría de la gente. Que me hablaran chicos guapos era, en efecto, bastante inusual.

Madame Lyon, nuestra profesora de Francés, comenzó una lectura avanzada sin preámbulos. Era muy consciente de que Ben estaba sentado detrás de mí e intenté concentrarme en la lección, pero ni siquiera el bonito corte de pelo de *madame* pudo distraerme de las miraditas que me echaban en la nuca. Me di cuenta, gracias a mi visión periférica, de que varios estudiantes de la clase miraban en mi dirección. Me removí en la silla. «¿Qué le pasaba a todo el mundo?»

Me acordé de lo que me había dicho KC cuando regresé, pero yo no creía que tuviera un aspecto muy distinto. Después de todo, en el año que había pasado en el extranjero no había sufrido ningún cambio de imagen importante ni tampoco me había dedicado a ir de tiendas. Tenía la piel un poco más morena, la ropa que llevaba era nueva, pero mi estilo no había cambiado.

Llevaba unos *jeans* ajustados metidos por dentro de unas botas negras planas que me llegaban hasta la mitad de la pantorrilla y una fina camiseta blanca con cuello de barco lo suficientemente larga para cubrirme el trasero.

Me encantaba mi estilo y me daba igual lo que pensarán los demás, iba a seguir fiel a él.

Tras una clase larguísima de cincuenta minutos soportando sonrisas de gente, saqué el teléfono móvil del bolso negro.

¿Nos vemos fuera para almorzar?, escribí a KC.

¡Mucho viento!, me respondió. Siempre pensando en el pelo.

De acuerdo. Voy para allá, búscame.

En cuanto me coloqué en la cola de la cafetería, se me puso la piel de gallina. Alcancé una bandeja y cerré los ojos. Estaba aquí, en alguna parte. No necesitaba mirar a mi alrededor ni tampoco oír su voz. A lo mejor era por el ambiente que se respiraba, por la forma en la que los demás se movían o la polaridad de su presencia con respecto a la mía. Estaba aquí, seguro.

En el colegio solíamos jugar con imanes que se juntaban cuando los acercabas por el lado positivo, pero si lo hacías por el lado negativo, se repelían. Jared era uno de los lados del imán y nunca cambiaba para acomodarse a nadie. Era el que era. Los demás tenían que acercarse a él o bien él los rechazaba, y el ambiente de la sala era un reflejo de ello. Hubo una época en la que Jared y yo éramos inseparables, como los lados positivos de los imanes.

Sentí una punzada en los pulmones; no me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración y espiré. Elegí una ensalada con salsa ranchera, tomé una botella de agua, le ofrecí la tarjeta a la persona que cobraba para que la pasara y me dirigí a un asiento al lado de las ventanas. El bullicio de la habitación resultó una distracción estupenda para evitar mirarlo a los ojos. Unos cuantos alumnos me hicieron un gesto al pasar y me dieron la bienvenida, y después de unos cuantos saludos relajé al fin los hombros.

Jess Cullen me saludó desde unas mesas más allá y me acordé del entrenamiento de esta tarde.

¿Dónde estás?, me escribió KC.

Junto a las ventanas del norte.

¡Yo haciendo cola!

De acuerdo, respondí.

Me di la vuelta en el asiento y la vi haciendo cola. Le hice un gesto con la mano para que me viera y me di la vuelta de nuevo rápidamente antes de caer en la tentación de buscarlo en la habitación.

Desenrosqué el tapón de la botella de agua, le di un largo trago y disfruté del respiro. Sentía como si el corazón me llevara latiendo a mil por minuto durante la última hora. «Hidrátate, hidrátate, hidrátate.»

Mi momento de relajación, sin embargo, se vio interrumpido por la voz de Madoc Caruthers.

—Hola, nena. —Colocó la mano en la mesa, a mi lado, y se me acercó a la oreja. Volví a ponerle el tapón a la botella con los hombros caídos.

«¡Otra vez no! ¿Es que este capullo no ha aprendido la lección?» Me esforcé por no hacerle caso y mirar adelante.

—¿Tate?

Estaba intentando provocarme para que lo mirara, pero yo seguía sin hacer contacto visual.

—¿Tate? Sé que me estás oyendo. En realidad, sé que eres muy consciente de mi presencia. —Deslizó los nudillos de la mano izquierda por mi brazo. Contuve la respiración y todo mi cuerpo se sacudió con su caricia—. Vaya, se te ha puesto la piel de gallina —comentó con aire juguetón.

«¿La piel de gallina?», si no me sintiera tan asqueada, me habría reído.

—Sí, haces que se me pongan los pelos de punta, pero eso ya lo sabías, ¿no? —No podía haber más desprecio en mi tono de voz.

—Te eché mucho de menos el curso pasado y me gustaría iniciar una tregua. ¿Por qué no nos olvidamos de todo y quedamos este fin de semana?

Tenía que estar soñando si pensaba que...

Bajó la mano hasta tocarme la espalda y, rápidamente, el trasero. Me quedé sin aliento.

«¡Hijo de puta!» ¿En serio me acababa de tocar el trasero?, ¿sin permiso?, ¿en público? «No, no.»

Y entonces apretó.

Después de esto, todo fue un torbellino de adrenalina. Me levanté del asiento como un resorte, con los muslos tensos, y apreté los puños. Miré a Madoc, que se había alzado y me devolvía la mirada, lo agarré por los

hombros y le di un rodillazo en la ingle. Con fuerza. Seguramente ejerciera demasiada presión, porque aulló y cayó al suelo de rodillas, gimoteando y agarrándose la entrepierna.

Madoc me había tratado muy mal y no pensaba volver a ponerle la otra mejilla. Romperle la nariz el año pasado no era el final de mi venganza, era el principio.

El corazón me martilleaba y notaba una sensación cálida en los brazos, pero no me paré a pensar en las consecuencias que aquello tendría mañana o la semana siguiente. Solo quería que parara.

Jared me había estado amenazando durante años, pero nunca había cruzado esa línea. Nunca me había tocado ni me había hecho sentir transgredida físicamente. Madoc siempre cruzaba la línea, ¡no sabía qué coño pasaba con él! Si lo que había dicho Sam era cierto, que yo estaba prohibida para ellos, ¿entonces por qué Madoc me molestaba tanto? ¿Y delante de las narices de Jared?

—No me toques y no me hables —le advertí con desprecio, de pie delante de él. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad—. ¿En serio crees que saldría contigo? He oído lo que dicen las demás y, al contrario de lo que la gente cree, las mejores cosas no vienen en paquetes pequeños.

Toda la estancia estalló en carcajadas y yo efectué un movimiento elegante con la mano a los espectadores. Vi a KC con la bandeja en la mano y una expresión de asombro en la cara.

—Gracias por la propuesta de todas formas, Madoc —añadí con un tono dulce fingido.

Alcancé la bandeja, caminé entre una marea de miradas y tiré la comida. Necesitaba salir del comedor antes de venirme abajo. Me sentía mareada, notaba un hormigueo en el cuerpo y temía que me cedieran las piernas. ¿Qué acababa de hacer?

Antes de llegar a la puerta, sin embargo, hice una locura. «Pero ¿qué me pasa? Últimamente tengo tendencias suicidas. Bien podría haberme ahogado ahí mismo.» Me di la vuelta y enseguida me encontré con la mirada de la única persona que hacía que me hirviera la sangre aún más que Madoc.

Jared tenía toda su atención puesta en mí y el mundo que había en mi

visión periférica se detuvo cuando nos miramos. Llevaba unos *jeans* oscuros gastados y una camiseta negra. Ni complementos, ni reloj, el único accesorio eran los tatuajes. Tenía los labios entreabiertos, pero no sonreía. Esos ojos suyos, no obstante, parecían desafiantes e interesados. Tenía aspecto de estar evaluándome.

«Joder, mierda.»

Estaba retrepado en la silla, tenía un brazo flexionado por detrás del respaldo del asiento y el otro apoyado en la mesa. Me miraba directamente a mí y de repente sentí que la cara me ardía.

Hubo una época en la que contaba con toda su atención y me encantaba. Aunque quería que me dejara tranquila, también me gustaba verlo tan sorprendido. Me gustaba cómo me miraba justo ahora.

Y entonces recordé lo mucho que lo odiaba.

CAPITULO 6

El resto del día fue una sucesión de momentos surrealistas uno detrás de otro. Tuve que autoconvencerme de que estaba soñando y este no era el primer día de clase de verdad. Recibí un montón de palabras de admiración por la pelea a la hora del almuerzo y sentí como si no se tratara de mi vida.

Cuando se me pasó el subidón, caí en la cuenta de que había pegado a un compañero en las instalaciones del instituto. Podía meterme en problemas, en serios problemas, por ello. Cada vez que daban un aviso o que llamaban a la puerta de la clase, me empezaban a temblar las manos.

Cuando salí del comedor le mandé un mensaje a KC disculpándome por haberla dejado tirada. Me escondí en la biblioteca el resto de la hora del almuerzo, por lo que tuve tiempo para preguntarme qué narices me pasaba. ¿Por qué no me había alejado de Madoc y ya está? ¿En serio tenía que darle un rodillazo en los huevos? Sí. Últimamente me estaba descontrolando un poco, tal vez me estaba tomando demasiado en serio el consejo de KC de defenderme.

—¡Eh, Jackie Chan! —Maci Feldman, una compañera de clase en la asignatura de Política se sentó a mi lado. Se llevó la mano al bolso, sacó un brillo de labios rosa con purpurina y se lo aplicó mientras me miraba alegremente.

—¿Jackie Chan? —Arqueé las cejas y saqué un cuaderno del bolso.

—Es uno de tus nuevos apodos. Los otros son Superzorra y Rompepelotas. A mí me gusta Jackie Chan. —Juntó los labios y guardó el labial en el bolso.

—A mí me gusta Superzorra —murmuré mientras el señor Brimeyer nos entregaba el temario con un cuestionario.

Maci suspiró.

—¿Sabes? Muchas chicas están encantadas con el numerito de la cafetería. Madoc se ha acostado con la mitad de las que van a último curso, y eso sin mencionar a las de tercero. Se merece lo que le ha pasado.

Me limité a asentir, pues no sabía qué responder. No estaba acostumbrada a que la gente se pusiera de mi lado. Puede que mi respuesta a las tonterías de Jared y Madoc hubiera cambiado, pero mi objetivo seguía siendo el mismo: concentrarme en los estudios. El primer día ya había sido demasiado dramático. Si hubiera huido de los problemas, podría haber evitado tanta atención, pero no me apetecía seguir callada y mis acciones no hacían otra cosa que provocar más problemas. ¿Qué estaba haciendo?, ¿y por qué no paraba?

Me puse al día con *madame* Lyon después de clase, por lo que pude apartar la mente de los acontecimientos del día. Contaba con hablar solo en francés y me fastidiaba confundirme por culpa del alemán que había aprendido en verano. No paraba de decir cosas como «*Ich bin bien*» en lugar de «*Je suis très bien*», y «*Danke*» en vez de «*Merci*». Pero nos sirvió para reírnos y me costó un buen rato adaptarme.

La entrenadora Robinson nos quería en las gradas sobre las tres, así que me cambié rápido para el entrenamiento de atletismo. Después de pasar un año fuera, me había quedado sin mi plaza en el equipo, pero tenía la firme intención de recuperarla.

—¿Ha habido alguna consecuencia por lo que ha pasado en la hora del almuerzo? —me preguntó Jess Cullen, la capitana, cuando nos dirigíamos a la taquilla después del entrenamiento.

—Todavía no, aunque supongo que me enteraré mañana. Espero que el secretario no se pase conmigo, nunca me he metido en problemas —respondí esperanzada.

—No, me refiero a Madoc. Por el secretario no tienes que preocuparte,

Jared se ha encargado de eso. —Me devolvió la mirada mientras caminábamos por el pasillo en dirección a las taquillas del gimnasio.

Me quedé congelada.

—¿A qué te refieres?

Abrió la puerta de la taquilla, se detuvo y me sonrió.

—El señor Sweeney llegó justo cuando saliste de la cafetería y preguntó qué había sucedido. Jared se acercó y le dijo que Madoc se había resbalado y se había caído en una mesa, o en una silla... algo así. —Soltó una carcajada.

No podía creérmelo, era ridículo.

—¿Que se había resbalado y caído en una mesa? ¿Y se lo creyó?

—Seguramente no, pero todo el mundo lo respaldó, así que el señor Sweeney no pudo objetar. —Negó la cabeza con incredulidad—. Cuando Madoc se puso por fin en pie, confirmó él también la historia.

«No, no, no. ¡No me han salvado de nada!»

Tomé asiento en el banco que había en mitad del pasillo y me llevé las manos a la cabeza.

—¿Qué te pasa? Son buenas noticias. —Jess se sentó a mi lado y comenzó a quitarse las zapatillas y los calcetines.

—No, preferiría meterme en problemas con el secretario en lugar de con esos capullos. —La única razón por la que me habían defendido debía de ser porque querían castigarme ellos mismos.

—¿No ibas a solicitar plaza en Columbia? No creo que les interesen mentes científicas jóvenes y brillantes con tendencia a atacar a los hombres. Seguro que cualquier otra cosa es mejor que poner en riesgo tu expediente con esto.

Se puso en pie una vez se hubo desvestido y se dirigió a la ducha con la toalla. Yo me quedé un instante allí, valorando sus últimas palabras. Tenía razón. Si me centraba en lo importante, tenía un montón de cosas por delante. Mis calificaciones eran excelentes, hablaba francés con fluidez, había pasado un año en el extranjero y había hecho un montón de actividades extracurriculares interesantes. Podía sobrevivir a lo que fuera que Jared guardara bajo la manga.

El primer día en el instituto Shelburne Falls había transcurrido con más

incidentes de lo que me hubiera gustado, pero la atención que estaba recibiendo era positiva. A lo mejor terminaba el último curso con buenos recuerdos, como la asistencia al baile de bienvenida y el de graduación.

Alcancé la toalla y me fui a las duchas.

El agua caliente me cayó en cascada por la espalda y experimenté ese tipo de sensación de la que disfrutas cuando te sientes cómoda y saboreas algo totalmente placentero. Después de todo el ejercicio que nos había animado a hacer la entrenadora, ganduleé bajo el estimulante chorro de agua más tiempo que las demás. Tenía los músculos ateridos.

Salí envuelta en la toalla y me acerqué a las otras compañeras que estaban en las taquillas; la mayoría ya estaban vestidas e iban a secarse el pelo.

—Fuera. Tatum, tú quédate.

Levanté la cabeza al oír la voz masculina y algunos gemidos. Localicé a Jared... ¡que estaba junto a las taquillas del vestuario femenino! Me aferré a la toalla, que seguía llevando puesta, y apreté con fuerza al tiempo que buscaba a la entrenadora con la mirada.

Me dio un escalofrío. Jared tenía los ojos fijos en mí mientras hablaba con las demás. Me sentí decepcionada al ver cómo las de mi propio sexo se marchaban y me dejaban sola con un muchacho que no tenía ningún derecho a estar aquí.

—¿¡Es una broma!?! —espeté al ver que avanzaba al tiempo que yo retrocedía.

—Tatum —llevaba sin emplear mi diminutivo «Tate» desde que éramos unos niños—, quería asegurarme de que contaba con toda tu atención, ¿es así? —Parecía relajado. Me taladraba con sus preciosos ojos y me sentí como si no existiera ninguna otra persona en el mundo aparte de nosotros dos.

—Di lo que tengas que decir. Estoy desnuda y a punto de gritar. ¡Esto es demasiado, incluso para tratarse de ti! —Dejé de retroceder, pero por la forma en la que alcé la voz y se me aceleró la respiración puse en evidencia la frustración que sentía. Un punto para Jared. Me había sorprendido y ahora estaba en una posición de completa vulnerabilidad. Sin tabla salvavidas... y sin ropa.

Me ajusté la toalla por encima del pecho con una mano y me envolví el

cuerpo con la otra. Tenía todas las zonas importantes tapadas, pero el tejido solo me llegaba hasta debajo del trasero y me dejaba al descubierto las piernas. Jared entrecerró los ojos y empezó a bajar la mirada por mi cuerpo... y a bajar más. La cabeza me daba vueltas y me ardía la cara mientras él seguía estudiándome. Sus tácticas intimidatorias eran estelares.

No acompañó su violación con ninguna sonrisa de suficiencia. Su mirada no era sexual como la de Madoc, sino reacia, como si lo hiciera de forma involuntaria. Tensó ligeramente el pecho y su respiración se volvió un tanto agitada. Sentí un hormigueo por el cuerpo y otra sensación que me sacaba de mis casillas se instaló entre mis piernas.

Un momento después, me miró a los ojos y alzó las comisuras de los labios.

—Saboteaste mi fiesta la semana pasada y has atacado a mi amigo. Dos veces. ¿Estás tratando de reafirmar tu posición en este instituto, Tatum?

—Ya era hora, ¿no crees? —No parpadeé y eso me sorprendió.

—Al contrario —respondió. Apoyó los hombros en las taquillas y se cruzó de brazos—. Ahora tengo otros pasatiempos más interesantes que molestarte a ti, lo creas o no. Este año ha sido muy tranquilo sin ver tu cara de engreída y de soy-demasiado-buena-para-todos en los pasillos.

Ya conocía su tono mordaz, pero sus palabras me hirieron y apreté los dientes. Me burlé de él con preocupación fingida.

—¿Qué pasa? ¿El fantástico y malvado Jared se siente amenazado? —«¿Qué demonios estaba haciendo?» Era mi oportunidad, estaba aceptando dialogar conmigo. Debería tratar de hablar con él, ¿por qué no intentaba razonar con él?

Un segundo después, se había apartado de las taquillas y estaba invadiendo mi espacio. Se acercó a mí, apoyó las manos en las puertas de las taquillas, a ambos lados de mi cabeza, y me fulminó con la mirada. De repente olvidé cómo se respiraba.

—No me toques. —Mi intención era gritar, pero lo había dicho en un suspiro. Incluso con la vista puesta en el suelo, podía sentir cómo me asesinaba con la mirada. Tenía todos y cada uno de los nervios del cuerpo en alerta por lo cerca que estaba y todo el vello erizado.

Jared movió la cabeza a un lado y a otro en un intento de atraer mi mirada, con los labios a milímetros de mi rostro.

—Si algún día mis manos tocan tu cuerpo —dijo con tono tranquilo y grave—, querrás que lo hagan. —Acercó los labios todavía más y la calidez de su aliento me acarició el rostro—. ¿Es así? ¿Quieres?

Lo miré a los ojos e inspiré. Tenía pensado decir algo, pero se me olvidó por completo cuando su olor me invadió el cerebro. Me gustaba que los hombres se echaran colonia, pero Jared no llevaba. Bien, fantástico, el idiota olía a jabón. A un gel de ducha delicioso, agradable y dulce.

«¡Mierda, Tate! ¡Céntrate!»

Su mirada seria titubeó al ver que mantenía el contacto visual.

—Me aburro —respondí al fin—. ¿Vas a decirme qué es lo que quieres o qué?

—¿Sabes? —Me miró con curiosidad—. Me ha sorprendido esa actitud con la que has regresado. Antes eras un objetivo demasiado aburrido, lo único que hacías era salir corriendo o llorar. Ahora vienes con ganas de pelea. Tenía pensado dejarte tranquila este año, pero ahora...

—¿Qué vas a hacer? ¿Ponerme la zancadilla en clase? ¿Derramarme zumo de naranja en la camiseta? ¿Difundir rumores sobre mí para que nadie salga conmigo? ¿O vas a pasar al ciberacoso? —No tenía gracia y enseguida me arrepentí de haberle dado la idea—. ¿De verdad crees que cualquiera de esas cosas me sigue molestando? No puedes asustarme.

«Debería callarme, ¿por qué no me callaba?»

Me observaba mientras yo trataba de controlar el temperamento. ¿Por qué siempre parecía tan tranquilo, como si no le afectara nada? Nunca gritaba ni perdía los estribos. Tenía los nervios bajo control y a mí me hervía la sangre hasta el punto de sentirme capaz de volver a la carga con Madoc.

Tenía los ojos al nivel de su boca y se fue inclinando poco a poco. Tenía un brazo estirado por encima de mi cabeza, apoyado en las taquillas, y acercó la cara hasta tenerla a un centímetro de la mía. Esbozó una sonrisa sexi y me costó apartar la mirada de su boca.

—¿Crees que eres lo suficientemente fuerte como para enfrentarte a mí? —El murmullo suave y relajado me acarició el rostro. Si no hubiera sido por

las palabras, el tono de voz me habría calmado.

Debería haberme apartado, pero quería aparentar seguridad en mí misma manteniéndome en el sitio. Podía devolvérsela igual de bien. Al menos eso pensaba.

—Ya veremos. —Nuestras miradas conectaron cuando las palabras desafiantes y ásperas abandonaron mi garganta.

—¡Tatum Brandt! —Conmocionada por el extraño trance en el que me había imbuido Jared, alcé la mirada y vi a la entrenadora y a la mitad del equipo al final de la hilera de taquillas, mirándonos.

—¡Entrenadora! —Sabía que tenía que decir algo, pero me fallaron las palabras. Una sensación de terror enraizó en mi cerebro y se quedó allí mientras buscaba una explicación. Jared estaba inclinado sobre mí, hablándome, en una pose que parecía íntima. La situación no pintaba bien. Algunas compañeras tenían el teléfono en la mano y me encogí al oír el sonido de las fotos. «¡No!»

«¡Mierda!»

—Hay otros lugares para hacer lo que estáis haciendo —me dijo la entrenadora, pero con la mirada puesta en Jared—. ¿Señor Trent? ¡Fuera! —exclamó entre dientes y las muchachas que la rodeaban soltaron risitas con la mano en la boca. Nadie apartó la mirada.

Jared me atacó con una sonrisa petulante antes de marcharse guiñando el ojo mientras salía a las chicas, que parecían emocionadas.

De repente me di cuenta de lo que sucedía y abrí los ojos de par en par. ¡Lo había planeado todo!

—Entrenadora... —empecé, y me ajusté aún más la toalla.

—Señoritas —me interrumpió ella—, marchaos a casa. Nos vemos el miércoles. ¿Tate? Te veo en mi despacho antes de que te vayas. Vístete.

—Sí, señora.

Notaba el pulso en las orejas. Nunca antes me había metido en problemas, y menos en el instituto. Me vestí rápido y me recogí el pelo húmedo en un moño antes de dirigirme al despacho de la entrenadora. Solo habían transcurrido unos minutos, pero me imaginaba que probablemente esas fotografías ya estuvieran en Internet. Me limpié el sudor de la frente y tragué

la bilis que me subía por la garganta.

Jared había caído demasiado bajo en esta ocasión. Había regresado a la ciudad preparada para otro año de acoso y bochornos, pero cuando pensaba en lo que parecía que hacíamos desde fuera se me helaba la sangre. Los rumores de antes tan solo habían sido eso, rumores, pero ahora había testigos y pruebas de nuestro encuentro.

Mañana, la mitad del instituto tendría su propia versión de lo que había sucedido después de ver esas fotografías. Si tenía suerte, la historia sería que yo me había lanzado a sus brazos. Si no, el rumor sería más sórdido.

Jess salió del despacho de la entradora cuando me dirigía hacia allí.

—Hey —me detuvo—, he hablado con la entrenadora. Sabe que Jared te ha tendido una trampa... que no lo habías invitado. Siento haberte abandonado así.

—Gracias. —Sentí un gran alivio. Al menos estaba a salvo de la ira de la entrenadora.

—De nada. Pero, por favor, no le digas a nadie que te he defendido. Como la gente se entere de que le he causado problemas a Jared no me va a pasar nada bueno —explicó.

—¿Le tienes miedo? —Jared ejercía un gran poder en todo el instituto.

—No. —Negó con la cabeza—. Jared es buena gente. Se comporta como un capullo si lo provocan, pero nunca me ha preocupado. Sinceramente, parece que sea a ti a la única a quien quiera tumbar... metafóricamente hablando, claro. —Sus ojos entornados me hicieron creer que le daba vueltas a algo en la cabeza.

—Sí, ya. Qué suerte.

—Jared es alguien importante por aquí y no quiero que la gente se entere de que lo he delatado. —Enarcó las cejas a la espera de que lo entendiera.

Asentí y me pregunté qué narices hacía Jared para merecer la lealtad de nadie.

CAPITULO 7

Los siguientes días estuve todavía más en boca de todos.

Algunos habían oído que Jared y yo estábamos practicando sexo en el vestuario. Otros opinaban que le había dicho que fuera allí con el fin de seducirlo. Unos pocos pensaban que había ido a amenazarme después del episodio con Madoc. Fuera cual fuese la historia que la gente creyera, recibí más miradas y oí más susurros a mis espaldas.

—Oye, Tate, ¿solo follas en el vestuario o también haces mamadas? —me gritó Hannah Forrest, la abeja reina de las malvadas, cuando me dirigía a Cálculo. Sus zánganos se rieron con ella.

Me di la vuelta para mirarlas y me llevé la mano al corazón.

—¿Y robarte a los clientes? —Me tomé mi tiempo para disfrutar de sus caras de asombro antes de volverme y marcharme a clase.

Cuando doblé la esquina, el eco de las palabras malsonantes que profirieron ella y sus compinches me hizo sonreír. Ya me habían llamado zorra antes, pero no dolía como que me llamaran puta. Ser una zorra podía ser una técnica de supervivencia, quizá si pensabas en «zorro» era algo positivo y podías ganarte el respeto de la gente. No existía honor alguno en que fueras una puta.

Seguramente no hubieran castigado severamente a Jared por estar en el vestuario femenino, ya que seguía yendo todos los días al instituto. No me miró ni pareció fijarse en mí, ni siquiera en la clase a la que íbamos juntos. Me había quitado la clase de Informática de las tardes, ya que había completado el temario del último curso en Francia, y había elegido la de Cine

y Literatura ajena a que él también iba a esa asignatura. Se suponía que era una optativa entretenida con muchas películas y lecturas.

—Tate, ¿te sobra un bolígrafo para prestarme? —me preguntó Ben Jamison cuando nos sentamos en la clase. Por suerte, él se había mostrado amable y respetuoso en Francés, a pesar del tema de conversación de todos, y me sentí aliviada por contar con una distracción en lo que a Jared respectaba en esta clase.

—Eh... —Alcancé el bolso para buscarlo—. Creo que sí. Vamos a ver. — Ben me regaló una sonrisa brillante que resaltaba su pelo rubio oscuro y sus ojos verdes. Nuestros dedos se tocaron y aparté la mano rápidamente, por lo que el bolígrafo cayó al suelo antes de que lo recogiera él.

No sé por qué lo había hecho, pero sentí la mirada de Jared clavada en la nuca.

—No, ya lo tengo. —Me detuvo Ben cuando me agaché para recuperarlo—. No dejes que me lo lleve al final de la clase.

—Quédatelo. —Hice un gesto con la mano en el aire—. Tengo más. Además, suelo utilizar lápices. Con todas las clases de ciencias y matemáticas, los necesito. Sobre todo, yo que... borro tanto. —Solo trataba de mostrarme humilde, pero más bien pareció una diarrea verbal.

—Ah, claro, es cierto. Se me había olvidado que hacías todas esas cosas.

Probablemente no se le hubiera olvidado, más bien era que no tenía ni idea. Se me dilataron las fosas nasales al recordar todo el daño que había infligido Jared. Él era el culpable de que los hombres no se interesaran por mí.

—Quiero entrar en Columbia, en Medicina. ¿Y tú? —le pregunté. Esperé que no sonara como si pretendiera alardear, pero con Ben no me sentía cohibida. Su familia era propietaria de un periódico y su abuelo era juez, probablemente él también pidiera plaza en una de las mejores universidades.

—Voy a solicitar plaza en varios lugares, aunque no se me dan bien las matemáticas ni las ciencias. Yo quiero hacer Empresariales.

—Pues espero que te gusten un poco las matemáticas. En Empresariales tienes que estudiar economía, ¿sabes? —señalé. Puso cara de asombro y me di cuenta de que no lo sabía.

—Ya, sí. —Parecía confundido, pero enseguida recuperó su expresión habitual—. Por supuesto, siempre y cuando el nivel no sea demasiado alto—. Sonrió nervioso y oí una risita que provenía de detrás de mí.

—Estás en el comité del baile de bienvenida, ¿no es así? —pregunté en un intento de cambiar de tema.

—Sí, ¿vas a ir? —Parecía emocionado.

—Ya veremos. ¿Has contratado a una banda o habrá *DJ*? —«Que sea banda, que sea banda, que sea banda.»

—Una banda estaría bien, pero suelen tocar solo un tipo de música, por lo que es difícil contentar a todo el mundo. Habrá un *DJ*. Es lo que ha decidido la gente. Amenizará la fiesta con una mezcla de todo: pop, *country*... — Esbozó una sonrisa y se quedó callado. Mientras, yo me esforzaba por seguir poniendo cara de felicidad.

—Ah... ¿pop y *country*? Con eso no hay lugar a equivocación. —Me encogí mentalmente al oír otra risita detrás de mí, más fuerte. Esta vez no lo iba a dejar pasar como antes, así que miré atrás, a Jared, que tenía la mirada gacha mientras jugueteaba con el teléfono. No obstante, vi que tenía los labios curvados en una sonrisa y supe que mi conversación con Ben le estaba entreteniéndolo.

«Idiota.»

Él sabía que odiaba la música *country* y que el pop no me entusiasmaba. A él tampoco.

—¿Entonces te gusta el pop y el *country*? —Volví a centrar la atención en Ben. «Por favor, di que no, di que no.»

—Sobre todo el *country*.

«Uf, eso es peor todavía.»

¿Matemáticas y ciencias? Negativo. ¿Gustos musicales? Negativo. De acuerdo, un último esfuerzo por encontrar algo que tuviera en común con este joven con el que tendría que sentarme en dos asignaturas distintas este semestre. La profesora estaba a punto de llegar.

—He oído que vamos a ver *El sexto sentido* en clase este semestre. ¿La has visto? —Me llegó una notificación al teléfono, pero lo silencié y lo metí en el bolso.

—Sí, hace mucho tiempo. No me gustó, no soy muy aficionado a las películas de suspense y misterio. Me gustan las comedias. Puede que también podamos ver *Borat*. —Arqueó las cejas a modo de broma.

—Oye, Jamison —se manifestó Jared detrás de nosotros con un tono demasiado correcto—. Si te gusta Bruce Willis, *El protegido* es muy buena. Deberías de darle una oportunidad... si es que quieres cambiar de opinión sobre las películas de suspense.

De repente mi mesa se había convertido en el centro de interés. Me negué a volverme para mirar a Jared y las palabras me fallaron al darme cuenta de que aún se acordaba.

Ben se volvió y le respondió:

—Lo recordaré. Gracias. —Se dio la vuelta de nuevo y me sonrió.

Jared era un descarado, quería que me enterara de que se acordaba de que Bruce Willis era mi actor preferido. En una ocasión, cuando mi padre no estaba, vimos *Jungla de cristal* porque papá no me dejaba verla por todas las palabras malsonantes que decían. Jared sabía muchas cosas sobre mí y eso me molestaba. No tenía ningún derecho a divulgar nada acerca de mi persona.

—Muy bien, muchachos —anunció la señorita Penley con un montón de papeles en las manos—. Además de lo que tengo yo, Trevor va a repartiros una plantilla de una brújula. Por favor, escribid vuestro nombre arriba, pero dejad los márgenes norte, este, sur y oeste en blanco.

Tomamos las hojas de papel, apartamos la lista de la señorita Penley a un lado y seguimos las instrucciones de la brújula. Empezar la clase con una actividad era todo un alivio. La presión de la mirada que notaba en la nuca era, cuando menos, una distracción.

—Bien. —La señorita Penley juntó las manos—. Las hojas de papel que os he repartido son listas de películas que contienen monólogos importantes. Ya que hemos empezado a hablar de los monólogos y de su importancia en el cine y la literatura, me gustaría que comenzarais echando un vistazo a algunos de ellos por Internet. En la clase de mañana hablaremos de vuestro primer trabajo, que será presentar un monólogo al resto de la clase.

Una exposición individual, ¡uf! Representar un monólogo, ¡doble uf!

—Además —continuó la profesora—, os pediré que os juntéis con una persona distinta para cada presentación. Sabréis con quién emparejaros gracias a la brújula. Contáis con cinco minutos para ir por la clase para encontrar compañeros al norte, sur, este y oeste. A quien elijáis, por ejemplo, como norte, también os elegiré como norte, y así con todos. Ya sé que es muy básico, pero así os emparejáis con gente distinta.

Trabajar en grupo estaba bien de vez en cuando, pero prefería hacerlo sola. Arrugué la nariz ante la idea de estar todo el curso escuchando «¡En parejas!». Esas temibles palabras...

—¡Venga! —exclamó la profesora. El aula se inundó del sonido de las sillas chirriando por el suelo. Tomé el papel y el lápiz y empecé a buscar a alguien que no tuviera todavía pareja. Al mirar a mi alrededor, vi que los demás estaban apuntando ya los nombres de otros y yo ni siquiera había empezado.

Ben me sonrió y asintió, así que apuntamos nuestros nombres en el este. Al mirar las hojas de los demás y los espacios en blanco, pude asegurarme este y sur con dos chicas.

«Necesito un norte», me dije a mí misma mientras miraba a mi alrededor en busca de otro compañero. Casi todo el mundo corrió a su asiento cuando los cinco minutos terminaron. Miré a Jared, que no parecía ni haberse movido de su sitio. Seguramente todo el mundo se había acercado a él.

Aquello era lo que más odiaba del instituto. La desazón que sentí en el estómago me recordó todas esas veces, antes de ir a Francia, en las que me sentí excluida. El colegio había sido fácil en primaria. Tenía amigos y nunca me había sentido sola en este tipo de situaciones. El instituto me había vuelto menos segura y más introvertida.

Aún me faltaba un compañero, otra vez sobraba. Después de que me hubieran aceptado muy bien en Francia durante un curso, estaba cansada de esta sensación, así que agarré el toro por los cuernos.

—Señorita Penley, me falta el norte. ¿Le parece bien que forme un trío con dos compañeros?

Oí risas en la clase y algunos empezaron a murmurar. Me di cuenta de lo que había dicho.

—Eh, Tate, yo puedo hacer un trío contigo. Mi brújula siempre señala el norte. —Nate Dietrich chocó el puño con su compañero y los demás echaron a reír de nuevo.

Para mi sorpresa, se la devolví:

—Gracias, pero me parece que tu mano derecha se va a poner celosa. — Toda la clase estalló en exclamaciones.

Así de fácil. Decía un par de tonterías propias de alguien inmaduro hoy y recuperaba un poco de respeto por parte de mis compañeros de clase. ¿Quién me lo iba a decir? Me sentí orgullosa y tuve que reprimir una sonrisa.

—¿Necesita alguien un norte? —preguntó la señorita Penley antes de que a Nate le diera tiempo de responder.

Todo el mundo estaba sentado, lo que quería decir que todos tenían compañeros. Me quedé mirando a la profesora a la espera de que me dijera que formara un grupo de tres.

—Puede ser mi norte. —La maravillosa voz de Jared me golpeó por detrás y un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

La profesora me miró expectante. Esto no podía estar pasando. ¿Por qué no se había movido para encontrar un norte como todos los demás?

—Bien, Tate, pues adelante —me animó la señorita Penley.

Me di la vuelta y prácticamente volví a mi asiento resoplando sin dedicar una mirada a mi norte. Anoté «Jared» en la hoja... y diría que también lo hice, por error, en la mesa.

CAPITULO 8

—¿Cuándo vuelves a casa exactamente? —Había hecho ya los deberes de Cálculo y tenía el libro de Política en el regazo mientras hablaba por videoconferencia con mi padre.

—Seguro que estaré para el día veintidós.

Aún quedaban más de tres meses. Tenía ganas de que volviera ya. Me sentía sola sin él aquí para poder contarle cosas. KC y yo salíamos, pero ella tenía novio. Poco a poco iba haciendo más amigos en el instituto, a pesar del último golpe de Jared a mi reputación, pero había decidido quedarme este fin de semana en casa y centrarme en mis planes para la feria de ciencias. Todavía tenía que buscar un tema.

—Estoy deseando que llegues, necesitamos comida de verdad por aquí —repliqué con la taza caliente de sopa de tomate en las manos. Era una cena ligera, pero al estar tan caliente me reconfortaba el cuerpo. Aún estaba acostumbrando a mis piernas al entrenamiento de atletismo.

—Eso no es tu cena, ¿no?

—Sí —lo pronuncié como si se tratara de algo obvio.

—¿Y dónde están las verduras, los cereales y los lácteos?

«Ya estamos.»

—Los tomates de la sopa son las verduras; también tiene leche, pero si lo prefieres, me haré queso gratinado de acompañamiento. —Con mi tono alegre era como si le dijera: «Mira, soy más lista de lo que parezco».

—En realidad los tomates son frutas —respondió él con tono serio para bajarme los humos.

Entre risas, solté la taza y tomé un lápiz para continuar con el guion del trabajo que nos habían mandado sobre Henry Kissinger.

—No te preocupes, papá, estoy comiendo bien. Esta noche me apetecía sopa.

—Está bien, ya no te molesto más. Me preocupas, has heredado mis hábitos de alimentación. Si tu madre viera las cosas que te permito comer se pondría como loca. —Frunció el ceño y me di cuenta de que seguía echando de menos a mamá como si hubiera muerto ayer. Los dos la echábamos de menos.

Un instante después, continuó:

—He pagado las facturas de agosto, ¿de acuerdo? ¿Sigues teniendo dinero en la cuenta?

—No he gastado todo el dinero en una semana. Lo tengo todo bajo control.

Hacía lo mismo cada vez que hablábamos. Tenía acceso ilimitado al seguro de vida que me había dejado mi madre y él seguía preguntándome si tenía suficiente dinero. No iba a volverme loca y gastarme el dinero para la universidad aunque él no me controlara, y lo sabía. A lo mejor es que creía que era su deber como padre hacerlo lo mejor posible desde tan lejos.

Me vibró el teléfono con un mensaje de texto y lo alcancé de la mesita de noche.

Estaré allí en cinco minutos.

—Papá, había olvidado que KC iba a venir. ¿Te importa que te deje?

—De acuerdo, pero mañana me voy y estaré fuera un día o así. Voy en tren a Núremberg a hacer un poco de turismo. Me gustaría que habláramos por la mañana antes de que me marche y que me cuentes lo que estás preparando para la feria de ciencias.

«Ups, mierda.» No he preparado nada porque aún no he decidido cuál va a ser el proyecto.

—Sí, papá —murmuré y dejé la conversación para el día siguiente—. ¿Me llamas a las siete?

—Entonces hablamos mañana, cariño. Adiós. —Y colgó.

Cerré el ordenador, lancé el libro a la cama, me acerqué a la ventana y la abrí de par en par. Hacía tres horas que había terminado las clases, pero el sol seguía brillando con intensidad. En la calle, las hojas del arce crujían por la brisa y algunas nubes salpicaban el cielo.

Me di la vuelta, me quité la ropa del instituto y me puse unos pantalones cortos y lisos de pijama con una camiseta blanca y gris ajustada con las mangas de tres cuartos. Exhalé un suspiro cargado de dramatismo. «Cómo no, en pijama a las seis de un viernes.»

El timbre resonó en la planta inferior y corrí a abrir la puerta.

—¡Hola! —me saludó KC, que entró en la casa con los brazos cargados de bolsas. «¿Pero qué narices?» Si solo iba a peinarme, no a maquillarme.

Me lagrimearon los ojos al oler el perfume que se había puesto.

—¿Qué colonia llevas?

—Es nueva, se llama Secret. ¿Te gusta?

—Me encanta. —«Pero no vayas a prestármela.»

—Vamos a tu habitación. Quiero contar con tu baño cuando vayamos a hacer esto. —KC había insistido en hacerme un tratamiento capilar con miel que había descubierto en la revista *Woman's Day*. Supuestamente reparaba el pelo dañado por el sol, y decía que el mío estaba mal por todo lo que había salido este verano y el entrenamiento de atletismo.

A mí no me importaba el pelo, me parecía que lo tenía bien, pero me apetecía quedar con ella después de esta primera semana tan intensiva.

—¿Puedo poner la silla al lado de la ventana? Está entrando una brisa muy agradable. —La miel iba a ser pringosa, pero el suelo de la habitación era de madera oscura, por lo que sería fácil de limpiar.

—Sí, claro. Quítate la coleta y péinate el pelo.

Me tendió un cepillo y me puse delante de la puerta para disfrutar de la tarde serena.

—Voy a ponerte aceite de oliva para desenredártelo y un poco de yema de huevo para aportar proteínas.

—Lo que tú digas —acepté.

Mientras mezclaba los ingredientes y me traía una toalla para proteger la ropa, vi a Jared sacando el automóvil del garaje a la entrada. Sentí un aleteo

en la barriga y me di cuenta de que tenía los dientes apretados, como pegados con pegamento.

Se le subió la camiseta negra cuando se apeó y abrió el capó. Sacó una servilleta del bolsillo trasero de los *jeans* y la usó para desenroscar algo que había en el capó.

—¿Te gustan las vistas? —La voz de mi amiga me hizo parpadear cuando apareció a mi lado. Aparté rápidamente la mirada.

—Déjalo —murmuré.

—Está bien. Para ser un capullo, es guapo. —Comenzó a humedecerme el pelo con una botella de agua y a pasarme los dedos por los mechones mojados.

—Pero sigue siendo un capullo. —Intenté cambiar de tema—. ¿Y qué tal van los rumores en el instituto?

Me había mantenido alejada de Facebook, Twitter y el blog secreto del grupo de animadoras. Ver fotos mías en toalla, imágenes que quizá ya hubiera visto toda la ciudad, solo iba a darme ganas de subirme a un avión y volver a Francia... o de asesinar a alguien.

KC se encogió de hombros.

—Ya se están acabando. La gente sigue divulgando sus teorías, pero ya no revisten interés. Te lo dije, este año ninguna broma ni rumor va a alejar a los muchachos. Y con este tratamiento capilar vas a estar absolutamente fabulosa. —No podía verle la cara, pero estaba segura de que estaba bromeando. *Absolutamente fabulosas* era una serie de televisión británica que veíamos en el canal Comedy Central hace un par de veranos.

Me quité de la cabeza la idea de contarle lo que me había dicho Madoc en la fiesta de Jared: que me habían fastidiado las citas y lo de todos los rumores. Los dramas que me perseguían año tras año eran vergonzosos y no tenía ningún interés en convertirme en una de esas amigas que siempre se metían en problemas, así que intentaba actuar como si las cosas me preocuparan menos de lo que lo hacían en realidad.

Cuando empezó a cepillarme la mezcla empalagosa del cabello, miré a Jared, que ahora se quitaba la camiseta por la cabeza. Los brazos maravillosamente tonificados quedaron a la altura del betún cuando se dio la

vuelta y le vi el torso cincelado. Se me quedó la boca seca y se me puso toda la piel de gallina.

«Es por la brisa. Sí, es por la brisa.»

—Vaya, ¿todos los días puedes ver eso?

Puse los ojos en blanco.

—No, más bien todos los días tengo que verlo. ¿De qué lado estás tú? — Tenía la intención de que mi queja sonara como una broma, pero no estaba segura de que hubiera sido así.

—Ese muchacho no tiene que hablar para que lo mire. Puedo deleitarme desde lejos.

—Tú tienes a Liam, ¿recuerdas?

Me fastidiaba que babeara por Jared, aunque fuera de broma. Era guapo, pero no hacía falta darle tanta importancia admitiéndolo. Tenía una personalidad de mierda.

—¿Cómo va todo con Liam? —Solo lo había visto de pasada desde que había regresado al instituto.

—Estamos bien. Ya ha preparado el Camaro para el Loop y pasa mucho tiempo en el circuito. Yo fui una vez, pero es muy aburrido estar agarrada de su brazo mientras habla toda la noche de automóviles. Ni siquiera va a participar aún. Al parecer, hay una lista de espera y además va detrás de otros que tienen preferencia, porque eso es lo que la gente quiere presenciar.

Odiaba preguntarle, pero las palabras se me escaparon.

—¿Y cómo es que don Capullo va a participar? —«¿Qué necesidad tenía yo de saber eso?»

—¿Jared? Él es uno de los que no tienen que esperar. Por lo general, puede participar cuando se le antoje. Según dice Liam, suele ir los viernes o los sábados por la noche, pero no los dos días.

—¿Y pasas suficiente tiempo con Liam? —Había percibido un cambio en su tono de voz y en su comportamiento al mencionarlo.

Se encogió de hombros.

—Me siento mal, porque debería interesarme por sus aficiones, supongo. Pero es que, si no va a participar, me siento como un florero ahí a su lado. No conozco a mucha gente ni sé nada sobre automóviles.

—A lo mejor puedes ir solo de vez en cuando. Hacer el esfuerzo por él — sugerí al notar cómo se me cargaba la cabeza por la cantidad de miel que me había echado.

—No sé. —KC me rodeó hasta la ventana y echó un vistazo—. Estoy pensando en que tengo que venir a tu casa más a menudo.

Le di un puntapié en la pierna.

—Mmm... —Devoró a Jared con los ojos y luego volvió a mirarme al pelo—. Odio decirlo, pero me pregunto cómo sería estar con él.

—¡KC! Para ya. Eres mi amiga —le recriminé.

—Lo siento, ¿de acuerdo? Pero cuando has estado fuera no se ha portado tan mal. En serio, no ha sido la persona provocadora que era antes de que te marcharas.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. No sé si tendría algo que ver contigo. Al principio parecía malhumorado, pero después mejoró. Consiguió que lo viera con otros ojos. Antes lo juzgaba por cómo te trataba... de una forma horrible —se apresuró a añadir—. Pero cuando te fuiste parecía distinto. Más humano.

Que el Jared del presente fuera más humano era incomprendible para mí. Era una persona resuelta, segura de sí misma y dura. Ese era el único lado de él que yo había visto desde que teníamos catorce años. Llevaba años sin verlo feliz y estaba bastante segura de que estaba más que encantado con la idea de deshacerse de mí todo un año.

¿Pero por qué iba a estar malhumorado? No tenía sentido. ¿Es que no encontraba entretenimientos sin su juguetito?

«Vaya, pobrecito.»

CAPITULO 9

—¡Uf! —Dejé escapar un quejido gutural en la oscuridad al tiempo que observaba el techo, iluminado por las luces que anunciaban otra llegada en la casa de al lado.

Era más de la una de la mañana y el bombardeo de ruidos festivos que provenía del vecino no cesaba. Me había tapado las orejas con la almohada para ahogar el sonido, pero no servía de nada. Haberle escrito un mensaje a KC para que escribiera a Liam para que él a su vez escribiera a Jared tampoco había servido de nada. Llamar a la policía y poner una denuncia una hora antes tampoco.

No se trataba de la música alta ni del ir y venir constante de los vehículos deportivos con sus pobres motores exhaustos, sino de los gritos y las risas en el patio de Jared. Me gustaba la música alta, pero una fiesta en mitad de la noche que mantenía a todo el vecindario despierto era algo que tenía que acabarse.

Me aparté las sábanas, salí de la cama y me coloqué delante de la ventana. Toda su casa estaba iluminada y bullía de ruidos y actividad. Había algunas personas en el patio delantero, que estaba lleno de vasos de plástico, y también había gente en la parte trasera fumando o dándose un baño en el *jacuzzi*.

«¡Menudo capullo!» Tenía las manos en las caderas y se apretaba con más fuerza de lo habitual. ¿Qué clase de persona no tenía respeto por nadie más? El idiota egocéntrico que vivía en la casa de al lado, supongo. Me esperaba una videoconferencia con mi padre en seis horas y no pensaba quedarme toda

la noche despierta solo porque esos muchachos quisieran emborracharse y drogarse.

«A la mierda.» Me puse las deportivas moradas y la sudadera negra, y bajé a la planta inferior.

Abrí la puerta de la cocina que conducía al garaje y me acerqué a la mesa de trabajo de mi padre, que seguía igual que cuando la dejamos ahí. Alcancé el cortacadenas que había en el cajón inferior de la caja de herramientas y me lo metí por la manga derecha. Con la mano libre, abrí otro cajón y escogí uno de los tres candados que había. Me lo metí en el bolsillo de la sudadera y salí.

Doblé la esquina de mi casa y salí a la parte trasera con el corazón latiéndome más rápido a cada paso. Encontré el agujero que había abierto años atrás en el seto que hacía de barrera entre nuestras casas, aparté las ramas nuevas que habían crecido y me colé. Cuando pasé y eché a andar, oí a los invitados de la fiesta en el jardín trasero, al otro lado del seto. Estaba como a metro y medio de ellos, pero no podían verme.

El jardín de Jared, al igual que el mío, estaba rodeado de verjas a los lados y unos setos altos en la parte de atrás. Cuando llegué a la verja, al otro lado de la edificación, metí la mano por la densa capa de hojas. Intenté apartar las ramas todo lo que pude, pero, aun así, estas parecían agujas y me arañaron las piernas mientras las atravesaba.

La fiesta estaba en su máximo apogeo y había un montón de gente. Lo que quería hacer, tenía que hacerlo rápido.

Miré varias veces en todas direcciones para asegurarme de que nadie me había visto y salí corriendo hacia el lateral de la casa, donde estaba el contador de electricidad. Cuando era pequeña, había pasado suficiente tiempo en su casa como para poder encontrarlo en la oscuridad. Me saqué el cortacadenas de la fina manga y empujé con todas mis fuerzas ambos mangos sobre el candado que aseguraba el panel. Me metí el candado viejo en el bolsillo y seguidamente abrí la puerta del panel y empecé a bajar interruptores.

Intenté no hacer caso de lo que pasaba a mi alrededor, en la casa, ni del repentino silencio de la música y el apagón de luz, ni de los gritos que bramaban «¿Qué coño ha pasado?» que provenían de todas partes. Terminé

de bajar interruptores, me saqué el candado nuevo de la sudadera y cerré el panel con él.

Jared no era tonto. En cuanto se diera cuenta de que ninguna de las otras casas se había quedado sin electricidad, vendría a comprobar el contador de la luz. Tenía que salir de ahí. Rápido.

Salí corriendo con piernas temblorosas, me colé de nuevo en el seto y empecé a resollar. Noté una gota de sudor caerme por la espalda y me entraron ganas de reír, gritar y vomitar al mismo tiempo. No estaba segura de qué ley acababa de romper, pero sí de que me iba a meter en problemas si alguien me descubría. Las piernas me palpitaban con un calor ardiente que me aflojaban las rodillas.

La ansiedad que me provocaba la posibilidad de que me descubrieran hizo que los músculos se me tensaran de vuelta a mi lado del matorral y al interior del garaje. No pude reprimir una sonrisa de oreja a oreja. Me daba miedo que me descubrieran, pero la sensación tras haberle dado una patada metafórica en el trasero me ponía el vello de punta.

Después de la experiencia, ya no me sentía cansada, sino más bien increíblemente bien.

Me aseguré de que las puertas estuvieran cerradas, como de costumbre, y subí las escaleras de dos en dos. Cerré la puerta de mi dormitorio y, con la luz apagada, me acerqué a la ventana y eché un vistazo con la esperanza de encontrarme con que la fiesta se acababa. Examiné el patio delantero y el trasero y, por suerte, vi a varias personas volviendo a sus vehículos. Hice una mueca al darme cuenta de que tal vez poner a gente borracha en la carretera no era la idea más inteligente del mundo.

Vi a más y más personas acercándose a sus automóviles y a algunos que caminaban por la calle hacia sus casas. La única forma que tenía Jared de recuperar la luz era volver a destrozar el candado o llamar a la compañía de electricidad.

Observé el lugar, de la parte delantera a la trasera, y enseguida retrocedí al advertir una luz. Jared estaba en la habitación de su dormitorio con una linterna en una mano y ambas manos apoyadas a los lados del marco de la ventana, por encima de la cabeza.

Y me estaba mirando.

«¡Mierda!»

Se me volvió a acelerar el pulso y un calor abrasador me recorrió todo el cuerpo. Tenía las cortinas negras translúcidas corridas, pero estaba muy segura de que me veía. Tenía la cabeza inclinada en mi dirección, y estaba quieto... demasiado quieto.

Me quité la sudadera, me metí en la cama y decidí negarlo todo si venía a mi casa. «O igual no debería», pensé. De todos modos, no podía hacer nada. A lo mejor sí que quería que él lo supiera.

Me quedé allí tumbada unos dos minutos, resistiendo las ganas de comprobar qué pasaba fuera. No me costaba imaginar que la fiesta estaba quedándose sin gente debido al ruido de los motores que se alejaban por el vecindario. Me invadió una sensación de emoción que me dio energías para querer salir de la cama y ponerme a bailar.

«Soy increíble, soy increíble», canturreé.

Sin embargo, me quedé congelada a media canción y casi me ahogué con mi propio aire al oír una puerta cerrarse en la casa.

¡En mi casa!

CAPITULO 10

—¿Pero qué...? —Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. ¿La vibración que sentía era yo temblando?

Salí de entre las sábanas, alcancé el bate de béisbol que tenía debajo de la cama y salí de la habitación. No tenía ninguna intención de bajar a la planta inferior, aunque era ahí donde había dejado, tonta de mí, el revólver. Quería echar un vistazo por la barandilla para ver si había oído de verdad a alguien entrar en mi casa.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato al ver a Jared sin camiseta doblando la esquina del vestíbulo y subiendo las escaleras. Por la forma en que ascendía los escalones de dos en dos, era evidente que estaba enfadado y listo para cometer un asesinato. Retrocedí hasta mi habitación y dejé escapar un aullido al tiempo que me acercaba a la ventana para intentar escapar. No tenía ni idea de qué planeaba Jared ni de si debía de temerle, pero sí, me daba miedo. Acababa de irrumpir en mi casa y eso me ponía la piel de gallina.

—No, no. —Jared se coló en mi dormitorio y el pomo de la puerta se estampó contra la pared, seguramente, dejando una muesca.

No había forma de que pudiera escapar a tiempo. Me di la vuelta para enfrentarme a él y alcé el bate. Jared me lo quitó de las manos antes de que me diera tiempo a balancearlo siquiera.

—¡Fuera! ¿Estás loco? —Fui a rodearlo en un intento de llegar a la puerta de la habitación, pero me bloqueó el paso. Me sorprendió que no me estuviera estrangulando ya, a juzgar por su mirada. Estaba segura de que estaba a punto de salirle lava por la nariz.

—Has cortado la electricidad de mi casa. —Se le dilataron las fosas nasales al acercarse a dos centímetros de donde yo estaba y mirarme.

—Demuéstralo. —En mi pecho estaba teniendo lugar un claqué. No, se parecía más a un paso doble.

Ladeó la cabeza y curvó los labios de un modo aterrador.

—¿Cómo has entrado? ¡Voy a llamar a la policía! —«Otra vez», pensé. No había servido de nada que llamara antes por el ruido. ¿Vendrían a casa si me asesinaba?

—Tengo una llave. —Pronunció cada palabra de forma lenta y amenazadora.

—¿Y por qué tienes una llave de mi casa? —Si tenía una llave, no sabía si podría llamar a la policía.

—Tu padre y tú habéis estado en Europa todo el verano —respondió con una mueca— ¿Quién te crees que ha recogido el correo?

¿Jared se había encargado del correo? Me dieron ganas de reír. La ironía de que hiciera algo tan ordinario redujo un poco el ritmo de mi corazón.

—Tu padre se fía de mí —continuó—. No debería.

Apreté los dientes. Mi padre y mi abuela desconocían los detalles sobre cómo estaba mi relación con Jared. Si supieran lo mucho que había empeorado, habrían ido a hablar con su madre. Yo no era una llorica y no quería que nadie me rescatara. Me dolía que Jared se mostrara amable con mi padre y se comportara conmigo como un monstruo.

—Vete —siseé.

Se adelantó hacia mí hasta que me vi obligada a retroceder hasta la ventana.

—Eres una zorra entrometida, Tatum. Mantén tu puñetero trasero en tu lado de la verja.

—No dejar dormir a los vecinos los vuelve irritables —espeté.

Me crucé de brazos cuando él apoyó las manos en la pared, a ambos lados de mi cabeza. No sé si fue por la adrenalina o por lo cerca que estaba, pero me vine abajo. Alguien tendría que ceder.

Le miré a todas partes salvo a los ojos. El tatuaje del farolillo encendido que tenía en el brazo era de tonos negros y grises. Me pregunté qué

significaría. Tenía los músculos del abdomen rígidos por la tensión, al menos esperaba que no los tuviera siempre así de tensos. El otro tatuaje, el que tenía en un costado, estaba formado por unas letras imposibles de leer bajo esta luz. Su piel parecía suave y...

Vacíé de aire los pulmones al tiempo que trataba de no hacer caso de la sensación hormigueante en el pecho. «Es mejor que lo mire a los ojos.» Hacía mucho tiempo que no estábamos tan cerca a pesar de que, desde mi regreso, nos habíamos topado varias veces.

Jared debía de haberse dado cuenta de lo mismo, porque endureció la mirada y su respiración se volvió entrecortada. Bajó la mirada por mi cuello, hasta mi camiseta, y sentí que la piel me ardía allí donde él miraba.

Volvió a centrarse y a recomponerse de cara, para luego inspirar profundamente.

—Nadie más se ha quejado. ¿Por qué no te callas la boca y lo dejas estar?
—Se apartó de la pared y comenzó a retirarse.

—Deja aquí la llave —le ordené. Empezaba a acostumbrarme a esta nueva osadía.

—¿Sabes? —Se rio entre dientes y se dio la vuelta—. Te he subestimado. Aún no has llorado, ¿no es así?

—¿Por el rumor que has difundido esta semana? Ni en sueños. —Mi voz era firme, pero mi sonrisa petulante amenazaba con morir.

Estaba disfrutando con nuestro enfrentamiento y con la idea de que lo que había entre nosotros dos por fin llegara a alguna parte, como había dicho KC. Míranos ahora. Jared y yo llevábamos tres años sin estar solos en mi dormitorio. Esto era un progreso. No lo había invitado, claro, pero tampoco había que ponerse tiquismiquis.

—Venga ya, como si tuviera que recurrir a los rumores. Esas han sido tus compañeras de atletismo. Y sus fotos —añadió—. Todo el mundo sacó sus propias conclusiones. —Dejó escapar un suspiro y volvió a acercarse a mí—. Te estoy aburriendo. Supongo que tendré que mejorar la jugada.

Tenía una mirada maliciosa y me hormiguearon los pies por las ganas que me entraron de darle una patada.

«¿Por qué sigue con esto?»

—¿Qué te he hecho yo a ti?! —La pregunta que me perseguía desde hacía años brotó con voz rota.

—No sé por qué piensas siquiera que has hecho algo. Eras muy dependiente y me cansé de aguantarte.

—No es verdad. No era dependiente. —Mis defensas se desmoronaban. Me acordaba muy bien de la historia que compartíamos y sus palabras me dieron ganas de pegarle. ¿Cómo podía haberlo olvidado? De niños pasábamos todo el tiempo juntos cuando no estábamos en el colegio. Éramos los mejores amigos. Él me consolaba cuando lloraba por mi madre y habíamos aprendido a nadar juntos en Lake Geneva—. Tú venías a mi casa tanto como yo a la tuya. Éramos amigos.

—Sí, claro, sigue soñando. —Me devolvió toda nuestra historia y amistad con forma de tortazo en la cara.

—¡Te odio! —grité, y sentía cada palabra. Noté un dolor agudo en la barriga.

—¡Bien! —me respondió con gesto amenazante—. Por fin, ¡porque hace mucho que ni siquiera puedo soportar verte! —Estampó la palma de la mano contra la pared, justo al lado de mi cabeza. Me sobresalté.

Me encogí y me grité mentalmente. «¿Qué nos ha pasado?» Me había asustado, pero mantuve la compostura. Me dije que no me iba a hacer daño, físicamente no.

El cerebro me exigía que echara a correr, que me apartara de él. Por suerte, no derramé ni una sola lágrima, pero el dolor que me habían provocado sus palabras casi hizo que me dieran arcadas.

Tiempo atrás quise a Jared, pero ahora sabía, sin ninguna duda, que «mi Jared» ya no existía.

Tomé una bocanada de aire y lo miré a los ojos. Él parecía buscar mi mirada, probablemente en busca de lágrimas. «Que le jodan.»

Por el rabillo del ojo atisé unas luces parpadeantes en la calle y me volví para mirar por la ventana. Una sonrisa pequeña e insolente asomó a mis labios.

—Oh, mira. Es la policía. Me pregunto qué hará aquí. —Era imposible que hubiera pasado por alto mi insinuación de por qué había llegado la

policía y quién la había llamado. Supongo que al fin habían respondido a mi queja por los ruidos.

Volví la cabeza para mirar a Jared y me deleité con lo furioso que estaba. El pobre tenía cara de que alguien se hubiera hecho pis en su automóvil.

Alzó la barbilla y suavizó el ceño fruncido.

—Te prometo que para la semana que viene estarás hecha un mar de lágrimas. —La venganza inundó la habitación entera.

—Deja aquí la llave —le recordé cuando se disponía a salir.

CAPITULO 11

El sábado por la tarde estaba tumbada en el patio trasero para broncearme cuando llegó KC y se desplomó en una silla junto a la mesa.

—Liam me ha engañado —se lamentó llorando. Tenía la cabeza entre las manos y sorbía por la nariz.

—¿Qué? —Un chillido brotó de mi garganta y alcé la cabeza. Me levanté y me acerqué para sentarme a su lado.

—Anoche lo vi con otra. ¡Según parece lleva un tiempo jugando a dos bandas! ¿Te lo puedes creer? —Se limpió las lágrimas, pero otras siguieron cayendo. Tenía el pelo largo y oscuro como si no se lo hubiera cepillado. KC siempre se vestía para impresionar y nunca salía de casa sin peinarse ni maquillarse. Tenía la cara llena de manchas rojas, por lo que entendí que llevaba un buen rato llorando. Probablemente toda la noche.

—¿Qué viste exactamente? —le pregunté al tiempo que le acariciaba la espalda con movimientos circulares.

—Bueno —comenzó. Se limpió las lágrimas y tomó aliento—. Fui al Loop y él estaba allí. Jared me había dicho que iba a competir anoche, así que aparecí por sorpresa...

—Un momento, ¿qué? ¿Jared? —la interrumpí, confundida—. ¿A qué te refieres? ¿Has hablado con él? —Llevaba dos días sin verlo. Él y KC no eran amigos. «¿Pero qué pasa?»

—Sí... no —respondió vagamente—. Me lo encontré en el trabajo ayer. Fue a ver una película al cine. Mencionó que Liam al fin iba a competir por la noche y que él podía llevarme para darle una sorpresa.

«Agh, ¿en serio era tan tonta?»

—¿Y no te pareció un poco oportuno?

—¿Qué quieres decir, Tate? —Parecía confundida. Se sonó la nariz con un pañuelo que sacó del bolso. Enseguida me sentí culpable por apartar el tema de conversación de Liam y volverlo hacia Jared, pero no podía dejarlo pasar.

—¿Jared, ese muchacho tan amable, se ofrece a llevarte para que le des una sorpresa a tu novio, a quien, qué oportuno, descubres engañándote? KC, Jared sabía en qué estaba metido Liam. —Estoy segura de que hay algún tipo de código entre ellos que les impide meter en problemas a los demás con sus novias. Así pues, ¿por qué había hecho Jared eso?

KC parecía desconcertada y aturdida, y dejó el pañuelo en la mesa.

—Muy bien, pero eso no cambia el hecho de que Liam me haya sido infiel. Jared parecía igual de sorprendido que yo y fue muy amable conmigo.

Claro que sí. Jared separó a Liam y KC, algo bueno, dada la situación, pero sus acciones no nacían de la bondad de su corazón. No estaba protegiendo a KC. Entonces, ¿qué pretendía?

—De acuerdo, ¿y cómo estás tan segura de que Liam lleva tiempo engañándote? ¿Has hablado con él?

—Sí —susurró—. Salí del automóvil de Jared. Él me recogió, ya que solo puedes entrar con invitación, y dimos vueltas buscando a Liam. Lo vi apoyado en su vehículo con una tipa muy sexi vestida como una guarra. Estaban besándose y él estaba toqueteándola por todas partes. No había lugar a dudas. —Empezó a temblarle la barbilla y volvieron a llenársele los ojos de lágrimas, así que metí la mano en su bolso en busca de más pañuelos.

Mi amiga continuó:

—Nos acercamos ¡y esa muchacha se pavoneó diciendo que llevaban meses juntos! ¡Meses! Tengo ganas de vomitar. Le regalé mi virginidad a ese desgraciado y ahora voy a tener que ir a hacerme pruebas por si me ha contagiado algo. —Siguió llorando y le sostuve la mano mientras de desahogaba.

Liam siempre me había tratado con respeto y me sentía fatal por KC. ¡Menudo capullo! Llevábamos años saliendo todos juntos, y había pocas personas en esta ciudad a las que pudiera llamar amigos. Se había convertido

en otra persona en la que no se podía confiar. Yo ya estaba curada de espanto en lo que a las personas respectaba, pero KC no, y odiaba que le hicieran daño. Esto era nuevo para ella.

No obstante, había dos cosas que daba por sentado: Jared probablemente llevara un tiempo sabiendo que Liam le estaba engañando, pero no había interferido hasta ahora. Y la ruptura de KC y Liam le venía bien en su intento de enfrentarse conmigo.

—Siento preguntarte algo tan inútil, pero ¿cómo fue la carrera? ¿Ganó Liam? —Probablemente no había competido. Otro ardid de Jared para llevarla al Loop.

—Nos quedamos un rato, pero fue Jared quien compitió, no Liam.

«Exacto.»

—¿Y eso? Habría estado bien que lo hubieras visto morder el polvo. —Me esforcé porque pareciera que intentaba animarla, pero lo que quería era información.

—Resulta que no iba a competir. Jared lo entendió mal.

«Claro. Ahí estaba su ardid.»

—Pero Jared me dijo que va a asegurarse de que Liam esté entre los competidores de la semana que viene y que va a ganarle por mí. —Soltó una risita, como si eso hiciera que se sintiese mejor.

—¿Va todo bien? —El fin de una relación de dos años cuando tienes diecisiete precisaría de tiempo para que se recuperara.

—Seguro... con el tiempo. Jared fue muy atento y me trajo a casa temprano. Creo que se sintió mal por lo fatal que lo había pasado. En serio, Tate, aunque lo supiera, me hizo un favor. —Se retrepó en la silla y sacó otro pañuelo.

KC se quedó un rato. Nos tumbamos bajo el sol e intentamos animarnos la una a la otra. Estaba claro que ella tenía que asumir que había perdido la virginidad y dos años con ese donjuán, y yo había tenido una primera semana de clase algo menos que estelar.

Liam había engañado a KC. No podía hacerme a la idea. Si existía una historia de amor larga en el instituto, era la de ellos. ¿Por qué me preocupaba tanto el papel de Jared en todo esto? KC creía que era honesto y alguien en

quien poder confiar, yo sabía que tenía un plan. ¿Me escucharía mi amiga si intentaba apartarla de él?

Cuando KC se fue, volví al patio a limpiar y a regar las plantas. Ataviada con un bikini menudo y rojo que me había comprado en Europa pero que solo me atrevía a ponerme en casa, alcancé la manguera y subí el volumen de los altavoces del iPod. *Chalk Outline* sonó a todo volumen al tiempo que rociaba las flores y arbustos con agua.

Empecé a balancear las caderas y los hombros y me perdí en la música.

Un par de árboles frutales decoraban nuestro pequeño patio trasero además de arbustos y otras plantas y flores. El suelo empedrado y el aroma a rosas convertían nuestro oasis en un estupendo lugar de relajación. Cuando hacía buen tiempo, mi padre y yo comíamos casi siempre aquí y yo solía tumbarme a leer en la hamaca. No era un buen lugar para hacer los deberes, pues los pájaros, el viento y los ladridos de los perros suponían una gran distracción.

Hablando de perros...

Oí unos ladridos entusiastas por encima de la música que captaron mi atención. Parecían proceder de cerca, de la casa de al lado.

«¡*Madman!*»

Jared y yo habíamos encontrado a este pequeño Boston Terrier loco cuando teníamos doce años. Mi padre pasaba mucho tiempo fuera y mi abuela era alérgica, así que se lo quedó Jared. El perro estaba loco, pero era totalmente adorable. Lo llamamos *Madman*. Juro que esperaba a propósito a que se acercaran los automóviles para intentar cruzar una calle. Su entretenimiento de cachorro consistía en pelearse con perros más grandes y cuando estaba emocionado saltaba muy alto... lo que sucedía con frecuencia.

Corté el agua y me acerqué a la verja que separaba el jardín trasero de Jared del mío. Eché un vistazo por el poco espacio que había entre los paneles de madera y sentí una gran alegría. El corazón se me enterneció al ver de nuevo a *Madman*.

Hizo eso de «dar saltos mientras ladraba» que hacían los perritos pequeños y alternó entre recorrer el patio corriendo y dar saltitos. Aunque técnicamente era el perro de Jared, en mi corazón ese pequeñajo seguía siendo, en parte, mío.

Encontré un pequeño agujero para mirar... sí, está bien, para husmear. Jared entró en mi campo de visión y me encogí al recordar nuestro último encuentro. Empezó a echarle trocitos de carne a *Madman* para que los alcanzara. El perro los engullía y movía nerviosamente la cola esperando más trozos. El pequeñajo parecía feliz y bien cuidado.

Jared se arrodilló y le ofreció con la mano el último pedazo de carne. *Madman* se acercó a él y le lamió la palma después de devorar el obsequio. Su dueño sonrió y cerró los ojos mientras *Madman* se alzaba sobre las patas traseras y le lamía la cara. Jared sonrió ampliamente y me di cuenta de lo mucho que hacía que no lo veía feliz de verdad. Su sonrisa me hizo un agujero en el estómago, pero fui incapaz de apartar la mirada.

Mientras mi corazón contemplaba la extraña escena de Jared como un humano de verdad, mis ojos echaron un vistazo a su espalda desnuda y las cicatrices borrosas que le marcaban la piel. Qué raro que no las hubiera visto la otra noche, cuando estuvo en mi dormitorio sin camiseta, aunque la luz era tenue entonces.

Dispersos y sin seguir ningún patrón en particular había varios habones, unos cinco más o menos, que le cubrían la espalda musculosa y, de no ser por ellos, suave. Cuando éramos niños, no los tenía. Intenté recordar si había oído que se hubiera lastimado, pero no era así.

En ese momento vibraron en los altavoces los chelos intensos de *Apocalyptica* y *Madman* volvió la cabeza en mi dirección. Me quedé paralizada un instante y entonces decidí retroceder. El perro volvió a ladrar y el sonido de las garras arañando la verja me aceleró el corazón. *Madman* adoraba la música *heavy metal* con chelos que llevaba años escuchando y, por la mirada de sus ojos, me di cuenta de que se acordaba.

Recuperé la manguera del suelo y volví a dejarla caer cuando oí los paneles de la verja temblar. Me di la vuelta y me reí al ver al perro trepar por una de las tablas sueltas y lanzarse hacia mí a toda velocidad.

—¡Hola, amigo! —Me arrodillé y tomé al perrito entre mis brazos mientras este se removía emocionado. Su aliento me acarició el rostro y las babas me resultaron bastante asquerosas, pero estaba feliz de verme y sonreí, aliviada. No se había olvidado de mí.

Me paré en seco al oír la voz de Jared.

—Vaya parece que es la «fastidiafiestas» molestando a todo el vecindario con su ruido.

Me puso los nervios de punta. No tenía ningún problema con mi música, era conmigo.

Levanté la cabeza y me encontré con la mirada sarcástica de Jared. Intentaba parecer molesto con el ceño fruncido, pero yo sabía que no se molestaría en entablar conversación conmigo a menos que encontrara placer en ello. Asomaba por encima de la verja, apoyado en algo que hacía que pareciera más alto.

«Hijo de puta.» ¿Por qué siempre tardaba uno o dos segundos en recordar el motivo por el que lo odiaba?

Tenía el pelo castaño y brillante alborotado.

Me encantaba.

Sus ojos de color chocolate resplandecían de seguridad en sí mismo y le conferían un aire travieso.

Me encantaba.

Sus brazos y pecho tonificados hacían que me preguntase cómo sería tocar su piel.

Me encantaba.

Conseguía que me olvidara de lo horrible que era.

Y odiaba eso.

Parpadeé y centré la atención en *Madman*. Acaricié su pelaje negro y blanco con pasadas largas y suaves.

—La ley de ruidos no empieza en Shelburne Falls hasta las diez de la noche —aclaré y me miré el reloj invisible—. ¿Ves? Queda mucho tiempo.

Madman empezó a mordisquearme juguetonamente los dedos y sacudí la cabeza, incapaz de creerme cómo podíamos retomar la relación justo por donde la habíamos dejado hacía tanto tiempo. Desde que Jared y yo nos habíamos peleado, no le había pedido ver al perro. Los únicos encuentros que había tenido conmigo los últimos años eran accidentales, como el de hoy. Pero desde que había regresado no lo había visto, e incluso después de un año seguía tratándome como si nos hubiéramos visto ayer.

Jared seguía al otro lado de la verja, observándonos en silencio. No sabía qué estaría pensando, pero una parte de mí se preguntaba por qué no había intentado recuperar al perro de inmediato. Casi me parecía amable por su parte permitir que nos viéramos.

No pude reprimir la enorme sonrisa que tenía en el rostro aunque lo intentara. «¿Qué demonios?» El perro parecía tan feliz de verme que el pecho me vibró con una carcajada silenciosa. No había tenido más mascota que *Madman* y después de pasar sola las últimas dos semanas, supongo que me hacía falta un poco de amor. Si la atención de un perro podía provocar esta sensación en mí, no podía imaginarme lo feliz que me pondría al ver a mi padre cuando regresara a casa.

—*Madman*, ven —lo llamó Jared, arrancándome de mi pequeña utopía—. La visita ha terminado. —Silbó y apartó la tabla para que el animal se colara.

—¿Lo has oído? —musité con labios temblorosos—. De vuelta a tu celda, pequeñín.

El perro me lamió la cara y luego le di una palmada en el lomo antes de apartarlo con amabilidad. Jared volvió a silbar y *Madman* atravesó la verja.

—Jared, ¿estás ahí fuera? —lo llamó una mujer.

El aludido se volvió hacia el lugar de donde provenía la voz, pero no respondió.

—Tate, ¿eres tú, cariño? —Katherine, la madre de Jared, se asomó por donde sea que estuviera apoyada para mirar por encima de la verja.

—Hola, señora Trent —la saludé vagamente—. Me alegro de verla.

Su madre tenía buen aspecto con el pelo castaño por los hombros y una blusa elegante. Mucho mejor que la última vez que la había visto. Seguramente se había mantenido sobria el último año.

De niña, solía verla con el pelo recogido en coletas desgreñadas porque con semejantes resacas no se molestaba en ducharse y siempre tenía la piel apagada por la falta de alimentos saludables.

—Igualmente. —En sus palabras se reflejaba una dulzura real—. Me alegro de veros hablando de nuevo.

Por supuesto, no tenía ni idea de que seguíamos enfadados. Al parecer, Jared y yo teníamos eso en común, manteníamos a nuestros padres fuera de

esto.

—¿Por qué no vienes un rato? Me encantaría ponerme al día y saber cómo te ha ido el año.

—Venga ya, ahora no. —La expresión de Jared se retorció por el desagrado, algo que me encantó comprobar.

—Buena idea, señora Trent. Voy a ponerme algo de ropa. —Jared me recorrió con los ojos, como si acabara de darse cuenta de que estaba en bikini. Mantuvo la mirada demasiado tiempo y, a la vez, no el suficiente, lo que hizo que se me pusiera la piel de gallina.

—Muy bien. —Jared suspiró y apartó la mirada—. De todas formas, yo me voy. —Dicho eso, bajó del escalón y desapareció dentro de la casa. Antes de que hubiera llegado a mi dormitorio para cambiarme, oí el resonar del motor de su automóvil y el rechinar de los neumáticos.

CAPITULO 12

—¿Por qué no la he visto en las dos semanas que llevo en casa? —pregunté a Katherine después de hablarle de mi viaje y de los planes que tenía para el último curso.

Se echó más café en la taza.

—Resulta que conocí a una persona hace unos meses y me quedo mucho con él.

Enarqué las cejas, sorprendida, y ella debió de darse cuenta. Negó con la cabeza y esbozó una sonrisa contrita.

—Supongo que no te parecerá muy bien —comentó—. Que deje tanto tiempo solo a Jared. Entre el trabajo, el tiempo que él pasa en el instituto y trabajando y todas esas cosas en las que está metido, no nos vemos demasiado. Creo que es más feliz cuando está solo y, bueno...

La explicación desmesurada y su incapacidad de terminar la frase dejaba en evidencia la decepción que sentía por la relación que mantenía con su hijo más que cualquier otra cosa.

¿Y por qué estaba Jared tan ocupado como para que fuera innecesario que ella estuviera en casa?

—¿A qué se refiere con «las cosas que en las que está metido»? —pregunté.

Katherine frunció el ceño.

—Trabaja en el taller varios días a la semana, compite y también tiene otras obligaciones. Apenas está en casa y, cuando está, suele ser solo para dormir. Pero lo tengo vigilado. Cuando compré teléfonos nuevos para los dos

la Navidad pasada, instalé una aplicación de GPS en el de él para saber siempre dónde está.

De acuerdo, eso no era raro.

—¿A qué otras obligaciones se refiere? —me interesé.

—Oh —musitó con una sonrisa nerviosa—, más o menos en las fechas en las que te marchaste el año pasado las cosas se pusieron bastante feas por aquí. Jared pasaba todo el tiempo fuera. A veces ni siquiera regresaba a casa. Mi... adicción a la bebida... empeoró debido al estrés por el comportamiento de mi hijo. —Se detuvo y se encogió de hombros—. O puede que su comportamiento empeorara debido a mi adicción, no lo sé. Pero estuve un mes en rehabilitación y me desintoxiqué.

Desde que vivía en esta calle, desde hacía ya ocho años, la madre de Jared tenía problemas con la bebida. La mayor parte del tiempo se había mostrado una persona capaz que iba al trabajo y se ocupaba de Jared. Cuando él regresó de visitar a su padre aquel verano, hacía tres años, había cambiado y su madre empezó refugiarse en el alcohol con más frecuencia.

—Se metió en algún que otro problema y después lo solucionó. Pero tuvimos que tomar algunas medidas, los dos.

Seguí escuchándola, desafortunadamente, con demasiado interés por este aspecto de la vida de Jared. Aún no me había explicado cuáles eran las «otras obligaciones», pero no pensaba indagar más.

—Hace unos meses empecé a salir con alguien y me he estado quedando con él los fines de semana, en Chicago. Jared tiene muchas cosas de las que preocuparse y tengo la sensación de que no me necesita. Me quedo aquí la mayoría de las noches entre semana y él sabe mantenerse alejado de los problemas los fines de semana.

Ya, en lugar de irse de juerga a otro lado, traía la juerga a casa.

Habría gente que encontrara lógico su razonamiento, pues Jared ya era casi un adulto, pero yo también tenía una opinión. Por mucho que me gustara esa mujer, la culpaba en gran parte de la infelicidad de su hijo.

No conocía toda la historia, pero sabía suficiente como para entender que el padre de Jared no era un buen hombre. Se había ido cuando él solo tenía dos años, antes de que yo llegara al vecindario. Katherine cuidó de su hijo

completamente sola, pero durante su matrimonio se había vuelto adicta a la bebida. Cuando Jared tenía catorce años, su padre llamó para preguntar si podía ir a visitarlo durante el verano. Jared aceptó alegremente y se marchó varias semanas. No obstante, volvió con una actitud distante y cruel. El problema de su madre empeoró y él se quedó totalmente solo.

Siempre supe, en mi interior, que el problema que Jared tenía conmigo estaba relacionado de alguna manera con ese verano.

Lo cierto era que me sentía resentida con Katherine. Y, aunque no conocía al padre de Jared, también con él. Me atribuiría la responsabilidad si hubiera hecho daño a Jared, pero no tenía ni idea de qué podía haber hecho para merecer tanto odio por su parte. Sus padres, en cambio, lo habían abandonado por completo.

Estuve a punto de preguntarle por las cicatrices de su hijo, pero sabía que no me iba a contar nada. Así pues, en lugar de eso, hice otra pregunta.

—¿Ve a su padre?

La mujer me miró y de inmediato sentí como si me hubiera metido en territorio secreto.

—No —fue lo único que respondió.

Al día siguiente, en la primera clase, estaba tomando apuntes sobre las aproximaciones lineales cuando recibí un mensaje de KC. Le di a escondidas a la pantalla para leer el mensaje y dejé de atender a la clase de Cálculo.

Anoche me escribió Jared.

Tragué saliva. Antes de que me diera tiempo a responder, recibí otro mensaje.

Quería asegurarse de que estaba bien. ¿Ves? No es tan malo.

¿Qué narices quería con ella? KC era guapa. Lo era. También era mi mejor amiga y eso tenía que contar de alguna forma para él.

Le respondí:

¡Trama algo!

Puede, o puede que no, fue su respuesta.

No volví a saber nada de mi amiga hasta la hora del almuerzo. Física, Educación Física y Francés pasaron como un borrón mientras yo reprimía las ganas de escribirle de nuevo.

—Hola —me saludó cuando nos encontramos en la fila para recoger el almuerzo.

—Hola. Venga, cuéntamelo.

—Como te he dicho, me escribió para preguntarme cómo estaba y nos escribimos un par de mensajes después. Simplemente me parece muy amable por preocuparse por mí.

«¿Pensaba que era amable?» Abandonamos la fila después de pagar y salimos afuera al tiempo que yo trataba de averiguar cómo demonios había pasado KC de decir que Jared era un capullo a pensar que era «amable».

—¿Y bien? —Me estaba esforzando por que no se notara que no me importaba en absoluto—. ¿De qué hablasteis después?

—Oh, de poca cosa... aparte de que cortaste la electricidad de su casa. —Se lo tomó a broma, pero me fijé en que no pareció divertirse tanto como yo pensaba. A lo mejor estaba enfadada porque no se lo había contado.

—Ah, sí. —Me costó encontrar las palabras adecuadas. ¿Jared me había criticado? —La fiesta de ese idiota era demasiado ruidosa, así que la corté. —Me aclaré la garganta. Al decirlo en voz alta no sonaba tan bien.

Nos sentamos a una mesa y empezamos a comer. Ella se quedó en silencio, pero la descubrí mirándome entre bocado y bocado.

—¿Qué? —pregunté irritada—. Me dijiste que le siguiera el juego, ¿no te acuerdas?

—¿Le pediste al menos que la bajara?

—No. —Mi respuesta sonó más bien a pregunta por el tono chillón que empleé—. Bueno, sí. Otro día lo hice. —Empezaba a sentirme como si estuviera en un juicio.

—¿Y qué pasó? —Se quedó quieta con un botellín de agua en la mano.

—Pues no cooperó. Así que... los asusté a todos gritando que venía la policía. La gente se marchó. —Eché la cabeza atrás y tomé un sorbo de agua

para evitar mirarla a los ojos. Seguía sintiéndome orgullosa de esa noche, pero estaba claro que a mi amiga no le parecía divertido. Puso los ojos en blanco.

—Tate, cuando te dije que le siguieras el juego, me refería a...

—¡Te referías a que le siguiera el juego! —repliqué—. No mencionaste que fuera amable con él. ¿Es que estás defendiéndolo?

¿Qué había pasado? Me sentía como si me encontrara en zona desconocida y la identidad de KC hubiera sido suplantada.

—Lo único que digo es que Jared ha intentado hablar contigo. —Su tono era tranquilo, lo contrario al mío—. Eso es todo. Ahora parecees tú la acosadora. Has fastidiado dos de sus fiestas, le has roto la nariz a su amigo y le has dado una patada en los huevos a ese mismo amigo.

«¡Estupendo! ¡Sí, estupendo! ¿Ahora quiere hacerse la víctima?»

—No te ha contado toda la historia —escupí—. Se coló en el vestuario femenino cuando me estaba vistiendo.

Mi amiga frunció el ceño y pareció confundida.

—Pero solo fue a hablar contigo, ¿no? ¿Te tocó? —Por suerte, al fin mostraba algo de preocupación por mí. Me daban ganas de arrancarle la cabeza.

—No me atacó, por supuesto —respondí a la defensiva. Durante un instante, consideré la opción de contarle que había entrado en mi casa, pero hacerlo sería conseguir que fuera a hacerle preguntas que él respondería... a su manera.

—Tiene problemas —comentó—, pero, como ya te dije, entre vosotros dos pasa algo que no habéis solucionado. No creo que sea tan mala persona.

Me cayó una gota de sudor por la frente y tomé una bocanada de aire.

—KC, Jared significa problemas, ya lo sabes. Es un capullo y no quiero que busques excusas para defenderlo. No se lo merece.

Se encogió de hombros, seguramente para evitar discutir, pero no iba a ceder. La discusión había terminado y, por primera vez, me dieron ganas de estrangular a mi mejor amiga. Mi única amiga, en realidad.

—¿Has hablado con Liam después de lo del sábado por la noche? — Cambié de tema y le di un bocado al bocadillo de pollo.

—No, y no podría importarme menos —contestó con tono cortante y centró la atención en su teléfono.

—Ajá —murmuré, sin estar muy convencida.

Liam y KC habían estado juntos más que cualquier otra pareja que conociera. Me costaba hacerme a la idea de que a ella no le importara su traición ni perderlo. Si yo fuera ella, no creo que fuera capaz de perdonarlo, pero eso no significa que no me sintiera herida.

—Hola, Tate, ¿qué tal estás? —Ben Jamison se sentó en el banco, a mi lado, con el mismo buen aspecto de siempre. No teníamos nada en común, pero era guapo y me hacía reír.

—Hola, estoy bien, ¿y tú?

Últimamente había hablado varias veces con él. Parecía que no le importara el rumor de Jared y yo en el vestuario.

—Bien... —Pronunció la palabra como si estuviera nervioso y no supiera qué decir a continuación—. Mientras has estado fuera han abierto un restaurante mexicano, Los Aztecas, y me preguntaba si me permitirías disculparme por haber sido un idiota al no haberte pedido salir mucho antes y si querías que fuéramos a cenar esta semana. —Arqueó las cejas y aguardó.

Una carcajada brotó de mi garganta por la sorpresa. Era refrescantemente honesto.

—Oh, bueno... —Busqué las palabras adecuadas—. ¿Cómo puedo saber que no te comportarás como un capullo en la cita? —lo reté. KC soltó una risita a mi lado.

Ben sonrió con la mirada y se mordió el labio inferior. Estaba claro que algo le pasaba por la cabeza. Arrancó una hoja de papel de una libreta y empezó a escribir. Un minuto después, me pasó la hoja y se marchó. Miró por encima del hombro solo una vez y me dedicó una sonrisa triunfante; después, se volvió y desapareció dentro de la cafetería.

—¿Qué pone? —KC echó un vistazo a la nota que tenía en la mano y le dio un bocado al enrollado con pollo.

Desdoblé el papel y sonreí. Había escrito un contrato:

A quien corresponda:

Prometo llevar a Tatum Brandt a cenar. Es guapa, inteligente y adorable. Debería de considerarme afortunado si me dice que sí.

Si me comporto como un capullo es que soy un idiota tonto y descerebrado. Todo aquel que lea esta nota cuenta con mi permiso para tomar represalias si fuera necesario.

El superhéroe más atractivo, divertido y rico del instituto.

Ben Jamison

Le pasé la nota a KC y la observé mientras se esforzaba por no escupir la comida al reírse. No pasaron ni tres segundos cuando recibí un mensaje.

¿Te recojo esta noche a las 7?

No me dejaba mucho tiempo para pensarlo. Desde que había regresado, estaba usando el vehículo de mi padre, así que le respondí y le dije que nos veríamos en el restaurante. Prefería tener la opción de marcharme cuando me apeteciera.

¡Me parece bien!, me contestó enseguida.

No pude borrar la sonrisa de la cara y KC me miraba con curiosidad.

—¿Y bien? —me preguntó con la boca llena.

—Me va a llevar a cenar esta noche. —Aunque estaba emocionada por tener una cita de verdad, mi tono de voz era despreocupado. Ben parecía un buen muchacho, pero el corazón no me latía desbocado cuando estaba conmigo. ¿Se suponía que tenía que hacerlo?—. Hemos quedado a las siete.

Mientras estudiaba fuera había tenido varias citas, pero ninguna de ellas pasó a ser más que una amistad. Ben y yo teníamos intereses distintos, pero tampoco es que tuviera a chicos llamando a mi puerta últimamente. Podía soportar tener una cita con él, y a lo mejor hasta me sorprendía.

—Qué bien. Llámame esta noche cuando regreses a casa y me cuentas qué tal ha ido.

Probablemente supiera que seguía poniéndome nerviosa cuando me prestaban atención. Después de tanto tiempo sin confiar en las personas y siendo ignorada por la gente de fuera de mi círculo, tenía la mente empañada por la idea de que uno de los muchachos más guapos de la clase me pidiera salir.

«¡Paranoica!», me reñí.

Después del último rumor, las cosas parecían haberse calmado. Al parecer habían descubierto a la señora Fitzpatrick, la profesora de Teatro, en una cita con el señor Chelsea Berger, así que yo era agua pasada... por ahora.

La cita con Ben comenzó con este calmando los ánimos, por decirlo de alguna forma.

—Nunca me he creído ninguna de esas mierdas sobre ti, Tate. Tengo que admitir que al principio me reía, pero después bastaba con mirarte o ver cómo te comportabas en clase para saber que algo fallaba. —Tomó un sorbo del refresco y añadió—: Además, pareces muy limpia como para tener piojos.

Negué con la cabeza y sonreí por todos esos rumores estúpidos.

—Pues serías uno de los pocos en pensar así. Sé sincero, fue la foto en la que salía con la toalla la que te convenció, ¿eh?

Casi se atragantó con una patata al reír. Me parecía una gran idea dejar de lado toda la mierda de los años pasados. Con Jared todo era drama. Con KC también. Quería que las cosas fueran sencillas con Ben, solo deseaba pasármelo bien esta noche.

Comimos enchiladas y bromeó diciendo que, si abrieran un restaurante de *sushi* y comida mexicana, no comería nunca en otro lugar. Aunque no me gustaba mucho el *sushi*, me reí por el concepto tan chistoso.

—¿Por qué me has pedido salir? —Mojé una de las patatas que quedaban en la salsa y le di un bocado.

—¿La verdad? Llevo mucho tiempo queriendo hacerlo, pero nunca he tenido el valor. Estás en mi lista de deseos.

No estaba segura de si se trataba de un cumplido o de un insulto.

—¿A qué te refieres? —Igual esta cita acababa antes de lo previsto.

—Ya sabes, una de esas listas de cosas que hay que hacer antes de morir. Quería conocerte mejor, siempre me has interesado. Y entonces volviste de Europa, te vi el primer día de clase y no pude apartarte de mi cabeza.

Entrecerré los ojos mientras lo escuchaba. Durante la mayor parte del tiempo había mantenido la cabeza gacha en el instituto sin saber que le

gustaba a Ben. No pude evitar pensar en lo diferente que habría sido mi estancia en el instituto si Jared nunca se hubiera puesto en mi contra.

—¿Y los rumores te han asustado todos estos años? Qué cobarde —lo reprendí con sarcasmo.

Me sorprendió que pudiera plantear tal observación con tanta facilidad. Con él no me ponía nerviosa y tenía los hombros relajados. En un rincón de mi mente surgió la idea de que eso significaba que no me importaba lo que él pensara.

Se inclinó hacia delante con los labios torcidos hacia arriba.

—Espero enmendar eso esta noche.

—Por ahora lo estás haciendo bien.

Salimos del restaurante y nos reímos mientras caminábamos por la ciudad, hablando de nuestros planes para la universidad. Íbamos de vuelta al aparcamiento y me quedé sin aliento cuando se acercó para besarme. Me sorprendió que sus labios fueran suaves y amables, y la calidez de su cercanía me instó a acercarme más a él. Apoyé las manos en su pecho y él me envolvió con los brazos. No intentó introducir la lengua en mi boca. Fue un beso prudente... cómodo.

Definitivamente, no como debería de ser.

No experimenté ninguna de las emociones de las que me había hablado KC cuando estaba con un chico que le gustaba. No se trataba del tipo de emoción que había leído en libros acerca de alumnas de instituto y ángeles caídos. Y no sentí el calor latente que notaba cuando estaba con... «¡No, no!»

Paré en seco el rumbo que estaban tomando mis pensamientos. «Eso no es atracción», me dije. Solo es adrenalina por las peleas. No podía controlar la forma en que reaccionaba mi cuerpo con él.

—¿Puedo llamarte? —susurró.

—Sí —asentí, un poco avergonzada por tener en la cabeza a otro en aquel momento.

Quería volver a salir con él. Tal vez esta noche no había surgido la chispa, pero yo estaba estresada y él merecía otra oportunidad. A lo mejor solo necesitaba tiempo.

Ben esperó a que entrara en el automóvil antes de irse. Alcancé el teléfono

y le escribí un mensaje a KC para compartir con ella los detalles de mi cita. A pesar de tener dudas sobre si me sentía atraída o no por él, me lo había pasado bien y me alegraba poder contarle buenas noticias.

¿Puedo ir a verte?

¿Te lo has pasado bien?, me preguntó.

Sí, pero quiero hablar contigo... en persona. «No voy a mantener toda esta conversación por mensaje de texto.»

¿Ha sido amable?

¡Sí! Ha estado bien, no te preocupes. Es solo que estoy emocionada y quiero hablar contigo. La impaciencia casi me hizo arrancar el vehículo y dirigirme a su casa sin esperar respuesta.

Tengo que trabajar hasta tarde. ¿Nos vemos mañana antes de clase? Hundí los hombros al leer su respuesta. Me encontraba muy cerca de donde trabajaba, pero no quería ir allí a molestarla.

De acuerdo, está bien. Buenas noches, respondí.

¡Buenas noches! Me alegro de que te hayas divertido.

En ese momento oí el rugido del motor de una motocicleta que hacía un cambio de sentido junto a mi vehículo. Se detuvo al otro lado de la calle, a unos cuarenta y cinco metros de donde estaba yo, delante del cine Spotlight, donde trabajaba KC. Me hormiguearon los dedos al ver a Jared y todo lo demás quedó paralizado. Dejó el motor encendido mientras permanecía sentado en la moto, manteniendo el equilibrio con una pierna a cada lado. Se sacó el teléfono de la sudadera negra y me dio la sensación de que escribía... y esperaba.

Menos de un minuto después, KC salió dando saltitos del cine y se acercó a él corriendo. Se inclinó y le tocó el brazo.

«Hijo de...»

Me costaba respirar. «¿Qué demonios están viendo mis ojos?»

Vi cómo ella le sonreía. Él le devolvió la sonrisa, pero no la tocó. Mi amiga se mostraba muy íntima con él. Jared se quitó el casco y se lo ofreció a ella tras pronunciar unas palabras. No le sonreía con suficiencia ni le dedicaba las miradas amenazantes que tenía reservadas para mí. Mi amiga le pasó los dedos por el pelo revuelto, aceptó el casco y se lo puso en la cabeza. Él le ajustó las correas y ella se subió a la moto detrás de él y le envolvió el

torso con los brazos.

Me agaché en el asiento cuando pasaron junto a mí. Los dos conocían el automóvil de mi padre, pero esperaba que no lo hubieran visto. De todas formas, no creía que fueran a pararse a saludar.

Sentí que se me clavaban agujas en la piel y me pitaban los oídos. Me dolía la garganta de reprimir las lágrimas.

Había engatusado a KC.

KC me había mentido al decirme que trabajaba hasta tarde.

Lo había rodeado con los brazos.

No sabía con quién de los dos estaba más enfadada.

CAPITULO 13

Después de pasar allí sentada más minutos de los que quería admitir, me calmé lo suficiente como para conducir.

Durante todo el tiempo que transcurrió hasta que llegara a casa y saliera al porche, imaginé mentalmente varias versiones de conversaciones con KC y una gran variedad de monólogos dirigidos a Jared, incluyendo todas mis palabrotas preferidas. Cuanto más hablaba conmigo misma, más me enfadaba. Gritar, llorar, pisotear un plástico de burbujitas... todas eran buenas ideas en este momento.

¿En qué estaba pensando KC? Aunque Jared hubiera sido amable con ella, ¿merecía la pena hacer daño a su mejor amiga?

Ya sabía cuál era la intención de Jared. Estaba intentando poner a mi amiga en mi contra. KC era muy consciente de lo que él me había hecho, pero Jared la había engatusado. Le había mostrado que su novio le estaba engañando. Liam le había roto el corazón y Jared había recogido las piezas rotas. ¿Cómo podía ser mi amiga tan ingenua?

Tenía que saber que él la estaba utilizando, pero ¿cómo decírselo?

Con el fin de mantenerme ocupada para no cometer ninguna insensatez, terminé los deberes de Cálculo, acabé la lectura para Política y saqué del frigorífico y de los armarios los alimentos caducados. Cuando ya me sentía exhausta de realizar tantas tareas, dejé de hablar conmigo misma y subí a la planta de arriba a darme un baño.

Más o menos una hora después de salir de la bañera, el zumbido de la moto de Jared resonó en la calle. Salí de la cama para espiar por la ventana.

Según el reloj, era medianoche y calculé que hacía tres horas desde que lo había visto con KC.

«¡Tres malditas horas! ¿Qué habían estado haciendo?»

Llegaba solo a casa. Al menos eso era buena señal.

Cuando aparcó en la entrada, atisbé los faros de otro vehículo que paraba de golpe delante de su casa. Jared bajó de la moto y se quitó el casco, pero lo sostuvo con la mano. Se acercó al vehículo para encontrarse con los ocupantes. El conductor y el copiloto ya se habían apeado del vehículo y estaban frente a Jared.

«¿Qué es esto?»

Jared los sobrepasaba, no solo en altura, sino también en constitución. Ya era alto con catorce años, pero ahora superaba el metro ochenta. A juzgar por la expresión de su rostro, estos muchachos no eran amigos.

Abrí la ventana para ver mejor. Jared movió el casco en el espacio que los separaba. Las otras personas gritaban e intentaba adelantarse. Entendí las palabras «que te jodan» y «supéralo». Siguieron gritándose entre ellos, sin discreción.

De repente me quedé sin aliento. La pelea parecía estar desmadrándose. «¿Debería de llamar a la policía?»

Por mucho que se adelantaran a él, Jared no retrocedía. No obstante, tenía todas las probabilidades en contra. «Joder, Jared, vete de ahí.»

Uno de los hombres lo empujó y me encogí. Jared reaccionó abalanzándose sobre él y empujándolo con el cuerpo hasta que este se vio obligado a retroceder.

En ese momento, apareció a toda velocidad el GTO de Madoc y se detuvo chirriando. Cuando los extraños lo vieron salir del vehículo y correr en su dirección, empezaron a asestar puñetazos a Jared. El casco se deslizó de entre sus dedos y se estampó contra el suelo.

Jared cargó contra uno de los muchachos y cayeron al suelo enzarzándose en lo que parecía una pelea de artes marciales. Rodaron por el suelo, golpeándose.

Tomé el teléfono que estaba junto a la cama, salí corriendo de la habitación y bajé por las escaleras. Abrí el cajón de la mesita de la entrada y

alcancé la Glock-17 que mi padre me había dicho que guardara ahí cuando estuviera sola en casa.

Agarré el pomo de la puerta. «¿Llamo a la policía o salgo?» Todo esto habría acabado antes de que la policía llegara. «A la mierda.»

Abrí la puerta y salí al porche. Los agresores estaban en el patio delantero de la casa de al lado, y Madoc y Jared estaban sentados a horcajadas sobre sus oponentes, pegándoles sin parar. El corazón me latía acelerado, pero no podía apartar la mirada. La necesidad de salir afuera disminuyó al darme cuenta de que Jared estaba ganando.

Me quedé hipnotizada por la pelea que tenía lugar delante de mí y parpadeé cuando oí un aullido de disgusto de Jared. Su oponente, un muchacho mayor con tatuajes, había sacado un cuchillo y se lo había clavado en el brazo. Bajé las escaleras con la pistola en la mano justo a tiempo de ver a Jared alcanzar el casco y golpear al agresor con él en la cabeza, que cayó redondo al suelo, gimoteando y con la frente empapada en sangre. A su lado estaba el cuchillo, en la hierba. Jared se puso en pie y se cernió sobre él, que estaba prácticamente inconsciente.

Madoc estampó el puño una vez más en el vientre de su oponente y, tomándolo por el hombro, lo lanzó al suelo, al lado de su Honda.

Jared dejó a su oponente sangrando y sin apenas moverse en el suelo mientras se examinaba el bíceps izquierdo. Tenía la manga de la sudadera negra empapada en sangre y brillaba en la parte donde le habían cortado. Miré con preocupación la mano del brazo. Por los dedos goteaba un reguero de sangre. Tuve el breve impulso de acercarme y ayudar, pero me resistí. La amabilidad tan solo me estallaría en la cara. Él y Madoc iban a necesitar que los llevaran a Urgencias, pero, como era una noche de diario, la madre de Jared debería de estar en casa.

Jared se acercó al Honda, levantó el casco por encima de la cabeza y lo estampó contra el parabrisas con un ruido ensordecedor. Repitió el movimiento, una y otra vez, destrozando el parabrisas hasta que quedó hecho añicos e inservible.

Cuando volvía a la casa, se detuvo al lado del hombre que había en el suelo.

—En el Loop ya no eres bienvenido. —Lo dijo en voz baja y fatigada, y el tono que empleó era siniestramente tranquilo.

No podía hacer otra cosa que quedarme ahí, paralizada e impactada por la escena que acababa de presenciar.

Cuando Madoc se agachó para alzar al otro, su atención recayó sobre mí.

—Jared —lo advirtió. El aludido siguió su mirada y me vio.

Me di cuenta, demasiado tarde, de que estaba allí con una pistola... al descubierto y en pijama. La camiseta de Three Days Grace y los pantalones cortos rojos me cubrían, pero eran ajustados. Estaba descalza y con el pelo suelto. Tenía la Glock fuertemente agarrada con la mano derecha, que colgaba de mi costado con el seguro puesto. «¿Estaba puesto el seguro? Sí, sí estaba puesto... Creo.»

A Madoc le sangraba la nariz, que de nuevo tenía rota, pero me sonreía.

Jared tenía un aspecto... peligroso. Me examinó y sus ojos oscuros y cejas severas me hicieron sentir aún más expuesta de lo que ya me sentía. Tenía las manos apretadas en puños y su mirada recorría con cautela mi cuerpo hasta llegar al arma que tenía en la mano. Sentí cómo manaba de él una energía en oleadas cálidas.

«¡Qué idiota!» ¿En serio quería ayudarlo?

Enarqué una ceja y apreté los labios en un intento de parecer enfadada.

¡Era un capullo por haber traído todos estos problemas a nuestra calle! Me di la vuelta, subí rápidamente los escalones del porche y cerré la puerta al entrar.

Esa noche me llevé el arma a mi cuarto, aunque no estaba segura de saber de quién me estaba protegiendo. Una condenada pistola no iba a alejar esos ojos marrones de mis sueños.

CAPITULO 14

El sonido de burbujas que venía del ordenador sonó temprano a la mañana siguiente notificándome de que tenía una llamada.

—Hola, papá —lo saludé medio dormida tras aceptar la llamada.

—Buenos días, Calabacita. Me parece que te he despertado, ¿durmiendo hasta tarde hoy? —Parecía preocupado.

Miré el reloj del ordenador y vi que eran las seis y media.

—¡Maldita sea! —Aparté las sábanas y corrí al armario—. Papá, ¿podemos hablar cuando llegue a casa esta noche? Tengo que estar en el laboratorio en treinta minutos.

Los martes y los jueves eran los días en los que el doctor Porter, mi tutor y profesor de Química en segundo, podía recibirme, así que decidí ir al laboratorio esas mañanas para preparar la investigación para la feria de ciencias.

—Sí, claro, pero para mí será muy tarde... o temprano, en realidad. Mira, solo quería decirte que la abuela va a ir esta noche.

Metí la cabeza en el armario y reprimí un gruñido.

—Papá, ¿es que no confías en mí? Estoy bien yo sola. —Casi me sentía como si le estuviera mintiendo. Lo de la noche anterior, KC y luego la pelea... todo me sobrevino de repente y me dieron ganas de golpear algo.

—Yo confío plenamente en ti... pero tu abuela no. —Soltó una carcajada—. Le preocupa que estés sola, así que me ha dicho que va a quedarse unos días, puede que una semana, para echarte una mano. Después de todo, eres menor de edad y ella no para de leer noticias de esas de «Esclavos sexuales

en los suburbios». Se preocupa.

A mi padre y a su madre no les gustaba la idea de que viviera sola tres meses, pero mi deseo de pasar mi último curso en mi instituto había vencido.

Me enfundé unos *jeans* ajustados, me puse la camiseta de manga larga ajustada violeta y salí del armario.

—Si eso hace que se sienta mejor... Pero ya lo ves, estoy bien. —Exhalé un suspiro.

—Ni siquiera estoy seguro de lo que dice la ley acerca de esto. Te mantienes alejada de los problemas, ¿no? —Entrecerró los ojos y yo me puse unos zapatos negros planos.

Mi padre se mostraba tranquilo con la mayoría de las cosas, pero tratar de comportarse como un padre conmigo desde Alemania lo estaba volviendo loco. Esta era la séptima vez que hablábamos en las últimas dos semanas. Con la diferencia horaria, era todo un logro.

—Por supuesto. —Casi se me atragantaron las palabras. Si es que podía llamarse mantenerse alejada de los problemas a salir corriendo de la casa con la intención de disparar a dos vándalos—. En un par de semanas cumpliré los dieciocho, enseguida dejaré de ser menor.

—Ya lo sé. —Exhaló un suspiro—. Bueno, te dejo. Esta noche vuelve a casa para la cena, hazlo por tu abuela.

—Sí, señor. Mañana por la mañana te llamo, ¿te parece bien?

—Hablamos mañana entonces. Que tengas un buen día, Calabacita. —Y colgó.

La barrita de cereales y el cartón de zumo que tomé antes de salir de la casa me satisficieron durante el tiempo que pasé en el laboratorio, pero cuando sonó el primer timbre, me empezó a entrar hambre. Entre que KC no había aparecido y que tampoco me había escrito esa mañana, corrí irritada por el pasillo hasta la cafetería en busca de una máquina expendedora antes de ir a clase.

Mi concentración estaba tomando cinco rumbos distintos esa mañana. Se me había olvidado ir a la ferretería a por suministros la noche anterior, por lo

que todo el trabajo que quería haber hecho esa mañana se redujo bastante. Después de romper un vaso de precipitados y estar a punto de quemarme la mano con el mechero Bunsen, me marché del laboratorio antes de terminar matándome.

Me dolía la mandíbula de apretar los dientes toda la mañana. Seguían asaltándome imágenes de las piernas de KC entre las caderas de Jared en la moto. Las suposiciones de lo que podría haber pasado esa noche si el cuchillo hubiera acabado en el cuello o el estómago de Jared en lugar de su brazo me pasaban por la mente.

Doblé la esquina y me detuve de inmediato.

«¿Qué? ¡QUÉ!»

KC estaba de pie contra la pared amarilla que había al lado de la puerta de la cafetería y Jared estaba apoyado en ella. Tenía el brazo contra la pared, encima de la cabeza de mi amiga, y la cabeza agachada, con los labios a escasos centímetros de los de ella. Se le subió un poco la camiseta blanca que llevaba y se le vio una fracción de piel ahí donde Jared la acariciaba con el pulgar suavemente mientras la agarraba por la cadera.

Le dijo algo junto a los labios, y el pecho de KC subió y bajó al respirar profundamente.

«No.»

El corazón se me aceleró y una corriente cálida me recorrió el cuerpo. Vi cómo Jared atrapaba los labios de ella con los suyos. Presionó lentamente el cuerpo contra el suyo y ella le pasó los brazos por el cuello. Sentí náuseas y me ardieron los ojos al ver a KC comportarse como si estuviera en un bufé, saboreando todos los postres de una vez.

«¡Menuda bruja!»

«Un momento.» Debería de enfadarme con él; si no más que con ella, al menos igual. Jared la había perseguido y sabía con toda seguridad que había sido para hacerme daño a mí. ¿Por qué quería que ella se alejara de él en lugar de querer que él se alejara de ella?

Por suerte, casi todo el mundo estaba ya en clase. Si no fuera así, estarían montando todo un espectáculo. Yo era su único público.

Cuando volví a mirarlos, los labios de Jared seguían devorando los de ella.

Le mordisqueó la boca antes de pasar a su cuello, y consiguió un gemido de placer de su parte. Ella tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior, poniéndose por completo en las manos de él. Jared parecía besar bien y yo me había quedado sin aliento y con un fuerte dolor en el pecho. Me encogí al ver la delicadeza con la que hundía los labios detrás de la oreja de mi amiga.

«Dios mío.»

Sonó el segundo timbre. Nos quedaba un minuto para llegar a clase. KC se sobresaltó y se rio por la interrupción. Jared le dedicó una sonrisita antes de darle un golpecito con el dedo en la punta de la nariz. Cuando ella se volvió para ir a clase, le dio una palmadita en el trasero.

Retrocedí en la esquina. Si Jared no la seguía, entonces vendría en esta dirección, y no quería que supiera que había presenciado su escenita. Mi enfado alimentaba su hambre y no quería perder el orgullo que había ganado con él.

—Hola, amigo. —Oí la voz de Madoc cuando este atravesaba la puerta de la cafetería—. ¿Esa era KC? ¿Todavía no te la has follado?

Jared soltó una carcajada y oí que sus pasos se acercaban.

—¿Y quién dice que no lo he hecho?

Tragué saliva.

—Porque nunca te hemos visto con una tipa una vez que te la has follado. Dudo que esperes siquiera a quitarte el condón antes de olvidarte de cómo se llaman.

Jared se detuvo justo delante de las escaleras, enfrente de la puerta en la que yo estaba escondida. Juntó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Y tú no? —le preguntó a la defensiva. Se metió las manos en los bolsillos de los *jeans*. La camiseta blanca y la térmica negra le colgaban sobre el torso.

—Ya, ya. Lo sé. —Madoc puso los ojos en blanco, que tenía amoratados de la noche anterior. No tenía la nariz vendada, pero la tenía rota—. Solo digo que nunca has tenido que trabajarte tanto a una muchacha para llevártela a la cama.

—No tengo prisa. Puede que con esta quiera jugar un tiempo. —Jared se encogió de hombros y empezó a subir las escaleras, pero entonces se detuvo

y se volvió hacia Madoc, como si fuera a decir algo más, pero su amigo se le adelantó.

—Tate se va a enfadar. —Madoc sonaba divertido y a mí me dieron ganas de salir corriendo al oír mi nombre.

—Ese es el objetivo —confirmó Jared con tono inexpresivo.

—Ah, así que ese es el plan. —Su acompañante asintió, pues al final entendía el juego.

Sentí una presión en la garganta y la boca se me quedó seca. Él sabía que era mi mejor amiga, mi única amiga, y perderla me destrozaría. La presión me llegó hasta la mandíbula y sacudí la cabeza por el disgusto. ¿Tanto me odiaba?

—Gracias otra vez por venir a ayudarme anoche. —Jared inclinó la cabeza a Madoc antes de seguir subiendo las escaleras.

—Todo esto, con Tate... —Jared se detuvo y se volvió una vez más. Madoc continuó—: ¿Por qué lo hacemos? Ya sé que te he preguntado antes, pero nunca me cuentas una mierda. Es solo que no lo entiendo.

El aludido entrecerró los ojos.

—Me parece que tú vas más allá. La molestas sin que yo te lo pida, así que, ¿por qué te importa?

Su amigo soltó una carcajada nerviosa.

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Nunca he querido ser su enemigo. Anoche salió a la calle como si estuviera dispuesta a ayudarnos. Es guapa, deportista, fuerte y sabe sostener un arma. ¿Qué es lo que no te gusta?

Jared bajó los escalones hasta quedar uno por encima de Madoc. Juntó las cejas oscuras al mirar a su amigo.

—Mantente alejado de ella.

Madoc alzó las manos.

—Eh, no te preocupes. Me rompió la nariz y me dio una patada en los huevos. Creo que ese barco ya ha zarpado. Pero si tú no la quieres, ¿por qué nadie más puede probar con ella?

Jared se quedó callado, como si buscara las palabras adecuadas, y después dejó escapar un suspiro exasperado.

—Ya no voy a meterme más en sus asuntos. Si quiere salir y follarse a

todos los compañeros del instituto, puede hacerlo. Yo me retiro.

—Bien, de acuerdo, porque dicen que anoche salió con Ben Jamison. — Por el tono que empleaba, parecía encantado de dar la noticia. Jared juntó aún más las cejas, si es que eso era posible. Su expresión seria, acompañada de su mirada oscura, le daban un aspecto increíble.

—Está bien —concluyó, pero seguía con la mandíbula apretada—. No me importa, puede quedársela.

Me quedé sin aliento.

Terminó de subir las escaleras y desapareció. Madoc lo miró un instante antes de continuar por el pasillo y desaparecer también él.

La sensación lacerante que notaba en la garganta dio paso a las lágrimas que esperaban salir a la superficie. Corrí hasta el aseo de chicas más cercano y me encerré en un cuartillo. Apoyé la espalda en la pared y me deslicé hacia abajo hasta que el trasero aterrizó en el suelo. Me abracé las rodillas y me abandoné a las lágrimas. Mi crisis fue silenciosa; la tristeza emergió de mis entrañas y no de la garganta. Lo peor de esto era que no sabía si estaba enfadada, triste, desesperada o deprimida. El llanto brotó de mi cuerpo en silencio, pero las lágrimas corrieron por mis mejillas como si fueran un río.

Jared se deleitaba con mi dolor como si de un caramelo se tratara. Me había echado a los lobos de nuevo y disfrutaba con la infelicidad que causaba. Jared, mi amigo, había desaparecido por completo y había dejado a un monstruo sin sentimientos en su lugar.

Sus últimas palabras seguían destrozándome. Me estaba dejando libre, permitiendo que tuviera una cita. «¡Menudo descaró!» Debido al apego enfermizo y retorcido que sentía por el muchacho que antes era mi amigo, seguía hallando consuelo en la atención que me dedicaba. Aunque se tratara de atención negativa, al menos seguía siendo consciente de mi existencia. A lo mejor, si seguía metiéndose en mi vida, es que aún conservaba una parte de mí con él. Pero todo había terminado, eso había dicho.

Me acordé de que me había prometido que esta semana acabaría llorando. Buen trabajo, solo era martes. Me limpié los ojos y admití para mí misma que ese idiota era bueno.

—Perdona, te he dejado esperando esta mañana —se disculpó KC mientras estiraba la pierna por encima del banco de la mesa de pícnic. También había llegado tarde al almuerzo—. ¡Venga, cuéntame todo lo que pasó anoche! —Sonaba artificial, como si le costara mucho esfuerzo mostrar interés. Tenía la cabeza en otra parte.

«Anoche», pensé. La primera imagen que me sobrevino fue de ella y Jared en la motocicleta y, después, el beso de esta mañana. La segunda que me vino a la mente fue de la pelea que presencié. La aterradora imagen que presentó anoche Jared mientras pegaba a su contrincante era la razón por la que la gente de este instituto hacía cola a su alrededor. Unos querían estar en su órbita mientras que otros mantenían una distancia respetuosa. Algunos querían que él los reconociera mientras que otros se consideraban afortunados de que no los viera.

—¿Anoche? ¿Por qué no empiezas tú? —La miré de reojo mientras bebía un trago de agua. Había desestimado la idea de hacer como que no sabía nada, pero ella y Jared no iban a hacerse con el control de mis emociones. Tenía que enfrentarme a esto.

—¿A qué te refieres? —Puso cara de asombro.

«Te he descubierto.»

—¿Vas a mentirme? Te vi. Os vi a ti y a él en la moto anoche y también esta mañana junto a la cafetería. —Apreté los labios y solté la servilleta en la mesa.

—Tate, por eso no te conté...

—¿Contarme qué? ¿Que te estás follando al tipo que tanto daño me hace? ¿Que os estáis riendo de mí a mis espaldas? —Se me rompió la voz, pero me alivió el hecho de no haber empezado a gritar.

—No es eso.

Sabía que no quería hacerme daño, pero no podía escuchar lo que me iba a decir. No había excusa posible, la ira me nublaba la razón. Estaba muy cabreada y quería que ella se sintiera tan mal como yo.

«Esto es lo que hacen los acosadores», pensé, pero aun así, me sentaba bien atacarla y no deseaba parar.

Dejé escapar una carcajada breve, maliciosa.

—¿Sabes? Supongo que voy a tener que darle las gracias a Jared por ahorrarme todo este drama durante años. Amigos en los que no puedo confiar y muchachos que tan solo me tocarían la moral. ¿Qué es lo que haces con él?

KC hizo caso omiso de mi pregunta.

—¿Ahorrarte el qué? ¿A qué te refieres?

«Maldita sea.» ¿Qué más le daba? Sabía que lo mejor era marcharme, pero no podía.

—Madoc me lo contó todo sobre cómo arruinaron todas mis posibles citas en primero y segundo. Ellos empezaron todos esos rumores y anularon toda esperanza de que hiciera amigos o tuviera novio.

—¿Ahora escuchas a Madoc? —me increpó con tono acusador.

—Tiene sentido, ¿verdad? Madoc nunca mentiría sobre su mejor amigo. Y tampoco me lo contaría si pensara que Jared se pudiera enfadar. Me parece que los dos están muy orgullosos de sí mismos.

Jared se mostraría encantado de que me peleara con mi mejor amiga por el odio que sentía por él o los lazos que ellos compartían. El doloroso nudo que se me había instalado en la garganta se hizo más grande. Quería tranquilizarme y resolver el asunto, pero tuve que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad posible para no marcharme. Me había traicionado, pero también había estado a mi lado en todo momento. Se merecía que no saliera corriendo a la primera de cambio.

—KC —continué tras inhalar profundamente un par de veces—, esto no me parece bien. Si vas a salir con Jared... —No tendría que preocuparme por tener que llevar a Jared a la casa de KC o disfrutar de citas dobles con ellos. Si él ganaba, habría perdido a mi amiga. Tenía que contarle que estaba usándola, pero eso solo la iba a cabrear—. No confío en él y eso no va a cambiar.

KC me miró a los ojos.

—Somos amigas, eso tampoco va a cambiar nunca.

Seguía enfadadísima con ella y solté el aire que había estado conteniendo.

—¿Merece la pena? —le pregunté—. Salir con él cuando sabes que lo odio. —¿Por qué era tan importante? ¿En serio significaba tanto para ella?

Esbozó una sonrisa tensa y agachó la cabeza.

—Se merece que sientas todo esto por él, pero ¿qué te ha aportado todo este odio que llevas dentro?

Negué la cabeza, molesta. Si pudiera deshacerme de tanto odio, lo haría.

Usé el último cartucho para intentar llegar a ella.

—Sabes que Jared es un mujeriego, ¿no? Ha estado con un montón de este instituto y con unas cuantas de otros.

—Sí, mamá, soy muy consciente de su trayectoria. Pero yo no soy un objetivo fácil, ¿entiendes?

—No, pero Jared es un buen tirador —repliqué.

Nos miramos la una a la otra y nos reímos. La tensión que sentía en el pecho se relajó al darme cuenta de que nuestra amistad estaba a salvo... por hoy.

—Ven a mi casa a cenar. Necesitamos disfrutar de una noche de chicas —me propuso mientras pelaba una naranja.

—No puedo. —Estaba exhausta y, para ser sincera, no quería actuar como si todo fuera bien—. Mi abuela llega hoy. Te invitaría a venir a mi casa, pero estoy segura de que va a querer ponerse al día de mi vida. Hace más de un año que no la veo.

—De acuerdo. —En ese momento, recibió un mensaje de texto. Lo abrió y sonrió de oreja a oreja como si estuviera disfrutando de una broma privada.

Al darse cuenta de que la estaba mirando, me ofreció una sonrisa de disculpa y siguió comiendo. Miré por las ventanas a la cafetería y observé a Jared, que estaba dentro, sentado tranquilamente a la mesa con el teléfono en la mano. Me sonrió y supe que nos estaba vigilando.

Me limpié una lágrima falsa con el dedo medio. Otra vez.

CAPITULO 15

Para mediodía empecé a bostezar cada cinco minutos. Después de la llamada que me había despertado, el laboratorio, los episodios entre Jared, KC y Madoc, la sesión de llanto en el baño y la conversación a la hora del almuerzo mi cuerpo necesitaba desconectar un rato. Una clase más y podría irme a casa a dormir. Si tenía suerte, veríamos una película en Cine. Cuando me acordé de que Jared iba a esa clase conmigo, la tensión volvió a brotarme en los hombros y el cuello.

Cuando me senté, Nate Dietrich se acercó a mi pupitre.

—Hola, Tate, ¿quieres salir conmigo este fin de semana?

No pude evitar reírme para mis adentros. Nate se había cruzado conmigo en el pasillo la semana pasada y se había agarrado la entrepierna mirándome.

—No, gracias.

Con ese pelo castaño y rizado y los ojos de color avellana, era guapo, pero demasiado estúpido. Si esto era por algún tipo de broma, entonces iba a ser él la víctima de la broma.

—Eh, vamos, dame una oportunidad. —Con ese tono cantarín alargando las sílabas parecía que hablara con un niño pequeño.

—No estoy interesada. —Lo miré a los ojos de forma deliberada y le lancé una advertencia con la mirada.

No era ningún secreto que ahora podía arreglármelas por mí misma, debería de captar la advertencia. Abrí la libreta y miré los apuntes con la esperanza de que entendiera que esta conversación había terminado.

—No te entiendo. —«Claro que no, era demasiado estúpido, como ya he

dicho»—. Se la diste a Trent en el vestuario la semana pasada y después saliste con Jamison. Seguro que te lo follaste a él también. —Se acercó más aún y me pasó la mano por el brazo.

Se me pusieron los nervios de punta. Me dieron ganas darle un rodillazo en la cabeza tan fuerte como para que el flujo de sangre compitiera con las cataratas del Niágara.

—Vete —siseé, con la vista todavía puesta en los apuntes—. Es la última advertencia.

Ni siquiera pude mirarlo de lo asqueroso que me había resultado el encuentro. La idea de que todos pensaran que era de usar y tirar hacía que sintiera que las paredes me fueran a tragar. Por mucho que intentara actuar con naturalidad y como si estuviera acostumbrada, me sentía como una mierda. Sí que me importaba lo que la gente pensara de mí.

—Jared tiene razón. No mereces la pena —susurró con un gruñido.

—Siéntate, Nate —La voz autoritaria nos sorprendió a ambos.

Alcé la mirada y vi a Jared detrás de Nate, dedicándole una mirada asesina. Se me aceleró el corazón al darme cuenta de que, por primera vez, su ira no iba dirigida a mí.

Como de costumbre, daba la impresión de que podía comandar un ejército él solo. Nate se dio la vuelta despacio.

—Eh, amigo, sin ánimo de ofender; si no has terminado con ella... —Se encogió de hombros y se apartó del camino de Jared.

—No vuelvas a hablar con ella. —Su voz era firme, pero sus ojos resultaban amenazantes.

«¿Qué narices?»

—Vete. —Jared alzó la barbilla, y Nate desapareció como si lo acabaran de echar.

Exhalé un suspiro amargo. ¡Cómo se atrevía a solucionar un problema que él mismo había originado! Todos, antes o después, habían creído que yo era una puta por culpa de él. ¿No era esto lo que quería? ¿Que me sintiera atormentada e incómoda no era el objetivo de su acoso? Harta de sus jueguitos y de que me molestara, reprimí las ganas de darle un puñetazo. Entendí en ese momento que quería hacerle daño. Mucho daño.

«Te odio.»

Me relajé un poco.

—No me hagas ningún favor —señalé con la mirada puesta en la de él. La satisfacción de hacerle daño por una vez me hacía sentir estupenda—. Eres un pedazo de mierda, Jared, pero supongo que yo sería igual si mis padres me odiaran. Tu padre te abandonó y tu madre te evita. Aunque, ¿cómo culparlos?

Puso una mueca de dolor y enseguida sentí que todo mi interior se tambaleaba. ¿Qué estaba haciendo? ¡Esta no era yo! Me subió la bilis por la garganta. «¿Qué acabo de decirle?» Esperaba sentir satisfacción, pero no fue así.

Él permaneció en silencio y entrecerró los ojos en mi dirección con una mezcla de rabia y desesperación. No podía borrar lo que acababa de hacerle. A pesar de que sabía ocultar sus emociones, atisbé vergüenza en su semblante.

«Esto es lo que hacen los acosadores.»

Lo había hecho sentir no querido y no deseado a propósito. Le había dicho que estaba solo. Aun con todo lo que me había hecho él a mí, yo nunca me había sentido abandonada o sola. Siempre había contado con alguien que me quería, alguien en quien poder confiar.

—Muy bien, clase. —La señora Penley entró por la puerta y me sobresaltó. Jared no dijo nada y se dirigió a su asiento por el pasillo—. Por favor, tomad vuestras brújulas y mirad al este. Cuando diga «adelante», tomad los materiales y sentaos con esa persona para la tarea de hoy. Podéis mover los pupitres para sentaros al lado o frente a frente. Adelante.

Parpadeé para deshacerme de las lágrimas acumuladas y apenas me dio tiempo a respirar antes de que mi este se acercara.

—Hola, guapa. —Alcé la mirada y vi que Ben ya estaba a mi lado, buscando una mesa vacía.

«Hoy no.» Me metí el pelo detrás de las orejas e inspiré profundamente. Ben y yo no habíamos vuelto a hablar desde la cita de anoche y no me había fijado en él hasta ahora.

—Hola, Ben. —«Resiste una hora más», me dije mentalmente. Necesitaba mi música, mi cama y, definitivamente, a mi abuela.

—Ahora mismo estoy estupendamente. —Esbozó una sonrisa radiante y no pude evitar reír. Era un muchacho feliz y resultaba muy sencillo tratar con él.

—Bien, como hicisteis con vuestro sur en la última clase, presentaos a vuestro este —indicó la señora Penley.

Todos se quejaron, como en la última clase, porque ya nos conocíamos.

—Lo sé, lo sé. —La profesora movió las manos para acallar a la gente—. Es una buena práctica para las entrevistas de las universidades que tendréis que hacer. Además de presentaros, quiero que esta vez compartáis vuestro recuerdo preferido para que os conozcáis mejor. Adelante.

La señora Penley comenzó a pasearse por la clase que ya bullía de conversación. Miré a Ben y los dos resoplamos como si esto fuera lo último que quisiéramos hacer.

—Hola. —Me ofreció la mano y yo se la estreché al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Me llamo Benjamin Jamison. Mi recuerdo preferido es cuando conseguí mi primer *touchdown* en el instituto. Estaba en el equipo del instituto y el público se volvió loco, fue una sensación increíble.

No me extrañaba que apreciara un recuerdo como ese. Todos los espectadores animándolo, imaginé que sería abrumador.

—Hola, soy Tatum Brandt. —Lo saludé con la mano y me sentí como si estuviera en una película, en medio de una escena de Alcohólicos Anónimos en la que estuviera a punto de decirle: «Soy alcohólica»—. Y mi recuerdo favorito es cuando... —Mi mirada se dirigió de inmediato a Jared y después a mi mesa. Este recuerdo en particular era de un valor incalculable para mí, pero me costaba admitirlo. A lo mejor debería de mentir, pero ¿por qué iba a esconderme?—. Eh... me parece que no es tan impresionante como el tuyo, pero... en una ocasión hice un pícnic en un cementerio.

Ben puso cara de asombro.

—¿En serio? —Me miró con curiosidad—. ¿Y eso?

—Bueno. —Tragué saliva—. Mi madre murió cuando tenía diez años y me daba miedo visitarla en el cementerio. Me daba mucho miedo. Me negué a hacerlo durante dos años. Odiaba que estuviera bajo tierra. Entonces un niño que era amigo mío por entonces preparó comida y me llevó un día al

cementerio. Me enfadé bastante cuando me di cuenta de adónde íbamos, pero él me dijo que debería sentirme feliz de que mi madre estuviera allí. Me dijo que era el lugar más bonito y tranquilo de la ciudad. Fue muy comprensivo y paciente. Nos sentamos junto a la tumba de mi madre y comimos mientras escuchábamos la radio que había llevado. Enseguida me hizo reír. Nos quedamos un rato, incluso después de que empezara a llover. Ahora es uno de mis lugares preferidos. Gracias a él. —Me dolía la cara y me di cuenta de que durante toda la historia había dibujado una sonrisa en ella.

Por muy horrible que se hubiera vuelto Jared, y se había vuelto tremendamente horrible, todavía valoraba ese recuerdo. Sonreía cada vez que pensaba en lo que hizo por mí ese día. Me devolvió a un poquito de mi madre.

—Vaya. La historia de mi *touchdown* parece frívola ahora. —Ben parecía interesado de verdad en lo que le había contado.

—A mí me gusta tu historia. Ojalá yo hubiera tenido más *touchdowns*.

—¿Ese muchacho y tú seguís siendo amigos? —me preguntó.

Cuando miré a Jared al otro lado de la clase, su mirada se encontró con la mía y se me erizó el vello de la nuca. Su mirada helada se fijó en Ben y después volvió a recaer sobre mí. No había atisbo alguno de emoción que pareciera humana.

—No, ahora somos como extraños.

Cuando me dirigía a mi vehículo después de clase, vi al exnovio de KC apoyado en él.

—¿Liam? —Sentí curiosidad por saber la razón por la que estaba esperándome, pero también sentí irritación, pues quería llegar a casa de inmediato.

—Hola, Tate. ¿Qué tal? —Tenía las manos metidas en los bolsillos y miraba a un punto entre mi persona y el suelo.

—Tirando. ¿Qué quieres? —pregunté sin preámbulos. No es que no tuviera costumbre de preguntar a la gente qué tal estaba cuando me hacían la pregunta a mí, pero estaba molesta con Liam. Podía ahogarse en sus propias

lágrimas, me daba igual.

Sonrió, nervioso.

—Eh, mira, me siento muy mal por lo que ha pasado con KC. He intentado llamarla y he pasado por su casa, pero no quiere verme.

Todo eso era nuevo para mí. Cuando pregunté a mi amiga si había sabido algo de Liam, me había respondido que no. Ya no era tan sincera como antes.

—¿Y? —Abrí la puerta del Bronco de mi padre y lancé el bolso dentro.

—Tate, necesito verla. —Tenía los ojos rojos y no paraba de moverse—. La he cagado, ya lo sé.

—¿Esa es tu excusa? —No era asunto mío, pero me gustaba Liam. Al menos me gustaba antes de que engañara a mi mejor amiga. Quería comprender qué había pasado—. ¿Por qué la has engañado?

Se pasó las manos por el pelo oscuro y se apoyó de nuevo en la camioneta.

—Porque podía. Porque me sentí abrumado en el Loop. Siempre había otras y se me fue la cabeza. KC solo venía conmigo de vez en cuando y ni siquiera mostraba interés.

Me dolía la cabeza tan solo de intentar pensar en qué decirle. No podía encargarme de esto ahora mismo.

—Liam, tengo que ir a casa. Le diré a KC que quieres hablar con ella, pero no puedo ponerme de tu lado en esto. Si te lo mereces, te perdonará. —Yo no estaba segura de que si fuera ella pudiera perdonarlo.

—Lo siento. No quería meterte en esto.

—Sí, sí querías —bromeé. En el fondo, no creía que Liam fuera un mal muchacho, pero se había equivocado y no sabía si merecía la pena perdonarlo. Por suerte, no era yo quien tenía que tomar esa decisión.

—Sí, ya. Lo siento, eras mi última esperanza. Cuídate, y... por si sirve de algo, siento todo este lío. —Retrocedió y se dirigió a su Camaro.

Exhalé un suspiro, entré en la camioneta y arranqué antes de que el culebrón del día se convirtiera en *Lo que el viento se llevó*.

CAPITULO 16

—Mmm... ¿Qué se cuece por aquí? —grité al abrir la puerta de la casa. Mi cuerpo pedía a gritos una cama, pero decidí poner buena cara para mi abuela. La echaba de menos.

Y necesitaba recordar que era una buena persona. Después de lo que le había dicho hoy a Jared, ni siquiera era capaz de mirarme al espejo.

Podía oler su presencia desde la entrada. El rico aroma a salsa y a carne me entró por la nariz y me envolvió en una cálida manta antes incluso de cerrar la puerta.

—¡Hola, Melocotoncito!

Mi abuela llegó danzando de la cocina hasta el vestíbulo y me tomó entre sus brazos. En el año que había estado fuera había echado de menos sus abrazos cargados de aroma. El fijador que se echaba en el pelo mezclado con la loción corporal y el perfume que usaba, y la piel de los cinturones y zapatos que se ponía evocaban un olor a hogar en mi mente. Cuando mamá murió, necesité mucho a mi abuela.

—Se me había olvidado lo de Melocotoncito. Papá sigue llamándome Calabacita. ¿Qué tenéis los Brandt con ponerme nombres de frutas? —bromeé. Sabía que sus palabras estaban cargadas de amor.

—Oh, no le niegues a una anciana el placer de usar apelativos cariñosos. —Me estampó un beso en la mejilla acompañado de un «muah».

—Abuela, tú eres más joven de corazón que yo. —Dejé el bolso junto a la pared y me crucé de brazos—. Lo único viejo que hay en ti es tu música. —Enarqué una ceja.

—Los Beatles son atemporales, y no como esos gritos que tú llamas música.

Puse los ojos en blanco y ella se enganchó de mi brazo para seguidamente llevarme a la cocina.

Mi abuela era producto de la educación de los años cincuenta —autoritaria y cada cosa en su lugar—, pero también había pasado la adolescencia en el periodo de rebelión de los sesenta. El deseo por mantenerse activa y conocer mundo la llevó a viajar mucho de joven. Cuando se enteró de que me iba un año a Francia, se mostró muy emocionada. «La experiencia es la mejor maestra.» El eco de sus palabras me perseguía por todas partes.

Aunque tenía ya más de sesenta años, parecía mucho más joven. Tenía el pelo castaño claro con algunas canas y solía llevarlo por los hombros. Una alimentación sana y ejercicio la mantenían en forma, feliz y enérgica. Tenía un estilo ecléctico, la había visto tanto con traje pantalón como con camisetas de los Rolling Stones.

—Cuéntame qué tal te van las clases. —Alcanzó un poco de lechuga y la puso en remojo.

—Bien. —La cama no estaba muy lejos y mi cuerpo estaba demasiado cansado como para valorar la idea de contarle la verdad.

No obstante, me miró a los ojos y cerró el grifo.

—¿Qué pasa? —lo dijo inhalando por la nariz y eso no era buena señal. Esta mujer me conocía demasiado bien.

—No pasa nada. Te he dicho que va todo bien. —«Por favor, déjalo pasar.»

Mi abuela entrecerró los ojos.

—Cuando estás feliz, me lo cuentas todo: deberes, club de ciencias, Francia, atletismo...

—Estoy bien —la interrumpí y me pasé una mano por la frente—. Es solo que ha sido un día duro. Me desperté tarde y con el pie izquierdo. ¿A qué hora has llegado?

Alzó una ceja perfectamente depilada por mi cambio de tema, pero lo dejó pasar.

—A mediodía más o menos. Quería venir pronto para limpiar y hacer la

colada... —Se quedó callada y movió una mano en el aire—. Pero parece que lo tienes todo bajo control.

—He tenido a la mejor maestra. No es que no me alegre de que hayas venido, pero, en serio, no tienes de qué preocuparte. Me ha ido muy bien.

—Está bien. —Frunció un poco el ceño y continuó—: Es fantástico. Me preocupa que te vayas el año que viene a Nueva York, pero comprobar lo bien que te cuidas y que te ocupas de la casa me da tranquilidad. Supongo que no nos necesitas a mí ni a tu padre.

—No es verdad. Cocino fatal, así que tenerte aquí significa que comeré mejor.

Me reí entre dientes cuando sacudió la lechuga en mi dirección y me cayeron gotitas de agua en la cara.

—¡Eh! —Solté una carcajada y alcancé una servilleta de papel de la isla para secarme la cara.

Ya me sentía un poco mejor y me levanté de la silla para ayudarla con la cena. Mi abuela preparó una ensalada, pasta y revuelto de champiñones. Yo hice mi delicioso pan de ajo, que era lo único que cocinaba en el horno. El resto de mi dieta consistía normalmente en cualquier cosa que pudiera hacerse en el microondas. La abuela preparó la mesa del patio de atrás y yo puse música ambiental, que era algo que nos gustaba a las dos.

—¿Crees que entraré en Columbia? —pregunté mientras nos servíamos.

—Tengo corazonadas con este tipo de cosas.

—Sí, también tenías una con que mi primer beso iba a ser épico y ambas sabemos qué pasó —bromeé con ella, encantada con el momento que estábamos compartiendo. La comida tenía un aspecto succulento y la brisa ligera devolvía a los árboles a la vida y transportaba el olor a rosas a la mesa.

Empezó a reírse y casi se atragantó con el vino.

—Seamos justas. —Levantó un dedo—. No sabía que tu primer beso iba a ser con alguien a quien apenas conocías. Creía que sería con ese muchacho que vive en la casa de al lado.

«Jared.»

Se me cayó el alma a los pies al recordarlo. Los recuerdos pasados de sueños que antes tenía con Jared revolotearon por mi mente. Hubo muchas

ocasiones en las que quise besarlo.

—Que saliéramos cuando era preadolescente no significa que estuviéramos enamorados el uno del otro. Solo éramos amigos —murmuré con el ceño fruncido por la exasperación. La conversación era agradable hasta que aparecía él.

—No, pero también había otras cosas. —La expresión pensativa de mi abuela me dio ganas de cambiar de tema de nuevo—. Capté ciertos detalles. La forma en que siempre teníais las cabezas muy juntas, cómo te miraba él cuando tú no te dabas cuenta... y cuando se colaba para dormir contigo.

Mencionó la última parte despacio y pude ver en sus ojos una sonrisa burlona por la cara de asombro que puse. «¡Mierda!»

—No creerías que no lo sabía, ¿no? —me preguntó.

¡Por supuesto que pensaba que mi abuela no tenía ni idea de eso! Desde que recordaba que existía nuestra amistad, Jared solía trepar por el árbol que separaba nuestros dormitorios y colarse por la ventana del mío. No lo hacía mucho, solo cuando su madre bebía y quería alejarse. Como siempre he tenido una cama de matrimonio, dormíamos cómodos y cada uno en su espacio, aunque a veces su mano atrapaba la mía durante la noche.

—Ya no tienes que volver a preocuparte por eso. Ya no somos tan amigos. —Pinché pasta con el tenedor y me la metí en la boca con la esperanza de que dejáramos de hablar de él.

—¿Cómo te ha tratado desde que has vuelto?

Con la boca todavía llena, puse los ojos en blanco y negué con la cabeza para indicarle que las cosas seguían sin ir bien y que no quería hablar de ello.

—¿Has hablado al menos con él, como te sugerí? —inquirió antes de comenzar a comerse la ensalada.

—Abuela, ni siquiera me molestó en intentarlo. Antes éramos amigos, ya no. No tengo el corazón roto ni nada por el estilo —mentí.

—Tate, sé que te duele. Ha sido un cretino contigo.

—De verdad, no me importa. Y aunque me doliera, no permitiría que él se enterara. Me ha hecho cosas horribles y si quiere que me ponga a llorar para sentirse mejor, puede seguir esperando. No merece que le preste atención.

La abuela soltó el tenedor, dejando la ensalada sin comer junto a la pasta.

—Tatum, hablas como tu madre.

La miré a los ojos, sorprendida por el tono de enfado.

—Cariño, quería a tu madre. Todos la queríamos. Y sé que sus intenciones eran buenas al enseñarte a ser fuerte, pues sabía que no estaría aquí para ayudarte en los momentos duros. Pero permitirte ser vulnerable no siempre es un signo de debilidad, cielo. A veces puede ser una decisión acertada hablar con la otra persona.

Aunque lo que decía parecía sensato, la idea de acercarme a Jared para mantener una conversación sincera me daba arcadas. Me sentía muy mal por lo que le había dicho hoy, pero eso no borraba todas las cosas horribles que me había hecho desde que me acordaba. Salir en su busca iba a hacer que se partiera de risa y no me gustaba esa imagen.

—No me importa, sea lo que sea lo que lo haya vuelto tan cretino no puede ser lo suficientemente malo como para tratar a la gente como lo hace. No me importa. —En mi mente apareció la imagen de sus ojos marrones.

—Sí te importa —afirmó rotundamente ella—. Sé que la muerte de tu madre te afectó. Sé que quieres ser médico para poder ayudar a gente con cáncer como ella. Sé que te has tomado muy en serio su advertencia de que todo irá mejor cuando vayas a la universidad. Pero las faltas de Jared no son las únicas que te hacen daño.

Dejé el tenedor en el plato y me limpié el sudor de la frente. ¿Cómo habíamos acabado hablando de mí?

—Eh, espera un momento. Me estoy cansando de que todo el mundo se ponga de su lado. Fue él quien se alejó de mí. —Me retrepé en la silla y me crucé de brazos.

—Y tú se lo permitiste, Tate.

—¿Qué demonios iba a hacer? ¡No quería hablar conmigo! Lo intenté.

«Cama. Dormir. Escapar.»

—Tranquilízate. No te estoy diciendo que no fueras una buena amiga, por supuesto que lo fuiste. Fueron sus problemas los causantes de todo. Pero es muy fácil decir que lo intentaste y después huir. Es fácil decir que no puedes ayudar a alguien que no quiere ayuda y después huir. Crees que eres noble y fuerte al poner la otra mejilla o dejar pasar el tiempo hasta que se haya

acabado el instituto. Pero esa carga de la que no te liberas te está debilitando. A veces la mejor medicina es mostrarte vulnerable, soltarlo todo y dejarle ver que te ha hecho daño. Después sí podrás decir que lo has intentado.

Cerré los ojos y me llevé las manos a la frente una vez más. Ahora mismo tenía mucho de lo que preocuparme con la feria de ciencias, el atletismo y KC. ¿Por qué estaba perdiendo el tiempo con esta conversación?

Exasperada, moví una mano en el aire y la dejé caer en mi regazo.

—¿Por qué te importa tanto? Me amenazaste con ir a hablar con su madre cuando todo esto empezó. —Por lo que tenía entendido, mi abuela no era la mayor fan de Jared. Aunque siempre me animaba a hablar con él, también estaba disgustada por su comportamiento. Había dejado de contarle a ella y a mi padre cómo me trataba porque no quería que esto se solucionara a menos que fuera por iniciativa de Jared. Creía que él vendría a buscarme, pero no fue así.

—Porque no has vuelto a ser la misma. Y porque cuando vayas a la universidad, quiero que sea con el corazón libre.

«Libre.» ¿Cómo era sentirse así?

—Lo he superado. Soy libre. —No sabía qué era lo que quería de mí.

—Actuar como si no te importara no es superarlo. —Me perforó con una mirada desafiante.

Me rendí, ya no quedaba nada más en mi arsenal.

Me sentía mental y físicamente agotada, así que me alegré cuando la abuela me dejó subir a acostarme sin ayudarla con la limpieza. En el baño, me desnudé y entré en la calidez y quietud de la ducha. Este escondite era el único lugar al que podía escapar sin salir de casa. Podía pensar y estar tranquila cada vez que lo necesitara, no había nadie más astuto ni nadie me molestaba.

Solo eran las seis y tenía que leer unos capítulos de *El guardián entre el centeno* para mañana y hacer unos ejercicios de Física, pero era incapaz de luchar contra el sueño. Puse la alarma a las cuatro de la mañana para contar con suficiente tiempo para levantarme y hacer los deberes para el instituto. Me acerqué a la ventana para correr las cortinas.

El viento se había intensificado y el cielo estaba cubierto de nubes de

color ceniza. Los árboles de la calle eran todavía de un verde vibrante y el rayo que atravesó de repente el cielo me arrancó una sonrisa diminuta y agradecida. Saber que se acercaba una tormenta me tranquilizaba y dejé las ventanas abiertas.

Me desperté con un crujido sobrecogedor y me senté en la cama para orientarme. Me restregué los ojos y bostecé. Miré a mi alrededor y me fijé en que la ventana seguía abierta y que fuera llovía sin interrupción. Miré el reloj y vi que había dormido unas seis horas.

Aparté las sábanas y salí de la cama. Me acerqué a la ventana y observé el espectáculo de truenos y luces. «Será esto lo que me ha despertado.» El aire frío me puso la piel de gallina y las gotas de agua me mojaron la piel. Por suerte no llovía a cántaros, o de lo contrario, se habría mojado todo el suelo.

Me quedé mirando el árbol de al lado y me fijé en que la lluvia que caía por las hojas era ligera. Con la sensación de que se me iba a salir el corazón del pecho, me agarré a la moldura de la ventana, apoyé el pie en el alféizar y me alcé. Me agarré de una rama que tenía sobre la cabeza y apoyé el pie en otra rama que estaba al nivel de la ventana. Una sensación de temor deliciosa me calentó los músculos y me recordó que de niña había sido mucho más valiente. Avancé poco a poco hasta que las ramas se volvieron más gruesas y después hasta que alcancé el tronco.

Me senté en mi espacio y el suave sonido de las gotas de lluvia cayendo sobre las hojas me dio la bienvenida a casa. Con la espalda apoyada en el tronco y las piernas en una rama gruesa, me sentí encantada por lo fácil que había sido reclamar esta parte de mí misma. Llevaba años sin salir aquí.

Por el rabillo del ojo vi encenderse una luz, posiblemente del porche de la casa de Jared. Unos segundos más tarde, una muchacha salió corriendo de la entrada con una camiseta negra tapándole la cabeza. No le veía la cara, pero supe quién era cuando vi el vehículo al que se dirigía.

KC.

En la casa de Jared.

A medianoche.

De él no había rastro y la luz del porche se apagó cuando ella entró en el automóvil. El corazón empezó a latirme de forma incontrolable, así que cerré los ojos varios minutos en un intento de regresar a la paz de la que había disfrutado un minuto antes.

—¿Sentada en un árbol durante una tormenta? Eres un genio. —La voz grave me sobresaltó y casi me tiró del árbol. Abrí los ojos y vi a Jared asomado a la ventana de su casa. Al menos estaba vestido, lo que me hacía sentir mejor después de ver a KC salir de su casa.

—Me gusta pensarlo, sí —murmuré, volviendo la atención a la tormenta.

La ira que sentía por Jared había disminuido. Considerablemente. Después de las palabras odiosas que le había dedicado hoy, ahora me sentía avergonzada.

—¿Un árbol? ¿Rayos? ¿Te suena de algo?

Claro que sabía que era peligroso, por eso era tan divertido.

—Nunca te ha importado —señalé con la mirada puesta en la carretera resplandeciente que relucía bajo la luz de las farolas.

—¿El qué? ¿Que te sientes en un árbol durante una tormenta?

—No, que resulte herida. —La necesidad de mirarlo era imperiosa. Ansiaba tanto ver sus ojos que sentí como si una mano invisible me obligara a volver la cara hacia él. Quería que él me viera. Quería que nos viera a ambos.

Pasaron varios segundos sin respuesta, pero sabía que seguía allí. Mi cuerpo era consciente de su presencia y podía sentir sus ojos fijos en mí.

—¿Tatum? —Su voz sonaba suave y amable y de repente sentí calidez en mi interior. Pero entonces volvió a hablar—: No me importa si vives o mueres.

El cuerpo se me quedó sin aire y me removí en la rama del árbol, totalmente abatida.

«No puedo más.» No podía seguir haciendo esto. No había vida en sentirme así. Para él era un juego, pero yo no tenía fuerzas para seguir jugando. No soy fuerte. No soy una acosadora. No soy feliz. Sabía lo que tenía que hacer.

«Te dejo en paz.»

—¿Jared? —dije, con la vista fija en la calle mojada por la lluvia—.
Siento lo que te he dicho hoy.
Miré en su dirección, pero se había ido.

CAPITULO 17

—Oye, ¿has recibido mi mensaje? —Ben posó la mano en mi hombro cuando se acercó a mí.

—Sí. —Aunque solo recordaba vagamente unas palabras amables sobre sus ganas de volver a verme—. Pero lo leí mucho después. Me acosté temprano.

Conseguí quedarme dormida de nuevo a las dos y me desperté a las cuatro con el estómago lleno de nudos. Después de mi comportamiento deplorable ayer en clase y cómo me había desviado de mis objetivos, decidí dejar de hacerme la dura. Su juego era demasiado difícil y yo me estaba convirtiendo en una persona que no me gustaba.

Tenía que hablar con KC, pero no sabía cómo tratar con ella. Todavía me enfadaba al pensar que estaba saliendo con Jared, pero ella había dicho una cosa que tenía sentido. Esta ira no me iba a llevar a ninguna parte y quería pasar página. No sabía si podría hacerlo sin guardarle rencor.

—¿Te apetece salir este fin de semana? Van a hacer una hoguera en la casa de Tyler Hitchen el viernes por la noche, después de la carrera.

—Me encantaría, pero ahora mismo estoy muy agobiada. A ver cómo transcurre la semana. —Cerré la puerta de la taquilla y comencé a alejarme.

—¿Puedo ayudarte con algo? —Frunció el ceño en un gesto preocupado. Era muy dulce y me hizo sonreír.

—No puedes correr por mí, ni hacer mis deberes de Matemáticas o de Ciencias, ni mis exámenes, así que no me sirves de mucho.

—Sí, sí te sirvo. Parece como si hubieras hablado con mi madre. —Sus

ojos brillaron con picardía y esbozó una sonrisa juguetona—. Intenta buscar un hueco, va a ser divertido.

Hannah, la Zorra, pasó por nuestro lado con su grupito y le dedicaron a Ben unas miradas insinuantes como diciendo «Conmigo no necesitas postre». Eran absurdas. ¿Sacudirte el pelo y morderte el labio inferior? ¿En serio? ¿Quién hacía algo así? A mí me formó con los dedos una «P» de perdedora y yo le dediqué un corte de mangas por detrás de la espalda de Ben cuando pasaron.

Supongo que debería sentirme afortunada porque un muchacho como Ben quisiera salir conmigo. Hannah, y probablemente el resto, estarían encantadas con su atención. Era considerado y se comportaba como un caballero. Me gustaba estar con él, pero me estaba costando más tiempo del que esperaba sentir la chispa.

—De acuerdo —respondí—. Lo intentaré.

Me quitó la mochila y me acompañó a Física.

—¿Nos vemos a la hora del almuerzo? —Me miró expectante.

—Claro. Hoy me sentaré fuera. —Su presencia sería más que bienvenida. Iba a necesitar a alguien que calmara los ánimos por si volvía a perder los nervios con KC.

—Nos vemos luego. —Su voz era suave y cálida. Cuando llegamos a clase, me pasó la mochila y retrocedió por el pasillo.

Ojalá me gustara Ben. A lo mejor solo necesitaba conocerlo mejor.

El examen sorpresa de Física me asustó. Por suerte, consiguió que dejara de ahogarme en mis pensamientos sobre mi vida personal. Había terminado la lectura y los ejercicios por la mañana, medio dormida, pero no me sentía preparada.

La carrera en Educación Física más tarde me liberó del estrés de la mañana. Aunque la entrenadora estaba contabilizando nuestro tiempo en la carrera de un kilómetro y medio y yo la completé en seis minutos, me permitió seguir corriendo. La sensación ardiente de los músculos chamuscaba la frustración y el daño que sentía por las palabras de Jared de la noche anterior y que llevaban revoloteando en mi cabeza toda la mañana.

«No me importa si vives o mueres.» Clavé los talones en la tierra

imaginándome que cavaba su tumba.

—¡Hola! —KC se acercó adonde Ben y yo estábamos sentados comiendo el almuerzo, en una mesa de fuera.

—Hola —la saludé con la boca llena de ensalada de pasta e incapaz de mirarla a los ojos.

—¿Qué tal, Ben? ¿Estás preparado para el partido del viernes?

—No me preocupa tanto el partido como la carrera de esa noche. He apostado por el Chico Maravilla de allí. —Señaló con el pulgar la cafetería; supuse que se refería a Jared.

—Oh, esa es una apuesta segura. —Mi amiga sonrió e hizo un gesto con la mano—. Yo también iré a la carrera. ¿Vas a llevar a Tate? —Su mirada recayó sobre mí.

—No creo que le guste, pero estoy intentando convencerla para ir a la hoguera de después.

KC entrecerró los ojos en mi dirección mientras mezclaba unos polvos con el agua.

—Tate sabe mucho de vehículos, le encantará —señaló.

—¡Hola! Estoy aquí sentada. Hablad conmigo, idiotas —comenté sarcásticamente. Me sentía como si fueran unos padres discutiendo sobre qué hacer con su hija.

Ben me metió el pelo detrás de la oreja y yo me sobresalté un poco por ese gesto tan íntimo.

—Perdona, Tate. Como estaba diciendo, le encantan los vehículos. ¿Lo sabías, Ben?

—No. Entonces tienes que venir conmigo. —Sonrió y se metió una patata en la boca. Yo me sentí igual de presionada que la crema de una galleta Oreo. Me estaban agobiando.

En todas las ocasiones en las que habíamos ido a algún evento social, Jared siempre había hecho algo para arruinarlo. ¿Por qué molestarme?

Miré a KC y me preparé para la discusión.

—¿Esperas que vaya al Loop y anime a Jared?

—No, pero me encantaría que estuvieras allí conmigo, no conozco a nadie. Puedes ver la carrera, echar un vistazo a los vehículos y explicarme la

diferencia entre una batería y un motor. Nunca lo he entendido. Si tienen batería, ¿para qué necesitan un motor?

Ben y yo prorrumpimos en carcajadas. Se estaba haciendo la tonta a propósito para que fuera amable con ella. Quería ir, pero sabía que KC estaría todo el rato encima de Jared. Si quería pasar tiempo con ella, tendría que estar con él. No podía pegarme a Ben como una lapa toda la noche.

—Ya le he dicho a Ben que a ver cómo se desarrolla la semana. Ahora mismo tengo muchas cosas que hacer. —Aunque iba al día con los deberes, quería adelantar alguna lectura e ir a la biblioteca a buscar temas para ciencias y así poder decidir de qué hacer el proyecto. Y eso sin mencionar que el sábado por la mañana tenía que estar en el instituto sobre la siete para subirme a un autobús e ir a un evento de atletismo en Farley. No es que estuviera intentando evitar a Jared.

—Ya sé lo que significa eso. —KC sacó el teléfono móvil y lo miró, obviamente enfadada.

«¿Se ha enfadado conmigo? Pues que le den.»

—¡KC! —Mis ánimos se volvieron del mismo color negro que mi esmalte de uñas—. Te he dicho que lo intentaré. Madre mía.

—Solo digo... —comenzó sin apartar la mirada del teléfono— que creo que, si no fuera por Jared, irías. Tienes que intentarlo, Tate. Me ha dicho que no le importa que vayas.

Me puse roja de la vergüenza y miré a Ben. Nunca había aireado mis trapos sucios delante de los demás.

—Ah, ¿que no le importa que vaya? Supongo que, como cuento con el permiso de ese idiota, entonces debería sentirme agradecida.

—Jared no es el moderador y no dice quién puede ir y quién no. Yo puedo invitar a quien quiera —me aseguró Ben y se levantó—. Necesito un Gatorade. ¿Queréis algo? —preguntó. Probablemente estaba buscando una vía de escape mientras KC y yo discutíamos.

—Yo quiero agua. —Me metí la mano en el bolsillo para sacar dinero.

—No, no. Yo tengo. —Se marchó a la cafetería. Lo seguí con la mirada y me di cuenta de lo bien que le sentaban los *jeans*. Bueno, al menos sí que me fijaba en algo.

La voz de KC me sacó de mi ensimismamiento.

—Si Jared es un idiota, ¿qué soy yo entonces por salir con él? —Su tono era tranquilo, pero entendí por su mirada dura y labios fruncidos que la rabia bullía en su interior.

Jared era un idiota. No era una conjetura, era un hecho demostrado. La frustración que sentía por que pasara tanto tiempo con ese capullo empezó a escapar de mi control. Estaba intentando gestionar la ira antes de que se me fuera de las manos, pero se me seguía escurriendo.

—Dímelo tú. Él es un cabrón. Tú lo sabes y yo lo sé. —«¿Qué diablos estaba haciendo?»—. Pero no te das cuenta de que te está usando. Te utiliza para sacarme de quicio. Le importas lo mismo que a Liam cuando te engañó.

«¡Mierda! Me había pasado.»

La había cagado. La mirada en su rostro me perforó el pecho. Le había hecho daño y esperaba que se limitara a resoplar y acabara entrando en razón. Pero la mirada en sus ojos me hizo dudar.

Tras un instante de indecisión, empezó a recoger sus cosas y agarró la bandeja.

—¿Sabes? Jared me ha pedido que me siente con él hoy y ahora mismo prefiero su compañía antes que la tuya. —Escupió las palabras antes de marcharse. Y yo permití que se fuera porque entendía su decepción. En este momento no me gustaba a mí misma.

Por mucho que intenté mantener una conversación cuando regresó Ben, tenía la cabeza ocupada reviviendo la discusión con KC. Mi padre siempre me recordaba que podía decir todo lo que quisiera siempre y cuando lo hiciera con amabilidad.

«Era una idiota por haber gritado las palabras como si tuviera cinco años.»

Podía haber gestionado la situación mucho mejor. ¿Y eso que dicen sobre planear las cosas escrupulosamente con antelación? Me había liberado de las emociones y probablemente se hubiera ido a llorar en el hombro de Jared. Seguro que él estaba dando palmas de alegría.

Después de Inglés y Política ya estaba bostezando de cansancio y no me

quedaban energías para entrenar o cenar fuera, como había planeado mi abuela.

—Sentaos todos, por favor —gritó la señora Penley para hacerse oír por encima del repiqueteo del movimiento de mesas y las risas.

Acabábamos de terminar el debate sobre los capítulos correspondientes de *El guardián entre el centeno* y estábamos colocando las mesas en la posición habitual. La clase estaba motivada por la novela. La mitad, creo, se sentía aliviada porque no se tratara de una historia de campo como pensaban y a todos les gustaba la idea de un adolescente rebelde que fumaba demasiado.

Pero a mí me había parecido una mierda el debate. Habíamos tenido que mover las mesas para formar un círculo y así tener contacto visual con todo aquel que hablaba. Jared no dejó de sonreírme con suficiencia y no me cabía duda de que estaba informado sobre el proceso de la Operación Matar a Tate y KC.

Sentí un hormigueo por los brazos y las piernas que me dio ganas de gritar hasta que la intensidad de mi enfado lo hiciera desaparecer por arte de magia.

«No me importa si vives o mueres.»

Odiaba tener que admitir que a mí sí me importaba si él vivía o moría. Cada día que pasaba que no me quería a su lado había sido una puñalada.

«La carga de la que no te liberas te está debilitando.» La abuela tenía razón, ahora no estaba en mejor posición que antes de decidir defenderme.

—Bien, clase —señaló la señora Penley desde el frente del aula—. Antes de que anotemos las tareas de hoy, quiero que hablemos de vuestros monólogos. Recordad que son para dentro de dos semanas. Pondré una hoja en la puerta para que podáis elegir una fecha. Podéis escoger el monólogo de la lista que os di o elegir otro con mi aprobación. No busco actuaciones merecedoras de un Oscar —nos aseguró—, así que no temáis. Esta no es una clase de teatro. Simplemente representad el monólogo y entregad la redacción con las indicaciones que os expliqué acerca de cómo ese monólogo mejora el tema del libro o de la película. —La señora Penley se calló y la gente empezó a sacar las libretas y a copiar la tarea de la pizarra.

«Actuar como si no te importara no es superarlo. ¿No va siendo hora de que te defiendas? Quiero que sea con el corazón libre.»

El agotamiento me pesaba en el corazón. Me di la vuelta para mirar a Jared, que levantó la mirada de la libreta y la fijó en mí.

Quería recorrer el pasillo y saber que al otro lado de la esquina no existía el dolor. Quería que parara. Y, sí, lo admití, quería volver a conocerlo.

«Pero la carga de la que no te liberas te está debilitando.»

Antes de poder detenerme, volví a darme la vuelta y alcé la mano en el aire. Un nudo me constreñía el estómago y sentía como si estuviera en el sueño de otra persona.

—¿Señora Penley?

—¿Sí, Tate? —La profesora estaba junto a su mesa, escribiendo algo en una notita.

—Quedan cinco minutos de clase. ¿Puedo pronunciar mi monólogo ahora?

—Sentí que los ojos y las orejas se movían en mi dirección y toda la clase centraba su atención en mí.

—Eh, bueno, no esperaba poner notas aún. ¿Has preparado la redacción?

—Se metió el bolígrafo que tenía en la mano en el moño del pelo.

—No, lo tendré para la fecha de entrega, pero me gustaría representarlo ya. Por favor.

Vi cómo giraban los engranajes de su cabeza, probablemente preocupada por si estaba preparada, pero desplegué mi mirada suplicante con la esperanza de que entendiera que quería terminar con esto ya.

—De acuerdo. —Exhaló un suspiro—. Si estás segura de que estás preparada, sí. —Me hizo un gesto para que me adelantara y se movió a un lado para apoyarse en la pared.

Me levanté de la silla y caminé al frente de la clase; sentía todas las miradas fijas en mi espalda. Me di la vuelta para mirar a la gente, con el corazón martilleándome el pecho. Recorrí el aula con la mirada antes de empezar. Si no miraba a los ojos a Jared, podría hacerlo.

—Me gustan las tormentas —comencé—. Truenos, lluvia torrencial, charcos, zapatos mojados. Cuando aparecen las nubes, me embarga una sensación de emoción.

«Sigue, Tate. —Me esforcé por imaginar que estaba hablando con mi padre o con mi abuela—. Sé natural.»

—Todo es más bonito bajo la lluvia, no me preguntes por qué. —Me encogí de hombros—. Pero es como si hubiera todo un reino de oportunidades. Antes me sentía como una superheroína pedaleando en la bici por las carreteras peligrosamente resbaladizas, o tal vez una atleta olímpica superando pruebas difíciles para llegar a la meta.

Mi sonrisa se ensanchó con los recuerdos. Recuerdos de Jared y míos.

—En los días soleados, cuando era niña, me despertaba con esa sensación de emoción. Me hacías sentir esa expectación mareante, como una tormenta sinfónica. Tú eras la tempestad en el sol, el trueno en un cielo aburrido y sin nubes.

»Me acuerdo de que me tomaba el desayuno todo lo rápido que podía para poder ir a llamar a tu puerta. Jugábamos todo el día y solo volvíamos a casa para comer y dormir. Jugábamos al escondite, me empujabas en el columpio o trepábamos por los árboles. Ser tu amiga me hacía sentir de nuevo en casa.

Espiré, sintiendo al fin que me relajaba, y mis ojos vagaron a la deriva hasta encontrarse con los de él. Lo vi observándome, respirando de forma agitada, casi parecía que estuviera congelado. «Quédate conmigo, Jared.»

—Cuando tenía diez años —mantuve la mirada fija en la de él—, mi madre murió. Tenía cáncer y la perdí antes de conocerla de verdad. Mi mundo se volvió inseguro y yo estaba asustada. Tú fuiste la persona que volvió a arreglar las cosas. Contigo, me volví valiente y libre. Era como si la parte de mí que había muerto con mi madre volviera cuando estaba contigo, y ya no dolía. Nada dolía si sabía que te tenía a ti. —Una marea de lágrimas inundó mis ojos y la clase se echó hacia delante para escucharme.

»Y entonces un día, sin avisar, te perdí también a ti. Volvió el dolor y me sentí destrozada cada vez que notaba que me odiabas. Mi tormenta se había ido y te volviste cruel. No hubo explicación ninguna, simplemente te habías marchado. Y se me rompió el corazón. Te echaba de menos. Echaba de menos a mi madre. —Se me rompió la voz y no me limpié la lágrima que me cayó por la mejilla.

»Peor que perderte fue que empezaras a hacerme daño. Tus palabras y acciones me hicieron odiar venir al instituto. Me hacían sentir incómoda en mi propia casa. —Tragué saliva y el nudo que tenía en el pecho se aligeró.

»Aún duele, pero sé que nada de esto es culpa mía. Existen muchas palabras que podría usar para describirte, pero la única que incluye triste, enfadado, horrible y detestable es «cobarde». En un año me habré marchado y no serás más que un fracaso en el instituto. —Mis ojos seguían fijos en Jared y mi voz volvió a cobrar fuerza. El dolor que sentía en la cara de intentar reprimir las lágrimas se alivió—. Eras mi tempestad, mi nimbo, mi árbol en el aguacero. Me encantaban todas esas cosas y te quería. ¿Y ahora? Eres una maldita sequía. Pensaba que los capullos conducían automóviles alemanes, pero resulta que los cretinos con Mustangs también pueden dejar cicatrices.

Miré a la clase y me di cuenta de que todos estaban expectantes y en silencio. Había una muchacha llorando. Me limpié la lágrima de la mejilla y sonreí.

—Me gustaría agradecer a la Academia...

Todos empezaron a reír; salieron del trance provocado por mi historia seria y triste y comenzaron a aplaudir y vitorear. Eché la cabeza atrás para mirar el techo antes de efectuar una reverencia teatral y sarcástica, que hizo que mis compañeros rieran aún más. El ensordecedor aplauso me distrajo y me olvidé de que las piernas me temblaban.

Eso era todo. Jared podía oprimirme, herirme, llevarse todo lo que quisiera, pero mostrarle que me había hecho daño, aunque no me había destrozado, era mi forma de ganar. Noté una sensación de euforia en el estómago y la alegría me desbordó.

«Libre.»

—¿Y ese monólogo? Señora Penley, ha hecho llorar a la gente. ¿Cómo puede vivir alguien con eso? ¿Podemos prorrumpir en palabrotas? —se quejó de broma una de las muchachas de mi brújula.

—Estoy segura de que lo superaréis, y Tate, ha sido maravilloso. Has puesto el listón muy alto. Sin embargo, no recuerdo que ese tema estuviera en la lista, así que confío en que lo expliques todo en la redacción.

Asentí y volví a mi asiento. Ya me ocuparía de eso más tarde. Sonó el timbre y la gente se dirigió a la puerta; ya habíamos acabado por el día.

—¡Buen trabajo, Tate!

—¡Qué sorpresa!

Gente con la que nunca antes había hablado me dio palmadas en la espalda y me dedicó cumplidos. Jared salió de la clase como si fuera el detonador de una barra de dinamita. Solo por esta vez, estaba a salvo de la explosión. Lo dejé marchar, pero no me preocupé por hacer como que no me importaba.

Había desnudado mi alma ahí y ahora la pelota estaba en su campo.

—Tate. —Ben se acercó a mi mesa cuando estaba recogiendo mi mochila —. Ha sido estupendo. ¿Estás segura de que quieres desperdiciar el tiempo en medicina en lugar de hacer teatro o algo así? —Me quitó la mochila del hombro y se la colgó él.

Me dirigí a la puerta y él me siguió.

—¿Estás bien? Has llorado. —Parecía preocupado de verdad.

Me volví para mirarlo y esboqué una sonrisa que no me costó nada componer.

—Estoy estupenda. Y me encantaría ir a la carrera contigo este fin de semana.

Pareció sorprendido por el repentino cambio de tema, pero se le iluminó la mirada y me tomó de la mano.

—De acuerdo, pero... sabes que tienes que ponerte una falda muy, muy corta, ¿no? Es una especie de uniforme entre nosotras —bromeó y me di cuenta de que estaba flirteando.

—Yo soy una rebelde, ¿o es que no lo sabías?

Atravesamos la puerta tomados de la mano. Vi a Jared, que tenía la frente apoyada en la pared.

—Nos vemos, Jared —se despidió Ben cuando pasamos, ajeno a lo que acababa de pasar entre él y yo en la casa.

El aludido se volvió, pero no respondió. Me di cuenta de que tenía los ojos rojos. Con las manos en el bolsillo de la sudadera, respiraba como si acabara de correr una maratón. Aparte de eso, no atisbé más emociones. No parecía enfadado, ni feliz. Nada.

¿Qué le estaba pasando por la cabeza?

¿Lo sabría algún día?

CAPITULO 18

—¡Tate!

Me di la vuelta en medio de mi celebración y me encontré con la mirada expectante de mi abuela.

«Ups.» Me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí.

Me acerqué adonde tenía el iPod y quité *Miss Murder*, de AFI.

—Perdona, estaba bailando. —Sonreí avergonzada.

Después del entrenamiento, en el que había corrido al menos una hora de más, había regresado a casa con energías renovadas. Me había quitado un peso de encima y me apetecía celebrarlo.

Había decidido dejar de lado los deberes. De todas formas, no tenía que hacer nada para esa semana, y casi había hecho un agujero en la alfombra con algunos movimientos de baile horrendos.

—Te has dejado el teléfono abajo. Te ha llamado KC. —Me lanzó el teléfono y yo lo atrapé al vuelo—. Y son casi las siete, ¿estás lista para ir a cenar? —Señaló la puerta.

—Por supuesto. —Tomé la rebeca y las zapatillas negras. Me había puesto unos *jeans* y una camiseta al llegar a casa tras ducharme después del entrenamiento. Después de la intrusión de Jared en el vestuario, prefería ducharme en casa.

—Bajo en un minuto. Quiero llamar a KC.

La abuela asintió y salió.

La idea de disculparme con mi amiga me revolvía el estómago. Estaba saliendo con alguien que me trataba mal y me dolía que hiciera oídos sordos

a eso. Pero entendí que Jared y ella se estaban usando mutuamente. En un tiempo, probablemente más pronto que tarde, esta aventura habría acabado. Mientras no se aliara con él para tratarme como a una mierda, prefería no ofrecer a Jared lo que tanto quería.

—Hola —la saludé tímidamente cuando respondió a la llamada.

—Hola. —Su voz sonaba distante.

Tomé aliento y dejé escapar un suspiro.

—Espero poder canjear la tarjeta de salir de la cárcel. Siento lo que te he dicho hoy.

Se quedó callada un instante y yo me moví nerviosa por la habitación.

—Te has comportado como una cabrona —murmuró.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Al menos hablaba conmigo.

—Lo sé. Él ya no tiene nada que ver conmigo, así que, si es él a quien quieres, puedo superarlo.

—Disculpas aceptadas. —Casi oía la sonrisa en su voz.

—Bien, te veo mañana. Voy a salir a cenar con mi abuela. —De todos modos, oí de fondo que la llamaba su madre.

—Diviértete. Y, Tate, te quiero —señaló con dulzura.

—Yo también te quiero. Hasta luego.

Colgamos y de inmediato me sentí mejor. Afortunadamente, ya estaba hecho. Ahora, si tenía suerte, solo tendría que aguantar algunos encuentros menores con Jared. Si tenía mala suerte, sin embargo, todas las salidas de KC y más se convertirían en tríos.

Aún me daban ganas de zarandear a mi amiga un poco, pero, al menos, me había librado de toda la amargura que sentía por Jared. Si ella quería recuperarse con él, era cosa suya. Yo estaba cansada de ver problemas donde no los había y, para ahorrarme el estrés, decidí preocuparme por mis asuntos. Ella sabía cómo me sentía y yo sabía que no iba a traicionar mi confianza. Era todo cuanto necesitaba.

Prácticamente bajé las escaleras bailando; sentía como si la carga que tenía en el pecho hubiera decidido al fin desaparecer.

—Parece que estás de buen humor. —Mi abuela siguió mis movimientos con la mirada—. ¿Te ha ido bien en clase hoy?

—Sí, me ha ido fantásticamente.

Que Jared supiera cuánto dolor me había ocasionado me liberaba de la frustración. Ya no volvería a sentirme acorralada por sus acciones ni tendría que llevar una fachada.

—Bien. ¿Qué te apetece? A juzgar por los *jeans*, supongo que O'Shea's está descartado. —Su tono serio dejaba entrever decepción. Nuestra ciudad no contaba con muchas opciones, y O'Shea's era su restaurante preferido.

—¿Qué te parece Mario's? —le pregunté al tiempo que me sentaba para atarme los cordones. Me encantaba la pasta con albahaca y aceite de oliva que preparaban. La pareja mayor que dirigía el restaurante era amable y acogedora y mis padres tuvieron ahí su primera cita.

—Claro, me parece bien. —Alcanzó su bolso y yo le quité las llaves. Siempre me gustaba conducir a mí, a menos que la situación no me lo permitiera. Sentía que tardábamos una eternidad en llegar a cualquier parte excepto cuando yo tenía el control del vehículo. Por suerte, los adultos que me rodeaban eran indulgentes.

Cuando se detuvo para atusarse el pelo y abrocharse el *blazer* delante del espejo que había junto a la puerta, metí los brazos en la rebeca y me pasé la tira del bolso por encima de la cabeza.

—Abuela, ¿te importa que pasemos por algunos concesionarios para que pueda ver algunos vehículos después de cenar? —Llevaba semanas sin pensar en buscar el automóvil, pero la idea borboteó de mi boca como si llevara con ella en la punta de la lengua todo el día.

No podía fingir que lo necesitaba. Tenía el Bronco de mi padre. Pero el control que me había asegurado hoy me hacía sentir como si tuviera una nueva piel. Todo era cálido, delicioso y estaba lleno de posibilidades. Tener un vehículo propio suponía otra dosis de control directo en vena.

Mi abuela entrecerró los ojos azules, mirándome por el espejo.

—¿Sabe tu padre que quieres un automóvil?

—Sí, pero ahora solo quiero mirar.

—En Nueva York no necesitas uno, cariño —indicó, volviéndose para abrir la puerta.

—¿Te parece que solo echemos un vistazo? Me gustaría tener uno para

cuando regrese a casa en vacaciones.

La seguí a la calle. Se volvió para echar la llave y asintió.

—De acuerdo, no hay nada malo en ir a mirar.

Después de una ansiada noche fuera y conversación alegre con mi abuela, volví a casa más tranquila de lo que me había sentido en semanas.

Me senté en la cama para leer una novela de Chelsea Cain cuando oí unos aullidos provenientes de la calle.

La ventana estaba un poco abierta y oía la lluvia. La llovizna ligera que había empezado cuando llegamos a casa se había vuelto un chaparrón. Abrí una de las hojas de la ventana, me asomé y me paré a escuchar.

Los ladridos eran constantes, angustiados... y venían de cerca.

Madman.

Miré el patio de Jared, pero no vi luces ni rastro del perro. La casa parecía tranquila y a oscuras. Eran más de las nueve, así que él y su madre seguirían fuera.

Me puse las zapatillas y bajé las escaleras. Me tomé un momento para comprobar que la luz de la habitación de mi abuela estaba apagada. Cuando llegué a la puerta de entrada, encendí la luz del porche y salí a la calle.

«¡Mierda!» Estaba lloviendo. ¿Cómo me había olvidado de ello en los tres segundos que había tardado en bajar? Menos mal que el porche estaba techado. Me rodeé el cuerpo con los brazos, me acerqué lo que pude a la casa de Jared y eché un vistazo. Me llevé la mano a la boca para ahogar un gemido al ver a *Madman* gimoteando y arañando la puerta de entrada. Estaba empapado y temblando. Por suerte, había un pequeño toldo que lo protegía del aguacero.

Sin pensar, salí a la tormenta y recorrí el patio hasta la entrada de Jared. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta, así que, al igual que *Madman*, me puse a temblar por la lluvia helada que caía por mis piernas y brazos desnudos.

—Eh, campeón, ¿qué haces aquí fuera? —Me agaché para acariciarle la cabeza y él me lamió la mano, emocionado—. ¿Dónde está Jared?

Me dio un escalofrío y me encogí de hombros.

Lo último que me apetecía era llamar a la puerta de ese idiota, pero no quería ni imaginarme la furia que despertaría si me llevaba al perro a mi casa. Probablemente Jared me acusara de intentar robarle a su mascota.

Madman había sido un daño colateral de nuestra separación. Por mucho que adorara al perro, me parecía que debía de estar con Jared. Pocas cosas se habían resuelto así cuando regresó de pasar fuera aquel verano. Uno de nuestros lugares preferidos era un estanque en Eagle Point Park, y cuando dejamos de ser amigos, él dejó de ir.

Yo me quedé el estanque, él se quedó al perro.

—¿Jared? ¿Señora Trent? —los llamé mientras tocaba al timbre. La lluvia caía a cántaros y parecía inundar la calle. El viento aullador hacía que el agua cayera de lado y me mojara las zapatillas y las pantorrillas, incluso bajo el toldo.

Dudaba que alguien me oyera gritar con todo este ruido, así que aporreé la puerta y toqué al timbre dos veces más. La casa permanecía a oscuras y en silencio.

—Bueno, *Madman*, vas a tener que venirte a casa conmigo. —El pequeño volvió a aullar, descontento por estar en la calle.

Antes de marcharme, agarré el pomo de la puerta y lo giré. Para mi sorpresa, esta se abrió.

«¿No está cerrada con llave? Qué raro.»

Madman abrió la puerta por completo al entrar como un torbellino, como si escapara de un incendio. Las garras contra el suelo de madera resonaron en el pasillo. Fue en dirección a la cocina, probablemente a buscar el cuenco con comida.

Di un paso vacilante para entrar en el vestíbulo.

—¿Hola?

La casa estaba prácticamente a oscuras excepto por las farolas de la calle, que dejaban entrar algo de luz por las ventanas.

—¿Señora Trent? ¿Jared? —Miré a mi alrededor y sentí un escalofrío en los brazos.

«Aquí pasa algo.»

La casa parecía muerta. No se oía el tictac de ningún reloj, ni el murmullo de una pecera. Ni siquiera sabía si tenían peces, pero en una casa ocupada había algún ruido, incluso en mitad de la noche.

Madman ladró y dio un paso en dirección a la cocina, pero me detuve cuando oí un crujido bajo el pie. Eché un vistazo de cerca y una vez que los ojos se me ajustaron a la oscuridad, vi en el suelo un cristal roto o... tal vez fuera cerámica. Supervisé la zona y descubrí más desorden del que había atisbado al entrar.

Había sillas volcadas, una lámpara rota y cojines por el suelo del salón. Hasta las fotos enmarcadas de Jared que había colgadas en la pared junto a las escaleras estaban destrozadas y colgaban solo de un extremo.

«¿¡Jared!?» El corazón me retumbó en los oídos. ¿Qué había pasado?

Madman siguió ladrando, con más ahínco esta vez. Atravesé el pasillo hasta la cocina. El perro estaba mirando por la puerta trasera, que estaba abierta, aullando y moviendo la cola.

Cuando miré por la puerta, vi a Jared sentado en el escalón superior que llevaba al patio trasero. Exhalé una bocanada de aire.

Estaba de espaldas a mí y empapado. El agua le caía por la espalda desnuda y tenía el pelo pegado a la cabeza.

—¿Jared? —lo llamé y avancé hasta la puerta.

Volvió la cabeza lo suficiente para verme por el rabillo del ojo, que tenía tapado casi por completo por el pelo mojado. Sin hacer nada más, se volvió de nuevo y se llevó una botella de licor a los labios.

«Jack Daniel's. Estupendo.»

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue marcharme. Él estaba bien, el perro estaba bien. Lo que estuviera haciendo no era asunto mío.

Pero los pies no me respondían. La casa estaba hecha un desastre y Jared se encontraba bebiendo a solas.

—¿Jared? —Salí, agradecida por el techo que había por encima de la puerta trasera—. El perro estaba fuera, ladrando. He llamado al timbre. ¿No lo has oído? —Sentí que me hacía falta explicar mi presencia en esa casa.

Como no respondió, bajé los escalones para colocarme frente a él. La lluvia me caía en cascada por la cara, mojándome el pelo y la ropa. Se me

tensaron los músculos por la necesidad de volver adentro, pero, por alguna razón, me quedé allí.

Jared tenía la cabeza alta, pero la mirada gacha. Apoyaba los brazos en las rodillas y agarraba la botella medio vacía con la mano izquierda, moviéndola adelante y atrás con los dedos.

—¿Jared? ¿No me vas a responder? —grité—. La casa está destrozada.

«No es asunto mío. Vete.»

Jared se lamió los labios; las gotas de lluvia parecían lágrimas en su rostro. Lo miré cuando levantó la mirada y se limpió el agua.

—El perro se ha escapado —murmuró de forma escueta y con tono tranquilo.

Estupefacta por una respuesta tan críptica, estuve a punto de echarme a reír.

—¿Y te da una rabieta por eso? ¿Sabe tu madre lo que has hecho en la casa?

Frunció el ceño cuando me miró directamente a los ojos.

—¿Qué te importa? No soy nada, ¿de acuerdo? Soy un perdedor. Mis padres me odian. ¿No me has dicho tú eso?

Cerré los ojos un momento y volví a sentirme culpable.

—Jared, no debería haberte dicho eso. Da igual lo que hayas...

—No te disculpes —me interrumpió. Se tambaleó al levantarse y adoptó su habitual tono cruel—. Eres patética cuando te rebajas.

«¡Capullo!»

—¡No me estoy rebajando! —espeté y lo seguí a la casa—. Sé admitir cuándo la cago.

Me quedé dentro, junto a la puerta, mientras él dejaba la botella en la mesa de la cocina y tomaba un trapo de la encimera. Se acercó a *Madman*, que estaba acurrucado debajo de una silla, lo envolvió con el trapo y lo secó con paciencia. Siguió sin hacerme caso, pero no podía irme sin soltar lo que necesitaba decirle.

—Siento haberte hecho daño, no volverá a suceder. —Ya lo había dicho. Ya no había necesidad de que siguiera más tiempo en ese lugar.

Pero no me detuve. Miré la botella de Jack Daniel's, que aún no estaba

vacía, y sentí preocupación. Su madre era una alcohólica en proceso de recuperación y el alcohol fuerte podía resultar peligroso en grandes cantidades. Bastaba echar un vistazo a la casa para darse cuenta de que no estaba en pleno uso de sus facultades.

Tomé la botella de la mesa, me dirigí al fregadero y empecé a vaciar el contenido en el sumidero.

—Y tampoco voy a dejar que tú te hagas daño.

—¡Hija de puta! —Jared se abalanzó sobre mi espalda y sacudí la botella cuando oí sus pasos rápidos detrás de mí.

Alcanzó la botella, a la que aún le quedaba un poco de licor, pero yo me di la vuelta para enfrentarme a él, con ella aún aferrada.

—Esto no es asunto tuyo. Vete —gruñó. Su aliento me empapó la cara. Olía a *whisky* y a lluvia; la mirada dura en sus ojos hizo que me temblaran los brazos. Casi se me cae la botella de lo abrumada que me sentí por la fuerza que había usado para arrebatármela. Cuando tiró de ella, todo mi cuerpo se sacudió.

«Esto es nuevo.»

El Jared al que me había acostumbrado solía actuar de forma calmada y serena, pero este Jared se mostraba desesperado e imprudente. Debería estar asustada, pero, por alguna razón, estaba encantada con el careo.

Quería tener este enfrentamiento con Jared. Lo ansiaba.

Los dos respirábamos con dificultad al tratar de recuperar la botella del otro, pero ninguno cedía. Tiró con fuerza y sentí que empezaba a resbalar entre los dedos. Iba a perder.

—¡Para! —grité. ¿Tan importante es la maldita botella?

«¡Tranquilízate, idiota!» Jared había perdido el control y yo tenía que ayudarlo a que espabilara.

Solté la botella y le di un tortazo en la cara. Su cabeza se volvió a un lado por el impacto y me escoció la mano. Nunca había pegado a Jared, ni siquiera cuando éramos pequeños y jugábamos juntos.

Aturdido y furioso, dejó caer la botella al suelo, olvidada, y volvió sus ojos feroces en mi dirección. Resollé cuando me levantó del suelo por la cintura y me apoyó en el borde duro del fregadero. Antes de que me diera

cuenta, me había colocado las muñecas detrás de la espalda y se había situado entre mis piernas. Tiró de mí hacia él con dureza y quedé atrapada. Mi pecho subía y bajaba rápidamente, desesperado en busca de aire.

«Dios mío.»

—¡Suéltame! —chillé.

Tenía el cuerpo atrapado entre sus brazos, que estaban detrás de mí, y su torso, que tenía delante. Me agarraba con fuerza suficiente para mantenerme quieta, pero no para hacerme daño. Intenté retorcerme y liberarme, pero él me sostuvo con más fuerza contra su cuerpo.

—Jared, suéltame. —Me empeñé en que la voz sonara convincente, pero con la pelea, me había quedado sin fuerzas.

Sus ojos se encontraron con los míos y nuestros rostros estaban a menos de un centímetro de distancia. Pasaron varios segundos en los que él me miró fijamente tratando de hacer que apartara la mirada.

Pero no funcionó.

Una vez que nuestras miradas habían conectado, me resultó imposible mirar para otro lado. Sus ojos eran como la cubierta de un libro: te daba pistas, pero no la historia completa. Y yo quería conocer la historia. Si buscaba en sus ojos largo y tendido, a lo mejor lo que tanto ansiaba emergía.

«¡Maldita sea!»

Incluso con el hedor a licor de su aliento, olía increíblemente bien. A gel. Sentí frío en las piernas, en el lugar donde me tocaban sus pantalones mojados, pero el resto de mi cuerpo estaba en llamas. El calor salía por cada poro de mi cuello y una gota de sudor se deslizó entre mis pechos, ahí donde nuestros torsos se rozaban. Sentí una neblina en la cabeza debido a la presión que estaba ejerciendo entre mis piernas.

Nuestra respiración se acompasó y su expresión dejó de ser de enfado.

Habló con voz temblorosa, casi triste.

—Hoy me has dejado deshecho.

Supuse que estaba hablando del monólogo.

—Bien —respondí.

Volvió a tirar de mí.

—¿Querías hacerme daño? ¿Has disfrutado? Sienta bien, ¿eh?

¿Estaba hablando de mí o de él?

Intenté conservar una expresión serena, pero el cuerpo me hormigueaba por todas partes. Su olor me envolvió por completo cuando se inclinó hacia mí. Nuestros cuerpos se estaban fusionando y nuestros labios estaban muy cerca. Cuando lo noté endurecerse entre mis piernas, cerré los ojos, demasiado asustada porque ya no me estaba resistiendo.

Tomé aliento, abrí los ojos y lo miré con firmeza; notaba el pulso en los oídos.

«No significa nada para mí. Nada.»

—No, no he disfrutado —respondí con calma—. No siento nada. No significas nada para mí.

Se encogió de dolor.

—No digas eso.

La calidez que desprendía su aliento me invadió cuando me incliné hacia él.

—Nada —repetí, apenas en un susurro—. Y ahora, aparta...

Su boca atrapó la mía y acalló mi protesta.

Sus labios me devoraron, con fuerza y rápido, como si me estuviera comiendo viva. Introdujo la lengua en mi boca y yo me dejé, tenía la necesidad de sentirlo por completo. El latido en mi pecho se aceleró y le rodeé la cintura con las piernas antes de cerrar los ojos y saborear la libertad.

Intenté razonar, pero no podía. No quería. Todos los años que habíamos pasado separados se compensaban con este momento.

Me soltó los brazos, me pasó una mano por el pelo y con la otra me agarró el trasero. Apreté las caderas con más fuerza contra las suyas y me atrapó la boca como si estuviera famélico. Me succionó el labio inferior y después se ocupó de llenarme de besos ardientes y frenéticos la mandíbula y el cuello. Una legión de mariposas levantó el vuelo en mi estómago y gemí de placer.

Y le devolví el beso.

«¡Dios mío! ¡Estaba besándole!»

—Jared —murmuré. Tenía que parar, teníamos que parar, pero no recordaba por qué.

Estaba perdida.

Le rodeé la cintura con más fuerza con las piernas y le agarré el pelo húmedo para acercarlo a mí mientras él me lamía el cuello. Su mano izquierda bajó por mi muslo y recuperé sus labios con los míos; necesitaba más. La presión aumentaba mientras presionaba nuestros cuerpos. Gruñó, y de repente sentí que no quería que parara. Nunca.

Cuando agachó la cabeza para mordisquearme el lóbulo de la oreja, en mi mente aparecieron imágenes de él y KC en el pasillo el día anterior.

«Esto es lo que ella sentía.»

Y todo regresó de nuevo. Abrí los ojos al recordarlo todo.

Le gustaba hacerme daño.

Me odiaba.

—Jared, para. —Quería decirlo con un tono enérgico, pero solo sonó desesperado.

No me hizo caso y siguió besándome y mordiéndome suavemente el hombro mientras internaba la mano bajo mi camiseta.

—¡Jared! ¡Te he dicho que pares! —Posé las manos en su pecho y le empujé. Se tambaleó unos pasos, respirando con dificultad y mirándome como si fuera un animal.

«Nos hemos pasado.»

Me bajé del fregadero y salí prácticamente corriendo de la cocina y de la casa. Sentí como si me saliera vapor de la piel cuando la lluvia helada me cayó por las extremidades. El corazón se me iba a salir del pecho mientras corría hacia el porche de mi casa.

«¿Qué estás haciendo?», me grité mentalmente.

Un dolor agudo se instaló en mi estómago y sentí un vacío inmenso en los brazos, donde él había estado un instante antes. Había permitido que me besara. Y que me acariciara.

Y yo había hecho lo mismo con él.

Meforcé por recuperar el aliento. ¿Cómo había permitido que esto sucediera? ¡Había perdido la cordura! Sabía que lo que hacíamos era una locura, pero lo que sentía con él me había hecho olvidarme de todo. Incluso ahora, mi cuerpo ansiaba el suyo y odiaba esa sensación. La vergüenza me ardió en la piel, en los lugares que él había tocado.

Jared siempre calculaba sus movimientos. ¿Había planeado esto? No pensaba que pudiera llegar tan lejos. Probablemente ahora estuviera riéndose de mí con la seguridad de que había perdido todo mi orgullo.

Mil preguntas me abordaron, pero no hice caso. «No.» Una cosa tenía segura: no podía confiar en Jared. Ni siquiera había empezado a arreglar los daños y yo sentía náuseas por la humillación que me asolaba.

No volvería a pasar.

CAPITULO 19

Al día siguiente fui corriendo de una clase a otra. Tenía el corazón en la garganta por la idea de que en cualquier momento me podía encontrar con Jared, así que mantuve la mirada al frente. Literalmente.

Durante la clase de Francés me había resultado imposible alejar la mente de la noche anterior. Sus manos, sus labios, sus...

«No. No sigas por ahí.»

Me había gustado. Demasiado como para admitirlo. ¿Pero por qué me besaba si no era para demostrar que podía hacerlo? ¿Y por qué diablos le había permitido que lo hiciera?

Había decidido concluir que se trataba de algo que él había hecho porque estaba borracho y que, por mi parte, no había sido más que un fallo emocional.

Cuando iba a ir a comer, metí las cosas rápidamente en la taquilla y doblé la esquina en dirección a la cafetería empeñada en no mirar a mi alrededor.

—Ay. —Me quedé sin aire en los pulmones y caí al suelo.

Hice una mueca de dolor al caer al suelo frío y parpadeé para apartar el malestar que me provocaba la falta de equilibrio.

Alcé la mirada. Me quedé sin aliento y sentí un aleteo cálido en la barriga al ver a Jared sobre mí.

«Mierda.» Me había chocado con él. Y yo intentando evitarlo como si fuera una plaga, menudo chasco para mi afán por planearlo todo.

No podía eludir lo que su presencia provocaba en mí. Me quedé mirándolo boquiabierto como una tonta, incapaz de apartar la mirada de lo bien que le

quedaba la camiseta por encima de la cintura estrecha o lo sexi que estaba con el pelo oscuro y, por una vez, peinado.

Verme tirada en el suelo seguro que le había provocado una sonrisa petulante o un ceño fruncido. Me ruboricé de la vergüenza; parecía una estúpida.

Pero no hizo nada. Nada malo, al menos.

Me tendió una mano y yo lo miré con los ojos como platos, preguntándome qué narices tenía en mente.

«¿Me estaba... ayudando a levantarme?»

Acercó la mano suave y de dedos largos, con la palma hacia arriba, y se me puso la piel de gallina con el gesto.

«Vaya.» A lo mejor el beso no había sido tan mala idea. Tal vez empezaba a comportarse bien conmigo.

Y entonces enarcó una ceja, como si le molestara tener que esperar.

Fruncí el ceño al reconocer su típica actitud arrogante.

«Oh, no. ¡No quiero favores!»

Me levanté, me limpié el polvo de los *jeans* y pasé junto a él para doblar la esquina.

Aunque mi cuerpo reaccionaba de forma muy positiva con él, mi cerebro practicaría una política de tolerancia cero... desde ahora en adelante.

Ben y yo quedamos el viernes por la noche después del partido. Quería disfrutar de nuestra cita, aunque había pasado la mayor parte de los últimos dos días tratando de no pensar en otra persona. No había nada entre Jared y yo, por lo que no tenía sentido anular una cita con alguien que aún no era mi novio porque había besado a alguien diferente, aunque me sintiera un poco mal por ello.

Ben era sencillo, y necesitaba a alguien así. Me lo merecía. Solo tenía que controlarme.

«Malditas hormonas.»

—Quiero preguntarte algo. —Ben parecía feliz, aunque algo tímido, cuando terminamos la *pizza*.

—A ver si adivino. —Me llevé el dedo índice a los labios—. Sí, yo misma me encargo de las escenas peligrosas en el cine; y no, normalmente no como tanto —bromeé y tomé un sorbo de Coca-Cola.

—No, no es eso. —Me señaló con el dedo y sacó la tarjeta de crédito para dársela a la camarera cuando pasó por nuestro lado.

—Pues dime.

—Mencionaste a un muchacho del que era amiga tu personaje del monólogo. Eran muy amigos y después él se peleó con ella. ¿Dijiste que conducía un Mustang?

Asentí, preguntándome adónde quería ir a parar.

—Jared Trent conduce un Boss 302. Un Mustang Boss 302 —señaló.

Una gota de sudor emergió en mi frente, pero volví a asentir. Sabía lo que estaba intentando decir, pero no pensaba ofrecerle respuestas, si era eso lo que buscaba. Bastante malo había sido ya besar a Jared a espaldas de KC, pero solo habíamos compartido un beso, y no habría más. No iba a explicar a Ben algo que ni siquiera yo entendía.

—¿Y? —Apoyó los codos en la mesa, se cruzó de brazos y se inclinó hacia delante.

—¿Y cuál era tu pregunta? —Esperaba que mostrarme evasiva diera resultado y abandonara el interrogatorio.

Miró a un lado primero y después a mí, y rio entre dientes.

—Me di cuenta de que no te quitó ojo en todo el monólogo. ¿Erais Jared Trent y tú amigos? —Sus grandes ojos verdes se mostraban interesados.

—¿A qué te refieres? —Hacerse la difícil no me estaba costando nada. Podría seguir así toda la noche.

Parecía esforzarse por contener una sonrisa, pero siguió insistiendo.

—¿El monólogo trataba de él?

Ladeé la cabeza.

—Pensaba que los monólogos tenían que venir de un libro o una película.

—¿De qué libro o película es el tuyo?

Este jueguito hizo que el estómago se me sacudiera por la risa que estaba conteniendo.

—Eso lo explicaré en la redacción —susurré cuando la camarera le trajo la

tarjeta y el recibo de vuelta—. Pero... Jared no significa nada para mí, para que lo sepas.

Sus labios se torcieron hacia arriba en un gesto de satisfacción por la información que le había confiado. Me tomó de la mano, me sacó del restaurante y me llevó a su vehículo. Por desgracia, conducía él, así que me abrió la puerta para que entrara.

—Nunca has ido al Loop, ¿no?

—No.

Me abroché el cinturón de seguridad y tiré de la falda negra todo lo que pude para taparme los muslos. Las tres hebillas que tenía en la parte del muslo derecho reflejaban la luz de las farolas que entraba por la ventanilla.

—Te va a encantar. Y a ellos les vas a encantar.

Me miró al pecho y rápidamente apartó la mirada. De repente lamenté no haberme puesto mejor una camiseta. La blusa blanca que llevaba resultaba, por suerte, menos sugerente debajo del *blazer* militar gris que me había puesto, pero aun así me sentía expuesta. Sentí una necesidad urgente de taparme. Quería estar guapa para Ben esta noche, ¿no?

A lo mejor no era en Ben en quien estaba pensando cuando me vestí.

—¿Que les voy a encantar? ¿Y eso? —pregunté.

—Porque pareces un caramelito. —Negó con la cabeza y arrancó el motor.

Las palabras de KC volvieron a mi cabeza. «Pues yo estoy ansiosa por ver la cara que se le va a quedar cuando te vea.»

Cerré las manos en puños y me mordí el labio inferior para reprimir una sonrisa.

«Sí», me mordí el labio inferior. «Mierda.»

El Loop estaba en la granja del señor Benson, a las afueras de la ciudad. Su hijo, Dirk, que se había graduado en el instituto hacía dos décadas, organizaba una carrera semanal en el campo. Con el tiempo, Dirk se hizo cargo de la granja y siguió permitiendo que se hicieran carreras en la propiedad, aunque él apenas participaba. Siempre y cuando recibiera el pago de una entrada, todos podían hacer apuestas y divertirse sin problema.

Recorrimos el camino de tierra que llevaba a la granja. A estas horas de la noche, debería de estar a oscuras, pero con todo el tráfico que había, parecía que íbamos a una fiesta un sábado noche.

—Aparcaré aquí. No te importa andar un poco, ¿no? —me preguntó Ben. Había vehículos alineados a los lados del camino y como ya casi era la hora de la carrera, apenas quedaban aparcamientos libres.

—Está bien. —Los dedos me hormigueaban por la emoción. Salí del Escalade y agradecí haberme puesto las deportivas. No quedaban muy elegantes con la falda, pero yo no era de las que llevaban tacones. El camino de tierra tenía pendientes y charcos, además de gravilla.

—Dame la mano. —Me la tendió cuando rodeó el vehículo para encontrarse conmigo. Se detuvo y señaló el automóvil—. ¿Quieres dejar el bolso dentro?

—No, puede que me haga falta el teléfono. Estoy bien. —Enganché el pulgar en la tira del bolso, que contenía dos de mis tablas salvavidas—. Vamos.

Comencé a caminar a paso ligero.

Delante de nosotros, el camino se dividió a izquierda y derecha. Justo delante estaba el campo. El olor a tubo de escape se me metió por la nariz enseguida y no pude evitar dar un saltito. Recorrí el lugar con ojos hambrientos y vi los faros de los vehículos aparcados a los lados, iluminando la pista.

Afortunadamente para la familia de Dirk, el Loop se consideraba un tesoro local en lugar de una molestia. Como competir era tan ilegal como permitir que la gente usara tu propiedad para ello, nadie podía atacar a los Benson sin salir perjudicado también. Era algo práctico y ordenado.

Cuando accedimos al Loop, Ben me llevó por la derecha, hacia lo que parecía la salida. Había dos vehículos ya, uno al lado del otro, y la gente se arremolinaba alrededor como moléculas apiñadas. Uno de los automóviles era el GTO del 2006 de Madoc y el otro era un modelo posterior de Camaro.

«Liam.»

—¡Tate!

Me di la vuelta al oír el grito y vi que KC venía hacia mí. Cayó sobre mí

en un intento de abrazarme y se tambaleó hasta recuperar el equilibrio.

—¡Vaya! —exclamé—. Tampoco hace tanto que no nos vemos, ¿no? — Me reí de su despliegue de cariño, claramente incitado por la cerveza, y me erguí.

Habíamos hecho las paces, pero ahora me sentía incómoda por haberme liado con Jared, y su relación seguía fastidiándome. Quería mantener la promesa de preocuparme solo de mis problemas, pero ahora había una distancia entre las dos que antes no existía, y no sabía cómo volver a la situación anterior. A lo mejor es que la veía de forma distinta, o puede que ahora no nos resultara tan fácil mantener una conversación, pero sabía que algo había cambiado.

Ben levantó un dedo y murmuró «un minuto» antes de alejarse para hablar con un muchacho de nuestra clase.

—¿Ese es el Camaro de Liam? —Señalé con un movimiento de cabeza la línea de salida en la que estaba el vehículo rojo parado. La simetría de ese automóvil destacaba en cualquier multitud o carretera. Era difícil no mostrar respeto por un Camaro. Tenía unos neumáticos tan grandes que parecía poder mantener a flote el vehículo.

—Sí —respondió, arrugando la nariz con disgusto.

—¿Va a competir contra Madoc? —Lo que este podía hacer con el vehículo de Liam estaba a la altura de una tragedia shakespeariana. Aunque nunca había visto a Madoc competir, había oído hablar de ello. No es que jugara muy sucio, pero se mostraba temerario y asustaba a los demás conductores.

—Eso parece.

—Pensaba que habías dicho que Jared iba a vengarte. —Me llevé la mano al pecho y parpadeé ceremoniosamente.

—Ah, cállate —replicó con irritación fingida y tomó un trago de cerveza—. Ese era el plan, pero Roman ha vuelto de la universidad este fin de semana y quiere competir con Jared. Así que, ya ves... —Se quedó callada.

Supuse que el mejor tenía que competir contra el mejor.

Me removí al escuchar el nombre de Derek Roman. Era un idiota de primera que trataba a todo el mundo de la misma manera: como si fueran una

mierda. Daba igual que fueras hombre, mujer o niño. Joven, viejo, rico o pobre. Se comportaba como si todo el mundo fuera inferior y no tenía ética ninguna. Era muy desagradable.

—¿Dónde está Jared? —Me sentí incómoda al pensar que iba a competir con Roman y observé a la multitud en busca de su pelo castaño y alborotado.

—Con Madoc, dándole una charla. —KC le dio un trago a la cerveza y por la forma en que movía los pies, supe que estaba preocupada.

—Seguro que Madoc no hace ninguna estupidez. No querrá destrozar su vehículo. Liam estará bien —le aseguré.

—Me importa muy poco. —Sus ojos miraban a todas partes excepto a mí.

«Ya, claro.»

Me sobresalté al oír el rugido de un motor y moví la cabeza en dirección a la línea de salida. Me puse de puntillas para mirar por un hueco entre la multitud. Jared estaba apoyado en la puerta del automóvil de Madoc, hablando con el conductor. El pelo le caía sobre los ojos y tenía una sonrisa en los labios. La forma en que levantaba la cabeza con esa sonrisa deslumbrante...

«Alguien se puso a tocar la batería en mi estómago...»

Me odié por sentir que las piernas me cedían. Era inaceptable, no podía verme afectada precisamente por Jared de entre todas las personas. Había venido con Ben y él también era muy guapo, me dije a mí misma.

—Hola. —Ben se acercó y me rodeó con un brazo. Su cuerpo, al lado del mío, me provocó una sensación cálida. Olía a colonia.

Casi tuve que suplicar a las mariposas que volvieran a mi barriga, pero no sucedió. Tenerlo cerca o que me mirara a mí no me afectaba como debería.

«Maldita sea.»

—Hola —respondí—. ¿Buscamos un lugar para ver mejor?

—Te gusta esto de verdad, ¿no? —Ben me miró con expresión divertida.

—¿Los automóviles? ¿Los muchachos sexis? Sí. —Compuse una expresión como dejando a las claras que era obvio.

—Venid aquí. —KC se movió a la derecha—. Jared ha aparcado justo al lado de la pista, podemos mirar desde ahí.

Había venido con Jared, casi se me olvidaba. Por supuesto, quería

presenciar la acción con él. ¿Por qué no? Había superado esto y si él no me había hecho ni caso los últimos dos días, yo podía hacer lo mismo.

Nos abrimos paso entre la gente mientras todo el mundo volvía a su sitio para ver la carrera. Jared ya estaba apoyado en el capó de su automóvil negro. Con una pierna sobre el parachoques, jugueteaba con algo que tenía en la mano. Tenía la camisa negra desabrochada y vi que llevaba una camiseta blanca debajo. Tanto él como el automóvil parecían enfadados.

—Hola. —KC se acercó a él.

—Hola. —Jared le dedicó una sonrisa con la boca cerrada antes de mirarme a mí. La sonrisa se esfumó y después miró a Ben con los ojos entornados.

—Hola, amigo —lo saludó Ben.

—¿Qué tal? —le preguntó él cordialmente, pero apartó enseguida la mirada.

Mi acompañante debió de entender que la pregunta era retórica, porque no respondió.

Yo intenté parecer desinteresada, mirando a todas partes excepto a Jared. Empecé a sudar cuando imágenes de nosotros dos abrazados la otra noche aparecieron en mi cabeza y me abaniqué con la solapa de la rebeca. Reinaba entre nosotros un ambiente extraño y comprendí que, para que la situación se volviera más cómoda, había que eliminar a alguien de la ecuación: Jared, KC, Ben o yo.

KC rompió el silencio.

—Jared, ella es Tatum Brandt. Salúdala —bromeó cuando el muchacho le rodeó la cintura con un brazo. Se me aceleró el pulso.

Me miró con los ojos entrecerrados y se fijó en mi ropa, pero solo levantó la barbilla antes de devolver la atención a la línea de salida.

Puse los ojos en blanco y me centré en la carrera.

—¡Estamos listos! —gritó un joven, que ejercía de moderador, para que la gente despejara la pista. Me fijé en que los allí presentes intercambiaban dinero a la vez que hacían sus apuestas.

El rugido de los motores vibró bajo mis pies y me temblaron las piernas. Se me puso la piel de gallina. «Me encantaría competir.» Odiaba ser una

simple espectadora, aunque estaba emocionada.

Una muchacha con una minifalda lisa y una diminuta blusa roja se posicionó delante de los vehículos y levantó las manos en el aire.

—¿Preparados? —gritó.

Los motores se revolucionaron, provocando gritos de entusiasmo entre la gente.

—¿Listos?

La joven levantó los brazos aún más.

—¡Ya!

Me puse de puntillas de nuevo para ver el caucho de los neumáticos levantando el polvo al salir. Empecé a balancearme arriba y abajo por la emoción y no pude reprimir una sonrisa de oreja a oreja. Los automóviles salieron disparados, creando un remolino de viento en mi cara y un latido acelerado en mi corazón.

—¡Mierda! —oí detrás de mí.

Me volví y vi a KC limpiarse la camisa.

—Se me ha derramado la cerveza —murmuró.

Vi a Jared unos centímetros detrás de ella, apoyado aún en el Mustang, pero no observaba la carrera. Estaba mirándome a mí y atisbé algo conocido en su expresión. En ese momento, ni la carrera, ni Ben, ni KC existían.

Estuve a punto de soltar un gemido cuando el corazón se me aceleró y sentí un pinchazo en el estómago.

Me estaba mirando de la misma forma que lo había hecho el miércoles por la noche justo antes de besarme, por lo que supe que no me había imaginado nada. Era una mezcla de enfado y deseo, lo bastante provocativo como para hacer que se me aflojaran las piernas. Por cómo había ignorado mi presencia ayer, y había evitado mirarme siquiera hoy, había empezado a preguntarme si había sido todo parte de un sueño húmedo.

Pero no.

Tomé aliento y aparté la mirada. Me quité la rebeca y se la lancé a KC.

—Ponte esto.

—Gracias. —Sostuvo el vaso con una mano y se puso la rebeca con la otra.

Eché otra mirada a Jared y me fijé en que su pecho subía y bajaba de forma acelerada y sus ojos echaban fuego. El deseo se había evaporado. Ahora tenía la vista fija en Ben, y me fijé en que él también me miraba a mí, pero se volvió, como si lo hubiera descubierto observando algo que no debía.

De nuevo tuve la necesidad de taparme.

«He venido por la carrera», me recordé a mí misma y me volví hacia la pista.

Madoc y Liam en ningún momento iban igualados. O bien Madoc estaba bastante detrás de Liam, o Liam iba a una gran distancia por detrás de Madoc. Un minuto después, el público empezó a reír cuando se dio cuenta de que Madoc solo estaba jugando con su oponente. No me extrañaba que Jared no estuviera mirando, sabía que iba a ser una victoria fácil. No era que el Camaro de Liam no estuviera a la altura, sino que Madoc tenía más experiencia y había mejorado mucho su vehículo.

En la última curva, Madoc se puso en cabeza una última vez y cruzó la línea de meta entre vítores y silbidos. La gente corrió a su automóvil y el conductor salió con una sonrisa estúpida en el rostro. Una muchacha lo agarró por la camiseta gris y le metió la lengua en la boca. «Puaj.»

Liam salió lentamente de su Camaro y miró a KC, a quien vi de nuevo descaradamente abrazada a Jared. Sentí un hormigueo en la pierna por la necesidad de patear algo cuando vi que él enterraba la cara en el cuello de mi amiga. Ella rio alegremente, con la intención clara de que la vieran.

—Jared es el siguiente. —Ben se pasó la mano por la barbilla—. Roman es muy bueno. Espero no haber apostado por el piloto equivocado.

Yo no sabía por quién apostaría si no me importara jugarme el dinero con esos capullos.

—¡Despejad la pista!

Me sobresalté. El moderador estaba a punto de anunciar la siguiente carrera.

—Trent y Roman, venid a la línea de salida.

Y de repente me puse nerviosa por este enfrentamiento.

CAPITULO 20

Ben y yo nos apartamos para que Jared pudiera sacar su automóvil. KC se acercó a nosotros, pero, por alguna razón, no fui capaz de mirarla.

Cuando Jared entró en el Mustang y arrancó el motor, las muchachas que nos rodeaban empezaron a saltar y a chillar. Papa Roach sonaba a un volumen ensordecedor por los altavoces de su vehículo. Revolucionó el motor un par de veces para que el público se moviera, con una sonrisa juguetona en los labios.

El Boss 302 se colocó en la pista y entonces sentí como si me hubiera rendido. Jared y yo soñábamos de pequeños con venir aquí juntos para competir y ahora yo estaba fuera, mirando. Él estaba viviendo esto sin mí y odiaba tener que quedarme fuera.

Roman se metió en su Pontiac Trans Am. Aunque su automóvil del 2002 se consideraba antiguo comparado con el de Jared, tenía grandes posibilidades de ganar. Todo el trabajo y los extras que Roman había añadido a su vehículo lo convertían en un automóvil formidable. Por desgracia, Derek Roman no dependía solo de sus habilidades como mecánico para ganar. Cuando compitió estando en el instituto, había ocasionado muchos daños.

—¡Bien! —anunció el moderador—. Despejad la pista para el evento principal de la noche.

Según KC, el Loop solo celebraba unas cuantas carreras a la semana durante el periodo escolar, así que esta era una noche floja con solo dos carreras.

La música de Jared inundó el ambiente y lo vi colgar del espejo retrovisor

algo que tenía en la mano. No vi lo que era, solo que se trataba de algo voluminoso y que parecía un colgante.

La misma chica que había dado la señal de salida a Madoc y Liam se puso delante de los vehículos, meneando el trasero mientras caminaba delante de los faros.

El olor a gasolina y a neumáticos impregnaba el aire y el rugir de los motores fluía por mis piernas. Jared miró al frente con una expresión pétrea a la espera de la señal.

—¿Preparados? —gritó Pequeña Miss Mírame—. ¿Listos? —Los motores rugieron—. ¡Ya! —Bajó los brazos a los costados y los automóviles salieron disparados, levantando el polvo y la grava a su paso. Me lancé hacia la pista con el resto de espectadores para mirar desde atrás, más asustada que emocionada esta vez.

Por mucho que odiara admitirlo, me preocupaba que Roman hiciera algo sucio y lastimara a Jared. Incluso después de todo lo que había pasado, no quería que lo hiriesen.

Los faros traseros de los vehículos se hicieron más pequeños cuando doblaron la primera curva. Cuatro curvas y la carrera habría terminado. Las curvas eran pronunciadas y ahí era donde el conductor tenía que hacerlo mejor. La pista era pequeña, los automóviles, grandes, y los giros, infernales. Por esa razón no se permitía que hubiera automóviles aparcados en el perímetro de las curvas.

Jared eligió la opción caballerosa y redujo la velocidad para tomar la curva después de Roman, que siguió adelante. O Roman ganaba o acabaría matándolos a ambos. Los automóviles derraparon al girar creando una nube de polvo para deleite del público, que gritaba sin descanso. Jared aceleró, alcanzó a Roman y ambos corrieron uno junto al otro.

«Vamos, vamos.» Me llevé las manos al pecho y entrelacé los dedos con tanta fuerza que sentí que se me estiraba la piel. Me di la vuelta para seguir su progreso y vi que Jared aminoraba pacientemente cada vez que llegaban a una curva para que Roman pasara primero.

El corazón me latía acelerado y sentía un nudo en el estómago.

Al llegar a la última curva, Jared se puso detrás de Roman, pero no

aminoró la velocidad. Cuando Roman tomó la curva, lo hizo por el exterior mientras que Jared tomó el interior. Los dos vehículos se recuperaron y avanzaron uno junto al otro, acercándose a la línea de meta.

El público despejó la pista y oí los motores retumbar. Los automóviles estaban tan cerca que no sabía quién iba a ganar. Cuando se detuvieron, todos corrieron hasta ellos entre empujones y gritos. Nadie parecía saber quién había ganado.

Estiré el cuello y miré a mi alrededor en busca del moderador. Al parecer, estaba deliberando con un par de personas más, seguramente tratando de tomar una decisión.

—¿Has visto quién ha ganado? —preguntó KC, que parecía confundida mientras nos acercábamos a los automóviles.

—No, ¿y tú?

Negó con la cabeza.

—¡Estás aquí! —Ben se puso a mi lado y me tomó de la mano—. Supongo que no están seguros de quién ha ganado. Una carrera estupenda, ¿eh?

Solté una carcajada.

—No he dejado de morderme las uñas.

—Venga, vamos a ver a Jared. —KC me agarró por la muñeca y los tres accedimos a la pista.

Cuando nos acercamos a los vehículos, vi que los conductores estaban frente a frente entre sus automóviles. Tenían los labios apretados y las caras muy cerca. Parecían a punto de enzarzarse en una pelea.

Cuando nos acercamos más, oí lo que estaban diciendo.

—¡Te estabas metiendo en mi carril! —Roman tenía los dientes apretados—. O a lo mejor es que no sabes conducir tu automóvil. —Tenía el pelo negro peinado hacia atrás y los *jeans* y la camiseta blanca lo hacían parecer de los años cincuenta.

—En la pista no hay carriles —replicó Jared con una risita—. Y mejor no hablemos de quién sabe conducir y quién no su vehículo.

Roman señaló a Jared con el dedo al hablar.

—Te diré una cosa, princesita, vuelve cuando te hayan crecido los cojones

y te quiten las ruedas de apoyo. Entonces serás lo suficiente hombre como para competir conmigo.

—¿Suficiente hombre? —Jared juntó las cejas como si fuera el comentario más ridículo que hubiera escuchado jamás. Se volvió hacia la multitud y levantó las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Suficiente hombre? —preguntó con sarcasmo.

La morena de la fiesta de Jared, Piper, se acercó y se enredó en él como si fuera una serpiente. Le tomó la mejilla con una mano y el trasero con la otra. Le metió la lengua en la boca y le besó lenta y profundamente, con el cuerpo pegado al de él.

La maldita multitud no podía gritar más fuerte.

Sentí que el calor me invadía la nariz, las orejas y los ojos, y aparté la mirada. A mí me había besado así tan solo dos días antes.

«Que le jodan.»

Miré a KC, que tenía las cejas arqueadas en una expresión de sorpresa.

—¿Estás bien? —le pregunté. ¿Me importaba de verdad? Probablemente no, pero al menos eso distraía mi mente del dolor que sentía en el pecho.

—Fantástico —se quejó—. Liam acaba de ver eso. Increíble.

Estuve a punto de romper a reír al darme cuenta de que lo único que le molestaba era la reacción de Liam. Si él pensaba que Jared no iba en serio con KC, entonces no se sentiría amenazado.

A ella no le importaba Jared, eso seguro. Y eso me hizo sentir un poco mejor por haberle besado a sus espaldas.

—¡De acuerdo! —El moderador se adelantó entre la multitud—. Fuera, fuera.

Barrió con la mirada al público, a la espera de que se tranquilizara. Piper se apartó de Jared y volvió con sus amigas, limpiándose la boca al tiempo que trastabillaba.

—Escuchad. Tenemos una noticia buena y otra mala. La mala es que vamos a declarar un empate. —El público prorrumpió en quejas y palabrotas. Se habían realizado apuestas y la gente estaba enfadada—. Pero la buena es —continuó— que hay un modo de resolverlo.

Su sonrisa me asustaba. Solté la mano de Ben para acercarme más y me

coloqué entre la gente. Jared y Roman tenían el ceño fruncido.

—¿Una revancha? —preguntó Jared.

—Más o menos. —El moderador parecía bastante emocionado—. Si queréis solucionar esto, vuestros automóviles competirán de nuevo, pero... no seréis vosotros los conductores.

Se oyeron murmullos entre la gente y miré a Jared para comprobar su cara de asombro.

—¿Perdona? —Roman se acercó a él para preguntar.

—Ya sabemos que sois unos conductores excepcionales. La carrera lo ha demostrado. Veamos cuál es el mejor vehículo.

—¿Y quién va a conducir? —prácticamente gritó Jared, que había palidecido.

La cara del moderador se ensanchó al sonreír.

—Vuestras novias.

CAPITULO 21

Estaba segura de que las risas en el Loop se oían por toda la propiedad Benson. Algunos vitorearon la solución del moderador y otros se quejaron por las apuestas, pero todos parecieron estar de acuerdo en que la carrera entre dos adolescentes estúpidas en unos vehículos de alto rendimiento sería hilarante.

—¡Eh! No puede ser. —Roman miró a su novia, una muchacha mexicana menuda con más peso en el pecho que en el resto del cuerpo. Conociéndolo, podían llevar saliendo dos meses o dos minutos, a saber.

—Zack, yo no tengo novia. Nunca tengo novia —señaló Jared muy serio al merodeador, enfatizando la palabra «nunca».

—¿Y esa preciosidad con la que has venido? —preguntó él.

Jared miró a KC y a mi amiga casi se le salen los ojos de las órbitas.

KC tragó saliva y gritó:

—Solo es mi acompañante de repuesto.

El público prorrumpió en un sonoro «ohhhh» y KC sonrió por su tenacidad. Jared enarcó las cejas como diciéndole a Zack: «¿ves?».

—Nadie conduce mi automóvil —dejó claro.

—En esto coincido con la princesita. —Roman hizo un gesto en dirección a Jared—. Esto es una tontería.

Zack se encogió de hombros.

—La gente ya os ha visto competir a vosotros. Quieren entretenimiento. Si tenéis algún interés en que se declare un vencedor y que los demás cobren, tendréis que hacerlo. En cinco minutos colocaos en la salida o marchaos. —

Fue a marcharse, pero entonces se detuvo y se dio la vuelta—. Ah, por cierto, podéis ir de copilotos si queréis... para dar apoyo moral. —No fue capaz de decir esto último sin partirse de risa. Probablemente esperara que las pobres rompieran a llorar antes de acabar la carrera.

Zack se retiró y la gente empezó a murmurar. Roman se fue enfadado y Jared se acercó a nosotros.

—Esto es una mierda. —Se pasó los dedos por el pelo.

—Eh, amigo, puedo conducir yo por ti —propuso Madoc—. Solo tenemos que contarles lo de nuestra relación secreta. —Nos echó los brazos a Ben y a mí por los hombros de forma juguetona, pero yo me lo quité de encima.

Jared no le hizo caso. Se limitó a pasearse por delante de nosotros mientras pensaba. Probablemente estuviera valorando una forma de salir de este embrollo, pero cuando se detuvo y exhaló un suspiro de derrota, supe que estaba preocupado.

Miré a Roman, que llevaba a su novia al automóvil, al parecer para enseñarle a usar el cambio de marchas manual.

«Madre mía.» Me mordí el interior de la mejilla para evitar echarme a reír.

—Jared, yo no puedo competir —señaló KC—. Tiene que haber alguien más.

El aludido miró al cielo y negó con la cabeza. A pesar de que no quería ver su vehículo destrozado, la situación me parecía divertida. «Le está bien empleado.»

—Solo hay una persona en la que confiaría para que condujera mi automóvil. —Enarcó una ceja y se volvió para mirarme a los ojos.

Me quedé sin aliento.

—¿Yo?

—¿Ella? —Madoc se echó a reír, y Ben y KC lo imitaron.

Jared se cruzó de brazos y se acercó a mí como si fuera un policía en una sala de interrogatorio.

—Sí, tú.

—¿Yo? —Le devolví la mirada como si estuviera loco. Si pensaba que iba a hacerle algún favor, es que estaba loco.

—Te estoy mirando a ti, ¿no? —Su tono arrogante y su mirada

condescendiente me dieron ganas de decir que sí y estamparle después el automóvil con la esperanza de que fuera él quien acabara llorando.

Me di la vuelta y miré a Ben.

—Ben, ¿podemos irnos ya a esa hoguera? Aquí me aburro. —Sin hacer caso de la mirada de asombro de mi acompañante, me dirigí a donde se concentraba la multitud.

Una mano me agarró por el codo y tiró de mí suavemente para que me detuviera. Levanté la mirada y me encontré a Jared que me miraba a los ojos.

—¿Puedo hablar contigo? —Su voz era grave y su comportamiento, amable. Había pasado tanto tiempo que me había olvidado de lo humano que podía ser. Sin embargo, no era suficiente para que olvidara lo horrible que había sido conmigo.

—No. —Escupí la misma respuesta seca que me había dado él unas semanas antes cuando le había pedido que bajara la música.

Inspiró profundamente.

—Sabes lo duro que es para mí. —Apartó la mirada y volvió a centrarla en mí—. Te necesito. —Exhaló un suspiro y pareció derrotado.

Me quedé sin aliento al oír sus palabras. «¿Me necesitaba?» Por la forma en que respiraba por la nariz y evitaba el contacto visual, supe que se sentía incómodo pronunciado esas dos palabras. Una parte de mí quería ayudarlo, pero la otra quería marcharse sin más. ¿Dónde estaba él cuando yo lo había necesitado?

Me odié por considerar, aunque fuera por un segundo, la opción de perdonarle todo después de pronunciar esas dos palabras. Muy poco, muy tarde.

—¿Y mañana cuando no me necesites qué? ¿Volveré a ser el polvo que pisoteas? —La respuesta salió con más ira de lo que pretendía. Me molestaba lo fácil que me resultaba derrumbarme por su culpa.

—Lo hará —concluyó KC, que apareció por encima del hombro de Jared. No me había dado cuenta de que estaba a nuestro lado, pero entonces alcé la vista y vi que Ben y Madoc también nos escuchaban. El corazón se me aceleró una vez más.

—¡KC! —me quejé—. Tú no hablas por mí. ¡Y no voy a hacerlo! —La

última parte se la dije a Jared.

—Quieres hacerlo —replicó ella.

Y tenía razón.

Estaba deseando conducir su automóvil. Quería demostrar a toda esta gente de qué pasta estaba hecha. Quería demostrar a Jared lo que valía.

Y fue ese pensamiento el que me hizo desear marcharme. No tenía que demostrarle nada a él. Yo sabía lo que valía y no necesitaba su aprobación.

—Puede —concedí—. Pero tengo orgullo. No va a conseguir ningún favor de mi parte.

—Gracias. —Jared interrumpió a KC antes de que esta pudiera responder.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por recordarme lo zorra, decepcionante y egoísta que eres. —Apretó los dientes cuando se acercó a mí. Me ardía la cabeza y empecé a sentir que las palabras ya no bastaban.

Tenía los brazos agarrotados, los dedos apretados en puños. Me imaginé a Jared esposado mientras le daba puñetazos.

Antes de tener tiempo para pronunciar una respuesta, Madoc se metió en la conversación.

—Ya basta. Los dos. —Se puso entre ambos y nos lanzó una mirada asesina—. Me da igual lo que haya entre vosotros dos, pero necesitamos a alguien en el automóvil. La gente va a perder un montón de dinero.

Se remangó la camiseta como si fuera a meternos a la fuerza dentro del vehículo.

—Jared, vas a perder mucho dinero. Y, Tate, ¿crees que la gente te trataba mal antes? Dos tercios del público han apostado por Jared esta noche. Cuando se enteren de que su primera opción lo dejó tirado, el resto del curso va a ser un infierno sin que Jared ni yo tengamos que mover un solo dedo. Así que, vosotros dos, ¡entrad en el maldito automóvil ahora mismo!

Todos se quedaron impactados. Madoc nunca decía nada con sentido, pero había conseguido hacerme sentir como una niña inmadura. Mucha gente contaba con que Jared ganara y, por mucho que me fastidiara admitir que Madoc tenía razón, lo cierto era que la tenía.

—Tiene que pedírmelo amablemente. —Me crucé de brazos y mantuve la

expresión imperturbable.

—¿Qué? —rugió Jared.

—Tiene que decir «por favor» —les repetí a KC, Madoc y Ben, pues no quería dirigirme a él después de que me acabara de insultar.

Los demás se quedaron mirándonos a Jared y a mí como si esperaran a comprobar cuál de las dos bombas iba a estallar antes. Jared sacudió la cabeza con una sonrisa glacial en el rostro y por fin tomó aliento antes de hablar.

—Tatum. —Su tono era tranquilo, pero se notaba un punto de frialdad—. ¿Compites conmigo, por favor?

Lo miré un instante, deleitándome con esta inusual muestra de humildad, y luego levanté la mano.

—Las llaves.

Las soltó en mi mano.

Me mordí la comisura de la boca para reprimir una sonrisa y me dirigí a la pista con Jared pisándome los talones. Vi a Roman salir de su vehículo, que había devuelto a la línea de salida para que su novia condujera. Troté hasta el de Jared y la multitud que rodeaba la pista estalló en silbidos y murmullos al verme dirigirme al asiento del conductor.

Jared se subió de copiloto y yo cerré la puerta después de acomodarme sobre el cuero frío. El impresionante vehículo era completamente negro por dentro y de repente sentí un escalofrío en los brazos. El automóvil de Jared era el reflejo de su poder con este aspecto de cueva: frío, oscuro y bestial.

«Maldita sea.»

Encendí el motor y retrocedí hasta la posición de salida al tiempo que la gente se colocaba a los lados. La vibración que sentí en los muslos hizo que me hormigueara el cuerpo; miré a Jared, que me estaba observando.

Con el codo apoyado junto a la ventanilla, tenía la cabeza inclinada sobre la mano y me observaba con una mezcla de curiosidad y diversión. Me pregunté qué pensaría al verme frente al volante de su vehículo.

—Estás sonriendo —señaló y casi sonó a acusación.

Acaricié el volante sin devolverle la mirada.

—No me fastidies esto hablando, por favor.

Se aclaró la garganta y continuó:

—Tu padre nos enseñó a usar un cambio de marchas y el Bronco es manual, así que supongo que a ese respecto no tienes ninguna pregunta, ¿no?

—No. —Notaba el pulso latir en la punta de los dedos.

—Bien. Las curvas son pronunciadas. Más de lo que parecen. La idea es llegar allí antes o quedarse atrás para pasar después. No intentes ir a su lado. Pasa delante o detrás, ¿de acuerdo?

Asentí. Miré al frente, lista para salir mientras daba golpecitos con el pie nerviosamente.

—En cada curva, levanta el pie del acelerador antes de girar, y una vez que vayas recta acelera. Si necesitas pisar el freno en la curva, hazlo, pero lo menos posible. No aceleres hasta que no hayas completado el giro o derraparás.

Volví a asentir.

—Pisa el acelerador entre curva y curva, y en la última recta, písalo con fuerza. —Su tono era dominante.

—Jared, lo sé. —Lo miré—. Puedo hacerlo.

Noté por su mirada que no me creía, pero se calló.

—El cinturón.

Le hice caso. Miré a mi izquierda y vi a Roman dándole órdenes a su novia mientras ella asentía nerviosa. Zack se colocó entre los dos automóviles para tomar posición. Por suerte, parecía que sería él quien iba a indicar la salida en lugar de la muchacha de antes.

Cuando miré al frente, a Zack, vi lo que había colgado Jared en el espejo retrovisor. Acerqué la mano y agarré la pieza de arcilla ovalada amarrada a un lazo de color verde claro. Sentí que me ardía el cuello y la garganta se me tensaba.

Era el collar que le había hecho a mi madre después de morir por el día de la madre.

Jared y yo hicimos un año fósiles de nuestras huellas para dárselos a nuestras madres. Usamos arcilla para imprimir la huella y colgamos la pequeña pieza ovalada de un lazo para crear un collar. Él le dio el suyo a su madre y yo dejé el mío en la tumba de la mía. La siguiente vez que fui a

visitarla, el collar no estaba. Me imaginé que se había perdido o que el viento se lo había llevado.

Resulta que lo había robado. Miré a Jared, en parte desconcertada y en parte enfadada.

—Un amuleto —afirmó sin mirarme a los ojos—. Me lo llevé un par de días después de que lo dejaras allí. Pensé que alguien lo robaría o que se rompería, y lo tengo desde entonces.

No dije nada y miré por la ventanilla para tratar de calmar la respiración. Supongo que estaba feliz de que no se hubiera perdido, pero era de mi madre y él no tenía ningún derecho a llevárselo.

No obstante, aún lo conservaba, después de todo lo que había pasado entre los dos. ¿Por qué?

Tomé nota mental de recuperarlo después de la carrera.

—¿Estamos todos preparados? —La voz de Zack me sobresaltó cuando gritó a la multitud. La gente chilló emocionada.

Jared puso en el iPod *Waking the Demon*, de Bullet for My Valentine. Agarré el volante y aproveché la música para despejar la mente y concentrarme.

—¿Preparados? —gritó Zack y yo revolucioné el motor. Me di cuenta de que la novia de Roman revolucionó el motor inmediatamente después—. ¿Listos? —Jared puso una mano en el salpicadero y con la otra subió el volumen de la música—. ¡Ya! —Zack bajó los brazos.

Pisé el acelerador y levanté la tierra al salir. Mientras la música envolvía el momento, apreté con fuerza el volante para afianzar la espalda en el asiento. Con los brazos cargados de tensión, me centré en la carretera que tenía delante.

«¡Mierda!» Este vehículo tenía mucha potencia.

—La primera curva está enseguida —me advirtió Jared. No sabía si el otro vehículo estaba a mi lado o detrás de mí, lo único que sabía era que no estaba delante y no podía importarme menos. Iba a correr esta carrera sin ningún oponente.

Los muslos, empapados en sudor, chirriaron en el asiento cuando levanté la pierna para pisar el embrague. Pisé suavemente el freno para tomar la

curva. Cuando lo solté y completé la primera curva, las ruedas de atrás patinaron. Giré rápidamente a la derecha cuando el automóvil patinó a la izquierda para evitar que derrapara. El polvo inundaba la pista y yo tenía el corazón acelerado. Pisé el embrague y puse tercera. Cuando aumenté la velocidad y cambié a cuarta, vi el otro vehículo por el espejo retrovisor.

—¡Pisa el acelerador! —me gritó Jared—. Y no gires de forma tan brusca. Estás perdiendo tiempo corrigiéndote.

«Lo que tú digas.»

—¿Quién va primera? —le pregunté.

—No seas creída. —Jared alternaba entre mirar la carretera y al Trans Am que estaba detrás de nosotros.

Noté el sudor en la frente y los dedos cansados de agarrar con tanta fuerza el volante. Me relajé, subí la música y metí sexta, pasando brevemente por quinta.

«¡Esto es increíble!» La facilidad con la que el acelerador impulsaba al vehículo hacia delante lo hacía parecer una nave espacial. O eso me parecía a mí.

—Que llega la segunda curva. Tienes que aminorar.

«Bla, bla, bla.»

—Tatum, tienes que hacerlo. —La voz de Jared retumbó en algún lugar de mi mente.

La curva estaba a tres segundos de distancia y fue por la vibración que sentía en las piernas por lo que no dejé de pisar el acelerador. Agarré el volante con más fuerza y seguí adelante.

Levanté el pie del acelerador, pero no frené. Giré bruscamente hacia la izquierda, volví a patinar hacia la derecha y giré el volante a la izquierda de nuevo hasta enderezar el vehículo. A nuestro alrededor se levantó más polvo, pero me recuperé con rapidez y volví a pisar el acelerador. Eché un vistazo atrás y vi que el Trans Am había tomado la curva y trataba de recuperarse. Estaba a unos treinta metros por detrás de nosotros.

«¡Sí!»

—No vuelvas a hacer eso —gruñó Jared, que se agarraba al salpicadero con ambas manos. Yo miraba la carretera, preparada para continuar.

La siguiente curva llegó y la pasé con éxito, sin importarme cuánto se quejara Jared para que redujera velocidad.

Para tratarse de un capullo y un rebelde, era bastante cuidadoso. Y para tratarse de alguien que siempre era muy prudente, yo me había convertido en toda una rebelde.

Conforme nos acercábamos a la última curva con una ventaja significativa, reduje a unos cincuenta kilómetros por hora y cambié a tercera. Mientras tomaba la curva a una velocidad agradable sin rachear ni levantar polvo, miré a Jared con semblante inocente.

—¿Le parece bien, *miss* Daisy? —Me mordí el interior de la mejilla para reprimir una carcajada y noté que él me miraba los labios. Sus ojos se volvieron ardientes y noté un revoloteo en el estómago que bajó hasta la zona más sensible entre mis piernas.

—¿Tatum? —Entrecerró los ojos—. Deja de jugar con tu oponente y gana la maldita carrera ya.

—Sí, *miss* Daisy —respondí con acento sureño.

Crucé la línea de meta a una velocidad segura e hilarante de cincuenta y seis kilómetros por hora y vi el Trans Am por el espejo retrovisor, que doblaba la última curva. La gente se acercó corriendo al automóvil, pero Jared y yo nos quedamos dentro un momento más.

Puse el punto muerto y levanté el freno de mano. Apoyé la cabeza en el reposacabezas y masajé el volante. El corazón me latía todavía a mil por minuto, y me sentía viva. Esto era lo más emocionante que había hecho nunca. Me sentía como si estuviera teniendo una subida de glucosa.

—Gracias, Jared —susurré sin mirarlo—. Gracias por pedirme que haga esto.

Alargué el brazo, quité el collar de mi madre del espejo y me lo colgué del cuello.

Cuando lo miré, lo vi apoyado sobre un puño y con un dedo sobre los labios. ¿Qué intentaba ocultar? ¿Una sonrisa?

Se pasó la mano por el pelo, abrió la puerta y el sonido de los vítores y los gritos nos inundó como el agua a un barco hundido. Se miró las botas y sacudió la cabeza.

—Ha despertado el demonio... —murmuró para sí mismo, pero no supe qué significaba.

Antes de salir, me miró de nuevo con los ojos entornados.

—Gracias, Tate —susurró.

Se me puso la piel del cuello de gallina y me empezaron a temblar las manos.

No me llamaba «Tate» desde que teníamos catorce años. Desde que éramos amigos.

CAPITULO 22

Maci Feldman se me echó encima en cuanto Ben y yo llegamos a la hoguera.

—¡Ha sido espectacular! Mi hermano está supercontento por haber ganado la apuesta.

Las hogueras se celebraban en la casa de Marcus Hitchen, en la ribera del lago Seanssea, prácticamente todas las semanas, sobre todo después de las carreras y los partidos de fútbol. Los fríos meses de enero y febrero eran la única época en la que había menos celebraciones, tanto en el lago como en la granja Benson.

—Me alegra haber servido de ayuda —respondí. Y era cierto. Competir esa noche me había hecho pasarlo mejor que nunca—. Pero solo he ganado porque la otra no tenía ni idea de cómo conducir un vehículo manual.

«¿Por qué había dicho eso?» Habría ganado esa carrera aunque la tonta esa supiera lo que hacía.

Me agarró del brazo y Ben me rodeó la cintura con el suyo. Llegó más gente, bien a saludar a Ben o a felicitarme a mí.

—A mí me encantaría volver a verte competir. ¿Qué dices tú, Ben? — Maci se dirigió a él cuando dejó de hablar con sus amigos de fútbol.

—Me parece que soy alguien con suerte. —Me miró y no se me escapó que estaba esquivando la pregunta. Me pregunté si le avergonzaba que la muchacha con la que estaba saliendo hiciera algo que solían hacer solo los chicos.

Como ya casi eran las diez y media, me comprometí a quedarme una hora antes de que Ben me acompañara a casa. Con el evento del día siguiente,

tenía que regresar a casa y descansar, quisiera o no.

—Una carrera estupenda, Tate. —Jess Cullen me dio una palmada en el hombro cuando pasó por mi lado.

—Gracias. —Espiré y me entraron los nervios por toda la atención que estaba recibiendo.

—¿Estás bien? —Ben se acercó más a mí.

—Por supuesto —respondí y me moví hacia donde estaban las bebidas—. ¿Podemos ir a tomar algo?

Me tiró del brazo para que no me moviera.

—Espérame aquí, ya voy yo. —Y se acercó al barril de cerveza.

Había grupos de personas alrededor del fuego o sentados en las rocas, y otros paseaban por allí. KC no había llegado todavía que yo supiera y supuse que vendría con Jared. Me sentía insegura en ese lugar. Supongo que podía darle las gracias a Jared por ser el responsable de que me sintiera más cómoda con un grupo pequeño de gente que con mucha. Por su culpa nunca me habían invitado a este tipo de fiestas.

Sacudí la cabeza para aclarar las ideas. Tenía que dejar de echarle la culpa de todo. Era el responsable de que me hubieran rechazado en el pasado, pero no de que yo lo hubiera aceptado. Eso era culpa mía.

Miré a un grupo de muchachas que reía junto al agua y reconocí a una del equipo de atletismo.

—A la mierda. —Me encogí de hombros y decidí acercarme. Di un paso en dirección al grupo cuando una voz me detuvo.

—¿A la mierda qué?

Se me puso la piel de gallina cuando me volví y me encontré a Jared. Llevaba un vaso en una mano y el teléfono en la otra. Parecía estar escribiendo un mensaje mientras esperaba mi respuesta. Se metió el teléfono en el bolsillo trasero y levantó la mirada en mi dirección.

Sentí que se me electrizaba el vello de los brazos, como si reaccionara a Jared. Me pasé las manos por los brazos y volví la cabeza al fuego en un intento de ignorarle. Seguía sin estar segura de en qué punto estábamos nosotros dos. No éramos amigos, pero tampoco éramos ya enemigos. Mantener una conversación estaba fuera de lugar todavía.

—Tienes frío. —Se colocó a mi lado—. ¿Tiene KC tu rebeca todavía?

Suspiré, pero no supe qué era lo que me enfadaba esta vez. A lo mejor era porque cada vez que Jared estaba a mi lado, mi cuerpo irradiaba un calor latente, mientras que Ben me hacía sentir como cuando me acurrucaba en el sofá a ver *American Idol*.

Jared probablemente no veía la televisión, era una actividad demasiado mundana.

Además, me parecía ridículo que fingiera que le preocupaba que tuviera frío cuando a principios de esa semana me había dicho que no le importaba si vivía o moría. No se había disculpado y yo era incapaz de olvidar sus palabras.

—La llevaba puesta cuando la trajiste aquí, ¿no? —Mi respuesta brusca fue recibida con una sonrisa.

—No ha venido conmigo. Ni siquiera sé si ha llegado ya. —Volvió la cabeza y me miró.

—¿Qué quieres decir? Te fuiste de la carrera con ella, ¿no?

—No, se fue con Liam. Yo he venido solo. —Su tono grave y silencioso me envolvió por completo y reprimí una sonrisa al escuchar sus últimas palabras.

Al parecer, KC y Liam estaban en vías de recuperación.

Me aclaré la garganta.

—¿Y te parece bien? —le pregunté.

—¿Por qué no iba a ser así? —me devolvió la pregunta con semblante confundido.

Por supuesto, ¿en qué estaba pensando? Jared no salía con nadie y, obviamente, no se había encariñado de KC. Metí la mano en el bolso y busqué el teléfono.

—Si la veo, le diré que te busque. —Jared fue a retirarse, pero tras dar unos pasos se detuvo y se volvió hacia mí—. Necesito que me devuelvas el fósil. —Señaló el collar que llevaba colgado del cuello.

Comprendí que hablaba de su amuleto.

—Ni hablar. —Y centré la atención en el teléfono.

—Oh, Tate, siempre consigo lo que quiero. —Su tono grave y seductor me

dejó paralizada. Mis dedos se detuvieron sobre la pantalla del teléfono como si de repente hubieran olvidado cómo enviar un mensaje. Alcé la mirada justo a tiempo de verlo sonreír y marcharse.

Vi que se acercaba a Madoc y a otros de su grupo; me sentía más perpleja ahora que a principios de semana. Quería que Jared se comportara de una forma más humana y quería que me tratara bien, y ahora que mostraba signos de ambas cosas, me enfadaba con sus preguntas sin responder. Sentimientos antiguos empezaban a colarse por las grietas del muro que había construido para mantenerlo apartado.

—Toma. —Ben se acercó con dos cervezas y me ofreció una.

—Gracias. —Me lamí los labios y di un sorbo. El sabor amargo me inundó la lengua y la garganta.

Ben me pasó los dedos por el pelo y me lo metió detrás de la oreja. Se me tensaron los músculos. Había sobrepasado mi metro de espacio personal y me dieron ganas de retroceder.

«¿Por qué?» ¿Por qué no podía gustarme este muchacho? Me sentía muy frustrada. Parecía honrado y centrado. ¿Por qué no hacía que me derritiera por dentro o que soñara despierta?

La razón se abría paso en mí y no tuve energías para rechazarla. No me gustaba Ben, simple y llanamente. No quería convertirme en una de esas tontas de las novelas que formaban parte de un triángulo amoroso y no eran capaces de elegir. No es que esto fuera un triángulo amoroso, pero nunca he entendido cómo es posible que una muchacha no sepa si le gusta o no alguien. Podemos sentirnos confundidas sobre qué es lo mejor para nosotras, pero no sobre quién nos gusta de verdad.

Y no me gustaba Ben, eso lo sabía.

—¿Era con Jared con quien estabas hablando? —Señaló con la cerveza al otro lado de la hoguera, donde Jared reía con un par de compañeros del instituto.

—Sí. —Tomé otro sorbo.

Ben exhaló un suspiro y le dio un trago a la cerveza.

—No te gusta contar nada, ¿eh?

—No ha sido nada. Estaba buscando a KC y pensaba que habían venido

juntos.

—Tu amiga se acuesta con cualquiera, ¿eh? —lo dijo más como una afirmación que como una pregunta.

—¿Qué quieres decir? —pregunté a la defensiva. KC y yo habíamos tenido alguna que otra discusión últimamente, pero era mi mejor amiga.

—De Liam a Jared, y ahora de vuelta con Liam. Los vi después de tu carrera, parecían muy unidos.

—¿Dos tipos es acostarse con cualquiera? —Me aliviaba que K.C. se hubiera olvidado de Jared, pero no me gustaba que Ben, ni ninguna otra persona, sacara conclusiones sobre ella.

Ben me miró con remordimiento y cambió de tema. Era lo suficientemente inteligente como para saber que no podía seguir por ahí.

—Lo has hecho muy bien esta noche. Todo el instituto va a hablar de ello durante un tiempo. Parece que me ha tocado el premio gordo. —Me rodeó con un brazo y me llevó a dar una vuelta por la hoguera.

«¿El premio gordo?» ¿Qué quería decir con eso?

Nos acercamos a varios grupos de amigos de él y, entre medias, iba y volvía del barril. Yo le había dado dos sorbos a la cerveza y la había soltado. A pesar de haberle dicho que tenía que llegar pronto a casa, él ya iba por la cuarta cerveza y sabía que no podría conducir. Estaba empezando a preocuparme por cómo iba a volver.

Había visto a KC y a Liam media hora antes sentados en una roca, hablando. O, mejor dicho, a Liam hablando y a KC escuchando y llorando un poco. Su conversación parecía intensa e importante por cómo juntaban las cabezas, así que había preferido dejarlos solos.

Aunque intentaba ignorar la sensación que me provocaba la presencia de Jared, fui incapaz de apartar la mirada de él. Lo había visto hablando con amigos, y, la última vez que miré, Piper tenía la cara enterrada en su cuello. Parecía una guarra con ese vestido negro, corto y ajustado y los tacones. ¿Quién se ponía tacones en la playa? Aunque no era una playa de verdad, más bien la orilla de un lago con rocas y barro.

Para mi sorpresa, Jared parecía tan interesado en ella como lo estaría en un plato de chirivías. Le eché varias miradas y comprobé que intentó apartarla

en varias ocasiones. Ella al fin comprendió la indirecta y se marchó indignada.

Jared me descubrió mirando algunas veces, pero enseguida aparté la mirada. Los recuerdos de la otra noche se mezclaban con su mirada penetrante y me hacían sentir un latido en el interior.

Solté un suspiro. «Ha llegado el momento de irse de aquí.»

Miré el reloj y vi a Ben, que volvía del barril.

—Oye, tengo que irme ya. Mañana tengo una carrera —le recordé.

El muchacho arqueó las cejas, sorprendido.

—Eh, venga, solo son las once y media.

Su queja fue toda una sorpresa, y un chasco.

—Vamos a quedarnos un poco más.

—Lo siento, Ben. Por eso me ofrecí a conducir yo. Tengo que irme. —Me puse en pie y le ofrecí mi mejor sonrisa de disculpa. No me importaba lo que pensara porque sabía que esta sería con toda probabilidad nuestra última cita. No había chispa y, si no hubiera sido por la carrera, habría preferido quedarme en casa leyendo un libro.

—Vamos a quedarnos solo media hora más. —Me tendió la cerveza, como si emborracharme fuera la solución, pero se tambaleó a un lado y tuvo que agarrarse a mi brazo para recuperar el equilibrio.

—No estás en condiciones de conducir —señalé—. Puedo dejarte en tu casa y mañana recoges tu automóvil en mi casa.

—No, no. —Levantó las manos—. Paro de beber ya. En un rato estaré bien y podremos irnos.

—No deberías conducir. Ni hablar. —Aparté la mirada y sentí que aumentaba mi enfado.

—Puedo cuidar de mí mismo, Tate —afirmó—. Si quieres irte ya, tendrás que encontrar a otro que te lleve. Si quieres venir conmigo, estaré bien en un rato.

«¿¡Qué!? ¿Cuánto era “un rato”?»

La situación se estaba volviendo ridícula y se me estaba agotando la paciencia. Me había dicho que nos iríamos sobre las once y media y yo lo había creído.

Ben me tiró del brazo para llevarme a la hoguera, pero me aparté y me fui. No me dijo nada, por lo que entendí que seguiría sin mí.

Tenía que volver a casa y él no iba a llevarme. ¿Era esta situación la que tantas ganas tenía de experimentar? Ben y sus amigos eran igual de interesantes que unas palomitas. Las muchachas no tenían más intereses que ir de compras y el maquillaje, y los chicos me hacían sentir ganas de lavarme después de recibir las miradas que me dedicaban.

Después de echar un rápido vistazo a la zona, confirmé que KC ya se había ido. Aun así, saqué el teléfono del bolso y la llamé, pero no respondió.

Busqué a mi compañera del equipo de atletismo que había visto antes, pero me di cuenta de que ella tampoco estaba por allí. Mi única opción era llamar a mi abuela, a quien temía despertar a esta hora, aunque ella al menos se alegraría de que quisiera regresar sana y salva.

Fruncí los labios, decepcionada, al descubrir que mi abuela tampoco me respondía. No me extrañaba, pues solía olvidarse de llevarse el teléfono a la cama. Y gracias a los teléfonos móviles, hacía años que habíamos desconectado el fijo.

«Fantástico.»

En este momento mis únicas opciones eran esperar a Ben y convencerlo de que me dejara conducir o ir al aparcamiento y pedirle a alguien que conociera que me llevara.

Ben podía irse a la mierda.

Subí por las rocas hasta el bosque para recorrer el sendero que llevaba al claro que había junto a la carretera y donde todos aparcaban.

Como no había ninguna luz, usé la pantalla del teléfono para guiarme. Era un camino recto, pero había palos y tocones. A los árboles ya se les habían empezado a caer las hojas, pero gracias a la lluvia, este otoño era húmedo. Las gotitas me mojaban los tobillos cuando pisaba las hojas mojadas y me tropecé con un par de ramas que me arañaron la piel.

—Vaya, fíjate a quién me acabo de encontrar.

Me sobresalté al verme desprovista del silencio. Alcé la mirada y me encogí al ver a Nate Dietrich, que me miraba con lascivia, como siempre.

Parecía venir del lugar adonde yo intentaba llegar, y ahora me bloqueaba

el paso.

—Es el destino, Tate —canturreó.

—Apártate, Nate.

Me acerqué a él lentamente, pero no se movió. Intenté rodearlo, pero me tomó de la cintura y me colocó frente a él. Se me agarrotaron los músculos y cerré las manos en puños.

—Shhh —musitó mientras trataba de alejarme de él. Su susurro resonó en mis oídos y noté que apestaba a alcohol—. Tate, te deseo desde hace mucho tiempo, ya lo sabes. ¿Y si me alegras el día y me permites que te lleve a casa? —Me había puesto la nariz en el pelo y las manos en el trasero. Me tensé.

—Para —le ordené e intenté darle un rodillazo entre las piernas, pero, al parecer, había previsto ese movimiento, porque tenía las piernas muy juntas.

Nate se sacudió con una carcajada. Me manoseó el trasero al tiempo que me susurraba:

—Ya me conozco tus trucos, Tate. Deja de resistirte, podría follarte en el suelo ahora mismo si quisiera.

Lanzó sus labios contra los míos y por la garganta me subió un sabor a vómito.

Le mordí el labio inferior lo suficientemente fuerte como para que mis dientes superiores sintieran a los inferiores a través de la piel. Gruñó, me soltó y empezó a tocarse la boca en busca de sangre.

Saqué del bolso el spray de pimienta que tanto había insistido mi padre en que llevara y le rocié los ojos. Gritó y se tambaleó hacia atrás al tiempo que se cubría la cara con las manos. Logré al fin levantar la rodilla entre sus piernas y lo vi desplomarse en el suelo, pero se agarró al tirante de mi camiseta al caer.

«¡Corre! ¡Sal corriendo!», me grité mentalmente.

Pero no, me cerní sobre él mientras lloriqueaba de dolor.

—¿Por qué los chicos de nuestro instituto son tan capullos, a ver?

Se tapaba los ojos con una mano y, con la otra, la entrepierna.

—¡Mierda! ¡Putas asquerosas! —rugió mientras intentaba abrir los ojos.

—¡Tatum!

La voz de Jared resonó detrás de mí y se me tensaron los hombros antes de

darme la vuelta. Su mirada alternaba, furiosa, entre Nate y yo. Parecía tan rígido como un león antes de atacar. Espiró un par de veces por la boca y apretó los puños. Me fijé en que me miraba el hombro, el lugar del que colgaba el tirante de la camiseta, desgarrado.

—¿Te ha hecho daño? —me preguntó con tono inexpresivo. No obstante, tenía los labios apretados y una mirada asesina en los ojos.

—Lo ha intentado. —Me tapé el hombro, donde la piel quedaba a la vista—. Estoy bien. —La voz me salió entrecortada. Lo último que quería esta noche era representar el papel de damisela en apuros para Jared.

Este se quitó la camisa negra, me la lanzó y se acercó a mí.

—Póntela. Venga.

Cuando su camisa me aterrizó en la cara, una parte de mí quiso devolvérsela. Que hubiéramos tenido intereses en común en la carrera no significaba que quisiera o necesitara su ayuda.

No obstante, estaba destapada, tenía frío y no estaba de humor para atraer la atención de los demás. Me puse la camisa y el calor corporal de Jared me templó los brazos y el pecho. Las mangas me quedaban largas y, cuando alcé las manos para calentarme las mejillas frías, inhalé el olor masculino. El olor a almizcle y neumático casi consiguió que me estallaran los pulmones al aspirar más profundamente.

—Tienes una memoria de mierda, Dietrich. ¿Qué te había dicho? —Jared se arrodilló para rugirle en la cara. Le agarró de las solapas de la camisa y lo alzó antes de darle un fuerte puñetazo en la barriga.

Casi se me salen los ojos de las órbitas al presenciar el ataque de Jared. El puñetazo me recordó a la arcilla moldeable. Nate se dobló con el golpe y se quedó así un rato. Los resuellos que profería al intentar respirar sonaban como una mezcla entre los gorjeos de un fumador y los de un zombi.

Jared usó la mano izquierda para agarrarlo por el cuello y tiró de él hasta donde había un árbol. Con el puño derecho le asestó un puñetazo detrás de otro en la cara. Empecé a sentir que las piernas me cedían cuando vi a Jared apretarle el cuello hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

«Para, Jared.»

Siguió golpeándole hasta que le salió sangre del ojo y de la nariz. Como

no mostró intención de parar, me adelanté.

—Para. ¡Jared, para! —grité para que mi voz se oyera por encima de los gruñidos y gemidos de Nate.

Paró el ataque, agarró a Nate por el codo y lo lanzó al suelo.

—Esto no ha terminado —amenazó al muchacho ensangrentado y destrozado que había en el suelo.

«¿Qué estaba haciendo?»

Jared se volvió hacia mí y vi que su pecho subía y bajaba pesadamente al respirar. El esfuerzo lo había debilitado y tenía los hombros caídos, pero su mirada seguía siendo feroz. Me miró con una mezcla de cansancio y furia.

—Te llevo a casa. —Se volvió para dirigirse al aparcamiento sin siquiera fijarse en si lo seguía.

«¿Llevarme a casa?» Claro, así podría sentirse como un héroe.

Permitir que Jared pensara que me había salvado de una situación que tenía bajo control me minaba el orgullo. «A la mierda.»

—No, gracias. Ya tengo a alguien que me lleve. —Escupí la mentira, pues no pensaba dejar que me hiciera ningún favor.

—Esa persona... —se volvió para mirarme, disgustado— está borracha. Así que a menos que quieras despertar a tu pobre abuela para que venga a este lugar en mitad de ninguna parte a recogerte después de que tu pareja se haya emborrachado y de que hayan estado a punto de violarte, lo que estoy seguro de que conseguiré que tu padre no confíe en que te quedes sola, por cierto, metete en el maldito automóvil, Tate.

Y se dio la vuelta para seguir andando, convencido de que lo seguiría.

CAPITULO 23

Oí el clic de apertura de las puertas y entré en el automóvil de Jared, en el asiento del copiloto esta vez. Me temblaban las manos debido al encuentro con Nate, así que me costó quitarme la camisa de Jared.

—Déjate la puesta. —Ni siquiera me dedicó una mirada y arrancó el motor.

Vacilé un instante. Su enfado era palpable, tenía los músculos de la mandíbula tensos.

—Ya no tengo frío.

—Y yo no puedo verte la camiseta rota ahora mismo.

Volví a ponerme la camisa, me abroché el cinturón y me desplomé sobre el respaldo del asiento mientras salíamos del aparcamiento.

«¿Qué problema tiene?»

¿Estaba enfadado conmigo o con Nate? Quedaba claro que no le apetecía nada verme herida, al menos físicamente. ¿Pero por qué estaba siendo tan desagradable conmigo?

El vehículo derrapó un poco al salir del aparcamiento de gravilla y entrar en la carretera asfaltada. Jared pisó el acelerador y se removió conforme aumentaba la velocidad. No puso música y tampoco habló.

La autovía estaba desierta excepto por los árboles fantasmales que se cernían sobre nosotros por los laterales. A juzgar por lo rápido que pasaba todo por mi ventanilla, Jared había sobrepasado el límite de velocidad.

Le eché un vistazo por el rabillo del ojo y comprobé que estaba furioso. Se lamía los labios y respiraba profundamente mientras apretaba y relajaba las

manos sobre el volante.

—¿Qué problema tienes? —Tomé al toro por los cuernos y le hice la pregunta.

—¿Problema? —Enarcó las cejas, como si acabara de preguntarle una tontería—. Vas a la hoguera con ese idiota de Ben Jamison, que no puede mantenerse sobrio para llevarte a casa, y después te pones a pasear por el bosque, en la oscuridad, y Dietrich te mete mano. A lo mejor la que tiene un problema eres tú. —Lo dijo en voz baja, pero con tono resentido y malicioso.

«¿Estaba enfadado conmigo?» Maldita sea, no.

Me volví en el asiento y lo miré directamente.

—Si haces memoria, verás que tenía la situación bajo control. —Me esforcé por mantener un tono relajado—. Sea cual sea el favor que crees que me estás haciendo, este solo satisface a tu propia ira. No tiene nada que ver conmigo.

Se mordió el interior de las mejillas y siguió avanzando por la autovía.

Cuando miré el velocímetro, me asomé al comprobar que iba a más de ciento treinta kilómetros por hora.

—Reduce la velocidad —le pedí.

No hizo caso de mi petición y sujetó el volante con más fuerza.

—Vas a vivir situaciones que no podrás controlar, Tate. Nate Dietrich no va a tomarse muy bien lo que le has hecho esta noche. ¿Creías que esto iba a terminar aquí? Habría ido a por ti otra vez. ¿Sabes lo mucho que quería Madoc vengarse después de que le rompieras la nariz? No quería hacerte daño, pero sí tomar represalias.

«¿Por qué no lo hizo entonces?»

No había duda de que humillé a Madoc cuando le rompí la nariz hace un año, pero él lo había olvidado, o eso es lo que yo había creído, y no se había vengado. «Gracias a Jared.»

Supongo que Nate Dietrich tampoco se vengaría, no si Jared estaba involucrado.

Sentí que la gravedad empujaba mi cuerpo al otro lado del automóvil y el corazón se me aceleró cuando vi que Jared no iba a aminorar para tomar una curva suave.

—Tienes que reducir.

Soltó un resoplido.

—No, creo que no, Tate. Querías vivir a al máximo la experiencia en el instituto, ¿no? ¿Un novio que fuera jugador de fútbol, sexo fortuito, comportamiento imprudente? —me preguntó con sarcasmo.

¿De qué estaba hablando? Yo nunca he querido nada de eso, solo quería ser normal.

Y entonces apagó los faros.

«Dios mío.»

La carretera estaba a oscuras y no veía más que a unos treinta centímetros por delante. Por suerte, había reflectores que separaban nuestro carril del carril del tráfico que venía en sentido contrario, pero en las carreteras de campo aparecían ciervos y otros animales, no solo vehículos.

«¿Qué narices estaba haciendo?»

—Jared, ¡para! ¡Enciende las luces! —Apoyé una mano en el salpicadero y me di la vuelta para mirarlo. Avanzábamos por la carretera a una velocidad aterradora y se me formó un nudo en la garganta.

Le asomaba por la camiseta el tatuaje del brazo y se le estiraba por los músculos tensos mientras agarraba el cambio de marchas. Sentí que se me aflojaban las piernas y, por primera vez en mucho tiempo, estaba demasiado asustada para pensar.

—Jared, ¡para el automóvil ahora mismo! —grité—. ¡Por favor!

—¿Por qué? ¿No te parece divertido? —Su voz sonaba alarmantemente tranquila. Esto no le asustaba, ni siquiera le emocionaba—. ¿Sabes a cuantas cabezas huecas he sentado en ese asiento? A ellas les encanta. —Juntó las cejas y me miró con desconcierto fingido. Estaba presionándome.

—Para. El. Automóvil —grité. El corazón me martilleaba por el miedo. Íbamos a matarnos.

Jared volvió la cabeza en mi dirección.

—¿Sabes por qué no te gusta esto? Porque tú no eres como ellas, Tate. Nunca lo has sido. ¿Por qué crees que todo el mundo se mantiene alejado de ti? —Sonaba enfadado, pero claro. No estaba borracho, no lo creía, y esta era la vez en la que más emoción sentía estando con él en años, excepto por la

noche del beso.

«¿Él aleja a todo el mundo de mi lado? ¿Qué? ¿Por qué?»

Los neumáticos chirriaron cuando tomó otra curva e invadimos el otro carril. Respiraba igual de rápido que la velocidad del vehículo, eso seguro. ¡Íbamos a chocar con algo o a volcar!

—¡Para el puto automóvil! —bramé con toda la fuerza de mis pulmones, y me golpeé los muslos con los puños antes de pegarle a él en el brazo.

No quería distraerlo mientras conducía a esta velocidad, pero funcionó. Jared pisó el freno mientras profería algunas palabras que iban dirigidas a mí; disminuyó las marchas y viró a un lado de la carretera para detenerse.

Salí del vehículo al mismo tiempo que lo hizo él. Nos apoyamos en el techo, cara a cara.

—Vuelve adentro —gruñó enseñándome los dientes.

—¡Podrías habernos matado!

Tenía un nudo en la garganta y vi que fijaba la mirada furiosa en la camiseta desgarrada que sobresalía por debajo de la camisa que tenía todavía puesta.

—¡Vuelve al maldito automóvil! —Estampó la palma en el techo, escupiendo fuego por los ojos.

—¿Por qué? —pregunté. Las lágrimas amenazaban con salir.

—Porque tienes que volver a casa —respondió como si nada.

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Por qué alejas a todo el mundo de mi lado?

Él había iniciado esta conversación y ahora quería que la termináramos.

—Porque no encajas con nosotros. Todavía no. —Entrecerró los ojos, disgustado, y a mí se me cayó el alma a los pies. Estaba mostrándose despreciable, como de costumbre.

«Lo odio.»

Sin pensármelo dos veces, me asomé al interior del vehículo y quité las llaves del contacto. Rodeé el vehículo, me alejé unos metros y saqué la anilla del llavero. Saqué una de las llaves y la sostuve dentro del puño, junto a la cara.

—¿Qué haces? —Se acercó lentamente; el enfado resplandecía en sus

ojos.

—Un paso más y has perdido una llave. No sé si es la del automóvil, pero acabaré dando con ella.

Moví la mano por detrás de la cabeza, lista para lanzarla en cualquier momento. Se detuvo.

—No voy a entrar en el automóvil y no voy a permitir que tú te vayas. No vamos a movernos de este lugar hasta que no me cuentes la verdad.

Se me empapó la frente de sudor, a pesar de que la temperatura sería de unos quince grados. Con los labios apretados, esperé a que comenzara.

Pero no lo hizo. Parecía estar valorando algo, pero no pensaba darle tiempo para que pensara en una mentira para distraerme.

Cuando levanté el brazo para tirar la primera llave, sus ojos se movieron entre mi persona y mi puño con impotencia. Levantó un brazo para indicarme que me detuviera.

Tras un instante más de duda, terminó exhalando un suspiro de derrota y me miró a los ojos.

—Tate, no lo hagas.

—No es la respuesta que buscaba. —Y lancé la llave a la maleza que había a un lado de la carretera.

—¡Maldita sea, Tate! —se quejó y empezó a mirar nervioso el espacio entre nosotros y el bosque oscuro en el que había desaparecido la llave.

Saqué rápidamente otra llave y moví la mano detrás de la cabeza, lista para catapultar la segunda.

—Habla. ¿Por qué me odias?

—¿Odiarte? —Respiraba con dificultad mientras sacudía la cabeza—. Nunca te he odiado.

«¿Qué?» Me quedé anonadada.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué me has hecho todo lo que me has hecho?

Soltó una carcajada amarga. Sabía que estaba arrinconado.

—En primero, oí a Danny Steward decir que iba a pedirte que fueras con él al baile de Halloween. Me aseguré de que no lo hiciera porque también le contó a sus amigos que estaba deseando descubrir si le cabían tus tetas en las manos.

Me encogí de asco.

—Ni siquiera me lo pensé dos veces. Difundí ese rumor sobre Stevie Stoddard, porque no quería que salieras con Danny. Era un idiota. Todos lo eran.

—¿Pensabas que estabas protegiéndome? Pero ¿por qué lo hiciste? Por ese entonces ya me odiabas. Eso fue después de que regresaras de pasar el verano en la casa de tu padre. —Mi confusión aumentó con cada sílaba. Si nuestra amistad ya había terminado en aquel tiempo y yo no le importaba, ¿por qué entonces se preocupaba por protegerme?

—No te estaba protegiendo —respondió, como si fuera evidente, y me dedicó una mirada intensa—. Estaba celoso.

Noté un revoloteo en el vientre. Sentí como si algo me recorriera el estómago y el hormigueo bajó cada vez más.

No noté que avanzaba y se acercaba a mí, pues intentaba recuperar el aliento.

—Llegamos al instituto y, de repente, le gustabas a muchos compañeros. Lo sobrellevé de la única forma que supe.

—¿Tratándome mal? No tiene sentido. ¿Por qué no hablaste conmigo?

—No podía. —Se pasó la mano por la frente y después se la metió en el bolsillo—. No puedo.

—Por ahora lo estás haciendo bien. Quiero saber por qué empezó todo esto, ¿por qué querías hacerme daño? Las bromas, que no me invitaran a las fiestas. Eso no tenía nada que ver con otros muchachos. ¿Qué problema tenías conmigo? —lo acusé.

Deshinchó las mejillas al suspirar.

—Porque estabas allí. No podía lastimar realmente a quien quería, así que te lastimé a ti.

«No puede ser, tiene que haber algo más.»

—Era tu mejor amiga. —La frustración estaba minando mi paciencia—. Todos estos años... —Se me rompió la voz y apenas fui capaz de contener las lágrimas que se me acumulaban en los ojos.

—Tate, ese año pasé un verano de mierda con mi padre. —Su voz sonaba sincera—. Cuando regresé no era el mismo. Ni siquiera me parecía a mi

antiguo yo. Quería odiar a todo el mundo, pero a ti seguía necesítandote. Necesitaba que no te olvidaras de mí. —Su voz no titubeó, pero noté que había remordimiento en ella.

«¿Qué le pasó?»

—He pensado una y otra vez en ello, me he preguntado qué pude haberte hecho para que actuaras de esa forma. ¿Y ahora me dices que no había ninguna razón para ello? —Alcé la mirada para encontrarme con la suya.

Se acercó a mí un poco más, pero no me importó. Quería seguir escuchándolo.

—Nunca has sido molesta ni pesada, Tate. Cuando te mudaste a la casa de al lado, pensé que eras la muchacha más bonita que había visto nunca. Te quería. —Lo último sonó como un suspiro y bajó la mirada al suelo—. Tu padre estaba descargando el camión de mudanza y yo fui a mirar por la ventana del salón para comprobar a qué se debía el ruido. Y ahí estabas, con tu bicicleta, en la calle. Llevabas un abrigo y una gorra roja. El pelo te caía por la espalda. —No me miró a los ojos al hacer su confesión.

Nos mudamos a una casa nueva en la ciudad cuando murió mi madre. Me acordaba de cuando vi a Jared por primera vez. ¿Y él se acordaba de lo que llevaba puesto?

«Te quería.» Una lágrima se derramó y cerré los ojos.

—Cuando recitaste el monólogo esta semana, yo... —Su voz se convirtió en un susurro—. Supe que te había hecho daño de verdad y, en lugar de sentir satisfacción, me enfadé conmigo mismo. Todos estos años he querido odiarte, quería odiar a alguien. Pero no quería hacerte daño y no me di cuenta de ello hasta que escuché el monólogo.

De pronto estaba delante de mí. Ladeó la cabeza y sus ojos brillantes buscaron los míos. No sabía qué buscaba y tampoco sabía qué era lo que yo quería mostrar. Lo odiaba por todos estos años de tormento. Destrozó lo que teníamos porque estaba enfadado con otra persona. Unas agujas me perforaban la garganta mientras trataba de reprimir las lágrimas.

—No me lo estás contando todo. —La voz se me quebró cuando me tocó la mejilla y me limpió una lágrima con el pulgar. Sus dedos largos y fuertes eran cálidos.

—No. —El murmullo grave hizo que sintiera un hormigueo por todo el cuerpo, o tal vez fue su pulgar dibujando círculos en mi mejilla. Me invadió una sensación mareante por todo lo que había sucedido esta noche.

—Las cicatrices que tienes en la espalda —comenté y entrecerré los ojos ante la caricia de sus manos—. Dices que pasaste un mal verano y que cuando regresaste querías odiar a todo el mundo, pero no has tratado a nadie tan mal como...

—¿Tate? —Tenía los labios a milímetros de los míos y todo su cuerpo irradiaba calor—. No quiero seguir hablando por esta noche.

Parpadeé y me fijé en lo mucho que su cuerpo se había acercado al mío. O tal vez fuera al contrario. Éramos de nuevo como los lados positivos de un imán. Estaba muy cerca, se había comido la distancia que había entre los dos y no me había dado cuenta.

«No te vas a librar tan fácilmente.»

—¿No quieres seguir hablando? —espeté, sin creerme aún lo que me había contado—. Pues yo sí. —Y me di la vuelta para lanzar otra llave, pero Jared estiró los brazos y me rodeó el cuerpo, atrapándome por detrás.

Resollé e intenté liberarme. Mi mente era un hervidero de pensamientos y me costaba centrarme solo en uno. No me odiaba. ¡No había hecho nada! Aunque ya lo supiera, una parte de mí siempre pensó que tenía que haber una razón. ¿Y ahora no quería terminar la historia? ¡Tenía que saberla!

Sus brazos sólidos me apretaron y noté su aliento cálido en el pelo mientras trataba de deshacerme del abrazo.

—Shhh, Tate. No voy a hacerte daño. Nunca volveré a hacerte daño. Lo siento.

«¡Como si eso pudiera borrarlo todo!»

—¡No me importa que estés arrepentido! Te odio. —Le agarré los antebrazos, que tenía sobre mi pecho, e intenté apartarlo. El enfado se volvió rabia por sus juegos mentales y sus tonterías; ya me había hartado.

Aflojó el abrazo y usó las manos para quitarme las llaves del puño. Me soltó. Di un paso adelante para mirarlo.

—No me odias —afirmó—. Si me odiaras, no estarías tan enfadada. —El tono engreído que usó me dejó paralizada, pero me recuperé al notar que me

estaba clavando las uñas en la piel.

—Vete a la mierda —exclamé y comencé a caminar.

Ni por asomo iba a sacarme ventaja. Quería que le perdonara en una noche por años de vergüenza e infelicidad, y encima daba por hecho que me importaba. Pensaba que iba a salir de esta indemne.

«¡Menudo capullo integral!»

Lo siguiente que supe fue que mis pies se arrastraban por el suelo y que estaba bocabajo. Jared me había echado sobre su hombro y me quedé sin aire cuando me clavé el hueso del hombro en la barriga.

—¡Déjame en el suelo!

Sentí una ira ardiente, como si el fuego me envolviera la piel. Pateé y le golpeé con los puños, pero se limitó a agarrarme con más fuerza por las rodillas y volvió por donde habíamos venido. Sabía que la falda no me tapaba nada en esta posición, pero estábamos solos y lo cierto es que no me importaba con el humor que tenía.

—¡Jared! ¡Para! —rugí.

Como si cumpliera órdenes, me soltó y caí sentada en el techo del automóvil. Todavía sentía calor bajo los muslos, en el lugar por el que me había agarrado, pero la sensación ya no me resultaba agradable; ardía de furia.

Jared se inclinó despacio, probablemente temiendo que le pegara, y apoyó las manos a cada lado de mi cuerpo. Tenía las piernas entre las mías y entonces recordé la última vez que habíamos estado en esa posición.

—No intentes huir —me advirtió—. Como recordarás, puedo forzarte a quedarte aquí.

Tomé una bocanada de aire. Sí, me acordaba.

Se me puso la piel de gallina al recordar el beso, pero sabía que no podía repetirse.

—Y yo sé usar el espray de pimienta y romper narices. —Mi voz sonaba como la de un ratón, chillona y apenas audible. Me eché hacia atrás y me apoyé en las manos para poner la máxima distancia posible entre los dos, pero el corazón me latía como si tocara *The Rakes of Mallow*.

—Yo no soy Nate ni Madoc —me amenazó—. Ni Ben.

El significado de sus palabras no me pasó inadvertido. Ellos no me atraían, y Jared lo sabía.

Se acercó más a mí y aquellos ojos de color marrón oscuro lograron que deseara experimentar cosas que la cabeza me recordaba que no debía. Tenía los labios a un centímetro de los míos y podía oler la canela en su aliento.

«Lo odio. Lo odio.»

—No —murmuré.

Sus ojos buscaban los míos.

—Te lo prometo. No haré nada a menos que me lo pidas.

Su boca se movió a un lado y me rozó suavemente la mejilla. Un gemido de placer escapó sin quererlo de mi garganta.

«¡Mierda!»

No me besó. No juntó nuestros labios ni me buscó. Tan solo desplazó la boca por mi piel, dejando un delicioso rastro de deseo y necesidad. Sus sedosos labios me acariciaron la piel por debajo de la mejilla antes de desplazarse a la mandíbula y descender al cuello. Cerré los ojos y saboreé las sensaciones que me provocaba.

Nunca había hecho el amor con nadie y estaba claro que nunca había salido con nadie que me hiciera sentir esto. Ni siquiera estaba besándome y tenía que esforzarme para no rendirme a sus pies.

Entonces movió los labios a mi oreja y me preguntó:

—¿Puedo besarte ya?

«Dios mío. No. No. No.»

Pero no lo dije, no dije nada. Ceder significaba dejar que ganara él, y decirle que parara estaba fuera de lugar también. No quería que parara. Me hacía sentir tan bien, como una montaña rusa multiplicada por cien.

Sus labios regresaron a la mejilla y se acercaron poco a poco a la boca.

—Quiero tocarte. —Pronunció las palabras sobre mis labios esta vez—. Quiero sentir lo que es mío. Lo que siempre ha sido mío.

«Madre mía.»

Sus palabras no deberían de haberme excitado, pero, maldita sea, lo hicieron. La boca me tembló con el deseo de atrapar la suya. Saboreé su aliento y anhelé capturar todo su sabor. Quería satisfacer mi necesidad.

Pero abrí los ojos de repente al entender que con eso también satisfaría su necesidad.

«Mierda.»

Me mordí la comisura del labio para contrarrestar el dolor que sentía entre las piernas y usé los músculos, que sentía debilitados, para apartarlo.

Me costaba mirarlo a los ojos. Sabía que me había hecho daño. Tenía que saberlo.

—Aléjate de mí. —Salté del techo y me acerqué al asiento del copiloto.

Oí una risita detrás de mí.

—Tú primero.

CAPITULO 24

Abro los ojos al sentir el frío repentino. Estoy en la cama, pero una corriente me acaricia el cuerpo. ¿Está abierta la ventana?

Miro a mi alrededor y abro mucho los ojos por la sorpresa de encontrarme a Jared a los pies de la cama con la manta en la mano.

—¿Jared? —Me restriego los ojos y lo miro. Levanto los brazos para taparme el pecho, que está apenas cubierto por una camiseta blanca.

—No —me ordena con voz ronca—. No te tapes.

No sé por qué obedezco. Dejo caer los brazos a mi lado, en la cama. La intensa mirada de Jared explora cada centímetro de mi cuerpo mientras deja la manta en el suelo. La piel me arde por su escrutinio hambriento y me da la sensación de que me falta el aire.

Su pecho desnudo brilla bajo la luz de la luna que entra por la ventana. Lleva unos pantalones negros de tiro bajo ajustados a las caderas estrechas y fuertes.

Se inclina sobre mí, me envuelve los tobillos con los dedos y los aparta con cuidado.

Las piernas, que tengo suavemente dobladas, están ahora abiertas y no ocultan nada a excepción de lo que tapan los pantalones cortos rosas.

Apoya una rodilla en la cama y se agacha hasta que ambas manos caen junto a mis caderas. Las rodillas me tiemblan nerviosas cuando veo que baja la cabeza y me besa el muslo. Resuello al sentir sus labios, suaves y cálidos, contra mi piel. El latido que siento en el estómago no es nada comparado con el retumbar de mi pecho.

¿Por qué no le pido que pare?

Me da miedo dejar que continúe, pero también me siento maravillada por las sensaciones que me recorren el cuerpo. Lo observo depositar más besos, subiendo. El pelo de su cabeza me acaricia el sexo y me agarro a la sábana para abstenerme de envolver las piernas en torno a su cuerpo y atraerlo hacia mí. Me toca con la lengua el muslo al darme el siguiente beso y el calor abrasador de su boca casi me arranca de la cama. Enredo las manos en su pelo, incapaz de controlarme.

—Jared —musito.

Se cierne sobre mí y me mira a los ojos, con fuego y necesidad en la mirada. Aunque tiene la cabeza por encima de mí, sin interrumpir el contacto visual, sus caderas se encuentran con las mías y empezamos a movernos el uno contra el otro. Lo siento endurecerse y me gusta que se ponga así conmigo. Cierro los ojos y siento que el placer hace que me hierva la sangre; una necesidad crece en mí con la fricción de su erección entre mis piernas.

—No pares —murmuro. Noto que el latido se intensifica en mi interior y sé dónde lo quiero exactamente. Necesito más.

—Eres mía, Tate. —Con la mano derecha me agarra por el lateral del pecho, bajo el brazo, y con el pulgar me acaricia el seno.

—Por favor. —Entre el dedo en el pezón y el latido que siento entre los muslos y que se intensifica con nuestro ritmo en aumento, cierro los ojos, loca de deseo. Nuestros cuerpos se mueven frenéticos e inspiro una y otra vez para seguirle el ritmo. No sé cuánto puede durar esto, pero sé que estamos alcanzando algo dulce.

—Di que eres mía —me pide Jared al tiempo que se mueve contra mí, con fuerza. Maldita sea, es muy agradable. Baja los labios a los míos y nos respiramos el uno al otro. Huele a viento y a lluvia y a fuego.

—Yo... —Me quedo sin voz. Necesito unos segundos más.

«Madre mía.»

—Dilo —me pide contra los labios, nuestros cuerpos acompasados ya.

Lo agarro por las caderas y tiro de él todo lo que la ropa nos permite. Empiezo a notar espasmos y contengo la respiración, esperándolo.

—Dilo —me susurra al oído.

Empujo las caderas contra él y resuello.

—Soy tuya. —Siento un escalofrío en la entrepierna que se expande hacia la barriga y por todo el cuerpo. Una oleada de placer me inunda y siento vibraciones bajo la piel. Nunca había sentido nada igual.

Y quiero más.

Abrí los ojos al sentir el dulce latido entre las piernas. Miré a izquierda y derecha y me alcé en la cama. El brillo del sol entraba por la ventana del dormitorio y me di cuenta de que estaba sola.

«¿Pero qué narices?!»

Me di la vuelta, segura de que encontraría allí a Jared. Pero no. Nada. Jared no estaba. Ni la luz de la luna. Me había ido a dormir con los pantalones cortos de pijama y una camiseta negra. Las mantas me tapaban. Jared no había estado aquí.

Pero el orgasmo había sido real. Todavía sentía el cuerpo estremecido por lo que él, o más bien soñar con él, me había excitado. Los músculos, débiles por la tensión, apenas me mantenían recta. Me dejé caer sobre la almohada y exhalé un suspiro por la exasperación. Había sido increíble, pero no podía creerme que hubiera sucedido. Había oído que los muchachos tenían sueños húmedos, pero no las chicas.

«Tate, estás loca.» Fantasear con ese idiota era asqueroso. Respiré profunda y pausadamente para tranquilizarme. «Ha sido porque llevo mucho tiempo pensando en él. Nada más.»

Hacía meses que no me besaban de verdad, desde las pocas citas que había tenido en Francia. Jared me había molestado mucho la noche anterior, y daba igual lo mucho que me excitara, tenía que acordarme de que no podía tener nada con él. Una disculpa por haberme tratado como a una mierda no era suficiente. No confiaba en él, y nunca lo haría.

No si no conocía toda la historia.

Él también ejercía un gran control sobre mi cuerpo y tenía que cambiar eso.

Anoche, después del no beso, Jared me había llevado a casa sin decir nada más. Se marchó enseguida y ahora me sentía agotada después de haber estado

despierta hasta las dos de la mañana pensando en sus últimas palabras.

«Tú primero.» ¿Se refería a que no podía mantenerme alejada de él?

«Maldito hijo de puta.»

—¿Estás despierta, Tate? —Mi abuela asomó la cabeza por la puerta. Me tapé con las sábanas cuando entró en el dormitorio e hice una mueca mental al preguntarme si habría hecho algún ruido sospechoso durante el sueño.

—Sí, me acabo de despertar. —Me senté y esboqué una sonrisa inocente.

—Bien. Ve vistiéndote, el desayuno está listo. Más te vale correr si quieres que llegemos a tiempo a la carrera. —Asintió y efectuó un movimiento de la mano como diciendo que saliera de la cama. Yo intenté recordar de qué estaba hablando.

«¿Carrera?»

—Venga, muévete. —Dio una palmada antes de volverse y salir.

Miré el reloj y me di cuenta de que me había olvidado de poner la alarma. ¡La carrera! Esa era la razón principal por la que había permitido que Jared me trajera a casa. ¡Tendría que llevar media hora en pie!

Por suerte, la abuela me iba a llevar en automóvil y se quedaría conmigo antes de volver a su casa hoy mismo. Mañana volvería a estar sola.

Me aparté las sábanas, corrí al armario y alcancé los pantalones cortos, el sujetador deportivo y una camiseta de tirantes. Ya me pondría la camiseta del equipo cuando llegara, así que la metí en la bolsa de lona con los calcetines. Busqué las zapatillas y una goma para el pelo. Bajé las escaleras y eché en un plato de plástico una tostada y fruta ya cortada.

—Siéntate a comer. —Mi abuela señaló la silla.

—Me lo como en el automóvil. Odio llegar tarde. —Introduje un par de barritas de cereales y botellas de agua en la bolsa y me dirigí a la puerta—. Vamos —apremié, haciendo caso omiso de su mirada de reprobación.

Lo último que me apetecía hacer esa mañana era sentarme frente a mi abuela e intentar desayunar sabiendo que había entrado en mi habitación unos minutos después de que hubiera tenido un orgasmo.

Incluso después de lo poco que había dormido, la oportunidad de liberar algo de energía y de frustración me vino muy bien. Mi equipo participó en una competición en la que quedamos segundos y yo también participé en una

carrera individual de varios kilómetros junto a una zona recreativa. Los altos muros de la cantera que nos rodeaba y la densa población de árboles daban a la pista una sensación de estrechez. Y así me sentía yo hoy. No pude hacerme a la idea de que estaba sola, así que me costó abandonar los pensamientos a la carrera.

Tras quedar de nuevo segunda, sonreí a mi abuela, que me hacía una foto detrás de otra. Me alegraba de que estuviera aquí para verme correr, probablemente, en mi última carrera en el instituto. Aunque mi padre no estaba, y lo echaba mucho de menos. Había resultado duro aceptar que mi madre no estuviera para los eventos importantes, pero hoy quería de verdad que viniera mi padre.

Nos tomamos unos perritos calientes en Mulgrew's y volvimos a casa.

—Te voy a echar de menos. Le he dicho a tu padre que volveré en Navidad. —Recogió las últimas cosas que le faltaban y dejó las maletas junto a la puerta de entrada.

—Ya estoy deseándolo. Y yo también te echo siempre de menos.

—¿Quieres hablarme de lo que pasó anoche? —Me echó una mirada por encima del bolso mientras se aseguraba de que lo tenía todo.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Anoche? —Podría haber sido honesta con ella, pero, en lugar de eso, elegí hacerme la tonta. No tenía ni idea de por dónde empezar.

—Sí. ¿Un automóvil negro con aspecto peligroso similar al que tiene el vecino te trajo a casa después del toque de queda? —preguntó con ojos chispeantes. No estaba demasiado preocupada, claro.

—Sííí. —Prolongué la palabra con tono dramático—. Jared me trajo a casa. Estábamos en la misma fiesta, tampoco es para tanto. —Me miré las zapatillas y me sentí culpable por todas las cosas que me guardaba. Tenía más que contarle, mucho más, pero, como siempre, elegí mantener en secreto mis asuntos con Jared.

Y tenía que poner en orden toda esta caja de Pandora: el beso, el sueño húmedo.

Mi abuela se quedó quieta un instante, observándome mientras yo seguía haciéndome la tonta.

—De acuerdo, si tú lo dices... —Se colgó el bolso del hombro—. ¿Te acordarás de cerrar con llave?

Asentí.

—Bien, pues dame un abrazo.

Extendió los brazos, me aferré a ella e inhalé el olor perfumado de su loción una vez más. Tomé una de las maletas y me dirigí al vehículo.

—Nos vemos pronto —le aseguré cuando vi que se llevaba un pañuelo al ojo.

—Muy pronto. Pon alguna decoración para Halloween. Te animará si te sientes sola.

—¿Ya?

—Estamos en octubre. —Se rio—. La época de Halloween.

«¿Octubre?» Ni me había enterado. Quedaba poco para mi cumpleaños.

Cuando se marchó, mandé un mensaje a KC. Después de todo lo que había pasado la noche anterior, no tuve oportunidad de hablar con ella.

¿Qué tal?

Bien. Siento no haber ido a la carrera. Estaba liada, me respondió un minuto más tarde.

Y... ¿Liam y tú?, pregunté. Una parte de mí deseaba que estuvieran de nuevo juntos. Me sentía culpable, solo una persona repugnante besaría al tipo con el que salía su mejor amiga, y no sabía cuánto debía de contarle. Si ella y Liam estaban juntos de nuevo, ¿igual no tenía por qué contárselo?

No me juzgues, me respondió.

Sentí una oleada de alivio. Estaban juntos de nuevo.

Nunca. Si tú eres feliz...

Lo soy. Solo espero poder confiar en él.

Aún tenía dudas, y con razón. No creía que yo pudiera volver con un muchacho que me hubiera engañado, pero lo cierto es que yo nunca me había enamorado. Supongo que no lo sabría hasta que no lo experimentara.

Puede que nunca lo sepas, pero si él merece la pena..., escribí.

Creo que sí... Así que Jared es todo tuyo.

«¿Qué?» El martilleo que sentí en el pecho me dolió de verdad.

Se ve que pasé un buen rato ahogándome en mi propio sudor, porque volvió a escribirme:

No te preocupes, Tate. De todos modos, nunca fue para mí.

No pude responderle, ¿qué iba a decirle? «¿Gracias?»

Jared no era para ella, pero tampoco para mí. Había dejado bastante claro que no pertenecía a nadie. ¿Se había refrenado Jared con ella por mí? ¿Por eso me había dicho eso?

Me pasé el resto del fin de semana haciendo cosas para mantener la mente alejada de Jared. Pasé el sábado y el domingo limpiando la casa, lavando el Bronco, haciendo deberes, determinando el proceso de mi experimento y evitando mensajes de Ben y de KC.

Me hacía falta estar sola y no sabía si debía mantener en secreto lo que había pasado entre Jared y yo. KC merecía saber que lo había besado, pero no quería que nadie se enterara, por lo que opté por evitar a todo el mundo. Incluso a mi padre cuando me llamó.

Ben se merecía mi silencio, incluso a pesar de haberme llamado y escrito varios mensajes para disculparse. Si me hubiera traído a casa como había prometido, no me habría metido en semejante lío con Nate.

Siendo sincera, Ben probablemente fuera un buen muchacho, a pesar de su comportamiento en la hoguera. Pero el problema seguía estando ahí: no sentía fuegos artificiales en el estómago cuando me besaba. No sentía nada.

Jared era como el 4 de julio... en todo mi cuerpo.

Cuando salí de clase de Francés el lunes por la mañana, me detuve de inmediato. Madoc estaba al otro lado del pasillo, apoyado en las taquillas y mirándome con una sonrisa boba.

—Hola, señora piloto. —Se acercó a mí mientras los compañeros que salían detrás de mí me empujaban para salir de clase.

Puse los ojos en blanco, pues no tenía ganas de experimentar más irritaciones. Esta mañana había llegado tarde; al salir de casa, me di cuenta de

que el Bronco tenía una rueda pinchada. El doctor Porter me había enviado un correo electrónico para comunicarme que no podía ir al laboratorio mañana por la tarde. Y la gente llevaba todo el día hablando conmigo sobre la carrera del viernes por la noche.

Por muy positiva que fuera la atención que estaba recibiendo, sentía como si alguien se estuviera raspando los dientes con el tenedor. No quería que me recordaran cómo había empezado bien la noche del viernes para pasar a ir mal, y después bien de nuevo, y después peor. La semana comenzaba difícil y no estaba de humor para tratar con el capullo de Madoc.

—¿Qué quieres? —murmuré al adelantarlo por el pasillo.

—Yo también me alegro de verte. —Parecía estar conteniendo su lado siniestro, no me lanzó indirectas ni intentó meterme mano. Simplemente me miró, casi con timidez, con esa estúpida sonrisa juguetona.

No le hice caso y seguí directa a mi taquilla. Me dieron ganas de pegar a alguien cuando vi que aumentaba la velocidad para alcanzarme.

—Oye, quiero que sepas que me impresionaste mucho en la competición del viernes. He oído decir que has quedado segunda en la carrera del kilómetro y medio. Parece que has tenido un buen fin de semana.

«Pues en realidad no, estoy de los nervios.» No había visto a Jared desde el viernes. Su casa parecía abandonada hasta anoche, cuando oí el rugido del motor en la entrada. Hoy tampoco lo había visto.

Y lo estaba buscando, y eso me sacaba más de quicio que otra cosa.

—Dilo, Madoc. ¿Qué clase de broma humillante tienes preparada para hoy? —Alcancé la taquilla. No le dediqué ni una mirada mientras soltaba la mochila y los libros.

—No tengo ninguna intención oculta, Tate. Solo he venido a pedirte perdón. —Me tomó de la mano y me volví para mirarlo.

Se llevó la mano al pecho y se inclinó levemente.

«¿Y ahora qué?»

Miré a mi alrededor para ver a la gente que pasaba por el pasillo; todos miraban a Madoc Caruthers boquiabiertos. Le di un empujón en la espalda.

—¡Levántate! —le susurré al ver que la gente se reía y murmuraba a nuestro alrededor.

«¿Qué es lo que tiene en mente?» Se me encogió el corazón de miedo.

—Siento mucho todo lo que te he hecho. —Se levantó y se colocó frente a mí—. No tengo excusa. No me gusta enemistarme con las chicas guapas.

«Ya, claro.»

—Lo que tú digas. —Me crucé de brazos y me dispuse a irme a almorzar—. ¿Has terminado?

—Aún no. —Hizo un gesto con las cejas, subiéndolas y bajándolas—. Me gustaría pedirte que vengas al baile de bienvenida conmigo.

CAPITULO 25

Se me tensaron los músculos. Miré hacia el pasillo para comprobar si la gente se reía, señal de que era una broma.

Pero no había cerca ningún amigo de Madoc para presenciar la escena y Jared tampoco estaba a la vista.

Me volví hacia el muchacho y lo fulminé con la mirada.

—¿De verdad esperas que me trague el cuento?

—¿Qué cuento? ¿Que soy encantador y tengo un cuerpo increíble? Por supuesto.

Su sarcasmo no borró mi desconfianza. Puse los ojos en blanco y me pregunté por qué narices estaba escuchándolo siquiera.

—Ya es suficiente. Me voy a comer. Dile a Jared que no soy tan tonta.

Me di la vuelta para marcharme a la cafetería.

—Espera. —Madoc trotó para ponerse a mi altura—. ¿Crees que es una trampa?

No le hice caso y seguí caminando. «Claro que es una trampa.» ¿Por qué iba a querer Madoc ir al baile conmigo? ¿Y por qué creía que iba a aceptar? Llevábamos años peleándonos.

—Tate, Jared probablemente me prendería fuego al pelo si se enterara de que estoy hablando contigo, por no hablar de pedirte salir. Estoy hablando en serio. Nada de trampas, ni de bromas. Quiero llevarte al baile, de verdad.

Aceleré hacia la cafetería con la esperanza de que entendiera la indirecta. Empezaba a notar una sensación mareante. Tenía que alejarme de él, y ya.

—Tate, para, por favor. —Me tocó el brazo.

Me di la vuelta para mirarlo, furiosa.

—Aunque hablaras en serio, ¿de verdad crees que iba a confiar en ti? Me has metido mano y yo te he roto la nariz. ¿Estás pidiéndome salir? ¿De verdad?

Este era el giro de acontecimientos más absurdo que nunca hubiera sido capaz de anticipar. Menuda pérdida de tiempo.

—Ya sé que compartimos una historia interesante —comenzó a decir con las manos en alto—, y quiero dejarte claro que no te estoy pidiendo salir con fines románticos. Jared me arrancaría los huevos. He sido un capullo y quiero hacer las paces. Si no tienes todavía pareja, me encantaría llevarte y demostrarte que puedo ser un buen muchacho.

«Oh, qué discurso más bonito.»

—No —respondí.

Su encanto no funcionaba conmigo como con las demás, pero la mirada de sorpresa en su rostro me hizo detenerme un instante. Una parte de mí quería reír, porque parecía decepcionado de verdad, y la otra parte se sentía afligida por lo mismo, porque sí que parecía decepcionado de verdad.

«No le debo nada», me dije mentalmente.

Después de todo lo que había pasado, ni siquiera debería de estar hablando con él. Aunque tras haber escuchado su conversación con Jared la semana pasada en el pasillo, tenía la impresión de que él nunca estuvo totalmente de acuerdo en lo que respectaba a hacerme daño. A lo mejor quería hacer las paces de verdad.

«Me da igual. No voy a ir con él.»

Me di la vuelta y volví a caminar en dirección a la cafetería; lo que de verdad me apetecía era salir corriendo del instituto. Solo era lunes por la mañana y ya estaba deseando irme de aquí.

Pero quería ir al baile y aún no tenía pareja. E ir con Madoc pondría celoso a Jared. A lo mejor sí me apetecía verlo de los nervios por mí.

Aparté los pensamientos de mi mente. «No te metas ahí, Tate.»

—¿Te has planteado pedir una beca de atletismo? —me preguntó Jess cuando

fuimos a tirar los restos del almuerzo.

—La verdad es que no. Me gusta correr, pero no sé si quiero convertirlo en una especie de compromiso cuando vaya a la universidad —respondí.

KC y Liam se habían unido a nosotros para almorzar, pero habían desaparecido un rato antes, probablemente debajo de las gradas del campo de fútbol para «hablar». Ella parecía feliz y Liam se había mostrado más cariñoso de lo habitual. Necesitaba tiempo para poder mirarlo sin pensar en su traición, pero me alegraba que volvieran a estar juntos.

Cuando se fueron, apenas comí nada de mi burrito de pollo. Madoc seguía sonriéndome desde el otro lado de la cafetería.

Ben también me seguía escribiendo mensajes. Quería hablar conmigo antes de que terminara la hora del almuerzo, pero, gracias a mis amigos, tenía una excusa para no quedarme a solas con él. Había sido un idiota, pero, aunque estaba enfadada, sabía que tendría que hablar con él algún día, aunque solo fuera para decir eso de «mejor seamos amigos».

—Estuviste estupenda el sábado. —Jess se terminó el zumo antes de tirar el botellín—. Ah, y también el viernes. No vi la carrera, pero todo el instituto habla de ella. Lograste que la gente ganara mucho dinero. He oído que Derek Roman estaba muy enfadado.

—Seguro que sí. —Me recogí el pelo en una coleta y sentí una oleada de calor en la nuca.

Era una locura que reaccionara así ante la presencia de Jared, pero estaba segura de que estaba por aquí, en alguna parte.

Llevaba ausente toda la mañana, no había rastro de su automóvil ni de él. Seguí concentrada en Jess, aunque la necesidad de darme la vuelta hacía que me vibrara todo el cuerpo. Después de los dos besos y el sueño, por no mencionar su disculpa, había pensado mucho en él este fin de semana.

Antes de sucumbir a la tentación de buscarlo, me dirigí a la puerta con Jess. Un momento después, me paré cuando oí a alguien pronunciar mi nombre.

—¡Tatum Brandt!

Me sobresalté y de pronto sentí vergüenza al ver que la persona que me llamaba me estaba convirtiendo en el centro de atención en la cafetería.

—¿Irás conmigo al baile de bienvenida, por favor? —me preguntó ese idiota.

Cerré los ojos. «Voy. A. Matarlo.»

Me di la vuelta lentamente y vi a Madoc arrodillado a unos metros de distancia. Me miraba con unos ojos grandes y azules de corderito degollado. Toda la sala estaba en silencio y todos cuchicheaban y nos miraban asombrados.

—Ni de broma —murmuré y le dediqué una sonrisa de disculpa a Jess. Comenzó a dar pasos sobre las rodillas hasta llegar junto a mis zapatillas. Alzó la cabeza para mirarme y tomó mi mano entre las suyas.

Las muchachas soltaban risitas y todo el mundo nos miraba. Solo Madoc podía representar esta escena tan extravagante y que lo siguieran considerando un hombre.

—Por favor, ¡por favor! No me digas que no, te necesito. —Su tono dramático hizo que estallara un coro de risas y vítores que lo animaban.

El corazón me latía acelerado. En cualquier instante me iba a poner agresiva con él, y esta vez probablemente no tuviera tanta suerte para librarme del despacho del secretario.

—Levántate —le pedí, y le tiré del brazo. Mi cabeza buscaba ideas para vengarme de este tipo, pero no las encontré.

—Por favor, ayúdame. Lo siento por todo. —Hablaba para hacerse oír por encima de las risas, para que todos se enteraran de lo que decía.

—Te he dicho que no.

—¡Pero el bebé necesita un padre! —imploró.

Se me cayó el alma a los pies. «Dios mío, no. No, no, no...»

Las risas y los gritos se oían desde todos los rincones de la sala y sentí una oleada de calor subirme por el cuello y la cara. Me sentía como si estuviera fuera de mi cuerpo. Esto no podía estar ocurriendo, ¿así es como quería hacer las paces?, ¿avergonzándome todavía más?

Me agarró por las caderas y pegó la cara a mi barriga.

—Te prometo que voy a querer a nuestro hijo —susurró para que solo yo lo escuchara—. Puedo decirlo más alto si quieres.

—De acuerdo, iré. Por ahora —cedí con los dientes apretados—. Pero

como sigas diciendo más tonterías, te rompo el brazo.

Se puso en pie, me rodeó con los brazos y me levantó en el aire en un abrazo. Empezó a darme vueltas; todo el mundo aplaudía y silbaba, y a mí me dieron ganas de vomitar. Cuando volvía a estar en el suelo, le di un golpe en el brazo y salí corriendo de la cafetería. No quería ver la cara que ponía Jess, y mucho menos la que ponía Jared.

CAPITULO 26

Por suerte, para cuando terminaron las clases, todos sabían que la broma de Madoc era simplemente eso... una broma. Al menos ese idiota se había comportado bien y había corregido el rumor. Aún no me había hecho a la idea de que había aceptado. El baile era en dos semanas, así que esperaba encontrar un modo de librarme. Después del último me había quedado claro que en poco tiempo podían suceder muchas cosas.

Jared no estaba en clase de Cine así que, en lugar de evitar mirarlo a él, tuve que esforzarme en evitar a Ben, que no paraba de observarme. La vida podía ser un asco. Iba a ir al baile de bienvenida con una persona del instituto que había hecho que me hirviera la sangre, un guapísimo jugador de fútbol me dedicaba toda su atención y a mí no podía importarme menos, y estaba teniendo sueños húmedos con un sociópata en potencia que la mayor parte del tiempo actuaba como si me odiase.

«Ocho meses más.»

—Hola, doctor Porter. —Sonreí al entrar en el laboratorio después de clase. Como el aula no estaba disponible al día siguiente, había optado por ir hoy a trabajar. La entrenadora nos había dado la tarde libre, de manera que no había habido ningún problema.

—Hola, Tate. —El doctor Porter era un antiguo *hippie* de mediana edad que normalmente llevaba el pelo largo y pelirrojo, suelto, y tenía gotas de café en el bigote y la barba. Las primeras clases que tuve con él en segundo fueron irritantes, me daban ganas de limpiarle la cara con una servilleta.

—¿Cuánto tiempo puedo quedarme hoy? —Dejé la mochila en el suelo,

debajo de la mesa a la que solía sentarme, y miré al profesor.

—Estaré por aquí por lo menos una hora, probablemente más. —Apartó varias carpetas y folios para hacer espacio y alcanzó la taza de café—. ¿Necesitas algo?

—Voy a por mi caja al armario, y sé dónde está todo lo que necesito.

—Bien. Tengo una reunión con el departamento de Ciencias, pero es en otra aula. Puedes venir a avisarme si necesitas cualquier cosa. Lo digo en serio. Aula 136B. —Se dirigió a la puerta.

—De acuerdo, gracias. —Tomé una bata de plástico del perchero, me la metí por la cabeza y me la anudé a la cintura. El lazo me picaba en la espalda, en el pequeño trozo de piel que no me cubrían ni los *jeans* ni la camiseta.

Saqué las cosas del armario y estuvieron a punto de caérseme de las manos en cuanto me di la vuelta. Jared estaba sentado a la mesa del profesor.

«Maldita sea.»

Estaba retrepado en la silla, con las manos detrás de la cabeza y un pie apoyado en el borde de la mesa. Sus ojos no desprendían sentimiento alguno, tenía mirada fija en mí. Solo eso aumentó la temperatura de mi cara y empecé a sudar.

«Joder.» ¿Por qué tenía que tener ese aspecto?

El recuerdo de la suavidad de sus labios y su lengua cálida por todo mi cuello brotó en mi mente. Empezaron a temblarme las piernas de forma nerviosa y me dieron muchas ganas de sentarme a horcajadas sobre él en esa silla.

«Mierda.» Era una bomba de relojería a punto de estallar.

Sacudí la cabeza y aparté la mirada mientras llevaba la caja a la mesa.

—Ahora no, Jared. Estoy ocupada. —Esa era la verdad. Necesitaba concentrarme y por mucho que quisiera enredarme en este drama, necesitaba estar sola.

—Ya lo sé. —Su voz suave sonaba muy tranquila—. He venido a ayudarte.

Paré de sacar cosas de la caja y lo miré.

—¿Ayudarme? —Mi tono derrochaba sarcasmo. Estaba segura de que era una broma o un esfuerzo por echar a perder mi experimento—. No necesito

ayuda.

Dejó caer los brazos y se metió las manos en el bolsillo de la sudadera.

—No te he preguntado —respondió con rapidez.

—No, lo has dado por hecho. —Seguí sacando los materiales y evité su mirada. Ese maldito sueño seguía en mi mente y me daba miedo dejar algo al descubierto si lo miraba.

—En absoluto. Sé lo que puedes hacer. —Su voz transmitía diversión y no me pasó por alto el doble significado de su afirmación—. He pensado que, si vamos a ser amigos, esto sería un buen comienzo.

Bajó de la silla y se acercó a mí. Inspiré y espiré lentamente.

«Alcanza el vaso de precipitados y el matraz y déjalos en la mesa lentamente. Tranquila y lentamente.»

—Sé que no es probable que volvamos a trepar a los árboles ni a dormir juntos, ¿no? —preguntó con todo provocativo y deslizó los dedos por la mesa de laboratorio.

¿Dormir juntos? El corazón empezó a latirme con fuerza y supe que mi cuerpo estaba preparado para lo que necesitaba. Lo sentía.

La idea de dormir con Jared, aunque estuviera diciéndolo de broma, me excitaba. Maldita sea, me encantaría que me tuviera toda la noche despierta haciendo cosas que sabía con toda seguridad que no hacían los niños. Quería sus manos sobre mí, acercándome a él, y su boca por todas partes.

Pero también quería importarle. Y no confiaba en él.

Parpadeé y fruncí el ceño.

—Como te he dicho, no necesito ayuda.

—Y, como te he dicho, no te estaba preguntando. ¿Crees que ese tal Porter iba a dejarte realizar experimentos con fuego sola? —Soltó una carcajada y se acercó para sentarse a mi lado.

—¿Cómo sabes de qué trata mi experimento? ¿Y quién ha dicho que vayamos a ser amigos? —pregunté antes de agacharme para alcanzar la carpeta de la mochila—. A lo mejor resulta que me has hecho demasiado daño. Ya sé que te has disculpado, pero para mí no es tan sencillo pasar página.

—No te estarás poniendo sensible conmigo, ¿no? —se burló.

Revisé los apuntes de la carpeta y saqué las notas y las instrucciones que había buscado. Intenté leerlas, pero la presencia de Jared hacía que me costara concentrarme.

Me volví hacia la izquierda y lo miré con mi mejor cara de aburrimiento. No quería que pensara que su presencia me interesaba lo más mínimo.

—Jared, aprecio el esfuerzo que estás poniendo en todo esto, pero no es necesario. Al contrario de lo que tu ego te dice, me ha ido bien sin ti los últimos tres años. Trabajo mejor sola y no quiero tu ayuda hoy ni ningún otro día. No somos amigos.

Su fachada se desmoronó y parpadeó. Sus ojos oscuros buscaron los míos, o puede que buscara algo que decir.

Me sentí un poco culpable y volví a centrarme en la carpeta, pero se me cayó. Las hojas, que no estaban metidas en las anillas, se esparcieron por el suelo. Sentí una oleada de vergüenza al comprobar que mi discurso de chica dura acababa en semejante torpeza.

Jared se colocó a mi otro lado y se agachó para ayudarme a recoger la carpeta y el contenido.

—¿Estás mirando automóviles? —Se fijó en los impresos que había sacado de Internet para enseñárselos a mi padre cuando regresara.

—Sí —respondí bruscamente—. Voy a hacerme un regalo de cumpleaños a mí misma.

Sostuvo la información en la mano, aunque sin mirar nada; parecía estar pensando en algo.

—¿Jared? —Tendí la mano para que me devolviera la documentación.

—Se me había olvidado que queda poco para tu cumpleaños —comentó, casi para sí mismo, cuando recuperé los papeles y lo metí todo en la carpeta.

Me preguntaba si sería verdad. Cuando éramos amigos, nuestros cumpleaños eran fechas importantes para nosotros, pero en los últimos años podría habersele olvidado, supongo. Yo no me había olvidado del suyo: el dos de octubre.

«¡Ayer!»

Ups, ¿le decía algo? Llevaba años sin hacer nada para su cumpleaños, pero ahora que había salido el tema no tenía ni idea de cómo actuar.

«A la mierda. Él también había olvidado el mío.»

—¿Sabe tu padre que quieres comprarte un automóvil? —interrumpió mi línea de pensamientos.

—¿Sabe tu madre que provees de alcohol a menores y que no duermes en casa los fines de semana? —La pregunta salió más brusca de lo que había pretendido.

—¿Acaso le importa a mi madre? Esa habría sido una pregunta mejor. — El sarcasmo era una tapadera para la mirada molesta que bullía en su interior.

Fruncí el ceño al pensar en la vida de Jared. Había crecido sin un padre y con una madre ausente. No contaba con unos modelos de referencia ni tampoco con amor... que yo supiera. Como no tenía respuesta a eso, permanecí en silencio mientras él se limitaba a ayudarme a sacar las cosas de la caja.

Vasos de precipitados, matraces, tubos de ensayo y una gran variedad de líquidos y materiales secos llenaron la mesa. No necesitaba todo eso, pero lo había recopilado cuando aún intentaba decidir el proyecto. Tenía tres retardantes de llamas que había comprado en una tienda y materiales para hacer uno propio, así como distintos tejidos de algodón. El experimento consistiría en probar cómo reaccionaba el algodón a distintos aerosoles resistentes. Ya tenía el objetivo, la hipótesis, las constantes y variables y los materiales. Hoy iba a encargarme de los procedimientos y a empezar con la primera ronda de pruebas.

Como si esto fuera poco, tenía los nervios a flor de piel.

Hubo una época en la que la presencia de Jared me tranquilizaba y conseguía que me sintiera segura. Ahora era muy consciente de su proximidad cada vez que su brazo estaba a punto de rozar el mío o que intuía que me estaba mirando. Sentía como si tuviera la cabeza nublada y las manos apretadas.

Enfadada, saqué las notas de la carpeta y tiré un matraz de la mesa. Sentí que me ardía la cara cuando me volví para alcanzar el objeto, pero este estaba destrozado en el suelo. De espaldas a la mesa, me quedé mirando el desastre e inspiré profundamente. No me importaba que pensara que estaba loca o que reaccionaba de forma desmesurada. Necesitaba que se marchara.

Jared se puso delante de mí y observó el cristal roto.

—Te pongo nerviosa —concluyó, sin mirarme. Su afirmación era del todo acertada, yo lo sabía y él lo sabía.

—Vete —le supliqué con un susurro desesperado, incapaz de devolverle la mirada que ahora estaba segura de que tenía fija en mí.

—Mírame. —Jared posó la mano en mi mejilla y me tocó el pelo con los dedos—. Lo siento. —Automáticamente lo miré a los ojos al oír su nueva disculpa—. Nunca debí tratarte como lo hice.

Busqué con ojos abrasadores cualquier signo de sarcasmo o hipocresía en su rostro, pero no encontré nada. Su expresión era seria y su respiración irregular mientras esperaba una respuesta.

Posó la otra mano en mi otra mejilla y se acercó más a mí. La respiración se me entrecortó cuando presionó el cuerpo suavemente contra el mío. Sus ojos estaban muy concentrados en mis labios mientras acercaba la cara a la mía. Estaba a apenas dos centímetros de mis labios, pero ya podía saborearlo.

Había empezado muy lentamente, y gemí de sorpresa cuando se lanzó y tomó mis labios entre los suyos. Sentí fuegos artificiales en la boca y estos se desplazaron hacia arriba, a la cabeza, y hacia abajo, al cuello. Ya estaba perdida cuando me rodeó la cintura con una mano y la otra la dejó enterrada en mi pelo. Me atrajo hacia sí con más fuerza y me puse de puntillas. Inhalé y aspiré el viento y la lluvia de su piel y, por un momento, me sentí en casa.

Eso era todo lo que necesitaba. Todo lo que quería... sobre mí, en torno a mí, dentro de mí. Tenía las hormonas descontroladas. Quería arrancarle la ropa y sentir su pecho desnudo contra el mío. Quería besarle hasta que la necesidad me consumiera. ¿A quién quería engañar? Ya ardía en deseos; los sentía en el abdomen y bajaron hasta mi sexo como un maldito tornado.

Movió la lengua por mi labio superior y me entraron escalofríos en los brazos. Le rodeé con fuerza el cuello y me presioné contra él. Bajó los brazos por mis costados y me agarró el trasero. A mi cuerpo le encantaban todas sus caricias. Me moldeé, adaptándome a él como si fuera un trozo de arcilla. Ahí donde él tocaba, yo me derretía. Dónde él tiraba, yo le seguía.

Tenía la boca muy caliente y no pude evitar preguntarme lo bien que me haría sentir el resto de él.

—Te deseo desde hace mucho tiempo —susurró y su aliento en mis labios era como una droga que me atraía a él—. Todas las veces que te veía en la casa de al lado... me volvía loco.

Se me puso la piel de gallina al escuchar sus palabras. Me había deseado todo este tiempo y eso me gustaba. Me gustaba que se sintiera así conmigo.

Volvió a tomar mis labios en un beso profundo, mi espalda presionada contra la mesa de laboratorio. Cuando me mordió el labio inferior, la cabeza me dio vueltas al comprender lo que estaba sucediendo. Me encantaba saber que no me había odiado nunca, que siempre me había deseado. Pero ¿qué estaba pasando entre nosotros dos? ¿Íbamos a estar juntos? ¿O Jared solo estaba añadiendo una más a su lista?

—No... —musité y me aparté. No quería moverme, y no deseaba estar en ninguna otra parte que no fuera con él. Pero sabía por qué paraba.

No podía dejar que ganase. No podía tratarme como a una mierda y después tenerme como si nada.

Jared respiraba con dificultad y me miraba los labios hinchados como si no estuviera ni de lejos satisfecho. Me miró a los ojos y atisbé una necesidad intensa, como si estuviera enfadado porque lo hubiera parado o excitado hasta el punto de ser capaz de amarrarme.

Me soltó y me dejó en el suelo. Puso cara de indiferencia conforme retrocedía.

—Pues no, entonces —dijo como si no le importase.

Supongo que no esperaba que discutiera o que tratara de convencerme. Jared no suplicaba. Pero me sorprendió lo rápido que podía pasar del calor ardiente al frío glacial.

Lo observé unos instantes, preguntándome si algún día podría arrebatarme ese orgullo indiferente.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, entrecerrando los ojos.

Soltó una carcajada.

—Quiero que seamos amigos —admitió con cierta sinceridad.

—¿Por qué?

—¿Y por qué tantas preguntas? —replicó.

«¿Lo decía en serio?» Tenía que darme algunas explicaciones.

—No pensarías que iba a ser sencillo, ¿no?

—Sí, esperaba que pudiéramos pasar página sin mirar atrás. —El tono de enfado que usó encajaba a la perfección con las arrugas que se le estaban formando alrededor de los ojos.

—No podemos —respondí—. Un día me amenazas y al siguiente me besas. No sé cambiar de marcha tan rápido.

—¿Que te he besado? Tú me has devuelto el beso... las dos veces. Y luego vas al baile con Madoc. Y ahora dirás que yo soy el maníaco. —Se metió las manos en el bolsillo de la sudadera y se apoyó en el marco de la ventana. Me retó con la mirada y yo no hallé respuesta para su acusación. Tenía razón. Había salido con Ben, iba a asistir al baile con Madoc y estaba besando a Jared.

—No tengo que darte explicaciones. —Mi respuesta era patética.

—No deberías ir con él.

—Quiero ir —mentí—. Y me lo ha pedido. —Volví a centrarme en el trabajo.

Jared se colocó detrás de mí y fingí que estaba ocupada examinando las notas.

—¿Has fantaseado con él, Tate? —Su aliento me acarició el pelo. Colocó una mano a cada lado de mi cuerpo, atrapándome, y me provocó—: ¿Lo deseas? ¿O es conmigo con quien sueñas?

Cerré los ojos y recordé el sueño de la otra mañana. Lo que me provocaba el hecho de pensar en él; y ahora lo tenía justo detrás.

—Te dije que cuando te tocara, tú querrías que lo hiciera. ¿Recuerdas?

Me volví para mirarlo y él alzó la cabeza para devolverme la mirada.

—Creo que no es ningún secreto que me gusta que me toques. Cuando estés preparado para contarme todo lo que estás ocultando, entonces tal vez pueda confiar de nuevo en ti. Hasta entonces...

Entrecerró los ojos y la rabia descendió como una nube negra sobre su rostro cuando retrocedió.

Se puso recto y cerró las manos en puños. Había dicho exactamente lo que necesitaba decir, así que me di la vuelta y seguí con mi trabajo. Mi corazón estaba cediendo y no podía seguir mirándolo por el temor a acabar cediendo.

Si quería que fuéramos amigos o algo más, tenía que ofrecerme algo. Por muy tentadora que sonara su oferta de pasar página sin mirar atrás, sabía que su historia lo había convertido en el hombre que era ahora. Necesitaba conocer esa historia.

—¿Jared? —gimoteó una voz femenina proveniente de la puerta—. Aquí estás.

Alcé la mirada y vi a Piper con la falda de animadora lo suficientemente baja para mostrar los huesos de las caderas y el vientre plano. Me dieron ganas de vomitar.

—¿No ibas a llevarme a casa hoy? —Se echó el largo cabello oscuro sobre el hombro y se mordió el labio inferior. «Venga ya.»

—Hoy he venido en moto, Piper. —Jared sonaba resentido detrás de mí. Estaba enfadado, ¿pero con quién? No lo tenía claro, aunque podía imaginármelo.

—No importa —aseguró ella—. Vamos. No parece que estés muy ocupado por aquí. —Su mirada recayó en mí y la ira me encendió las mejillas.

Jared se quedó callado unos segundos y sentí su mirada en la espalda mientras continuaba eligiendo los materiales que necesitaba. Cada uno de mis movimientos era pausado y metódico; me estaba esforzando por no tirar nada más. Pero fingir que no prestaba atención era igual de imposible que no prestar atención.

—Claro, no estoy ocupado —terminó respondiendo con tono sereno y se dirigió a la puerta.

—Por cierto, Terrance... —La idiota fingió que no sabía cómo me llamaba—. No le habrás dejado a tu pareja un ojo morado, ¿no? No puede ni ver bien. Tienes que dejar de pegar a los muchachos o la gente va a empezar a pensar que eres lesbiana.

Me estaba provocando, pero me había dejado perpleja. No tenía ni idea de lo que estaba hablando. ¿Alguien había puesto a Madoc el ojo morado después de nuestro encuentro a la hora del almuerzo?

—No ha sido ella, lo he hecho yo. —Jared pasó junto a ella y abrió la puerta sin dedicarnos a ninguna de las dos ni una mirada.

—¿Por qué? —Piper arrugó la nariz cuando se dio la vuelta para salir por la puerta que él sostenía. Jared enarcó una ceja en mi dirección y cerró la puerta con tanta fuerza que la vibración me subió por las piernas.

Me quedé un momento mirando la puerta cerrada, hasta entender que Jared le había pegado un puñetazo a Madoc por mí.

«¿Qué narices?»

Al menos ahora sabía que esto no era ninguna broma entre ellos. Madoc tenía interés en pasar tiempo conmigo y eso sacaba a Jared de quicio.

Solté una carcajada. No estaba interesada en Madoc, pero, si así molestaba a Jared, puede que me interesara divertirme un poco.

Me puse los auriculares y pasé el resto de la tarde de muy buen humor.

CAPITULO 27

—Hola, papá —lo saludé tras aceptar la videoconferencia en el ordenador—. ¿Qué haces levantado tan tarde... o tan temprano? —Alemania tenía una diferencia horaria de siete horas más que nosotros. Acababa de regresar de correr para quitarme de la cabeza a Jared, Madoc y todos los demás. Eran más de las seis y me había calentado un burrito de jamón y queso para cenar.

—Hola, Calabacita. Acabo de llegar de un vuelo de Múnich y me voy a la cama ya. Quería comprobar que todo te iba bien sin la abuela.

Parecía cansado y tenía aspecto desaliñado. El pelo cano estaba alborotado en media docena de direcciones distintas, como si hubiera pasado las últimas veinticuatro horas mesándose con las manos, y tenía bolsas bajo los ojos azules. La camisa blanca que llevaba tenía los botones superiores desabrochados y llevaba la corbata aflojada.

—¿Múnich? No sabía que tenías que ir allí —comenté con la boca llena.

—Ha sido un viaje imprevisto, para una reunión. He tomado un vuelo nocturno de vuelta a Berlín y hoy tengo el día libre, así que dormiré hasta tarde.

La idea de mi padre de dormir hasta tarde era hasta las siete de la mañana. Si no había salido de la habitación para esa hora, es que algo iba mal.

—De acuerdo, pero duerme hasta tarde de verdad. Trabajas mucho y estás acusando los efectos. ¿Cómo vas a encontrar pareja con ese aspecto?

Se rio, pero su sonrisa estaba teñida de tristeza. De inmediato me sentí culpable por haber sacado el tema. Desde que mi madre había muerto, mi padre se había preocupado por mantenerse lo más ocupado posible. Trabajaba

mucho y, cuando no estaba trabajando, pasábamos tiempo juntos. Nunca nos quedábamos aquí en vacaciones y él apenas pasaba su tiempo libre en casa. Siempre íbamos de un evento a otro: partidos de baloncesto, cenas, acampadas y conciertos. A mi padre no le gustaba tener mucho tiempo para pensar. Estaba segura de que había tenido alguna que otra «novia» en estos años durante sus viajes, pero nada serio.

—Hola, señor Brandt —lo saludó KC cuando salió del baño de mi habitación y se sentó en la silla, al lado de la ventana.

Había venido cuando llegué a casa para preguntarme por los detalles sobre la petición de Madoc para ir juntos al baile, pero la llamada de mi padre me salvó.

—¿KC? —me preguntó papá, pues no la veía.

—Sí —respondí y le di otro bocado a la cena.

Todavía llevaba los pantalones cortos de deporte y una camiseta blanca, y una rebeca azul. El olor que despedía repelería a cualquier chico. Tendría que haber ido a ver a Madoc justo ahora y haberme abrazado a él, pero no era tan mala. El cansancio que sentía en los músculos me proporcionaba alivio. No podría pensar ni preocuparme por nada ahora mismo ni aunque quisiera.

—Tatum Brandt. No irás a decirme que eso es lo que vas a cenar, ¿no? —La sorpresa en los ojos de mi padre hizo que yo los pusiera en blanco.

—Es comida, así que calla —le ordené bromeando. Miré a KC y vi que sonreía y sacudía la cabeza.

—Volveré a casa en dos meses y medio. ¿Podrás mantenerte con vida hasta entonces? —preguntó él sarcásticamente.

—La gente puede sobrevivir solo con agua durante semanas. —Intenté usar un tono de voz serio, pero empecé a reírme al ver que abría mucho los ojos.

Charlamos unos minutos más. Le hablé de mis experimentos, pero me ahorré contarle lo preocupada que había estado últimamente. Me escuchó cuando lo puse al día de los eventos próximos y él me recordó que tuviera listas todas las solicitudes de las universidades para Acción de Gracias. Aunque no contemplaba la idea de no entrar en Columbia, habíamos decidido que sería bueno solicitar plaza en otras universidades. Yo sugerí un par y él

me propuso Tulane, la de mi madre. Acepté añadirla a la lista.

—Bien —intervino KC en cuanto colgué a mi padre—. ¿Y Madoc qué?

Sabía que estaba deseando preguntar desde que había llamado a la puerta. Me perforó con la mirada y se recogió el pelo largo y oscuro en una coleta.

Me bajé de la cama y me quité la rebeca.

—Oh, no es eso, ya lo sabes. Tendrías que haber visto la emboscada que me tendió en la cafetería. —Entré en mi recién redecorado baño.

La abuela se había encargado de hacerlo la semana pasada. Las paredes, que antes eran blancas, ahora eran de un gris oscuro calmante. La cortina de la ducha negra contrastaba con otros accesorios de la habitación. Las paredes de enfrente del espejo estaban decoradas con fotografías en blanco y negro de árboles pelados y en el lavabo había una base electrónica para poner el iPod. El ambientador tenía mi aroma preferido, Mi querido Watson.

Este era mi oasis. Por estúpido que sonara, debería de venerarse más el baño. Era el único lugar en el que se respetaba la privacidad más absoluta.

En casi todo.

—¿Has aceptado? —me gritó mi amiga desde el dormitorio.

—Eso me temo. Te aseguro que no quiero ir a ninguna parte con Madoc. Ya me las arreglaré para librarme.

O a lo mejor no. Ahora que sabía que Jared no había orquestado su petición y que, además, estaba enfadado, estaba considerando ir de verdad.

—Podrías haberle dado otro rodillazo en los huevos. —KC se asomó al baño.

—Puede, o puede que no. —Arqueé las cejas y ella abandonó el tema y se acercó a mí, junto al lavabo.

Alcanzó un pintalabios y empezó a aplicárselo y a hablar mientras me miraba por el espejo.

—Podríamos ir a comprar los vestidos —sugirió.

—¿Entonces vas a ir con Liam? —le pregunté al tiempo que me soltaba la coleta.

—Me lo ha pedido, pero aún no he aceptado. —Movié una mano al ver que lo miraba sin entender—. Acabaré aceptando, solo quiero que sufra un poco.

—¿Seguro que no quieres mantener las distancias con él durante un tiempo? Te engañó.

KC era inteligente y, aunque Liam me gustaba, no quería que volviera a hacerle daño. Si le había engañado una vez, podía hacerlo de nuevo.

—No tienes que preocuparte, Tate. No me estás diciendo nada que no me haya dicho yo un centenar de veces ya. —Suspiró y me miró con semblante pensativo—. Lo quiero. Y creo que está arrepentido. ¿Confío en él? Por supuesto que no, y él lo sabe.

Volvió a la habitación y yo me apoyé en el marco de la puerta.

Así que lo de Jared y ella se había acabado. ¿Cuánto había durado?, me pregunté.

—¿Y Jared? —No pude evitar sacar el tema—. Vosotros dos... —No formulé la pregunta, pues no estaba segura de cómo decir lo que quería decir.

Me dedicó una mirada que me hizo sentir avergonzada por haber preguntado, pero respondió:

—No había nada. Él solo me sirvió para no pensar en Liam.

—Así que vosotros dos no... —Bajé la mirada al suelo oscuro de madera; me sentía muy incómoda.

—¡No! ¿Quién te has creído que soy? —Estaba sorprendida, lo que era buena señal.

Espiré y de repente me sentí más relajada, hasta que me sobrevino otro pensamiento.

—¿Tuviste la posibilidad? —A lo mejor ella y Jared no se habían acostado, pero puede que fuera porque ella se había resistido. Si él había querido, en mi mente era como si lo hubieran hecho.

—¿Te refieres a si él estaba interesado en tener relaciones sexuales conmigo? —Esbozó una sonrisa pícaro, pensando en cómo manejar esto y bromear conmigo—. Pueeeede. ¿Por qué te importa?

—No me importa. En absoluto. —Miré a mi alrededor, a cualquier parte menos a ella. ¿Por qué me importaba?

—¿Estabas loca por Ben, ahora estás loca por Madoc, y, en secreto, estás loca por Jared? —Por sus labios apretados, me di cuenta de que estaba conteniendo una carcajada.

—Deja de agobiarme —le advertí de broma y cambié de tema—. Bien, pues nos vamos de compras este fin de semana. Mejor el sábado después de atletismo.

Me miró de reojo, sonriendo, se acercó a la puerta y alcanzó mi rebeca de la cama.

—Nos vemos luego, rompecorazones.

Agarré una zapatilla del suelo y la lancé a la puerta cuando salió. Chilló y bajó las escaleras riéndose.

—Me parece que deberías saber que... —Una voz femenina y brusca me habló desde detrás de mi taquilla al día siguiente. Me volví y vi a Piper, cuyo apellido aún tenía que averiguar, dedicándome una mirada asesina antes de cerrar de un portazo la puerta de la taquilla. No me dio en la nariz por unos centímetros—. Jared no está interesado en ti. Deja de molestarle. —Su advertencia venía acompañada de una ceja arqueada y una boca de pato bastante cómica.

«¿En serio? Me estaba poniendo las cosas muy fáciles.»

—¿Siempre eres así de insegura o solo con Jared? —le pregunté con aire inocente, disfrutando bastante de contar con una oponente más débil.

—No soy insegura, solo protejo lo que es mío. —Podía verle hasta los orificios nasales por lo alto que alzaba la nariz afilada. Se metió las manos en los bolsillos traseros de los *jeans* y adelantó su pecho de copa D hacia mi cara.

Me fijé en su aspecto y me sentí insegura. Estaba muy sexi con los *jeans* ajustados y la camiseta roja atada al cuello. Mi aspecto era más bien de mojugata con unos *jeans* ajustados, aunque no demasiado, y una blusa negra. Ella llevaba unas pulseras plateadas y unas sandalias de tacón a la moda. «¿En serio? ¿Sandalias en octubre?» Yo llevaba unas pulseras de goma.

Nunca cambiaría por ningún muchacho, pero entendía por qué los chicos encontraban atractivas a muchachas como ella. La piel me ardió al recordar que ella se había acostado con Jared. Él había estado sobre su cuerpo, dentro de ella.

Empezó a dolerme la cabeza. No cedí ante la necesidad de dejarme llevar por los celos, pues me dieron ganas de arrancarle los pelos.

Alcancé la mochila del suelo y metí dentro los libros de Física y de Francés. Decidí pasar la hora del almuerzo en la biblioteca, ya que quería evitar a Madoc y dejar que KC pasara algo de tiempo con Liam.

Como no dije nada, Piper continuó:

—Cada vez que me doy la vuelta, te veo montando un espectáculo, buscando su atención.

—¿Es tuyo? —pregunté con calma al recordar los dos-casi-tres besos que nos habíamos dado Jared y yo—. ¿Lo sabe él?

Titubeó un poco, pero se recuperó enseguida.

—Jared es un chico malo. Es como es, y yo puedo manejarlo. Pero si vas a por él, tendrás que vértelas conmigo.

—Así que es como es, ¿eh? —Por una vez, no sentí nervios. Nuestro ataque estaba igualado y quería sacar ventaja—. ¿Cuál es su color preferido? ¿Cómo se llama su madre? ¿Su comida favorita? ¿Cuándo es su cumpleaños? ¿Por qué odia el olor a lejía? ¿Qué grupo de música podría escuchar todos los días durante el resto de su vida?

Piper me miró con los ojos entrecerrados. La había dejado anonadada, por supuesto. Más aún, estaba enfadada porque estaba insinuando que yo conocía las respuestas a esas preguntas mientras que ella no. Y así era.

Levanté una mano antes de que replicara.

—Descansa, gatita. No voy a por él. Pero no te atrevas a amenazarme de nuevo o montaré un espectáculo de verdad. ¿Te enteras? —Sin esperar a su respuesta, me volví sobre mis zapatos planos rojos y me dirigí a la biblioteca.

—Yo sé adónde va los fines de semana —gritó detrás de mí—, ¿y tú?

Me di la vuelta con el vello de la nuca erizado. Piper pareció satisfecha con la cara de desconcierto que puse y me dedicó una sonrisa petulante antes de volverse y marcharse.

«Es cierto. La mayoría de los fines de semana se va, pero ¿dónde?»

Por lo que yo sabía, pasaba los viernes por la noche en la granja Benson, pero el resto del fin de semana era un misterio. Solía celebrar alguna fiesta el viernes o el sábado por la noche, así que tampoco se trataba de que

desapareciera todo el fin de semana. Pero ella tenía razón, no tenía ni idea de adónde iba por las mañanas, suponía que al trabajo.

«¡Mierda, Piper!»

El resto del día fui una sombra en las clases, con la mente ocupada con ideas sobre el paradero de Jared durante los fines de semana, sus cicatrices y el verano de tres años atrás.

Su mirada fija en mí durante la clase de Cine fue mi única distracción mientras intentaba hacer una lista mental de lo que sabía y lo que no. Había mucho que yo ya no sabía de él.

Una idea brotó en mi cabeza y me provocó una oleada de calor en el pecho. Era martes y después de clase tenía que ir al laboratorio, pero esa semana tenía que buscar una tarde para dedicarme a una labor de reconocimiento. Con suerte, Jared seguiría sin cerrar la ventana de su cuarto.

CAPITULO 28

—¿Vamos a ir de tiendas a Chicago este fin de semana? Ya vamos tarde, seguro que solo queda lo peor —señaló KC mientras la llevaba en automóvil a su casa después del instituto el viernes por la tarde. Iba a ir a las carreras esa noche y, aunque Madoc me había invitado para que fuera su «copiloto», tenía otros planes.

—Mañana tengo atletismo. ¿Te apetece venir? Podemos ir a desayunar al terminar y después ir a la ciudad. —Cambié la marcha a segunda al reducir y doblé la esquina de la calle de su casa. Vi el vehículo de Liam aparcado delante de su casa, que era de dos plantas y ladrillo rojo.

—Sí, me parece bien. Escríbeme después para decirme la hora y allí estaré. Te vas a comprar un vestido rojo, Tate. —Me señaló con una uña de color azul eléctrico y sonrió. Esta era una discusión habitual entre nosotras. Ella pensaba que a las rubias les quedaba mejor el rojo y yo opinaba que el negro me sentaba estupendamente.

—Ah, ¿sí?

—Ya lo verás —respondió, como si hubiera ganado la discusión.

Dejé el automóvil en punto muerto y tiré del freno de mano. Encendí la radio y puse Five Finger Death Punch.

—¿Sabías que Liam estaba aquí? —pregunté.

Miró su Camaro por la ventanilla.

—Sí. Viene a cenar antes de la carrera. Mis padres no saben nada de lo que ha pasado entre nosotros, solo que discutimos y que rompimos un tiempo. Si supieran...

—Ya —la interrumpí. Me hacía una idea de cuál sería la reacción de la sargento Carter.

—Bueno. —Abrió la puerta y se apeó—. Escríbeme después, ¿de acuerdo?

—Claro. Nos vemos —me despedí cuando cerró la puerta del Bronco de mi padre.

El camino a casa duró menos de dos minutos. Un par de curvas y ya estaba allí, entrando en el garaje. Me di cuenta de que el automóvil de Jared estaba aparcado en su garaje antes de ver que él y otros dos muchachos se encontraban bajo el capó.

Hice caso omiso del hormigueo que empecé a sentir en la barriga y que iba bajando, y entré en la casa con un pesado suspiro.

Pasé el resto de la tarde entretenida con todas las tareas domésticas que se me ocurrieron, a la espera de oír el rugido del motor del automóvil de Jared cuando saliera hacia la granja Benson. Ya había barrido y pasado la aspiradora, me había encargado de la colada y había cenado. Estaba a punto de ir a desfragmentar el disco duro cuando la vibración provocada por el Boss de Jared me sobresaltó.

«¡Por fin!»

Me raspé los pies descalzos con la moqueta cuando subí brincando las escaleras. Miré por la ventana de mi habitación y vi cómo el vehículo salía de la entrada de su casa. El automóvil negro desaparecía calle abajo y el corazón empezó a latirme con fuerza por lo que estaba a punto de hacer.

Su casa estaba a oscuras, así que di por hecho que su madre ya se había ido a pasar el fin de semana con su pareja.

Salí por la ventana y me encaramé al árbol usando el pie descalzo para afianzarme en las ramas. Me abordó una sensación de *déjà vu*. Hacía mucho tiempo que no hacía esta excursión.

Había aumentado de peso en los últimos tres años. Las ramas crujían, así que me apresuré hacia su ventana, pues ya no contaba con tanta densidad de hojas. La mayoría se habían caído con la proximidad del invierno y estaba segura de que me verían desde la calle si me quedaba ahí demasiado tiempo.

Me aferré con los dedos al alféizar de la ventana y descascarillé la pintura

blanca con las uñas cuando tensé los músculos para subirme a la ventana.

«¡Sí! Está abierta.»

Me alcé sobre el borde, pasé una pierna y atravesé el hueco. Me puse en pie y esperé a que la visión se me adaptara a la oscuridad casi total de la habitación. Me latía el pulso con tanta fuerza en las orejas que pensé que me iban a sangrar, y estaba temblando de los nervios. Dejé la ventana abierta por si necesitaba salir rápido.

Eché un vistazo a la habitación y me fijé en que había cambiado los muebles desde la última vez que había estado aquí. Parecía limpia, pero estaba desordenada. Había ropa tirada por el suelo y encima de la cama. La parte superior de la cómoda estaba llena de trastos, dinero y recibos. Las paredes, por su parte, seguían pintadas de color azul marino.

Cuando Jared era pequeño, su padre decoró la habitación con motivos náuticos. Por lo que veía, había tirado toda la decoración de barcos y faros. En las paredes ahora había pósteres de bandas de música y entradas de eventos que iban a celebrarse en la ciudad.

Comencé a caminar de puntillas, pero entonces me paré en seco. «¿Por qué era tan silenciosa? No había nadie.» Igual era porque me sentía culpable. El angelito de mi cabeza mostró su desaprobación por mi fisgoneo, pero el diablillo me gritó que siguiera.

«¡Venga!»

Me acerqué al armario y abrí las puertas de madera. Seguramente ahí estuvieran guardadas las cosas interesantes. Seguía sin saber lo que buscaba, pero, en este punto, me interesaba cualquier detalle que me diera una pista de cómo era su vida ahora.

Cerré los ojos al sentir el repentino olor de Jared. Viento, lluvia y hombre. Pasé los dedos por las mangas de sus camisas y camisetas antes de arrodillarme para buscar algo interesante en el suelo.

En la parte baja del armario había zapatillas y un par de cajas de zapatos llenas de fotografías. Revisando las cajas con fotos de Jared de niño, me di cuenta de que no había ni una mía. «Esto no está bien.» Jared y yo fuimos inseparables cuatro años antes de que nos distanciáramos y nos habíamos hecho fotos, muchas fotos. Yo todavía conservaba algunas. ¿Se había

deshecho él de las tuyas?

Volví a dejarlo todo donde lo había encontrado, cerré el armario con más fuerza de la necesaria y me di la vuelta. La cómoda estaba al otro lado del dormitorio, así que me acerqué a ella y empecé a revisar los recibos de gasolineras que había encima. Muchos eran de Crest Hill, que estaba a aproximadamente una hora de nuestro barrio en Chicago. «¿Crest Hill?» ¿Qué hacía allí?

No encontré nada en la cómoda, así que me aproximé a la cama y me arrodillé para mirar debajo.

«¡Bingo!» Saqué una caja poco profunda sin tapa que estaba llena de carpetas y papeles. La sostuve en los brazos y me la coloqué en el regazo cuando me senté en la cama.

«En su cama.»

Hubo un tiempo en el que no me parecía raro estar en la habitación de Jared, pero ahora me sentía como si estuviera en un parque de atracciones fuera de horario: mal, pero fascinada.

Dentro de la caja encontré muchas cosas, cada una más interesante que la anterior. Había un documento legal que pertenecía al abuelo de Jared. Le había dejado a su nieto una casa en un lago en Wisconsin, una porquería a juzgar por las fotos. Pero la zona era bonita. Había muchos más recibos que descubrían meses de viajes a Crest Hills en el último año. Había una orden judicial para que Jared compareciera en el juzgado municipal con fecha algo posterior a mi marcha a Francia. En la caja había esparcidos más recibos de comidas y habitaciones de hotel y, cuando hurgué en el fondo, me topé con una carpeta gruesa y suave.

No obstante, la solté y dejé de respirar cuando oí una puerta abrirse en el pasillo.

«¡Mierda!»

Volví a dejar la caja llena de papeles bajo la cama y me escondí en el pequeño hueco que había entre el armario y la cama de Jared. No oía nada porque el latido del corazón me resonaba en los oídos, pero me oculté justo a tiempo. Jared entró en la habitación con una toalla en la cintura y secándose el pelo con otra.

«¿Qué hace en casa?» Había visto como desaparecía su vehículo y no lo había oído volver. ¿Qué pasaba?

Encendió la lamparita de mesa, que proyectaba una suave luz en la habitación, y siguió secándose el pelo. Su cuerpo alto se movió hacia la ventana, apoyó una mano en el marco y miró afuera. Lo observé, preguntándome qué narices iba a hacer. En cualquier momento se daría la vuelta y me descubriría.

Tenía la toalla alrededor de la cintura y le colgaba hasta las rodillas. Sentí como si tuviera una montaña rusa en la barriga y la boca se me quedó tan seca como el desierto de Mojave. La suave luz sobre su piel hacía brillar las gotitas de agua de su pecho. Tuve que reprimir el deseo de sentarme a esperar a que se quitara la toalla.

No había forma de salir de allí sin que él se diera cuenta. O bien esperaba a que me descubriera y me arrinconara o salía e inventaba cualquier excusa. Antes de que se volviera, me levanté, salí de la esquina e inspiré profunda y pesadamente.

—Jared. —Mi voz sonó baja.

Volvió la cabeza y me miró fijamente.

—¿Tate? —Se quedó un instante en silencio—. ¿Qué diablos haces en mi habitación?

Me temblaban las manos, así que me las llevé a la espalda y me acerqué un poco a él.

—He estado pensando en lo que me dijiste sobre ser amigos, y quería empezar deseándote un feliz cumpleaños.

«Con tiento, Tate. Con mucho tiento.»

Apartó la mirada a la derecha tras escuchar lo que le había dicho y supe que no me creía. Yo tampoco me lo creería, era una excusa patética.

—¿Entras en mi habitación a escondidas para desearme feliz cumpleaños una semana después de mi cumpleaños? —No me pasó por alto el sarcasmo; me ahogué en él y tuve que esforzarme por poder respirar.

«Mierda.»

—He cruzado por el árbol, como solíamos hacer —señalé. Me ardía la cara y no podía imaginar lo roja que tenía que estar.

—Tu cumpleaños es mañana. ¿Puedo ir yo a tu habitación? —me preguntó con condescendencia—. ¿Qué es lo que haces aquí de verdad? —Me mantuve firme cuando se acercó a mí, taladrándome con la mirada.

«Mierda, mierda, mierda.»

—Yo, eh... —Busqué las palabras adecuadas, pero le sostuve la mirada. «¿Qué podía decir para que se callara?»

Su pelo recién lavado miraba en todas las direcciones y su mirada desafiante le daba un aspecto muy sexi. Estaba en su dormitorio. Él estaba medio desnudo. Y me estaba formulando preguntas que no podía responder. Necesitaba hacer uso de las dos cosas con las que podía lograr que se olvidara del tema: el factor sorpresa y mi cuerpo.

—Tengo algo para ti. Considéralo mi regalo.

Me observó con desconfianza cuando me acerqué y lo besé. El hormigueo comenzó cuando le rocé los labios suaves y se extendió por mis mejillas. Presioné mi cuerpo contra el suyo y, cuando sentí que su boca se movía al compás de la mía, le rodeé el cuello con los brazos. Abrí los labios y jugueteé con la lengua, lamiéndole el labio superior. Cuando aferré su labio inferior con los dientes, él también me abrazó.

Por una vez, íbamos despacio. Las otras veces en las que nos habíamos besado, había parecido más bien un ataque. Ahora cada caricia era como encender un fuego.

Me acercó a él, rodeándome con sus fuertes brazos y nuestros labios se devoraron con besos hambrientos. La necesidad de salir de su habitación sin que descubriera por qué estaba ahí había desaparecido, ahora lo único que veía y sentía era a Jared. Olía sobrecogedoramente bien y anhelaba comprobar si olía así de estupendamente en todas partes. Tiré de él y enterré la cabeza en su cuello, besándolo, mordiéndolo.

—Madre mía, Tate —gimoteó.

El fuego que sentía en el vientre se había convertido en una hoguera en mi pecho. Deslicé las manos por su espalda, acaricié las marcas de su piel de las cicatrices y metí la mano por debajo de la toalla. Los dedos me hormiguearon al sentir la suave piel y sentí una punzada en el estómago hambriento. Deposité besos desde su oreja hasta la mandíbula, lamiéndolo para

saborearlo.

Él aspiró una bocanada de aire y me aferró con más fuerza mientras yo movía las caderas contra las suyas.

«Más.»

Aún me rodeaba con los brazos, y yo recorrí con las manos su espalda y la piel por encima del estómago rígido. No tenía suficiente y ya no me importaba por qué había venido. Lo necesitaba más allá de toda razón.

—No voy a parar —le susurré al oído y volví a reclamar su boca.

Lo tomó como una señal para levantarme del suelo. Le rodeé la cintura con las piernas mientras me llevaba a la cama. Me soltó y yo tiré de él.

«Debería parar. Un minuto más y paro.»

Me levantó la camiseta justo por debajo del sujetador y me acarició la piel mientras me observaba.

—Eres preciosa. —Alzó las comisuras de los labios en una sonrisa amable. El corazón me latió con más fuerza cuando su boca cayó sobre mi estómago.

Gemí y me arqueé.

—Jared —resollé.

Me abrasó la piel con los labios, desde la cavidad torácica hasta el hueso de la cadera, y sentí que me latía la entrepierna. Siguió besándome mientras me desabotonaba los *jeans*, y yo noté, aun con la toalla puesta, que él estaba listo.

«¿Lo estaba yo?» Deseaba a Jared, mucho. Quería dejarme llevar y que esto sucediera.

Jadeé cuando sentí su boca justo encima de las bragas. Me acarició la piel con la lengua y noté que me quedaba sin ropa interior. Apenas lo veía, pues tenía su boca por la barriga y los muslos. El latido que sentía entre las piernas empezó a convertirse en dolor, necesitaba alivio.

—Jared —suspiré, intentando controlarme.

—No me pares, Tate. Por favor, nena, no me pares.

Cerré los ojos. Había intentado resistirme, ¿no? No pasaba nada por rendirme ya. Me quité la camiseta y Jared me bajó las tiras del sujetador para dejar al descubierto mis pechos.

Sus labios recayeron por todo mi cuerpo y el rastro húmedo de su boca fue como el detonador de una barra de dinamita. Y la dinamita estaba entre mis muslos.

—Oh. —Abrí los ojos de golpe y todo el cuerpo se me tensó cuando sentí su lengua en mi sexo—. ¿Qué haces?

Madre mía, era maravilloso. Si no me diera tanta vergüenza, lo habría agarrado por el pelo para que no se moviera de ahí.

Ladeó la cabeza, como si estuviera pensando en algo.

—Eres virgen —afirmó en voz baja.

«Sí, supongo que lo he dejado más bien claro.»

Pero antes de que me diera tiempo a sentirme cohibida por mi falta de experiencia, me besó la parte interna de los muslos, lo que volvió a hacer que me tambalease.

—No te haces una idea de lo feliz que me hace eso. —Y volvió a desplazar la boca a mi clítoris.

«Madre. Mía.» Era fantástico. Casi no lo soportaba. Me lamió con la lengua y me succionó el clítoris. Toda mi energía y deseos se extendieron entre mis piernas y supe que algo crecía en mi interior. Tenía los pezones endurecidos y Jared me amasaba un pecho al tiempo que trabajaba entre mis piernas.

—Dios mío, ojalá pudieras verte desde mi punto de vista. Eres preciosísima. —Inspiró profundamente.

Retorcí la lengua y sentí la necesidad repentina de contener la respiración. Sentí que, si me privaba de aire, aumentaría la intensidad ahí abajo, y tenía razón. Al hacerlo, pude concentrarme en todo lo que él hacía. Las sensaciones aumentaron en mi interior y estaba muy húmeda.

Jared introdujo la lengua dentro y yo dejé caer la cabeza hacia atrás, arqueándome hacia él, pidiendo más. Me corrí y contuve la respiración mientras unas oleadas de éxtasis me encendieron y me hicieron gritar. Jared continuó hasta que los últimos espasmos abandonaron mi cuerpo.

—Mierda, Tate. —Apartó la cabeza para mirarme a los ojos, presionándome con su excitación—. Tu belleza no es nada comparado con tu aspecto cuando te corres.

—Ha sido... —No podía pensar. Mi cuerpo no había experimentado nunca nada tan maravilloso y quería que él sintiera lo mismo.

Se alzó a mi altura para estar frente a frente y presionó las caderas contra las mías. Se me tensaron los músculos y sus suaves movimientos me volvieron loca. Estaba preparado.

Me tomó las mejillas entre sus manos.

—Te deseo desde hace tanto tiempo.

Me alcé y capturé su boca con la mía. Moví la mano entre sus piernas y lo agarré con fuerza. El tamaño de su lengua y lo que acababa de hacerme no era nada comparado con su erección. Me asustó y me excitó al mismo tiempo.

Me desabrochó el sujetador y me ayudó a deshacerme de la única prenda de ropa que tenía para después posar los labios en uno de los pezones. Sentí escalofríos por todo el cuerpo y el placer se desprendía por todos los poros de mi piel. Le alcé la cabeza para saborear su boca caliente. Pasó de un pecho al otro y yo lo rodeé con las piernas, lo necesitaba tan cerca como fuera posible. Quería más.

Jared y yo nos sobresaltamos al oír que alguien llamaba a la puerta de su habitación.

—Jared, ¿estás listo ya? —preguntó una voz masculina.

«¿Qué? ¿Quién era?»

—Voy a matarlo —gruñó él—. ¡Ve abajo! —gritó a la puerta, pero se quedó sobre mí.

—Llegamos tarde, amigo. Ya he llenado el tanque de gasolina. ¡Venga!

Y entonces lo comprendí. Antes no había visto marcharse a Jared, uno de sus amigos se había llevado el automóvil para ponerle gasolina y Jared se había quedado en casa para ducharse.

—¡Te he dicho que me esperes abajo, Sam! —bramó, ajustándose la toalla alrededor de la cintura al levantarse de la cama.

—¡De acuerdo! —Sam debía de haber entendido la indirecta, porque oí unos pasos retirarse.

Alcancé la camiseta y me tapé, el eco del deseo se fue desintegrando poco a poco.

—No, no te vistas —me pidió Jared—. Voy a deshacerme de él y después terminamos esto. —Se agachó para darme un beso y el calor regresó a mi rostro.

—¿Vas a competir esta noche?

—Ya no. —Se puso unos *jeans* debajo de la toalla.

Yo me metí la camiseta por la cabeza y me levanté para ponerme la ropa interior y los *jeans*.

—Jared, ve. No pasa nada. —Mi trabajo de investigación de esta noche había tomado un giro inesperado, y su «beso de cumpleaños» se había convertido en algo más de lo que había previsto. Necesitaba pensar, aunque me sentí culpable por dejarlo con las ganas.

No obstante, Jared no iba a aceptar un «no» por respuesta. Volvió a levantarme del suelo y me colocó en el borde de la cómoda antes de abalanzarse sobre mi boca. Tenía el cuerpo entre mis piernas y me empujaba hacia él con el beso lento y profundo.

—Las carreras no tienen importancia, Tate —murmuró sobre mis labios—. No quiero estar en ninguna otra parte que no sea contigo.

Creo que se me paró el corazón y se me formó un nudo en la garganta. Yo me sentía exactamente como él.

—Llévame contigo entonces —le sugerí. Me encantaba la emoción de las carreras y estaríamos juntos en un lugar público, lo que evitaría que nos atacáramos. La única desventaja era que no iba a poder rebuscar en su habitación si estaba con él, pero esa idea ya no me parecía tan buena.

—¿Que te lleve conmigo? —Me miró vacilante, pero entonces su expresión se volvió amable—. De acuerdo, ve a buscar algo más abrigado y voy a buscarte cuando estemos listos. —Se acercó a la puerta, pero se detuvo—. Y, después de la carrera, volvemos aquí a terminar esto. —Su promesa me hizo sonreír, a pesar de que no debería.

Me bajé de la cómoda cuando Jared salió y decidí que era más sencillo volver a trepar por el árbol que enfrentarme al paseo de la vergüenza delante de su amigo, pero me paré en seco cuando vi algo en el suelo. Me agaché y tomé una fotografía que había junto a la cama. El corazón se me aceleró al entender que se me debía de haber caído al rebuscar en la caja.

«¡Mierda!»

Le eché un vistazo rápido y la bilis me subió a la garganta. La fotografía era del torso de un niño o de un adolescente con la piel ensangrentada y amoratada. Unas marcas azules y moradas cubrían el pecho y las costillas y había cortes desde el estómago hasta el cuello.

«Dios mío.»

No solo habían herido a este niño. Habían intentado matarlo.

CAPITULO 29

La granja estaba llena de gente. Por la mirada de todo el mundo, que con emoción se apartaba para que pasara el automóvil de Jared, habíamos llegado justo a tiempo para su carrera. Todos abandonaron en silencio la pista mirándonos a Jared y a mí con curiosidad. La mayoría probablemente pensara que él me odiaba, por lo que debían de estar bastante confusos. No me importaba.

El automóvil vibraba debajo de mí y apoyé los pies en el suelo con una energía que no pude controlar y un poco de nervios residuales.

Me había metido la fotografía que había encontrado en la habitación de Jared en el bolsillo de la sudadera. No quería correr el riesgo de que me descubriera intentando devolverla a su sitio en la caja de debajo de la cama. No sabía si quien aparecía en ella era Jared, pero imaginaba que sí. ¿Por qué si no iba a conservarla? A menos que... a menos que él hubiera hecho eso a ese muchacho.

Apreté los dientes. No me gustaba ni un pelo esa idea.

—¡Hola! —saludaron mirando al vehículo las personas, la mayoría, mujeres. Inspiré profundamente y ni me molesté en tratar de ocultar la irritación. Por suerte, él no les devolvió el saludo y relajé los hombros. Tenía la cara seria mientras sonaba *Sick*, de Adelitas Way, por los altavoces.

Cuando Jared se colocó en posición al lado de un Camaro de la década de los ochenta que no reconocí, me desabroché el cinturón de seguridad para salir del vehículo, pero él me agarró de la mano.

—Oye —me dijo con dulzura y me volví para mirarlo—. Me gusta

concentrarme en la carrera. Si no me comporto de forma muy amable, no tiene nada que ver contigo, ¿de acuerdo?

Traducción: No me gusta montar el numerito de la novia, sobre todo en público. Tampoco es que estuviéramos juntos, pero sabía qué era lo que intentaba decirme.

Me encogí de hombros.

—No tienes que tomarme de la mano. —Y salí del automóvil.

Me fastidiaba que Jared tuviera que mostrar una fachada, o tal vez era sencillamente que no se sentía cómodo con mucha gente, pero no pensaba quedarme a un lado toda la noche sintiéndome fuera de lugar.

Caminé al frente de la multitud y noté susurros y miradas puestas en mí. «¿Qué hace con ella?» y «A lo mejor es que va a competir» fueron algunas de las palabras que escuché. Vi que Jared salía del vehículo con la mirada fija en mí mientras se dirigía al frente, donde estaban Zack y el otro conductor.

—Tate, ¿qué tal? —Ben se colocó a mi lado y exhalé un suspiro. Aunque no había visto aquí a nadie que conociera de verdad, seguía sin querer hablar con él. No sabía qué éramos Jared y yo, pero quería descubrirlo.

—Hola, Ben.

—¿Has venido con Jared? —me preguntó.

—Sí —respondí sin mirarlo a los ojos.

—¿Y vas a ir al baile de bienvenida con Madoc? —No lo estaba mirando, pero podía sentir su sonrisa.

«Menudo idiota.»

—Y puede que asista al baile de graduación con Channing Tatum. De ese tipo de personas soy, sí. ¿Te has enterado? —Lo miré a los ojos con expresión desafiante.

Se encogió de hombros y soltó una risa nerviosa.

—Muy bien, si tú lo dices. Pero yo no contaría con ir al baile con Channing Tatum. Es por el nombre. ¿Channing Tatum acompaña a Tatum Brandt? No suena bien.

Tardé un minuto en entender lo que decía, pero su tono bromista aligeró el ambiente. Estaba bromeando. No intentó disculparse y yo no traté de evitarlo. Solo disfrutábamos de una charla amistosa y me sentí más cómoda al ver que

podía manejar la situación. No iba a presionarme para conseguir información sobre mi estado sentimental, que por cierto no conocía ni yo, y sentí que tampoco quería ya nada conmigo.

Sonreí por la broma; le dediqué una mirada como si llevara lápices metidos en la nariz y me di cuenta de que la tensión se había evaporado. Puede que nunca fuéramos a ser amigos, pero habíamos regresado al comienzo del curso y a la sencillez.

Hasta que vi a Jared escupiendo fuego por los ojos. Zack estaba hablando con los dos conductores, pero la mirada gélida de Jared estaba fija en Ben y en mí. Entrecerró los ojos y por la forma en que respiraba por la nariz me di cuenta de que estaba enfadado.

«Me da igual.» Puse los ojos en blanco.

—¡Despejad la pista! —gritó Zack y todos nos fuimos a un lado de la carretera, levantando el polvo a nuestro paso.

Jared se subió al vehículo sin volver a mirarme y revolucionó el motor haciendo que el suelo vibrara bajo mis pies. Sentí vergüenza cuando las chicas comenzaron a gritar de emoción, era como si alguien me hubiera metido un palillo en la oreja.

Pero no fue nada comparado con la sensación de desasosiego que sentí cuando Piper salió a la pista para dar la señal a los conductores. Se colocó delante del vehículo de Jared con una falda azul y una camiseta de tirantes negra.

Gruñí entre dientes.

Sus ojos brillantes se concentraron en Jared. Desde mi posición, no le veía la cara, pero sabía que lo estaba mirando a él. Se balanceó adelante y atrás, sacando pecho, o eso era lo que me parecía. Alumbrada por los faros de los vehículos, estaba segura de que eran sus pechos lo que se veía. Los hombres del público silbaron y vitorearon, y yo me pasé los dedos por el pelo para masajearme el cuello, que me ardía.

Cerré las manos en puños cuando la vi acercarse a la ventanilla del conductor. Jared la bajó y ella se inclinó hacia delante, ofreciéndole una vista perfecta de su pecho y, al otro conductor, de su trasero. Me ardieron tanto los ojos casi se me salen de las órbitas.

—Disculpa —murmuré a Ben y accedí a la pista.

Rodeé el vehículo de Jared, me acerqué a Piper y la agarré por el pelo. La aparté de la ventanilla y la empujé.

«¿Qué extrema», me dije mentalmente. Pero era incapaz de pensar.

Y me gustaba cómo me sentía al no pensar.

—¿Pero qué diablos? —gritó y se volvió para mirarme.

—Tate —me llamó Jared, pero no le hice caso.

La multitud estaba enardecida y sus gritos pidiendo pelea hicieron que se me acelerara el corazón. Apenas oía nada más que sus voces ininteligibles.

—¡Putas! —exclamó—. ¿Qué coño te pasa?

No esperó a mi respuesta. Se abalanzó sobre mí subida sobre los tacones y casi solté una carcajada. Cuando se me echó encima, le hice una zancadilla y se cayó al suelo, sentada. Di dos palmadas delante de la cara y grité:

—¡Eh! Ahora que cuento con tu atención, solo quiero que sepas... que no está interesado en ti. —Le devolví sus palabras como si estuviera estampándole una tarta en la cara.

Inspiré profundamente y miré a Jared, que había salido del automóvil y me miraba con una mezcla de sorpresa y diversión en los ojos.

—Yo no soy un florero —aclaré, acercándome a él.

Me saqué el fósil que le había hecho a mi madre del bolsillo de la sudadera y lo dejé en su mano.

—No te escondas y no me pidas que me esconda yo —le dije para que solo él lo escuchara.

Asintió, me alzó la barbilla y me pasó el pulgar por la mandíbula. Me acerqué a él y me acarició los labios con un beso. El alivio me envolvió. Se oyeron más gritos y silbidos de la gente, pero a mí únicamente me preocupaba la calidez de su cuerpo contra el mío.

—Ejem —carraspeó con fuerza el muchacho del vehículo de al lado—. Jared, si te parece bien, me gustaría terminar la carrera esta noche.

Sacudí la cabeza y suspiré de felicidad.

—Suerte —le deseé a Jared y me aparté para volver junto al público.

—¿Estás cansada? —me preguntó Jared cuando volvíamos a casa, y yo negué con la cabeza.

Había ganado la carrera, por supuesto, y sin que ningún vehículo sufriera ni un solo arañazo. Después se celebraba otra hoguera, pero él ni siquiera me había preguntado si quería ir. No me importaba. Una sensación de vértigo me abordó y se extendió por mi cuerpo cuando pensé en que probablemente quería volver a casa para acabar lo que habíamos empezado antes.

Una parte de mí estaba asustada. Antes habíamos estado a punto de practicar sexo y si Sam no nos hubiera interrumpido, probablemente lo hubiéramos hecho. ¿Quería estar con Jared? Solo tuve que pensarlo un segundo antes de llegar a la conclusión de que la respuesta era que sí. ¿Pero estaba él preparado para estar conmigo?

No estaba tan segura.

Todavía odiaba los recuerdos que había dejado en mí los últimos años y no sabía si podría perdonarle. ¿Cómo podía estar segura de que no iba a volver a hacerme daño? ¿Me merecía?

«No. Todavía no.» No había duda, aún no se había ganado mi confianza.

—Jared. —Rompí el silencio—. ¿Adónde vas los fines de semana?

Apretó los dedos en torno al volante y no me miró siquiera.

—Fuera de la ciudad —murmuró.

—¿Pero adónde? —insistí. Si yo le importaba, era el momento de ser sinceros, sobre todo.

Frunció el ceño.

—¿Qué más da?

Giró a nuestra calle y pisó el acelerador con más fuerza de la necesaria. Estuve a punto de golpearme la cabeza contra el techo por la brusquedad con la que accedió a la pendiente que conducía a la entrada de su casa.

Me puse recta y me agarré al asidero que había encima de la ventanilla.

—¿Por qué Piper puede saberlo y yo no?

—Joder, Tate. —Se desabrochó el cinturón y salió del vehículo—. No quiero hablar de eso. —Su tono se había vuelto más fuerte y parecía más enfadado.

Me apeé detrás de él.

—¡No quieres hablar de nada! ¿Qué crees que va a pasar?

Se quedó a su lado del automóvil, distante, y me miró como si yo fuera su enemiga. Vi los muros alzarse tras su mirada. Los muros que dejaban claro que habíamos terminado la conversación.

—Lo que hago en mi tiempo libre es asunto mío. Puedes confiar en mí o no.

«¡Aghh!»

—¿Confiar? —repliqué—. Perdiste mi confianza hace mucho tiempo. Pero si pruebas a confiar tú en mí, tal vez podamos volver a ser amigos. —«O más», eso esperaba.

Me miró con desdén.

—Creía que habíamos pasado a ser algo más que amigos, Tate, pero si quieres jugar a esto, bien. Podemos dormir juntos, pero habrá sexo de por medio. —Sus palabras amargas me dolieron y me quedé sin aliento.

«¿Es que no significaba nada para él?» Se me empañó la visión con las lágrimas que se acumularon en mis ojos.

Debió de ver el dolor en mi rostro, porque su expresión dura cedió y bajó la mirada.

—Tate... —se acercó a mí con voz suave, pero me saqué la fotografía del bolsillo y se la lancé al pecho. Lo rodeé y corrí a mi casa. Apenas había entrado en ella cuando me desmoroné.

«Se acabó.»

Me dejé caer apoyada en la puerta después de cerrarla con llave y lloré por su crueldad y mi estupidez. ¿En serio había estado a punto de concederle mi virginidad un par de horas antes? Me golpeé suavemente la cabeza contra la puerta, pero eso no ayudó a borrar la herida en mi orgullo.

Jared no me merecía, pero, sin apenas esfuerzo, había estado a punto de temerme.

«Se acabó.»

CAPITULO 30

—Me encantan los cumpleaños. Son las únicas fechas en las que me permito comer tarta —comentó KC con la boca llena de la tarta helada de chocolate y menta que me había traído.

—Yo no podría vivir así. —Hundí el tenedor en el pastel helado—. Me volvería loca contando calorías.

—Tú no tienes que contar calorías, Tate. A lo mejor si empezara a correr... —Se quedó callada, no pudo terminar la frase. KC disfrutaba en las clases de Educación Física, pero odiaba tener que hacer deporte en su tiempo libre.

Me había llevado a Mario's para cenar por mi cumpleaños y acababa de pedir al camarero que nos trajera la tarta sorpresa. De fondo se oía *Mambo Italiano*, de Rosemary Clooney, que emergía de los altavoces, y por fin pude relajarme.

Llevaba todo el día de los nervios por la pelea de la noche anterior con Jared. Se había marchado en cuanto yo había entrado en casa y, por lo que sabía, no había estado en su casa en todo el día. Era fin de semana, supongo que estaba fuera haciendo lo que mierdas hiciera.

Llevaba todo el día sopesando ideas. A lo mejor vendía droga en Chicago. ¿Trabajaba para una «Familia» cometiendo delitos? Igual hacía voluntariado en una residencia de ancianos. Cada idea estúpida que se me ocurría me ponía más nerviosa que la anterior.

—¿Tate? —KC dejó de masticar y me miró—. ¿Vas a contarme lo de anoche?

Sentí como si el latido fuerte de mi pecho me revolviere el cuerpo. ¿Se refería a mi intrusión en su habitación? ¿A que habíamos estado a punto de tener sexo? ¿Cómo podría haberse enterado?

—¿Anoche?

—La carrera. He oído que apareciste con Jared... y que reclamaste tu lugar, por así decirlo. —Su enorme sonrisa me hizo sonreír a mí.

—Ah, sí —respondí vacilante. Después de la pelea con Jared, estaba más confundida que nunca acerca del punto en el que nos encontrábamos. No podía explicárselo porque ni siquiera yo lo entendía.

—¿Y bien? —Hizo un movimiento circular con los dedos para animarme a continuar.

—No hay mucho que contar, KC. Jared y yo hemos firmado una tregua, supongo. Aparte de eso, no sé muy bien qué pasa entre los dos. —Me metí más pastel en la boca.

—¿Él te importa? ¿Más que como amigo? —Tenía el tenedor en el aire y me miraba expectante.

Jared me importaba. Mucho. ¿Pero qué me aportaba él?

—Sí. —Suspiré—. Pero yo no le importo a él, KC. Deja el tema.

Me dedicó una sonrisa triste e hizo lo que hacen las buenas amigas: ofrecerme un segundo trozo de tarta.

Después de cenar, me llevó a casa en lugar de ir a ver una película como habíamos planeado. Prefería ponerme al día con los episodios pendientes de *Hijos de la anarquía* antes que ver la comedia romántica que quería ver ella.

—¿Qué es esto? —exclamó mirando por el cristal del parabrisas.

Seguí su mirada y me quedé sin aliento al ver mi patio lleno de vecinos. Todos estaban observando un espectáculo de luces junto a mi casa.

«¿Qué?»

Se me aceleró el pulso. ¿Estaba ardiendo mi casa?

Salí corriendo del vehículo y me adelanté al patio. Suspiré cuando vi lo que sucedía.

El árbol que separaba la casa de Jared de la mía estaba adornado con luces. Cientos de luces.

«Dios mío, ¿quién ha hecho esto?»

No pude reprimir la sonrisa que inundó mi rostro. El árbol estaba decorado con un montón de luces brillantes. Luces blancas, pequeñas y grandes, y también lo adornaban farolillos de distintos estilos y tamaños. El alucinante mundo mágico de las ramas era demasiado especial como para describirlo con palabras. Estaba segura de que ya nunca volvería a disfrutar de este árbol sin las luces.

«Jared.»

Los labios empezaron a temblarme. Cuando me acerqué al árbol, entendí por qué había tanta gente allí. Las vistas eran de veras preciosas.

Había pasado mucho tiempo trepando por este árbol, leyendo ahí, hablando con Jared hasta que las estrellas se desteñían con la luz de la mañana.

Había hecho esto para mí. No sabía qué otra persona podría haberlo hecho. Este era nuestro lugar especial, uno de muchos, y lo había llenado de magia.

El temblor en el pecho se volvió más intenso y no pude evitar que unas lágrimas me resbalaran por las mejillas mientras admiraba el espectáculo.

—¿Sabes qué significa esto? —me preguntó KC a mi lado.

—Me parece que sí. —La voz me salió ronca por el nudo que tenía en la garganta.

Vi que había algo en el tronco, me aparté de los vecinos y tomé la hoja de papel que había pegada en él.

«El ayer dura para siempre. El mañana nunca llega. Hasta que llegaste tú.»

Me quedé sin aliento y miré la casa de Jared, pero estaba totalmente a oscuras. ¿Dónde estaba?

—¿Por qué está tu habitación iluminada? —preguntó KC y dirigí la mirada a la segunda planta de mi casa, donde, en efecto, la luz estaba encendida. Yo nunca dejaba las luces encendidas cuando salía de casa, solo la del porche.

—Me habré olvidado de apagarla —murmuré distraída y corrí a la puerta—. Hasta luego. Gracias por la cena —grité y subí los peldaños de la entrada.

—Eh... sí, de acuerdo. ¡Feliz cumpleaños! —respondió ella antes de que cerrara la puerta. Sabía que me estaba mostrando grosera, pero tenía la cabeza en otra parte.

Dejé la rebeca y el bolso en el suelo. Vi la luz de mi dormitorio al otro lado de la puerta abierta y subí despacio las escaleras. No tenía miedo, pero el corazón me latía acelerado y las manos me temblaban.

Cuando entré en la habitación, vi a Jared sentado en el alféizar de la ventana. Tenía un aspecto desaliñado muy atractivo, con los *jeans* cayéndole en las caderas y el pelo desordenado. Me dolían los brazos de las ganas de abrazarlo.

Quería perdonarle y olvidarme de todo, pero mi orgullo me mantuvo en mi sitio.

Por suerte, no me dio la oportunidad de tomar una decisión.

—¿Esto era lo que buscabas anoche en mi habitación? —Señaló una carpeta gruesa que había en mi cama.

En ese momento debía de ser un motor al rojo vivo. Llevaba todo el día pensando en su comportamiento y en lo que tanto miedo le daba contarme, y me había olvidado del hecho de que le había dejado claro que estaba rebuscando en su habitación al lanzarle anoche esa fotografía. Supongo que solo quería que supiera que era consciente de que pasaba algo.

—Adelante —me dijo con amabilidad—. Echa un vistazo.

Tras debatir solo unos segundos si estaba hablando en serio o no, me acerqué a la cama y me incliné para abrir la carpeta. Estuve a punto de atragantarme con mi aliento.

Había fotografías como la que había encontrado de un muchacho... no, de un muchacho no, de Jared amoratado y ensangrentado. Miré el montón con treinta fotos más o menos y descubrí la cara de Jared con catorce años. En otras aparecían algunas partes de su cuerpo.

Dispersé las fotos y las miré de cerca.

En ellas aparecían distintas heridas en su cuerpo: piernas, brazos, pero, sobre todo, torso y espalda. En una vi heridas recientes que se correspondían con las cicatrices que tenía ahora en la espalda.

Me llevé el puño a la boca para reprimir un gruñido de repulsión.

—Jared, ¿qué es esto? ¿Qué te pasó?

Se miró los pies y entendí que estaba buscando las palabras adecuadas. No le gustaba que la gente mostrara pena por los demás, mucho menos por él.

Así que esperé.

—Mi padre... me hizo eso. —Habló en voz baja, como si le costara admitirlo incluso para sí mismo—. Y a mi hermano.

Lo miré a los ojos. «¿Qué? ¿Hermano?»

Al igual que yo, Jared no tenía hermanos.

—El verano anterior al primer curso —continuó—, estaba deseando pasarlo contigo, pero, como recordarás, llamó mi padre porque quería verme. Así que fui. Llevaba sin verlo más de diez años y me apetecía conocerlo.

Asentí y me senté en la cama. Mi mente seguía preguntándose cómo podía un padre hacerle esto a su hijo, o a sus hijos, pero quería escucharlo todo, también lo relativo su hermano.

—Cuando llegué, descubrí que mi padre tenía otro hijo. Un niño de otra relación. Se llama Jaxon y solo es un año más joven que yo.

Se quedó callado, con aire pensativo. Sus ojos se habían iluminado al pronunciar el nombre de Jaxon.

No podía creerme que tuviera un hermano. Lo conocía muy bien y, aunque él no se había enterado hasta los catorce años, me parecía mal no saberlo yo.

—Sigue —lo animé con tono amable.

—Jaxon y yo congeniamos muy bien. Aunque fue una sorpresa descubrir que tenía un hermano del que no sabía nada, me gustaba tener familia. Nos llevábamos poco tiempo, nos gustaban los automóviles y él quería estar conmigo todo el tiempo. Joder, a mí también me gustaba estar con él.

Me pregunté si Jared seguiría viendo a Jaxon, pero decidí guardar silencio y dejar las preguntas para después.

—La casa de mi padre era un antro —continuó—. Estaba sucia y nunca había mucha comida, pero yo me lo pasaba bien con mi hermano. Solo estábamos nosotros tres. Las primeras dos semanas no fueron tan mal.

«¿Tan mal?»

—Y entonces empecé a darme cuenta de que algo iba mal. Nuestro padre bebía mucho. Se despertaba con resaca, lo que no era una novedad para mí por culpa de mi madre, pero entonces comencé a ver también drogas. Eso sí era nuevo para mí. Las fiestas que organizaba en su casa estaban llenas de gente horrible que nos hablaba de una forma nada adecuada para niños. —

Los ojos se le llenaron de lágrimas y su voz se convirtió en apenas un susurro. Sentí miedo.

«¿Qué diablos pasó?»

Tras unos segundos de silencio, exhaló un suspiro hondo.

—Me dio la sensación de que esta gente podía haber abusado de Jaxon. Y haberle pegado.

«¿Abusado de él?» Cerré los ojos al entender lo que quería decir.

«No. Por favor, eso no.»

Se sentó a mi lado en la cama, sin mirarme a los ojos aún.

—Una noche, unas tres semanas después de que yo llegara, oí a Jaxon llorar en su habitación. Entré y lo vi aovillado en la cama sujetándose la barriga. Cuando conseguí que se diera la vuelta, vi que tenía el abdomen lleno de morados. Mi padre le había pegado, en más de una ocasión, y le dolía mucho.

Traté de no hacerme una imagen mental del muchacho, pero fue del todo imposible.

—No sabía qué hacer —prosiguió—. Tenía mucho miedo. Mi madre nunca me había pegado y no tenía ni idea de que la gente hiciera estas cosas a los niños. Me arrepentía de haber ido, pero también me alegraba, por Jax. Si mi padre le hacía esto mientras yo estaba allí, no podía ni imaginarme lo que haría cuando yo no estaba. Jax insistió en que se encontraba bien y que no necesitaba un médico. —Hundió los hombros y sentí que la tensión le invadía el cuerpo mientras hablaba lenta y pausadamente—. Mi padre maltrataba a Jax. Al parecer, para él era el hijo bastardo y merecedor de menos respeto. A mí no me pegó hasta más tarde.

—Cuéntamelo. —Necesitaba saberlo. Quería saberlo todo.

—Un día, poco después de que descubriera cómo trataba a mi hermano, mi padre nos pidió que fuéramos a una casa y que fingiéramos que vendíamos algo. Quería entrar a hurtadillas para robar.

—¿Qué? —exclamé.

—Por lo que hablaban en casa, sabía que iban cortos de dinero, sobre todo por culpa de sus caros hábitos. Jax me contó que era algo normal, que él lo hacía a menudo con mi padre. Nunca se negó. Mi padre le pegaba por todo:

por quemar la comida, por hacer ruido... Jaxon sabía que negarse no le traería nada bueno. Tendríamos que hacerlo igualmente, pero con moratones. Aun así, yo me negué. Y mi padre empezó a pegarme.

Sentí náuseas. Mientras yo había pasado el verano enfadada porque no me llamaba ni me escribía, a él le estaban pegando.

—¿Intentaste llamar a tu madre? —pregunté.

—Una vez —asintió—. Antes de que mi padre empezara a pegarme. Estaba borracha, por supuesto. No le pareció que la situación fuera tan mala, así que no vino a buscarme. Intenté hablarle de Jax, pero no lo consideraba su problema. Pensé en salir de allí, escaparme, pero mi hermano no se iba a marchar y yo no podía dejarlo solo.

«Menos mal que ya estaba rehabilitada, si no habría deseado hacerle mucho mucho daño.»

—Así que cedí con mi padre —admitió con voz monótona y mirándome, a la espera de mi reacción—. Lo ayudé a él y a Jax a hacer esos encargos. Entré en casas, distribuí drogas. —Retrocedió hasta la ventana y se quedó mirando el árbol—. Un día, después de varias semanas horribles, me negué a escucharlo y le pedí que me llevara a casa. Le dije que me llevaba a Jax. —Se quitó la camiseta y me enseñó la espalda—. Me pegó con un cinturón, con la hebilla.

Deslicé los dedos por las cicatrices. Los bordes eran ásperos, pero las marcas de las heridas eran suaves. No tenía muchas y el resto de la piel estaba indemne.

Se quedó un instante quieto y después se volvió para mirarme a los ojos. En los suyos aún moraba el fantasma del dolor.

—Acabé huyendo. Le robé cincuenta dólares y tomé un autobús a casa. Sin Jax.

CAPITULO 31

Sentía la agonía en sus ojos. ¿Qué le había ocurrido a su hermano? Jared sabía que la vida con su madre era mala, pero con su padre había sido un horror. Tuvo que tomar la decisión de abandonar el barco sin su hermano Jaxon.

—¿Acudiste a la policía? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Al principio no. No quería lidiar con ello, solo quería olvidarlo. Pero cuando mi madre vio lo que me había pasado, me obligó a ir. No les conté lo que me había sucedido a mí, pero sí lo que le hacía a mi hermano. No obstante, mi madre insistió en hacerme fotos, solo por si acaso. La policía apartó a mi hermano de mi padre y lo llevó a un lugar de acogida. Yo quería que se viniera conmigo, pero el alcoholismo de mi madre no inspiraba ninguna confianza.

—¿Has vuelto a ver a tu padre? —Me dieron arcadas al usar la palabra «padre» con un hombre así.

—Hoy lo he visto. —Me quedé anonadada—. Lo veo todos los fines de semana.

—¿Qué? ¿Por qué? —Ahí era donde iba, pero ¿cómo podía soportar estar en la misma habitación que ese monstruo?

—Porque la vida es una mierda, por eso. —Esbozó una sonrisa amarga y apartó la mirada—. El año pasado, cuando te fuiste a Francia, me volví un poco loco. Bebía y me metía en peleas. Madoc y yo nos lo pasamos bomba durante un tiempo. Odiaba que te hubieras marchado, pero también descubrí

que habían trasladado a Jax a otra casa de acogida después de que su familia anterior le hubiera pegado. Fue una época mala.

Se levantó y se colocó junto a la ventana. Me fijé en que tenía los puños apretados. Ya no estaba triste, estaba cabreado.

—Así que localicé a su anterior padre de acogida y le pegué. Mucho. — Alzó las cejas, pero no había remordimiento en su tono de voz—. Estuvo una semana en el hospital. El juez decidió que, aunque mis sentimientos eran comprensibles, mi reacción no lo había sido. Consideró romántico sentenciarme a visitar a mi padre en la cárcel, donde estaba por abusar de mi hermano y por las drogas que había hallado la policía en su casa. Consideró que yo estaba siguiendo su mismo camino, así que me ordenó visitarlo una vez a la semana durante un año.

—Así que es allí donde vas. A la prisión Stateville en Crest Hill. —No era una pregunta, sino una afirmación. Me acordé de los recibos que tenía en su habitación.

—Sí, todos los sábados. Pero la de hoy ha sido la última visita.

Asentí, aliviada.

—¿Dónde está ahora tu hermano?

En sus labios apareció el primer atisbo de una sonrisa.

—En Weston. A salvo con una buena familia. He estado yendo a verlo los domingos. Pero mi madre y yo estamos tratando de que las autoridades le permitan vivir con nosotros. Lleva un tiempo sobria y él casi tiene diecisiete años, por lo que ya no es un niño.

Esto era demasiado para asimilarlo. Estaba emocionada porque por fin confiara en mí. Le habían hecho daño y probablemente por eso se había sentido abandonado por la gente que debería de haberlo protegido. Pero aún había algo que se me escapaba.

Me acerqué a él.

—¿Por qué no me lo has contado en todos estos años? Yo podría haberte apoyado. —Me levanté de la cama y me acerqué a él.

Se pasó una mano por el pelo y se apartó de mí para apoyarse de nuevo en el alféizar.

—Cuando al fin regresé a casa ese verano, fuiste mi primer pensamiento.

Bueno, aparte de hacer lo que pudiera para ayudar a Jax. Tenía que verte. Mi madre podía irse al infierno, la única persona a la que necesitaba era a ti. Te quería. —Tensó el cuerpo—. Fui a tu casa, pero tu abuela me dijo que no estabas. Intentó convencerme para que me quedara allí a esperarte, me parece que se dio cuenta de que no me encontraba bien. Pero yo fui a buscarte. Después de un rato, acabé en el estanque del parque. —Alzó la mirada para encontrarse con la mía—. Y estabas allí... con tu padre y mi madre, jugando a la familia feliz.

«¿A la familia feliz?»

—Jared... —comencé.

—Tate, no hiciste nada malo. Ahora lo sé. Pero entiende mi forma de pensar en ese momento. Había estado en el infierno, era débil y me habían pegado. Tenía hambre. La gente en la que se suponía que podía confiar me había traicionado: mi madre, que no me había ayudado cuando la había necesitado; mi padre, que nos pegaba a mi pobre hermano y a mí. Y entonces te vi con nuestros padres, y parecíais una familia feliz. Mientras Jaxon y yo estábamos sufriendo y luchando por sobrevivir cada día de una pieza, tú habías encontrado a la madre que yo nunca tuve. Tu padre te llevaba de pícnic y a tomar helados mientras que el mío me golpeaba con el cinturón. Sentía que nadie me quería y que la vida había proseguido sin mí. Nada importaba.

La madre de Jared había salido en un par de ocasiones con nosotros ese verano. Mi padre siempre intentaba ayudarla a seguir por el camino recto. Quería a Jared y sabía que Katherine era, en el fondo, una buena persona. Solo intentaba sacarla de su casa y mostrarle, con toda humildad, lo que se estaba perdiendo con su propio hijo.

—Te convertiste en mi diana, Tate. Odiaba a mis padres, estaba preocupado por mi hermano y no podía confiar en nadie aparte de mí mismo. Odiarte me hacía sentir mejor. Mucho mejor. Incluso después de entender que no era tu culpa, seguía sin parar de intentar odiarte. Me hacía sentir bien porque no podía herir a quien realmente quería herir.

Unas lágrimas silenciosas me resbalaron por la cara y Jared se acercó a mí y tomó mis mejillas entre sus manos.

—Lo siento —susurró—. Sé que puedo arreglar las cosas. No me odies.
Sacudí la cabeza.

—No te odio. Bueno, estoy un poco enfadada, pero sobre todo odio todo el tiempo que hemos perdido.

Me rodeó la cintura y me acercó a él.

—Me has dicho que me querías. Odio que perdiéramos eso —señalé con tristeza.

Se inclinó, me agarró por la parte trasera de los muslos y me alzó. Me quedé sin aliento y me aferré a su cuello. Su cuerpo cálido me hacía querer acurrucarme sobre él. Lo rodeé con las piernas cuando se acercó a la cama y se sentó.

Posó una mano en mi cara y me obligó a mirarlo.

—Eso no lo hemos perdido nunca. Por mucho que lo haya intentado, nunca he podido borrarle de mi corazón. Por eso he sido tan capullo y he alejado a todos los muchachos de tu lado. Porque siempre has sido mía.

—¿Y tú eres mío? —le pregunté al tiempo que me limpiaba las lágrimas.

Me besó la comisura de los labios con suavidad y sentí una oleada de calor subir por el cuello.

—Siempre lo he sido —susurró en mi boca.

Lo abracé y él me sostuvo con fuerza cuando enterré la cara en su cuerpo. Me relajé a sabiendas de que todo había cambiado. No volvería a hacerme daño y yo sabía que lo necesitaba como el agua.

—¿Estás bien? —le pregunté. Era demasiado tarde para esa pregunta, pero quería saberlo.

—¿Y tú? —me preguntó él a su vez.

Me encantó que lo hiciera. Le habían pegado, abandonado y se había sentido incapaz de proteger a su hermano. El tormento que me había provocado parecía una bobada en comparación. Pero también sabía que su trauma no era excusa para tratarme tan mal estos años.

—Lo estaré —le prometí. Si él había podido dar ese paso y confiar en mí para contarme todo esto, yo podía intentar pasar página también.

—Te quiero, Tate.

Se tumbó en la cama y yo caí con él, abrazándolo con fuerza. Nos

quedamos allí, simplemente abrazándonos, hasta que sentí el movimiento rítmico de su pecho al subir y bajar que me indicó que se había quedado dormido.

Había pasado la medianoche cuando me desperté. Me había quedado dormida con medio cuerpo encima del pecho de Jared. Tenía las piernas entrelazadas con las suyas, la cabeza apoyada en su cuerpo y el brazo sobre su pecho. Su olor a almizcle y viento inundaba mi mundo; cerré los ojos y enredé suavemente los dedos en su pelo. Posé los labios en su cuello suave, saboreé su piel y sentí una necesidad incontrolable de tocarle con algo más que con las manos.

«Mierda.» Estaba dormido, y parecía tranquilo. Las preocupaciones no le arrugaban el ceño y ninguna marca le afeaba la piel.

Sacudí la cabeza y decidí dejarlo tranquilo, así que me bajé de la cama. Me acerqué a la ventana para correr las cortinas y vi la lluvia que chocaba contra los cristales.

«Perfecto.» Tenía Jared y tenía tormenta. No pude reprimir una sonrisa.

Me quité los calcetines y salí de la habitación de puntillas para dejar que durmiera.

Me dirigí a la puerta trasera, que estaba en la cocina, y salí al porche descalza. Sentí un hormigueo en los dedos y los cerré en puños con energías renovadas que me recorrían el cuerpo. Oía a otoño. A manzanas y hojas secas.

La marquesina evitaba que me mojara, así que bajé los escalones y llegué al patio de ladrillo. Las gotas de agua cayeron sobre mis pies, se derramaron entre mis dedos y un zumbido de electricidad me atravesó la piel. Me crucé de brazos para conservar la temperatura y sentí que se me ponía la piel de gallina en los brazos y las piernas mientras oía la lluvia caer en los árboles y el suelo.

Eché la cabeza atrás para que las gotas me cayeran en la cara y sentí que tenía varios años menos de los que me asolaban últimamente; el repiqueteo del carrillón del patio de la señora Trent me meció en una meditación

relajante.

La lluvia se estaba volviendo más densa y cerré los ojos mientras la brisa me acariciaba la cara. Los pensamientos vagaban por mi mente como nubarrones, pero no existía nada más que el rugido distante de los truenos y mi pelo envolviéndome la cara por el viento.

Cuando la lluvia se convirtió en aguacero, abrí los ojos y me volví para entrar en casa. Me envolvía una sensación de calma, pero estuve a punto de gritar cuando vi a Jared apoyado en la puerta trasera.

—¡Jared! Me has asustado. Pensaba que estabas dormido.

Me llevé la mano al pecho al sentir que el corazón se me iba a salir.

No dijo nada y me enderecé cuando empezó a caminar en mi dirección. Su mirada era aterradoramente intensa. No parecía enfadado, pero sí a punto de explotar.

Si pudiera moverme, me habría encontrado con él a medio camino, pero estaba paralizada. Sus ojos penetrantes me estaban abrasando, y parecía... hambriento.

Cuando me alcanzó, me puso las manos en las caderas y se quedó mirándome a los ojos un minuto. En una situación normal, cualquier persona mirándome a los ojos tanto rato me habría incomodado, pero él me miraba como si yo fuera la única comida que quedara en el mundo.

Y vaya si me gustaba.

Mostraba un poco los dientes al respirar y sus ojos miraban fijamente los míos. Sabía lo que quería. Y cuando recordé lo bien que sabía antes su piel, no pude reprimir la necesidad de tocarle.

Le rodeé el cuello con los brazos, me puse de puntillas y tomé su boca.

Y en ese momento todo mi control sobre la situación se esfumó.

Jared era como un animal que hundía los dientes en su presa. Me rodeó con un brazo y posó la otra mano en mi cara. Él guiaba todos nuestros movimientos. Cuando empujó, me rendí.

Su lengua hizo que todo mi mundo cayera a sus pies. Estaba muy excitada y, cuando me mordisqueó los labios, yo también supe qué era lo que quería.

El pulso se me aceleró y de repente sentí un dolor intenso entre las piernas. Lo necesitaba. Lo necesitaba dentro de mí.

—Tienes frío —me dijo mientras la lluvia nos mojaba la ropa.

—Pues caliéntame —le pedí.

Depositó un sendero de besos por su cuello y mandíbula y lo oí gemir cuando mi lengua volvió a saborear su piel.

—Te quiero, Jared —le murmuré al oído.

Tomó mi cabeza entre sus manos y capturó mi boca en un beso intenso. Su aliento era cálido y sabía a lluvia. Un recuerdo que ansiaba conservar para siempre.

—Podemos esperar —me sugirió, aunque sonó más bien a pregunta.

Negué con la cabeza lentamente y sentí que el deseo se propagaba por mi barriga como un fuego. No íbamos a perder más el tiempo.

Levanté el bajo de su camiseta y se la pasé por la cabeza mientras acariciaba la piel con los dedos. Pasé la punta de los dedos por su espalda y se tensó cuando acaricié una de las cicatrices. Lo deseaba, a todo él. Quería que supiera que no me daba miedo, que adoraba cada parte de él.

Le sostuve la mirada mientras me quitaba la blusa de seda negra y me desabrochaba el sujetador para dejar que ambas prendas cayeran al suelo. Su respiración se volvió pesada y gemí cuando me acarició los pechos. La caricia me provocó oleadas de calor que me recorrieron las venas y apreté los puños por la expectación.

Me echó el pelo mojado por detrás de los hombros y me devoró con los ojos. Normalmente solía sentirme cohibida. Nunca me había paseado desnuda en el vestuario, pero me gustaba que él me mirara.

Jared tiró de mí y el latido en el pecho aumentó cuando sentí su piel contra mis senos desnudos. Nuestros labios se unieron voraces y cuando lo sentí por debajo de los *jeans*, gemí, segura de que iba a perder la razón.

«Te necesito.»

Me quité los pantalones y gimoteé cuando me levantó de imprevisto. Le rodeé la cintura con las piernas y él me llevó por el patio hasta el sofá, que tenía un dosel.

Me tumbó, se cernió sobre mí y observó cada parte de mi cuerpo que podía atisbar con los ojos. Agachó la cabeza y me besó en el pecho, por encima del corazón. Se me tensó el cuerpo cuando tomó un pezón con la boca

y me aferré a él, sintiendo de todo menos frío.

—Jared... —El pecho me temblaba por el incontrolable placer.

Mientras lamía, su mano bajó por mi cuerpo, acariciándome la cadera, la pierna. La presión que sentía en la entrepierna era agonizante y supe qué era lo que necesitaba.

—Jared, por favor.

Abandonó mi pecho y siguió besándome por el estómago, consiguiendo que me tensara con cada caricia de su lengua en mi piel.

—Paciencia —me pidió—. Si sigues suplicando así, voy a perder la razón.

Al tiempo que me besaba, me bajó las bragas y las dejó caer en el suelo. Se puso de pie, sacó un preservativo de la cartera y se desabrochó los *jeans*, todo con movimientos hábiles.

«Dios mío.» Definitivamente, estaba tan listo como yo.

Se tumbó sobre mí, colocándose entre mis muslos, y temblé al sentir su dureza contra mi cuerpo. Cerré los ojos y, cuando su piel me tocó el sexo, noté una sacudida en el clítoris que envió oleadas de placer por todo mi cuerpo. Lo necesitaba dentro de mí. Ya.

Me miró cuando lo rodeé con las piernas. Arquee el cuerpo contra el suyo y sentí que se deslizaba sobre mi apertura.

Gruñó por la necesidad... o tal vez por la agonía, y me encantó el sonido. Todo era perfecto. Tenerlo a él. Bajo la lluvia. Y me quería.

Rasgó el envoltorio del preservativo, se lo puso y se agachó para besarme.

—Te quiero —declaró justo antes de entrar en mí.

—Ahhh... —gimoteé en voz alta, y se me quedó el cuerpo rígido y paralizado

Jared se detuvo y se echó hacia atrás para mirarme. Estaba sin aliento y ruborizado cuando me miró con cariño y amor.

Sabía que iba a sentir una molestia, ¡pero eso dolía! Respiré profundamente, esperando a que mi cuerpo se acomodara.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí y noté cómo el dolor desaparecía poco a poco.

—Sí, estoy bien. No pares, pero hazlo despacio.

Cuando Jared vio que me relajaba, se internó lentamente hasta que estuvo

completamente dentro de mí.

—Joder —exclamó—. Me haces sentir tan bien. Es perfecto.

Levantó su peso de mí y me agarré a sus caderas, notando las embestidas suaves. Empecé a moverme con él, a sentir lo que su cuerpo hacía conmigo. Con cada encuentro, tiraba de él con fuerza hacia mí. Ya no me dolía.

Mi cuerpo había tenido que estirarse para recibir al suyo, pero de nuevo sentía esa quemazón familiar en la barriga y el latido entre los muslos.

No hicimos el amor despacio y con calma. Esa noche no. Le tomé la cara con las manos y acerqué sus labios a los míos. Necesitaba cada centímetro de su cuerpo encima o dentro de mí.

—Te siento en todas partes —susurré contra sus labios.

Soltó un gemido grave.

—No hables así, nena, o terminaré demasiado pronto.

Nuestros cuerpos se movían en sincronía, mis caderas se alzaban para encontrar las suyas. Jared estaba perdiendo el control. Tenía la mirada vidriosa y respiraba con dificultad.

Deslicé los dedos por su espalda, que estaba empapada por el sudor y la lluvia, y sentí la fuerza de sus embestidas. Nuestras frentes se unieron y apretó los dientes cuando miró hacia abajo y vio mi cuerpo moviéndose con el suyo.

El orgasmo me llegó rápido cuando sus caderas colisionaron con las mías y chillé de placer cuando Jared aumentó el ritmo. Unos segundos más tarde, su cuerpo se tensó y cerró los ojos cuando se corrió él también. Nos quedamos unos minutos allí tumbados, quietos, intentando recuperar el aliento.

No existía nada en el mundo mejor que lo que acabábamos de hacer. Quería estar siempre con él. Aún podía sentir el lugar en el que habíamos conectado y no había felicidad mayor que saber que sudaba y temblaba por mí.

Se inclinó sobre mí y me besó cuando nuestros cuerpos se hubieron calmado.

—Eras virgen de verdad. —No me lo estaba preguntando.

—Sí —respondí en voz baja—. No he tenido una vida amorosa muy

activa, ¿sabes?

Se alzó para colocarse encima de mí y me besó las mejillas y la frente.

—Eres mía de verdad. —Su voz salió ronca.

«Siempre», respondí mentalmente, pero decidí hacer uso de mi sarcasmo habitual al contestar.

—Solo mientras me hagas feliz.

Me ofreció una sonrisa cómplice, porque ambos sabíamos que acababa de hacerme muy feliz. Nos dimos la vuelta y yo quedé encima de él. Deslizó la mano por mi espalda, arriba y abajo.

—No te quedes dormida —me pidió—. Puedo volver a hacerte feliz en unos cinco minutos.

CAPITULO 32

—Sí, papá, te prometo que tendré cuidado. —Me reí, tratando de no arruinarme mucho el pelo ni el maquillaje—. De todas formas, KC y Liam vienen, así que tendré a alguien que me traiga a casa si me emborracho demasiado.

Los altavoces del ordenador vibraron con el sonoro suspiro de mi padre.

—Tate.

—Tranquilo, sabes que puedes confiar en mí.

Supongo que aún podía decir eso, pero sentí que ahora era menos cierto que antes.

Jugueteé con los dedos. Necesitaba colgarle para poder ponerme el vestido. Jared y Madoc habían llegado a un acuerdo con respecto al baile, iría con los dos. Por mucho que quisiera pasar cada segundo con Jared, había decidido darle a Madoc una oportunidad para hacer las paces. Si era el mejor amigo de Jared, entonces no perdía nada por darle otra oportunidad.

Solo una más.

—No eres tú quien me preocupa —murmuró mi padre.

Entrecerré los ojos.

—Pero si te gusta Jared, papá.

—Cariño, es un adolescente. Confío en él, pero no en lo que respecta a mi hija.

Sentí una oleada de calor en las mejillas; esperaba que mi padre no me hubiera visto ruborizarme. Sus sospechas tenían fundamento.

«Si supiera...» El remordimiento enturbiaba la maravillosa noche que iba

a pasar.

Jared y yo habíamos hecho el amor dos veces el día de mi cumpleaños, hacía una semana, y de nuevo a la mañana siguiente. Quitármelo de encima desde entonces para poder hacer los deberes del instituto había supuesto un trabajo a tiempo completo. Un trabajo agradable y divertido. Me gustaba el efecto que tenía en él y lo fácil que podía fastidiarlo simplemente diciendo que no. Anoche me había dicho que le hacía *bullying* por eso, y me reí, porque me encantaba tener el poder.

Pero si mi padre supiera que Jared pasaba todas las noches aquí, se subiría a un avión de inmediato. Yo haría lo mismo si se tratara de mi hija, pero no quería que Jared estuviera en otra parte que no fuera conmigo y él parecía sentir lo mismo. No podíamos controlarlos, o tal vez era que ni siquiera nos preocupaba intentarlo.

—Bueno, ¿cómo estoy? —pregunté, refiriéndome a qué aspecto tenía de cuello para arriba.

Esbozó una sonrisa triste y supe que lamentaba no poder estar aquí conmigo.

—Preciosa. Como tu madre.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias —susurré.

Mi madre y yo no nos parecíamos mucho. Ella era pelirroja y más menuda que yo, pero que mi padre pensara que yo era tan guapa como ella me hacía sentir orgullosa. Me gustaría tenerla aquí esta noche, atusándome el pelo o ayudándome a subir la cremallera del vestido.

Me había hecho la raya del pelo en medio y los rizos marcados de color castaño me caían por la espalda. El maquillaje que había comprado el mismo día que el vestido resultó ser menos apabullante de lo que había pensado. Aunque solía ponerme poco color en la cara y en los ojos, había decidido darlo todo esta noche y el resultado era sorprendente. Me resaltaban los ojos y los labios parecían de caramelo.

—Bueno, ve a vestirte y escíbeme un mensaje cuando vuelvas esta noche.
—Se rascó la barba incipiente.

—Te quiero. Hablamos luego —me despedí.

—Yo también te quiero. Pásalo bien. —Y colgamos.

Me quité la camisa blanca y descolgué el vestido de la percha. Me puse la prenda de lentejuelas de color piel y plata y sentí un mareo que me dio escalofríos en brazos y piernas. El vestido ajustado, corto y sin mangas tenía escote de corazón. Las piernas, los brazos y la clavícula eran el principal atractivo, pues el vestido no cubría ninguno de ellos. Inspiré profundamente cuando subí la cremallera y me lo coloqué bien en el cuerpo para que todas las partes encajaran en el lugar correcto. La fina tela tenía lentejuelas que hacían que pareciera que brillaba. Se me puso la piel de gallina cuando me miré al espejo.

«Vaya.» Nunca antes había tenido este aspecto.

Tras un par de retoques de maquillaje y de ponerme unas pulseras y los pendientes, bajé a la planta de abajo para sacar los tacones del Bronco. Haber esperado hasta esa misma tarde para comprar el toque final de mi atuendo había sido jugar con fuego, pero los pies habían sido lo último de lo que me había preocupado esa semana.

Tomé la caja del asiento del copiloto de la camioneta, me di la vuelta y me encontré a Jared muy quieto en la entrada de su casa, mirándome. Tragué saliva por la sorpresa de verlo ya vestido. Llevaba un traje negro, por supuesto, con una corbata negra y zapatos. La americana no le colgaba sin más, sino que era entallada en la cintura y caía por debajo de las caderas. Se había cortado el pelo y lo tenía perfectamente peinado y apartado de los ojos, lo que le daba un aspecto más radiante. Me dieron ganas de llevármelo adentro y olvidarme del baile.

Su mirada se paseó por mi cuerpo y su respiración se volvió irregular.

«Sí.» Era exactamente la reacción que esperaba.

Le quité la tapa a la caja y la puse debajo, saqué los zapatos y me los puse en los pies descalzos. Jared continuó mirándome, siguiendo cada uno de mis movimientos.

—¿El vestido es para él o para mí? —bromeó y cruzó el patio.

—¿Para ti? —Enarqué una ceja—. ¿Por qué iba a ser para ti el vestido? — Mi actitud mordaz tenía como fin jugar con él, algo que se me daba muy bien.

Jared me rodeó con los brazos y me alzó para acercar sus labios a los míos en un beso como diciendo «ahí tienes».

—Sabes como las estrellas —murmuró en mis labios—. Y tu aspecto es como el del sol.

Sentí euforia al escuchar sus palabras.

—Tú también estás muy guapo.

El zumbido distante del GTO de Madoc resonó en el vecindario y me aparté de los brazos de Jared. Estaba segura de que se me había levantado un poco el vestido cuando me había abrazado y no era una vista apta para su amigo.

Madoc paró junto a mi casa y salió del automóvil con prácticamente el mismo traje negro y la misma camisa que Jared, pero él había añadido una corbata morada. Con el pelo rubio y su cara bonita, parecía un caballero y tenía un aspecto impresionante. Los moratones de la pelea de hacía un par de semanas habían desaparecido.

Jared tenía aspecto de estrella de cine y Madoc parecía más bien un modelo. Demasiado guapo para mi gusto, pero guapo igualmente. Llegar con estos dos muchachos esta noche iba a convertirme en la comidilla de la ciudad mañana.

«Fantástico.»

Madoc aminoró el paso cuando alzó la mirada y vio a Jared delante de mí. Lo que fuera que hubiera visto en sus ojos, lo hizo detenerse. Todo rastro de sonrisa había desaparecido.

—No me vas a pegar otra vez, ¿no? —preguntó, medio en broma medio en serio.

—Vete a la mierda. Tienes suerte de poder salir con ella esta noche. — Jared suspiró y volvió a su casa—. Voy a por las llaves, nos vamos en mi automóvil.

El recién llegado sonrió cuando vio a su amigo desaparecer en la casa y cerrar la puerta.

Oí un silbido y volví a mirar a Madoc.

—Pareces... comestible.

Sacudió la cabeza, como si no pudiera creerse que supiera arreglarme.

Puse los ojos en blanco y le dediqué una mirada impaciente.

—Tranquila. —Sonrió y levantó las manos—. Me comportaré... por esta noche. —Añadió la última parte con una sonrisita amenazadora.

Negué con la cabeza y me volví hacia mi casa.

—Voy a por el bolso.

Alcancé el bolso de la mesita de la entrada, me miré al espejo y cerré la puerta. Cuando me di la vuelta, vi que Madoc tenía un ramillete en la mano.

Se acercó a mí con una expresión amable en el rostro.

—Si no te importa, le he preguntado a Jared si podía regalarte esto. —Abrió el brazalete y me lo colocó en la muñeca—. Siento haber sido tan capullo estos años. Pero tenía un plan.

—¿Cuál? —pregunté, desconcertada.

Sonrió para sí mismo.

—Jared es mi mejor amigo. Llevo tiempo sabiendo que le importas. La primera vez que fui a su casa cuando estábamos en primero, vi un montón de fotos de vosotros dos. Las tiene en la mesita de noche.

El corazón me palpitó con fuerza, pero me sentí aliviada. Odiaba no haber visto ninguna fotografía de nosotros en la caja que encontré la noche que fui a espiar. Ahora sabía que las tenía en otro lugar. Más cerca de él.

—Nunca entendí por qué te trataba como lo hacía —continuó—, y Jared es tan abierto como un cangrejo ermitaño. Es como una de esas huchas con forma de cerdito que tienes que romper para sacar algo de ellas. No puedes sacudirle para que te cuente las cosas, tienes que usar el martillo. —Me miró a los ojos—. Tú eras el martillo.

—Sigo sin entenderte.

Frunció los labios como si le molestara tener que explicarse.

—Te molestaba más de lo que él me pedía que lo hiciera porque quería que reaccionara. Nunca ha sido un tipo especialmente feliz y estaba harto de su actitud taciturna. Se volvió loco cuando te marchaste a Francia y supuse que su comportamiento destructivo tenía algo que ver contigo. Como si se sintiera perdido sin ti. Así que decidí intentar que se pusiera celoso cuando regresaras y comprobar qué pasaba.

—¿Y crees que eso te convierte en un buen amigo? —¿Por qué quería

Madoc enfadar a Jared? ¿Por qué no se limitaba a hablar con él?

—No lo sé —respondió sarcásticamente—. Vosotros dos parecéis muy felices.

Y éramos muy felices. Pero dudaba que hubiera sido la petición de Madoc para ir al baile lo que había hecho que Jared reaccionara. Aunque me daba igual. Jared y yo volvíamos a estar juntos, más fuertes, esperaba, y Madoc tendría que divertirse solo.

—Así que querías verlo feliz. ¿Por qué te importa tanto Jared? —pregunté.

Se metió las manos en los bolsillos del pantalón e intentó ocultar una sonrisa.

—¿Te enteraste de aquella vez, en primero, en la que unos muchachos mayores me encerraron desnudo en mi taquilla?

¿Había sufrido Madoc acoso escolar?

—Eh... no. —Me reí, pues no me creí ni una sola palabra.

—Nadie lo sabe, y por eso Jared es mi mejor amigo. —Su voz era firme y me di cuenta de que hablaba en serio. Jared lo había ayudado.

No supe qué decir y ambos devolvimos nuestra atención a Jared cuando salió de su casa. Me tomó de la mano y me besó debajo de la oreja.

—Perdona por tardar tanto. Mi madre me ha dado una charla.

Madoc se puso a mi otro lado y me tendió el brazo para que me agarrara, cosa que hice.

—¿Sobre qué? —pregunté, ansiosa por enterarme de qué clase de madre era hoy Katherine.

—Sobre no dejarte embarazada —susurró sin mirarme.

Me aclaré la garganta. «¿Embarazada?»

Intercambiamos sonrisas, sin saber qué responder a eso. Jared y yo habíamos usado protección, pero supuse que igual debería de tomar también la píldora.

—¿Estamos listos? —preguntó Madoc a mi lado.

Me agarré del codo de Madoc y tiré del bíceps de Jared para acercarlo más a mí. Un mes antes jamás habría pensado que estaría aquí con estos dos muchachos y ahora me sentía muy cómoda.

—Por supuesto. Este es el comienzo de una gran amistad. —Le di un

golpe amistoso a Madoc en el brazo.

—También podría ser el comienzo de una gran película porno —bromeó él, y estalló en carcajadas.

—¡Hijo de puta! Esta noche te la vas a ganar —lo amenazó Jared.
Sacudí la cabeza sin parar de reír.

CAPITULO 33

El baile fue más divertido de lo que pensaba, incluso con la mala música y tratando de hacer juegos malabares con dos parejas. El tema del evento era «New York, New York», y el gimnasio estaba estupendamente decorado con recortes de los rascacielos de Nueva York y luces parpadeantes.

Madoc y Jared eran como el yin y el yang. A Madoc le gustaba todo y todos. Jared, a quien yo quería, apenas toleraba nada. Madoc y yo nos hicimos una foto estupenda apoyados en un taxi retro de Nueva York como fotografía oficial del baile. Le seguí la corriente, aunque él quería posar como si fuera un mafioso. A Jared tuve que obligarlo a ponerse delante de la cámara, estoy segura de que lo hizo por mí.

Después del extraño momento inicial tratando de estar juntos como si fuera una cita normal, Jared y yo nos relajamos y nos lo pasamos bien. Conocí a algunos de sus amigos y superé la incomodidad de estar con KC. Me pareció que ella estaba más cómoda con Jared que con Liam, pero, después de un rato, todo fue bien.

—Bueno, vamos a emborracharnos. —Madoc nos llevó a la casa de los Beckman en busca de alcohol. Llegamos a la fiesta que celebraba después Tori justo cuando estaba llegando la mayoría de personas y me detuve nada más entrar. El recuerdo de la última vez que había estado ahí un año antes hizo que se me acelerara el corazón.

«Mierda.»

Jared se paró delante de mí, probablemente porque me vio dudar. Se me aceleró la respiración y apreté las manos. No entendía por qué reaccionaba

así. No estaba asustada, sabía que esta noche no iba a pasar nada.

—Tate, ¿estás bien? —Jared parecía preocupado.

—Sí, necesito beber algo. —No quería quedarme atrapada en el pasado. Mi cuerpo estaba en alerta máxima ahora mismo, y lo único que deseaba era disfrutar de la fiesta.

Cuando llegamos a la cocina, en donde había una barra improvisada como la última vez, Madoc se dispuso a prepararnos las bebidas. Jared declinó porque iba a conducir y yo me sentí orgullosa de él por mostrarse tan responsable. Madoc estaba encantado de tener a alguien que condujera por él.

Acepté el vaso de plástico que me tendió Madoc y tragué el líquido abrasante mezclado con Coca-Cola todo lo rápido que pude. Con cada trago, el alcohol sabía peor y el regusto amargo me dio ganas de comerme una galleta, un caramelo o cualquier cosa dulce. Me tomé hasta la última gota, dejé el vaso en el fregadero y tosí en la mano mientras Madoc se reía de mí.

—Vaya, está roja como un tomate —bromeó con Jared.

—¡Vete a la mierda! —exclamé.

Jared me rodeó la cintura con un brazo y me acercó a él para besarme en el pelo. Cerré los ojos y, cuando noté que el alcohol me calentaba la sangre, me relajé.

—Hola, muchachos. —KC entró en la cocina tirando de Liam. Este saludó con un gesto a Madoc y Jared, claramente incómodo por el tiempo que habían salido Jared y KC. Liam la había engañado, pero estaba enfadado porque ella había salido un par de días con otro muchacho.

«Supéralo.»

—¿Qué queréis beber?

—Yo solo he bebido para desinhibirme un poco y estoy bien por ahora. —
Mi voz sonó grave por el licor.

Mientras el resto preparaba sus brebajes, Jared se inclinó sobre mi oreja:

—Ven conmigo.

Se me puso la piel de los brazos de gallina cuando me acarició la oreja con su aliento. Me tomó de la mano y me sacó de la cocina para llevarme hasta la segunda planta de la casa.

La casa de los Beckman era enorme, por eso sus fiestas eran tan populares.

La casa de Jared y la mía eran medianas, pero Tori y Bryan Beckman disfrutaban de una exuberante vivienda de dos plantas espaciosas y con un desván y un patio ajardinado que era lo bastante grande como para albergar un campo de golf. Probablemente tuviera siete u ocho habitaciones.

Y parecía que Jared me estaba llevando a una de ellas.

«Madre mía.»

Llamó a una puerta para asegurarse de que el dormitorio estaba vacío y después entramos. En cuanto cerró la puerta, me hizo retroceder hasta apoyarme sobre esta; me tuve que agarrar a sus antebrazos para mantener el equilibrio. Resollé por la sorpresa y le devolví el beso cuando juntó los labios con los míos. Bajó las manos a mi trasero y me alzó para que nuestras caderas se unieran. Aparté la boca de la suya para recuperar el aliento y él enterró la cabeza en mi cuello.

—Dios mío, Tate. Debería de quemar tu vestido. —Sentí su boca cálida en la oreja mientras me mordisqueaba el lóbulo.

—¿Por qué? —pregunté. El deseo que ardía en mi interior me impedía pensar con claridad.

Jared se rio en mi cuello.

—Todos los demás llevan toda la noche mirándote. Voy a terminar arrestado.

Le agarré la cabeza y lo obligué a que me mirara a los ojos al tiempo que nuestras narices se unieron.

—Soy tuya. Siempre has sido tú. —La promesa flotó en el aire mientras él me miraba con los ojos color chocolate llenos de deseo.

—Ven aquí. —Me llevó hasta el centro de la enorme habitación, que parecía un dormitorio de invitados a juzgar por la ausencia de fotografías y otros objetos personales.

Tomó su teléfono y presionó algunos botones antes de que empezara a sonar *Broken*, de Seether. Lo dejó en la cómoda, apoyado sobre un soporte, se acercó a mí y me rodeó con los brazos al tiempo que yo le rodeaba el cuello con los míos. Despacio, empezamos a movernos con la música en nuestro primer baile lento.

—Siento no haber bailado contigo esta noche. —No me miró a los ojos y

en su voz había arrepentimiento—. No me gusta hacer ese tipo de cosas en público. Me parecen demasiado personales.

—No quiero que cambies tu forma de ser —le aseguré—. Aunque a mí me gustaría bailar contigo alguna vez, o tomarte de la mano.

Me acercó a él y me rodeó con los brazos con fuerza.

—Lo intentaré, Tate. El pasado se ha ido, lo sé. Quiero que recuperemos la comodidad que sentíamos al estar juntos.

Alcé la cabeza para mirarlo a los ojos mientras seguíamos moviéndonos con la música.

—Tu tatuaje... «El ayer dura para siempre, el mañana nunca llega.» Eso es lo que dice. ¿Qué significa? —Al fin había podido leer las letras que llevaba en el costado una mañana de esa semana mientras él dormía.

Me acarició el pelo.

—Que vivía en el pasado. Lo que pasó con mi padre, lo que pasó contigo... nunca pude superar la ira. El ayer sigue persiguiéndome. Y el mañana, un nuevo día, parece no llegar nunca.

«Hasta que llegaste tú», había escrito en la nota.

—¿Y el farol en el brazo?

—Haces muchas preguntas —se quejó con tono juguetón, y me di cuenta de que estaba avergonzado.

Pero esperé, no quería que se librara.

Me dedicó una sonrisa de resignación.

—El farol eres tú, Tate. La luz. Me lo hice cuando el año pasado me metí en problemas. Necesitaba limpiar mis actos y mi madre decidió hacer lo mismo con la bebida. Los dos elegimos un pensamiento que pudiera hacernos sobrevivir cada día. Un sueño o un deseo... —Negó con la cabeza.

Su confesión me dejó sin aliento. ¿Había pensado en mí todos los días?

—¿Yo? —pregunté.

Me miró y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Siempre has sido tú. —Usó mis palabras.

Me costó tragar saliva por el nudo que se me había formado en la garganta.

—Te quiero, Tate. —Me miró como si fuera la cosa más importante de su

universo.

Cerré los ojos y acaricié sus labios con los míos.

—Yo también te quiero —susurré en su boca antes de sellar mis palabras con un beso.

Nuestros cuerpos se unieron y me acarició el pelo con los dedos mientras nos devorábamos. Sentía sus labios suaves, pero fuertes contra los míos. Enterré los dedos en su espalda mientras sus manos reclamaban mi cuerpo. Lo quería por todas partes.

Era insaciable y la culpa me asoló. Lo quería aquí y ahora, pero una buena chica no practicaba sexo en la habitación de otra persona mientras se celebraba una fiesta en la planta inferior de la casa.

Presioné las caderas contra las suyas y nos quedamos sin aliento entre beso y beso.

Tracé un sendero de besos por su mandíbula y le clavé suavemente los dientes en la barbilla.

—Bájame la cremallera —le pedí y él respondió con un gruñido.

—Vámonos de aquí. Me apetece algo más que sexo rápido.

—Yo nunca tengo sexo rápido —señalé—. Bájame la cremallera.

Obedeció, pero alzó las comisuras de los labios en una sonrisa sexi.

—¿Qué ha pasado con mi chica buena? —La pregunta era retórica, sabía que le encantaba lo mucho que lo deseaba.

Noté un escalofrío cuando la mano de Jared me tocó la espalda para bajarme la cremallera del vestido y gemí cuando deslizó las manos hacia abajo y me acarició la espalda. Sus manos eran como una droga, casi tan adictivas como su boca. Le quité la americana y él me bajó el vestido hasta la cintura.

Su boca me abrasó el cuello con besos dulces y yo le desabotoné la camisa. Me quedé sin aliento cuando posó las manos en mis pechos. Sentí que me hormigueaba todo el cuerpo, anhelando su contacto.

—Jared —susurré y le rodeé el cuello con un brazo, posando los labios sobre los suyos—. Soy una chica buena, pero esta noche quiero ser muy, muy mala.

Se le entrecortó la respiración y capturó mis labios en un beso voraz.

Madre mía, me deseaba, y yo estaba muy excitada, no quería esperar a llegar a casa.

Se abrió el resto de la camisa, haciendo que los botones cayeran en el suelo de madera. Yo me bajé el vestido hasta los pies y luego me quité las bragas, pero me dejé puestos los tacones.

—Joder, Tate. —Jared apretó los dientes y me miró. Volvió a tomar mis labios y me devoró prácticamente entera, tanto con los labios como con las manos—. Lo siento, contigo quiero ir despacio. Pero es muy duro. ¿Crees que en diez años necesitaré juegos preliminares para ponerme duro contigo?

Sus ojos eran interrogantes, pero yo me limité a sonreír. Había algo en la forma en la que me deseaba, en la forma en la que sus ojos disipaban todas mis dudas, que me hacía sentir poderosa.

Por lo que sabía, Jared era del tipo de muchachos de una sola noche. Él no se quedaba a dormir, no apuntaba números de teléfono. Me preocupaba que perdiera el interés o que me considerara una misión cumplida cuando nos acostáramos, pero, en lugar de eso, se había vuelto más hambriento.

Cada vez que me había tocado esta última semana, cada beso que me había dado, cada ocasión en la que nos habíamos amado, había actuado como si todo lo que hacíamos fuera nuevo. Suena ridículo, lo sé. Él tenía más experiencia que yo, ¿por qué iba a ser esto distinto a lo que había experimentado antes?

A menos que me quisiera. Eso era algo que estaba segura de que no había experimentado con ninguna otra. O al menos eso esperaba.

Quería ser atrevida, aunque los nervios me hacían desear salir corriendo. Quería experimentarlo todo con Jared. Sin esconderme, sin miedos. Iba a preguntarle todo lo que deseara, iba a ser valiente. Siempre.

Su camisa cayó al suelo, seguida por los pantalones.

«Sé atrevida.»

Posé la mano en la prueba fehaciente de que me deseaba. Él se tensó y tomó una bocanada de aire cuando lo rodeé con la mano y apreté. Esperaba que cerrase los ojos, ¿se suponía que era eso lo que tenía que hacer?, ¿para concentrarse más en la sensación? Pero lo que hizo fue observarme mientras lo tocaba. Se endureció más aún en mi mano y yo apreté los muslos, excitada

por la longitud y la suavidad de eso que había estado en mi interior y que volvería a estar enseguida.

Me miró con los ojos oscuros y abrasivos. Me observó tocarlo y pensé que me correría simplemente por lo que le estaba haciendo a él. La forma en la que apretó los puños y cómo su erección se sacudió cuando la acaricié, la forma en la que su respiración se volvió entrecortada... todo ello me hizo experimentar una sensación palpitante hasta el punto de no poder aguantar más.

Abrió el envoltorio del preservativo que había dejado en la mesita de noche cuando se había quitado los pantalones y se lo puso.

«Gracias a Dios.»

Acerqué el cuerpo al suyo y mis senos acariciaron la suave piel de su pecho. Lo besé lenta y apasionadamente, deslizando las manos por toda su espalda.

«Sé atrevida.»

—Es mi turno —le susurré al oído.

Jared puso los ojos como platos cuando se dio cuenta de a qué me refería.

Lo empujé con suavidad hasta la cama y me subí encima. Perfecto. La adrenalina se apoderó de mí cuando sentí sus manos en mis caderas y su sexo presionado contra mi cuerpo.

—Eres perfecta. Perfecta para mí. —Deslizó las manos arriba y abajo por mis muslos.

Me moví, frotando la punta de su pene contra mi clítoris, jugueteando. Cuando caí sobre él, introduciéndolo dentro de mí, se me puso la piel de gallina con la sensación indescriptible. Así entraba mucho más y me eché un poco hacia atrás para poder absorber cada milímetro. Estaba llena y amoldada a él y quería que él se sintiese tan completo como me sentía yo.

Jared llevó una mano a mi pecho y usó la otra para guiar mis caderas mientras me movía lentamente.

—Dime que te gusta, Tate.

—Me... —Apreté los muslos con más fuerza y me moví adelante y atrás contra él en lugar de arriba y abajo como había estado haciendo.

«Madre. Mía.»

Tocó el punto exacto en mi interior y eché la cabeza hacia atrás, gimiendo. ¡Joder! No había nada mejor que tenerlo dentro de mí.

Me encantaba tener la posibilidad de sentir lo mismo al día siguiente. Y quería sentirlo mañana también.

Alzó las caderas con fuerza, lo que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Dilo.

—Me encanta. —Mi cuerpo había perdido el control. La chispa se convirtió en un relámpago y me moví sobre él con más fuerza y más rápido —. Me encanta hacerlo contigo.

Cuando terminamos, caímos sobre la cama, demasiado cansados para movernos, y lo único que deseé fue acurrucarme bajo las sábanas con él. No podía creerme que acabara de hacerlo en una casa ajena. Teníamos que salir de ahí antes de que todos se enteraran de lo que habíamos estado haciendo. Tenía que empezar a ser más cuidadosa. Mi padre confiaba en mí, pero eso dejaría de ser así si seguía tomando malas decisiones.

A él le gustaba Jared y yo tenía dieciocho años. Mi padre sabía que antes o después iba a tener una vida sexual activa. No obstante, este curso había estado marcado por una serie de contratiempos en cuanto a mi comportamiento, y practicar sexo en la casa de otra persona durante una fiesta no estaba en mi lista de mejores ideas. Una vez era divertido, pero no podía volver a repetirse.

Besé a Jared y los dos sonreímos y nos reímos mientras nos vestíamos.

—Tengo una pregunta. —Al fin rompí el cómodo silencio mientras le atusaba el pelo. Era la misma pregunta que había intentado hacerle antes. Solo me faltaba una pieza para completar el puzle de Jared.

—Dispara.

—No querías contarme lo de tu padre y tu hermano, pero Piper sabía adónde ibas los fines de semana. ¿Por qué lo sabía ella y yo no? —Pensar en que Jared y esa muchacha eran lo suficientemente íntimos como para que confiara en ella me sacaba de quicio.

—Tate, yo no le he contado nada a Piper. Su padre es policía, el policía que me arrestó el año pasado por atacar al padre de acogida de Jax. Se enteró

por él. —Me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a él.

—¿Así que estabas tirándote a la hija del policía que te arrestó? —Sin que él dijera nada, supe que no se trataba de una simple coincidencia. Había intentado vengarse con Piper. Follarse a la hija del policía era un castigo a su padre.

Se encogió de hombros.

—Ya, no me enorgullezco de eso, pero ¿te haría sentir mejor si me gustara de verdad?

Aparté la mirada. «No, no me haría sentir mejor.»

CAPITULO 34

¿Conoces la expresión «sentirte en las nubes»? Bien, esa era yo mientras recorría el pasillo el lunes. Todo iba tan bien... KC y Liam, Jared y yo, el instituto... me sentía como si me hubiera tomado la droga de la felicidad y no quería que se pasara el efecto.

Jared se había despedido de mí el domingo por la mañana, después del baile, porque iba a ir a Weston a visitar a su hermano. Me gustaría ir con él algún fin de semana y conocer a Jax, pero no quería presionarlo. Tenía la impresión de que disfrutaba estando solo con su hermano, así que esperaría hasta que llegara el momento adecuado.

En todo el día no me había llamado ni me había escrito, así que empecé a preocuparme. No obstante, sobre las diez de la noche, por fin entró por mi ventana y se tumbó en la cama a mi lado. Me abrazó por detrás y caímos rendidos en un sueño delicioso.

Entre la tortura de cosquillas con la que me despertó esa mañana y las prisas para ir al instituto, apenas habíamos hablado sobre la visita a su hermano.

—Saca tu trasero al aparcamiento justo después de clase. —Madoc me abordó cuando me dirigía a la clase de Francés. Sonreía de oreja a oreja—. Vamos a ir a practicar para las carreras en la ruta cinco. Hay muchos caminos de tierra y montañas.

Me remangué la rebeca negra que llevaba sobre la camiseta de Avenged Sevenfold. Tenía mucho calor mientras me abría paso por entre la multitud en el pasillo.

—¿Por qué iba a querer practicar para las carreras? ¿Y contigo?

—Porque Jared me ha dicho que quieres comprar un G8. Podemos prepararnos en invierno y competir en primavera. Jared dice que ha conseguido un empleo después de clase, lo que quiere decir que estás libre y podemos fortalecer nuestra amistad. —Asintió con expresión insinuante, como si debiera de sentirme emocionadísima.

No podía mentirle y decirle que no iba a comprarme ningún vehículo. Jared había visto los recortes que había sacado de Internet. Un joven de Chicago vendía un Pontiac G8 que me hacía babear, pero aún no me había decidido a comprarlo.

Madoc enarcó las cejas. Tenía una camisa azul clara abierta sobre una camiseta gris oscuro y, con esa conducta aniñada, era difícil mosquearse con él. Solo quería ser amable.

—Tengo laboratorio dos días a la semana, entre ellos, hoy. —Me obligué a emplear un tono de voz severo—. Tengo atletismo. Y eso sin mencionar los trabajos para Cine y Francés para la semana que viene, y los exámenes de Matemáticas y Química justo antes de Halloween, el viernes que viene. En otro momento... puede. —Pronuncié la última parte mientras abría la puerta para entrar en clase de Francés.

—¡No seas tan aguafiestas! —Madoc me siguió adentro y gritó en voz alta para que todos lo oyeran—. Nuestras fotografías nadando desnudos se suponía que solo podía verlas yo.

Me detuve, cerré los ojos y noté que todos se volvían para mirarnos. «¿En serio me estaba haciendo esto de nuevo?»

Oí risitas disimuladas y otras no tan disimuladas. Me tomé un momento para enderezarme y caminar hasta mi mesa. Vi a Ben por el rabillo del ojo con las largas piernas cruzadas por los tobillos y con una mano golpeteando la libreta con el bolígrafo. Tenía la mirada gacha, pero estaba claro que intentaba reprimir una carcajada.

—Señor Caruthers. —*Madame* Lyon salió de detrás de su mesa y se dirigió a Madoc en español tras cruzarse de brazos—. Imagino que deberías estar en alguna otra parte en este momento.

Madoc se llevó una mano al pecho y con la otra me señaló.

—Solo a su lado hasta el fin de los tiempos —respondió.

Me aclaré la garganta y tomé asiento.

—Que te den —le dije, articulando la frase con los labios.

Fingió un puchero, retrocedió hasta la puerta y desapareció.

En cuanto la puerta se cerró, oí los sonidos de algunos teléfonos a mi alrededor, también la vibración procedente de otros, incluido el mío. Qué raro, ¿por qué todos recibíamos notificaciones al mismo tiempo?

—*Étaignez vos téléphones, s'il vous plaît.* —*Madame* nos ordenó que apagáramos los teléfonos. Una norma del instituto nos obligaba a tenerlos en silencio durante las clases, pero todo el mundo los tenía encendidos.

Rápidamente busqué en la mochila para silenciar completamente el mío mientras otros se atrevían a comprobar en secreto las notificaciones.

Cuando fui a bajar el volumen, vi que se trataba de un mensaje de Jared. Noté que me ardía el pecho y oculté el teléfono debajo de la mesa para poder mirar el mensaje.

Cuando abrí el vídeo que había enviado, casi me atraganto.

No podía moverme. No podía respirar. Las manos me temblaban mientras veía un vídeo en el teléfono en el que salíamos Jared y yo practicando sexo el sábado por la noche. Sabía que era del sábado por el peinado que me hice para el baile.

«¿Qué diablos...?»

Se me revolvió el estómago y la bilis me subió hasta la boca. Creo que habría vomitado de no ser porque tenía la garganta cerrada e impedía que el oxígeno entrara.

«Nosotros. Practicando sexo.» Nos habían grabado.

Ahí estaba yo, perfectamente visible y completamente desnuda, sentada a horcajadas sobre él.

«Dios mío.» Tenía ganas de gritar. ¡Esto no podía ser real!

«¿Qué estaba pasando?»

Oí risitas, resoplidos y murmullos a mi alrededor y tensé el cuello cuando la muchacha que estaba sentada a mi lado soltó una carcajada. Se reía, con el teléfono en la mano, y solo fui capaz de mirarla horrorizada cuando me enseñó la pantalla. «No, no, no.» En su teléfono se reproducía el mismo vídeo

sórdido.

Cuando miré a mi alrededor, con los ojos como platos, supe que los demás estaban viendo el mismo vídeo.

¡Esto no podía estar sucediendo! Me esforcé por respirar; la mente me daba vueltas pensando en qué diablos estaba pasando. Los ojos me ardieron por las lágrimas que se me acumularon y sentí que estaba en otro planeta.

«No, esto no es real. No es...» Sacudí la cabeza para despertar de la pesadilla.

No dejaba de sentir temblores en los dedos. Volví a mirar el teléfono y quité el vídeo. A este lo acompañaba un mensaje: «Ya me la he follado. ¿Quién la quiere ahora?»

Sentí una sacudida en el pecho.

«Jared.»

El mensaje provenía de su teléfono. Se lo había enviado a todo el mundo.

Madame gritó en un intento de recuperar la atención de la clase.

—*Écoutez, s'il vous plaît.*

Me puse en pie, temblorosa, me eché la mochila sobre el hombro y salí corriendo del aula. Las risas y burlas eran como un ruido de fondo, estaban ahí, siempre estaban ahí. Me odiaba por haber bajado la guardia.

¿Por qué no había hecho caso a mis instintos? Sabía que no podía confiar en él. ¿Por qué había sido tan débil?

Me llevé la mano al vientre e un intento de reprimir los gritos, gimoteos y sollozos que quería liberar. Me ardían los pulmones de respirar tan rápido.

¡Ese vídeo estaba en todas partes! Esta noche no habría una persona en Shelburne Falls que no lo hubiera visto o hubiera oído hablar de él.

«Jared.» Me dolía la cabeza de intentar entender la traición. Había sido paciente, inteligente, había esperado para llevar a cabo su venganza. Me había destrozado. No solo en el instituto, sino para siempre. Ahora siempre tendría que mirar detrás de mí, preguntándome quién podría descubrir el vídeo en cualquier página web y cuándo podría suceder.

Yo lo quería, ¿cómo podía hacer algo así? Sentí que el corazón se me rompía en dos.

«Dios mío.» Sentí un agujero en el estómago y no pude seguir

reprimiendo las lágrimas.

—Tate —musitó una voz.

Me detuve y alcé la mirada. Mis ojos llenos de lágrimas se encontraron con los de Madoc. Acababa de subir las escaleras y vi que tenía el teléfono en la mano.

—Madre mía, Tate. —Se acercó a mí.

—¡Aléjate de mí! —le grité enfadada. Tendría que haberlo previsto. Madoc era como Jared. Él también me había hecho daño y no podía confiar en ninguno de los dos. Ahora lo entendía.

—Tate. —Volvió a acercarse a mí, más despacio, como si se aproximara a un animal.

Quería que se alejara de mí. No podía seguir escuchando más insultos dolorosos ni insinuaciones degradantes. No, no seguiría escuchándolas.

—Déjame sacarte de aquí, solo eso. —Madoc se acercó aún más.

—¡No! —grité. Las lágrimas me empañaban la visión. Le aparté las manos de un manotazo y le pegué en la cara con la palma.

Se puso rápidamente delante de mí y me abrazó con fuerza mientras yo me resistía y gritaba.

—Para —balbuceó un par de veces—. Tranquila. —Su voz era potente y sincera—. No voy a hacerte daño.

Quería creerlo.

—Lo han visto todos —sollocé. Me dolía el pecho—. ¿Por qué me ha hecho eso?

—No lo sé. Por una vez, no sé qué mierda pasa. Tenemos que hablar con él.

«Hablar.» Estaba hasta las narices de hablar. Nada de lo que había intentado hacer con Jared este año me había ayudado. Nada había hecho que mi vida fuera mejor. Al final, sus acciones habían acabado con cualquier esperanza que tuviera de ser feliz.

Me había equivocado al pensar que le importaba de verdad. Al pensar que me quería. Había creído todas las mentiras que había pronunciado. A lo mejor nunca le habían pegado. Probablemente ni siquiera tuviera un hermano.

Al fin me había hecho tanto daño que lo único que deseaba era escapar. Escapar, en lugar de soñar, amar y todas esas tonterías.

La ira y el dolor estaban convirtiéndose en otra cosa, en algo más duro.

Insensibilidad.

Indiferencia.

Frialdad.

Fuera lo que fuese, me sentía mucho mejor que un minuto antes.

Inspiré profundamente y espiré.

—Déjame. Me voy a casa. —Mi voz sonaba ronca, pero firme, cuando me aparté de Madoc.

Él me soltó y yo me alejé lentamente.

—No deberías conducir —me gritó él.

Me limpié los ojos y seguí caminando. Bajé las escaleras, atravesé los pasillos vacíos y salí por la puerta principal.

Había aparcado al lado de Jared esa mañana y cuando vi su automóvil solté una carcajada. No por diversión, sino al imaginar la mirada en su rostro cuando saliera y viera lo que había hecho.

Alcancé una palanca de la parte trasera de mi camioneta y deslicé la punta afilada por todo el lateral de su automóvil mientras caminaba hasta la parte delantera. El sonido del chirrido de metal contra metal me hizo sentir una oleada de calor por las venas y sonreí.

Lancé la palanca al centro del limpiaparabrisas.

El impacto rompió el cristal en cientos de pedazos. Sonó como un montón de burbujas de plástico explotando al mismo tiempo.

Después de eso, me volví loca. Golpeé el techo, las puertas y el maletero. Las manos me hormigueaban por la vibración de los golpes, pero no me detuve. No podía. Con cada golpetazo, me animaba más y más. Golpearle donde más le dolía me hacía sentir segura. Nadie podría herirme si yo podía herirlos, ¿no?

«Esto es lo que hacen los acosadores», me susurró una voz en la cabeza, pero la acallé.

Yo no me iba a convertir en una acosadora. Un acosador tenía poder, y yo no ganaba ningún tipo de poder con esto.

Estampé la palanca contra la ventanilla del asiento del conductor y la rompí. Llovieron fragmentos de cristal en el asiento.

Antes de que me diera tiempo a levantar la palanca para golpear el cristal de las ventanillas, alguien me agarró por detrás y me alejó del vehículo.

—Tate, ¡para!

«Jared.»

Me liberé de sus brazos y me di la vuelta para mirarlo. Él levantó las manos como para tranquilizarme, pero yo ya estaba tranquila. ¿No lo veía? Yo tenía el control, y no me importaba lo que los demás pensarán.

Madoc estaba detrás de él con las manos en la cabeza, mirando los daños en el vehículo de su amigo. Tenía los ojos tan abiertos que pensé que se le saldrían de las órbitas. Las ventanas del instituto estaban llenas de cuerpos ansiosos por ver lo que sucedía.

«Que les jodan.»

—Tate... —dijo Jared tímidamente, con la vista fija en el arma que llevaba en la mano.

—Mantente alejado de mí o la próxima vez caerá algo más que tu automóvil —le advertí.

No sé si fueron mis palabras o el tono desprovisto de sentimientos que empleé lo que lo sorprendió, pero dudó.

Me miró como si no me conociera.

CAPITULO 35

Salí de allí antes de que nadie tuviera la ocasión de atormentarme más aún. Cuando entré en la camioneta y salí volando, mi teléfono empezó a iluminarse con llamadas y mensajes. KC me llamaba cada treinta segundos, pero no recibí nada de parte de Jared.

«Bien.» Sabía que se había acabado. Ya había conseguido lo que quería: me había avergonzado y humillado, había hecho su trabajo.

Los mensajes, por otra parte, eran de muchas personas distintas, a algunas ni siquiera las conocía apenas.

Parece que follas bien. ¿Estás ocupada esta noche?, decía uno de los mensajes y apreté el teléfono con tanta fuerza que lo oí crujir.

¿Haces tríos? Este era de Nate Drietrich y sentí que se me revolvía el estómago.

Todo el mundo se estaba riendo de mí y veía una y otra vez ese vídeo horrible. Seguro que lo estaban subiendo a Internet para que lo viera todo el mundo. Pensé en los viejos verdes que se masturbarían mirándolo o toda la gente del instituto que ahora me miraría y sabría cómo soy sin ropa; empezó a dolerme la cabeza y también empezaron a arderme los ojos.

Dos mensajes desagradables después, eché la camioneta a un lado y abrí la puerta para vomitar. Tenía el estómago revuelto y eché todo lo que había comido hoy. Tosí y escupí lo último que me quedaba en el estómago antes de cerrar la puerta.

Alcancé unos pañuelos de la guantera, me limpié la cara y miré por el limpiaparabrisas. No quería volver a casa.

Cualquier persona que quisiera encontrarme empezaría a buscarme allí. Y no podía ver a nadie ahora. Solo quería subirme en un maldito avión e irme con mi padre.

«Mi padre.»

Espiré y apoyé la cabeza en el volante, obligándome a respirar profundamente.

«Hijo de puta.»

Mi padre se iba a enterar de esto. Seguramente el vídeo ya estuviera en todas partes. El instituto y los demás padres se enterarían y alguien acabaría llamándolo.

¿Cómo había sido tan estúpida? Olvidar por un momento que era ridículo creer a Jared y confiar en él. Había practicado sexo con él en una fiesta, ¡en la casa de otra persona!

Maldito teléfono. Lo había puesto en la cómoda para poner música, pero nos había grabado mientras nos acostábamos. Probablemente pensara que tendría que convencerme para hacerlo en la casa de los Beckman, pero había sido yo quien lo había convencido a él. O eso creía.

Todo era una mentira. Cómo me había tratado tan íntimamente esta semana, tocándome y abrazándome. Cada vez que sus labios me habían acariciado el cuello cuando me abrazaba, las ocasiones en las que me había besado el pelo cuando pensaba que estaba dormida.

«Todo. Una. Maldita. Mentira.»

Me soné la nariz y salí a la carretera. Solo había una persona con la que podía estar ahora mismo. La única persona que me quería y que no podía mirarme con pena o vergüenza.

Mi madre.

Las estrechas carreteras, que más bien parecían caminos, del cementerio Concord Hill solo tenían un carril. Por suerte, era lunes a mediodía, así que el lugar estaba vacío y en silencio. Exhalé un suspiro de alivio cuando llegué a la tumba de mi madre. No había nadie. Estaría sola, al menos un rato, para escapar del mundo y de lo que había pasado esa mañana.

Salí del vehículo y me puse la rebeca de lana para protegerme del frío de octubre. La brisa fresca que me daba en la cara resultaba agradable, ya que todavía me ardía por las lágrimas. No tenía que mirarme a un espejo para saber que probablemente tuviera los ojos enrojecidos e hinchados.

Paseé por la hierba cuidada y solo tuve que pasar junto a un par de tumbas para llegar hasta la de mi madre. La brillante lápida de mármol negro tenía talladas a mano tres rosas en relieve abrazadas a un lateral de la lápida. Mi padre y yo la habíamos elegido juntos, pues pensamos que las tres rosas representaban a nuestra familia. Incluso hace ocho años me encantaba el negro y las flores nos recordaban a ella. Le encantaba llenar la casa de naturaleza.

Leí la lápida.

LILLIAN JANE BRANDT

1 de febrero de 1972 – 14 de abril de 2005

El ayer se ha ido. El mañana aún no ha llegado.

Solo tenemos el presente. Empecemos.

Madre Teresa.

«El ayer se ha ido.» La cita preferida de mi madre. Ella me diría que en la vida se cometen errores. Es inevitable. Pero tenía que tomar aliento, enderezar los hombros y seguir adelante.

«El ayer dura para siempre.» Me acordé del tatuaje de Jared y de inmediato lo aparté de mi mente como si quemara.

No quería pensar en él ahora. O tal vez nunca.

Me arrodillé en el suelo húmedo e intenté recordar todo lo que pudiera de mi madre. Breves imágenes de momentos que habíamos pasado juntas aparecieron en mi mente, pero, con los años, los recuerdos se entremezclaban. Cada vez quedaba menos de ella y de nuevo me dieron ganas de llorar.

Su pelo. Me concentré en la imagen de su pelo. Lo tenía pelirrojo y rizado. Tenía los ojos azules, una pequeña cicatriz en la ceja de cuando se cayó patinando sobre hielo de niña. Le encantaba el helado de chocolate y crema de cacahuete y jugar al tenis. Su película preferida era *Un hombre tranquilo* y

hacía las mejores galletas con pepitas de chocolate del mundo.

Me atraganté con un sollozo al recordar las galletas. El olor que lo llenaba todo cuando cocinaba en Navidad me golpeó como una maza, y de repente sentí dolor. Me abracé el vientre y me incliné hacia adelante apoyando la frente en el suelo.

—Mamá —susurré. Tenía la garganta cerrada por la tristeza—. Te echo de menos.

Me derrumbé en el suelo, me tumbé de lado y dejé que las lágrimas empaparan la tierra. Me quedé allí un buen rato, en silencio, e intenté no pensar en lo que había pasado hoy. Fue imposible, el impacto había sido inmenso.

No significaba nada para Jared. De nuevo, me había desechado como si fuera basura, y todo lo que me había dicho o hecho para atraerme, para hacer que lo amara, era una mentira.

¿Cómo iba a sobrevivir a las bromas horribles día sí y día también? ¿Cómo iba a caminar por el pasillo del instituto o a mirar a mi padre a la cara después de que todo el mundo hubiera visto el vídeo?

—¿Lo ves, Tate?

—¿El qué?

—El globo. —*Jared me tomó de la mano y tiró de mí por el cementerio. Intenté no pensar en lo que había bajo mis pies cuando cruzamos por encima de una tumba, pero lo único que me venía a la mente eran zombis horripilantes saliendo de la tierra.*

—*Jared, no quiero estar aquí —lloriqueé.*

—*No pasa nada. Conmigo estás a salvo.* —Sonrió y miró el prado lleno de tumbas

—*Pero... —Miré a mi alrededor, asustada.*

—*Te estoy sosteniendo la mano. ¿Qué quieres que haga?, ¿que te cambie el pañal?* —preguntó sarcásticamente, pero no me lo tomé en serio.

—*No tengo miedo.* —*Mi tono sonaba a la defensiva—. Es que... no lo sé.*

—*Mira este lugar, Tate. Es verde y tranquilo.*

Jared miró a su alrededor con aire melancólico y sentí celos porque él veía algo aquí que yo no.

—Hay flores y estatuas de ángeles. Mira esa lápida —señaló—. Alfred McIntyre nació en 1922 y murió en 1942. Solo tenía veinte años. ¿Te acuerdas de que la señora Sullivan dijo que la Segunda Guerra Mundial había transcurrido de 1939 a 1945? A lo mejor murió en la guerra. Todas estas personas tenían vidas, Tate. Tenían familia y sueños. No quieren que les tengas miedo. Solo quieren ser recordados.

Me estremecí cuando me interné más en el cementerio. Llegamos a una lápida negra y brillante adornada con un globo rosa. Sabía que mi padre venía aquí, pero él siempre dejaba flores en la tumba.

¿Quién había dejado el globo?

—Ayer le compré el globo a tu madre? —admitió Jared como si me hubiera leído la mente.

—¿Por qué? —Me temblaba la voz. Había sido muy amable al hacer algo así.

—Porque a las chicas os gustan las cosas rosas. —Se encogió de hombros, restándole importancia al gesto. No quería atención, nunca la había querido.

—Jared —le regañé, pues quería la respuesta de verdad.

Él sonrió para sí mismo.

—Porque ella te creó. —Y me rodeó el cuello con su brazo delgaducho y me atrajo hacia él—. Eres la mejor amiga que he tenido nunca y quería darte las gracias.

Una sensación cálida me embargó a pesar de que estábamos en abril y la escarcha cubría el suelo. Jared llenaba el vacío y aliviaba el dolor de una forma que mi padre no podía. Lo necesitaba y, durante un instante, pensé que me gustaría que me besara. Pero la idea desapareció rápidamente. Nunca antes había querido que un chico me besara y probablemente no debería de ser mi mejor amigo.

—Toma. —Se quitó la camisa gris y me la lanzó—. Tienes frío.

Me la puse y el calor de su cuerpo me abrazó como un escudo amable.

—Gracias —le dije, mirándolo.

Me sacó el pelo por el cuello de la camisa y dejó los dedos posados en él mientras me contemplaba. Se me puso la piel de gallina, pero no por el frío.

¿Qué era lo que sentía en el estómago?

Los dos apartamos rápido la mirada, un poco avergonzados.

Me senté y me limpié la nariz con la manga de la rebeca.

A pesar de todo, había algo bueno en todo esto. Le había regalado mi virginidad a alguien a quien quería. Aunque hubiéramos acabado mal, lo quería cuando me entregué a él. Lo que se había llevado era honesto y puro, a pesar de que para él todo fuera una broma.

—Tate —susurró una voz temblorosa detrás de mí y dejé de respirar. Sin siquiera darme la vuelta, supe quién era. Arranqué briznas de hierba del suelo cuando cerré la mano en puños.

Me negué a darme la vuelta, y no pensaba escuchar ninguna tontería más de su parte.

—¿Es que no has ganado ya, Jared? ¿Por qué no me dejas en paz? —Mi voz era tranquila, pero mi cuerpo ansiaba violencia. Quería liberarme, pegarle, hacerle algo que le doliera.

—Tate, esto es una mierda. Yo... —Empezó con sus tonterías, así que lo interrumpí.

—¡No! ¡Se acabó! —Me di la vuelta para mirarlo, incapaz de entrar en razón. Había dicho que no iba a entrar en su juego, pero no lo había podido evitar—. ¿Me estás escuchando? Mi vida está destrozada. Nadie va a dejarme vivir tranquila. Has ganado. ¿No lo entiendes? ¡Has ganado! ¡Y ahora déjame en paz!

Abrió los ojos de par en par, posiblemente porque estaba gritando y más enfadada de lo que nunca me había visto. ¿Cuándo tendría suficiente? ¿No podía sentirse ya satisfecho?

Se agarró el pelo de la cabeza, como si fuera a peinarse con las manos y se hubiera detenido a medio camino. Su pecho subía y bajaba, como si estuviera nervioso.

—Para un momento, ¿de acuerdo?

—Ya he escuchado tus historias. Tus excusas. —Me retiré en dirección a la camioneta y sentí que el corazón se me rompía. Estaba cerca y todavía

sentía el zumbido en los brazos por el deseo de abrazarlo.

—Ya lo sé —respondió detrás de mí—. Mis palabras no son lo bastante buenas. No puedo explicar esto, ¿no sé de dónde ha salido ese vídeo!

Sabía que estaba siguiéndome, así que no me di la vuelta.

—¡De tu teléfono, idiota! No, no importa. No quiero hablar más contigo.
—Seguí caminando y sentí como si las piernas me pesaran dos toneladas.

—¡He llamado a tu padre! —exclamó, y me detuve.

Cerré los ojos.

—Por supuesto —murmuré, más para mí misma que para él.

Y yo que pensaba que las cosas no podían empeorar más. Creía que podría contar con unos días para aclararme las ideas antes de tener que enfrentarme a mi padre. Pero la tormenta iba a llegar antes de lo que pensaba.

—Tate, yo no he enviado ese vídeo a nadie. Ni siquiera grabé ningún vídeo. —Sonaba desesperado, pero yo seguía sin poder darme la vuelta para mirarlo—. Llevo sin el teléfono dos días. Me lo dejé en la habitación de la fiesta de Tori, estábamos escuchando música. Cuando me acordé más tarde, volví a por él, pero no estaba. ¿No te acuerdas?

Recordé que me dijo algo sobre que había perdido el teléfono esa noche, pero estábamos bailando, había mucho ruido. Debí de olvidarlo.

Me mordí el interior de las mejillas y negué con la cabeza. «No.» No iba a librarse. Esa noche tenía el teléfono apuntando a la cama, la posición exacta para grabar un vídeo.

—Eres un mentiroso —le acusé.

Aunque no le veía la cara, lo sentí acercarse y no pude moverme. ¿Por qué no podía salir de aquí?

—He llamado a tu padre porque, de todas formas, se iba a enterar. Ese maldito vídeo de mierda está ahí fuera y quería que se enterara por mí. Vuelve a casa.

Hundí los hombros. Mi padre llegaría mañana en cualquier momento. La idea me tranquilizaba y me asustaba al mismo tiempo. Los efectos colaterales de esta broma —odiaba llamarla así, porque era mucho más que eso— iban a ser vergonzosos para mi padre. Pero lo necesitaba. Daba igual lo que sucediera, sabía que me quería.

—Te quiero más de lo que me quiero a mí mismo, más que a mi propia familia, por Dios. No quiero dar ningún paso más en este mundo sin ti a mi lado —me dijo con suavidad.

Sus palabras dulces me empaparon, pero las sentí como una mano que estaba fuera de mi alcance. La veía, quería tomarla, pero no podía.

—Tate. —El peso de su mano me cayó sobre el hombro y me di la vuelta, apartándolo. Los ojos me quemaban por las lágrimas, la ira y el agotamiento cuando lo abrasé con la mirada.

Se volvió a pasar una mano por el cabello y atisé unas arrugas de preocupación que tenía en la frente..

—Tienes todo el derecho a no confiar en mí, Tate. Ya lo sé. Tengo el maldito corazón destrozado ahora mismo. No puedo soportar la forma en que me miras. Nunca podría volver a hacerte daño. Por favor... vamos a intentar arreglar esto juntos. —Se le rompió la voz y me fijé en que tenía los ojos rojos.

Me había dicho unas cien veces hoy que no podía confiar en él. Era un mentiroso. Un acosador. Pero sus palabras me estaban calando hondo. Parecía molesto. O era muy buen actor o... me estaba diciendo la verdad.

—De acuerdo. —Alcancé el teléfono y lo encendí una vez más.

Jared parpadeó, probablemente confundido por mi repentino cambio de actitud.

—¿Qué haces?

—Llamar a tu madre. —No di más explicaciones y marqué el número de Katherine.

—¿Por qué? —preguntó arrastrando las sílabas, todavía confundido.

—Porque instaló una aplicación de GPS en tu teléfono cuando lo compró. ¿Dices que has perdido el teléfono? Pues vamos a encontrarlo.

CAPITULO 36

Exhalé un suspiro y sacudí la cabeza en cuanto colgué el teléfono.

«En el instituto.» No era un lugar al que quisiera volver. Nunca más.

—¿Y? —Jared se acercó a mí.

—Instituto. Está en el instituto —murmuré con la vista fija en el suelo.

—Hija de puta. Es más inteligente de lo que pensaba. —Jared casi parecía impresionado por su madre.

¿Qué significaba eso? A lo mejor había dejado el teléfono en el instituto y estaba tratando de cubrirse las espaldas. Igual Madoc o uno de sus amigos lo tenía y estaba guardándoselo. O tal vez se lo hubieran robado de verdad.

Antes preferiría cortarme el pelo que enfrentarme a esas personas hoy. O cualquier otro día en los próximos cien años. Comer calamares o pillarme el dedo con la puerta de un automóvil eran cosas más emocionantes que recorrer esos pasillos. Unas horas no eran ni de lejos tiempo suficiente para que todo el mundo hubiera dejado de hablar del tema. Iba a ser la comidilla de la ciudad mucho tiempo. ¿Cómo iba siquiera considerar la opción de volver a las instalaciones del instituto hoy?

—Conozco esa mirada. —Jared me estaba observando y habló con amabilidad—. Es la que pones cuando quieres salir corriendo. La mirada que pones justo antes de decidir que vas a pelear.

—¿Y por qué estoy peleando? —lo reté con voz ronca.

Frunció el ceño.

—No hemos hecho nada malo, Tate.

Tenía razón. No tenía nada de lo que avergonzarme. Por supuesto, odiaba

que toda esa gente hubiera visto lo que había visto, pero había entregado mi corazón y mi cuerpo a la persona que quería. No había nada sucio en ello.

—Vamos. —Me dirigí a mi camioneta y abrí la puerta.

Jared había aparcado delante de mí y me encogí de dolor al ver los daños que había provocado en su automóvil.

«Mierda.»

Si era culpable, que le dieran a él y a su automóvil, pero si era inocente, ni siquiera quería pensar en lo mucho que iba a enfadarse mi padre cuando viera la factura de las reparaciones.

—Es... ehh... ¿es seguro que lo conduzcas? —le pregunté con timidez.

Esbozó una sonrisa de agotamiento.

—No te preocupes. Me has dado una excusa para hacer nuevos arreglos.

Llené los pulmones con una bocanada de aire; sentía como si llevara todo el día asfixiándome. El viento frío me daba en la cara y me confirió un poco de energía.

—Para en el trabajo de tu madre y pídele su teléfono. Nos vemos en el instituto. —Me subí en la camioneta y salí de allí.

Todos estaban en la última clase, así que Jared y yo atravesamos en silencio los pasillos sin que nadie nos interrumpiera.

—¿Todavía parpadea? —Miré el teléfono de su madre, que llevaba en la mano.

—Sí. No me puedo creer que mi teléfono siga encendido después de dos días. El GPS consume mucha batería. —Miraba a su alrededor, aunque no estaba segura de qué buscaba.

—El vídeo se ha enviado esta mañana. Si lo que dices es cierto, entonces quien lo haya usado probablemente lo haya cargado después del sábado.

—Si lo que digo es cierto... —repitió lo que había dicho yo con un suspiro, como si se sintiera mal porque no confiara en él.

Una parte de mí quería creerle. Desesperadamente. Pero la otra parte se preguntaba qué narices estaba haciendo aquí. ¿En serio estaba contemplando la posibilidad de que él no tuviera nada que ver con esto? ¿No era un poco

improbable que todo esto hubiera sucedido sin la ayuda de Jared?

—Mira —dije en un intento de cambiar de tema—, este rastreador tiene un índice de precisión de cincuenta metros, así que...

—Así que empieza a marcar mi número de teléfono. Igual lo oímos.

Me saqué el teléfono del bolsillo trasero y marqué su número. Dejé que sonara y aguzamos el oído en busca de cualquier ruido. Pero el instituto era enorme y nos quedaba poco tiempo hasta que terminara la última clase y los pasillos se inundaran de gente.

Cada vez que saltaba el buzón de voz, colgaba y volvía a marcar.

—Vamos a separarnos —le sugerí—. Seguiré llamando. Mantente atento a cualquier sonido. Imagino que estará en las taquillas.

—¿Por qué? Puede que lo tenga alguien encima.

—¿Conmigo llamando cada diez segundos? No, lo habría apagado y en ese caso me habría saltado directamente el buzón de voz. Está encendido y está en una taquilla —confirmé.

—Bien. —Su voz era titubeante y un tanto cortante—. Pero si lo encuentras, llama de inmediato al teléfono de mi madre. No quiero que estés sola en los pasillos. Hoy, no.

Empecé a recuperar la esperanza de que se preocupaba por mí. Este era el Jared de la última semana, el que me abrazaba y me tocaba con delicadeza. Al que le importaba.

En ese momento me dieron ganas de acercarme y abrazarlo.

Pero entonces oí las risas en mi cabeza. Y recordé que no confiaba en él.

Después de darle de nuevo a la tecla de llamada, me di la vuelta y subí las escaleras de dos en dos.

Pisaba el suelo con más fuerza de la que me hubiera gustado. Traté de hacer menos ruido y recorrí el pasillo principal con la oreja pegada a las taquillas. Ninguna de las veces que marcaba el número de teléfono de Jared oía el timbre ni la vibración.

Pasé junto a dos estudiantes en el pasillo y ambos me repasaron con la mirada un par de veces cuando me vieron.

Sí, sabían quién era, y enseguida todo el mundo se iba a enterar de que estaba en el edificio. El corazón se me aceleró cuando caí en la cuenta de que

había cometido un error al volver hoy aquí.

El teléfono móvil estaba en una taquilla, probablemente en la de Jared, y silenciado. Esto era solo otro truco. Se me tensó la garganta.

Respiraba con dificultad mientras recorría los pasillos, llamando sin cesar. Cada vez que saltaba el buzón de voz, me daban ganas de gritar.

«Por favor, por favor...»

Quería que Jared fuera inocente. Podría sobrevivir con los cuchicheos y las miraditas de la gente que había visto el vídeo. Viviría con ello porque no tenía elección. Pero no quería vivir sin Jared. Necesitaba que fuera inocente.

«Porque ella te creó.»

Sus palabras flotaron en mi mente.

«No quiero dar ningún paso más en este mundo sin ti a mi lado.»

Yo tampoco.

«Esperaba que pudiéramos pasar páginas sin mirar atrás.»

Atrapé una lágrima con el pulgar antes de que rodara por la mejilla, doblé la esquina y volví a marcar.

Y me quedé congelada.

Behind Blue Eyes, de Limp Bizkit, resonó en el pasillo, cerca de la clase del doctor Kuhl. Entrecerré los ojos y ladeé la cabeza en dirección a la música. Cuando paró, volví a darle al botón para llamar de nuevo.

«Por favor, por favor, por favor.»

Cuando dio línea, la balada lenta y triste sonó de nuevo al fondo del pasillo. Casi se me cayó el teléfono cuando me dirigí al lugar del que provenía la música.

Apoyé la mano en la taquilla 1622.

Por primera vez desde la mañana, sonreí y, con dedos temblorosos, envié un mensaje al teléfono de la madre de Jared:

¡¡2ª planta, al lado del aula de Kuhl!!

Alcé la cabeza cuando oí el timbre del instituto. Se me revolvió el estómago. Las puertas se abrieron y una oleada de estudiantes salió por ellas; parecían más bien cuervos asesinos que humanos.

«Un asesinato.»

Eso era lo que estaba a punto de pasar justo ahora. Pero no sabía si yo sería el depredador o la víctima.

Me quedé allí mirando las taquillas, de espaldas a todo el mundo, con la esperanza de pasar desapercibida. Bajé la cabeza por instinto y traté de hacerme invisible. El corazón me resonaba en los oídos y sentí mil ojos mirándome la nuca.

Pero entonces sentí una oleada de cobardía. Más que vergüenza por lo de esta mañana, lo que sentía era odio porque toda esa gente me provocara la necesidad de esconderme en un agujero.

Las personas me gustaban. Me encantaba formar parte de las cosas y socializar. Ahora solo quería estar sola, porque sola era la única manera de estar a salvo.

No había hecho nada malo. Los que habían enviado el vídeo o habían cuchicheado sobre él eran los que tenían que sentirse avergonzados. No yo.

Pero era yo quien me estaba escondiendo.

«¿No va siendo hora de que te defiendas?»

Inspiré profundamente, me di la vuelta, me apoyé en la taquilla 1622 y alcé la mirada, retándoles a que se acercaran a mí.

No tuve que esperar mucho.

—Hola, Tate. —Un muchacho con el pelo rubio pasó por mi lado desnudándose con la mirada.

—¡Vaya, ha vuelto! —se burló otro.

Otros redujeron el paso y se rieron con sus amigos. Las muchachas no se burlaban como ellos, ellas lo hacían en silencio, susurrando tras las manos. Con miradas.

Pero todos tenían algo repugnante que decir.

Hasta que llegó Jared.

Y entonces todos pararon.

Los miró a ellos y a mí y me tomó la cara entre sus manos.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con los ojos cargados de amor.

—Sí. —Mi voz era ahora más suave—. El teléfono está aquí, en la 1622. No sé de quién es.

Apretó los labios formando una fina línea y frunció el ceño. Él sí sabía de

quién era.

—¿Tan pronto has vuelto? ¿Ya ha fracasado tu carrera de estrella porno?

—Una voz maliciosa se alzó por encima de los murmullos y cerré los ojos.

«Piper.»

Sentí los labios de Jared en la frente antes de que se apartara. Abrí los ojos y vi que se volvía y se ponía delante de mí, pero le tiré del brazo y me adelanté.

Debería de haber supuesto que Piper estaba detrás de esto. No sabía cómo lo había hecho, pero ella era la responsable y quería darle su merecido. Maldita sea, ¡iba a disfrutar haciéndolo!

Me di cuenta de que la gente se apretujaba en el pasillo, esperando pacientemente a que sucediera algo.

—En realidad te estábamos esperando. —Sonreí y mantuve un tono sereno—. ¿Te has enterado de lo de ese vídeo que se ha enviado desde el teléfono de Jared esta mañana? ¿El que todo el mundo ha visto? No lo ha enviado él. El sábado por la noche le robaron el teléfono. ¿Sabes dónde puede estar? —Enarqué las cejas en un gesto condescendiente.

Piper parpadeó, pero enderezó los hombros y alzó la barbilla.

—¿Y por qué iba a saber yo dónde está?

—Oh, porque... —Me quedé callada y volví a marcar su número. Empezó a sonar *Behind Blue Eyes* en su taquilla y levanté el teléfono para que viera que estaba llamando a Jared. Todos los demás lo vieron también.

—Esa es tu taquilla, Piper —señaló Jared cuando colgué.

—¿Sabes? Me encanta esa canción. Vamos a escucharla de nuevo. —Volví a llamar y todo el mundo oyó el eco de la canción dentro de la taquilla de Piper una vez más. No había duda.

Jared dio un paso adelante y se cernió sobre ella.

—Abre la taquilla y devuélveme mi maldito teléfono o acudiremos al secretario y la abrirá él.

La opción A demostraría a todo el instituto que era una ladrona y una mentirosa. La opción B demostraría lo mismo, pero también la metería en problemas. Se quedó parada, como si tuviera escapatória.

—Fue idea de Nate —replicó y se le rompió la voz.

—¡Zorra estúpida! —rugió Nate desde la multitud. Alcé la mirada y lo vi acercarse—. Fue idea tuya.

Jared lo agarró por el brazo y le pegó un puñetazo en la nariz que lo tiró al suelo como si fuera un montón de ropa sucia. Los observadores resollaron y retrocedieron, y yo me esforcé por reprimir las ganas de hacerle lo mismo a Piper.

En ese momento, Madoc apareció entre la gente y puso cara de asombro al ver a Nate sangrando en el suelo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó. Parecía enfadado cuando se acercó a mí.

Asentí y devolví mi atención a Piper.

—¿Cómo lo hiciste?

Frunció los labios y se negó a mirarme a los ojos. «Así que vamos a ponernos cabezonas hoy, ¿no?»

—Tu padre es policía, ¿no? ¿Cuál es su número? —Levanté el teléfono y preparé los dedos para marcar—. Ah, sí. Nueve, uno, uno.

—Agh, ¡de acuerdo! —exclamó—. Nate me llevó al baile de bienvenida y a la fiesta de Tori de después. Cuando os vimos a Jared y a ti subir a la planta de arriba, Nate subió al balcón con su teléfono. Cuando me enseñó más tarde el vídeo, me di cuenta de que Jared se había dejado el teléfono en la cómoda, así que entré en la habitación y me lo llevé.

—Entonces el vídeo se hizo con el teléfono de Nate. Lo transfirió al teléfono de Jared antes de escribir el mensaje —le dije a Piper, pero mirando a Jared. Él me miraba a mí también; no estaba enfadado, como debería, sino aliviado. Ahora sabía que él nunca me haría algo así. Debería de haberlo imaginado.

«Mierda.» Le había destrozado el automóvil.

—Saca el teléfono de Jared, Piper. Venga —le ordenó Madoc con una arruga en la frente que no había visto antes.

Esta resopló y se acercó a su taquilla. Puso la combinación y la cerradura hizo clic. Abrió la puerta y rebuscó en el bolso mientras los demás esperábamos.

La multitud no se había dispersado. Más bien había aumentado. Me

sorprendía que aún no hubieran salido los profesores de las clases. Jared se cernía sobre Nate, que seguía tirado en el suelo con las manos en la nariz. Seguro que recordaba una noche, no hacía mucho tiempo, en la que había estado en la misma situación con Jared y probablemente decidió que era mejor quedarse quieto.

Piper encontró al fin el teléfono en el bolso y me lo lanzó al pecho. Por un acto reflejo, levanté las manos para alcanzarlo, pero sentí un dolor agudo en el lugar en el que me había golpeado. Me miró con el ceño fruncido y me dieron ganas de reír. Casi.

—Se acabó —concluyó y movió la mano para que me fuera—. Puedes irte.

Eh... no.

—Piper, hazte un favor y busca ayuda. Jared no es tuyo y nunca lo será. De hecho, ya nunca volverá a mirarte y ver algo bueno, si es que alguna vez ha visto algo bueno en ti.

La muchacha entrecerró los ojos y supe por los murmullos ahogados que la gente estaba más de mi lado que del suyo. Supongo que había ayudado que se enteraran de que Jared no había enviado el vídeo. Diablos, supongo que en realidad estaban de su lado.

Bueno, no tenía que gustarles, pero me alegraba de no tenerlos en contra.

Me di la vuelta para devolver el teléfono a Jared, pero entonces me agarró por el pelo. El dolor se extendió por mi cráneo cuando choqué contra las taquillas.

Perdí el equilibrio y me tambaleé. «Mierda.» Eso había dolido. ¿Qué se creía que estaba haciendo?

Vi a Piper preparando el puño para darme un golpe. Estuvieron a punto de salirse los ojos de las órbitas, pero pude reaccionar. Me moví y su puño aterrizó en mi pelo en lugar de en la cara. La empujé, eché el brazo hacia atrás y le pegué en el rostro. Antes de que tuviera oportunidad de tambalearse siquiera, estampé la otra mano en su otra mejilla, y eso la tiró al suelo.

Noté que el público inspiraba y se echaba a reír, pero me dio igual. Miré a Piper, que intentaba agarrarse la cara y volver a ponerse en pie al mismo tiempo.

Eché la mano hacia atrás para asestar otro golpe, porque sí, porque lo merecía, pero sentí que alguien me levantaba del suelo. Intenté resistirme y liberarme de quien fuera que me estuviera sujetando, pero cuando oí que Jared me susurraba al oído, me detuve.

—¿Qué pasa aquí? —nos interrumpió una voz masculina. Vi al doctor Porter, con la barba manchada de café y todo, que miraba a los dos estudiantes que estaban en el suelo. Puse una mueca. No iba a salir indemne de esta después de todo el daño que había causado. «¡Gracias, Jared, por pararme antes de que el doctor Porter me viera!»

Madoc se aclaró la garganta.

—Doctor Porter, Nate y Piper se han chocado.

«Madre mía.» Estaba convencida, Madoc era idiota.

—Señor Caruthers, no soy estúpido. —El profesor miró a su alrededor en un intento de hacer contacto visual con alguien que dijera algo—. ¿Qué ha pasado aquí?

Nadie habló. Ni siquiera respiraron. El pasillo se quedó en silencio y yo me limité a esperar a que Nate o Piper lo rompieran.

«Me voy a meter en un buen lío.»

—Yo no he visto nada, señor —intervino un estudiante, dedicando al doctor Porter una mirada inexpresiva.

—Yo tampoco, doctor Porter —le siguió otro—. Probablemente haya sido un accidente.

Me quedé alucinada al ver que la gente mentía o se mantenía en silencio, cubriéndonos. De acuerdo, estaban cubriendo a Jared, pero yo también me iba a beneficiar.

El profesor miró a su alrededor a la espera de que alguien contara la verdad. Tenía razón, no era estúpido, sabía que había pasado algo. Esperaba que no me preguntara a mí, me gustaba ese hombre y probablemente no fuera capaz de mentirle.

Exhaló un suspiro y se rascó la barba desaliñada.

—Muy bien, vosotros dos —señaló a Nate y a Piper—, levantaos e id a la enfermería. Los demás, ¡a casa!

Piper alcanzó su bolso, cerró de un portazo la taquilla y se marchó por el

pasillo. Nate, por su parte, siguió al doctor Porter con las manos en la nariz.

Todos empezaron a alejarse y nadie me dijo nada. Nadie me miró de forma maliciosa ni se rio de mí. Jared me rodeó el cuello con los brazos y me atrajo hacia él, hacia la calidez y seguridad de su pecho. Cerré los ojos y aspiré su olor al tiempo que una oleada de alivio me inundaba. Lo había recuperado.

—Siento mucho no haber confiado en ti. Y también lo que le hice a tu automóvil —dije contra su sudadera.

Él apoyó la mejilla en mi cabeza.

—Tate, eres mía, y yo soy tuyo. Cada día te darás más cuenta de ello. Cuando lo creas por completo y no tengas dudas, entonces me habré ganado tu confianza.

—Yo soy tuya. Es solo que... no estaba tan segura de que tú fueras mío.

—Entonces me aseguraré de que lo sepas. —Me besó en el pelo y su cuerpo empezó a sacudirse con una carcajada.

—¿Te estás riendo ahora? —Lo miré, confundida.

—Bueno, es que me preocupaban mis arranques de rabia, pero ahora los que preocupan son los tuyos. Te gusta pegar a la gente. —Su boca perfecta se estiró en una sonrisa orgullosa.

Puse los ojos en blanco.

—No estoy enfadada. Ha recibido lo que merecía y ella me atacó primero. —Había tenido suerte, la verdad. Después de todo lo que había hecho, Piper tenía suerte de que no hubiera quemado con un lanzallamas su colección entera de camisetas.

Jared me levantó por los muslos y me hizo rodearle con los brazos y las piernas mientras caminaba conmigo encima.

—Es culpa tuya, ¿sabes?

—¿Qué? —preguntó. Noté su aliento cálido en la oreja.

—Me has convertido en una chica mala. Y ahora me dedico a golpear a pobres muchachas indefensas... y a muchachos. —Intenté hacer que mi voz sonara acusatoria e inocente.

Jared me agarró con más fuerza.

—Tendrías que decir más bien que he convertido el metal en acero.

Enterré la nariz en su pelo y le besé la oreja.

—Lo que sea con tal de que puedas dormir esta noche, señor acosador —
bromeé.

CAPITULO 37

El aire frío me acariciaba la espalda y sentí escalofríos en los brazos. Abrí los ojos y una sonrisa incontenible se abrió paso en mis labios.

—Es mejor que no te duermas. —La ropa de Jared crujió detrás de mí.

Estaba tumbada en la cama y Jared se quitó las botas.

Una risa silenciosa escapó de mis labios cuando me puse bocarriba para mirarlo. Se cernió sobre mí y la luz de la luna le iluminó su bonita cara; el pelo le brillaba con gotas de la llovizna que caía en la calle. Lo podía mirar sin cansarme.

—Has venido por el árbol... con tormenta —afirmé cuando se tumbó en la cama y se colocó de inmediato encima de mí. Todavía llevaba puesta la ropa.

Mi padre había llegado a casa la semana pasada y no hizo falta que dijera que las visitas nocturnas de Jared no eran bienvenidas. Ya lo habíamos dado por hecho. Sabía que papá quería a Jared, pero tampoco iba a aceptar encontrárselo en mi habitación. Era comprensible.

Con los brazos apoyados a ambos lados de mi cabeza, Jared me miró a los ojos.

—Solíamos pasar todo el tiempo sentados en ese árbol cuando llovía. Es como montar en bici, nunca he olvidado lo bien que me hacía sentir.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos. Los años que nos habían separado dolían, pero habían pasado muy rápido. Volvíamos a estar juntos, nunca olvidaríamos cómo estar juntos.

—¿Te gusta tu automóvil? —Sonrió y empezó a jugar con mis labios, dándome besos suaves. Solo fui capaz de asentir.

El fin de semana anterior, después de que mi padre llegara a casa, fuimos todos a Chicago a comprar el G8. Tenía ese brillante vehículo plateado oscuro desde hacía solo unos días.

Mi padre había decidido traspasar el resto del proyecto del que se encargaba en Alemania a su compañero para poder quedarse en casa conmigo. Había sido duro enfrentarme a él después de lo del vídeo, pero tras un par de días de charlas, controlamos la situación. Me echó una bronca por hacer una tontería así en una fiesta y se sentía un poco incómodo con el nuevo papel que desempeñaba Jared en mi vida. Pero admitió que probablemente no se sentiría cómodo nunca con nadie que saliera con su única hija.

Jared y yo y habíamos denunciado el vídeo cada vez que lo encontrábamos en Internet. Nuestros compañeros de clase también parecían haber dejado los cotilleos, pero estaba segura de que se debía más bien al respeto que sentían por Jared que a la decencia.

Hace una semana, pensaba que no podría sobrevivir a semejante tormenta, pero ya estaba pensando en otras cosas. Tenía una lista de modificaciones que quería llevar a cabo en mi nuevo automóvil y esperaba que Jared, mi padre y yo pudiéramos trabajar juntos en él durante el invierno. Madoc parecía pensar que él también estaba invitado y yo no hice nada para sacarlo de su pequeño error.

Mi padre aceptó que retirara el dinero para las reparaciones del vehículo de Jared de mi cuenta bancaria, pero tendría que encontrar un empleo para reponerlo. Era muy estricto en cuanto a que mis fondos para la universidad no eran un plato de chucherías del que pudiera echar mano cada vez que quisiera. Me parecía bien, un empleo era buena idea. Necesitaba algo en lo que pasar el tiempo ahora que mi padre estaba limitando el tiempo que pasaba con Jared. No creo que le preocupara nuestra intimidad tanto como que no me centrara en los estudios.

Jared comenzó a moverse entre mis piernas mientras sus besos suaves comenzaban rápidamente a devorarme y acariciarme. El frío que había entrado en la habitación con él había sido remplazado por sudor y calor.

«Oh.» Inspiré con fuerza cuando el latido entre mis piernas aumentó por la

fricción que estaba ejerciendo.

—¿Sabes? —resollé—. No hay nada que quiera más que tenerte aquí, pero mi padre se va a despertar. Es como si siguiera en el ejército. Duerme con un ojo abierto.

Se detuvo abruptamente y me miró como si estuviera loca.

—No voy a poder mantenerme alejado. No sabiendo que tu precioso cuerpecito está acurrucado en esta cama calentita sin mí.

—Nunca faltarías el respeto a mi padre, hasta yo sé eso.

—No, tienes razón —admitió y entonces abrió mucho los ojos—. ¿Quieres venir a mi casa?

Apreté los labios para ahogar una risita.

Cuando levanté las piernas y lo rodeé con ellas, me besó con fuerza antes de susurrar contra mis labios:

—Te quiero, Tate. Y siempre estaré aquí para ti. Durmiendo o no juntos. Solo necesitaba verte.

Lo agarré por la nuca cuando se alzó para mirarme.

—Yo también te quiero.

La parte superior de su cuerpo se apartó de mí y se colocó a un lado de la cama mientras buscaba algo en la mesita de noche. Deslicé los dedos por su espalda y apenas noté las cicatrices bajo la camiseta. Volvió a alzarse con una cajita en la mano.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ábrela —me animó.

Me senté y él se puso en pie y me observó. Quitó la tapa y saqué una pulsera con abalorios. No era de las que tintineaban y hacían mucho ruido, sino una delicada cadena de plata de la que colgaban cuatro abalorios. Miré a Jared, pero él permaneció en silencio, esperando.

Observé la pulsera más de cerca y vi que los abalorios eran de un teléfono, una llave, una moneda y un corazón.

«Un teléfono, una llave, una moneda y...»

—¡Mis tablas salvavidas! —exclamó al entenderlo por fin.

Jared se rio.

—Sí, cuando me contaste de camino a Chicago cómo tenías siempre un

plan de escape cuando tenías que enfrentarte a mí en el pasado, no quise que me vieras de esa manera nunca más.

—No... —comencé.

—Ya lo sé —se apresuró a añadir—. Pero quiero asegurarme de que no vuelves a perder la confianza. Quiero ser una de tus tablas salvavidas, Tate. Quiero que me necesites. Así que... —Señaló la pulsera—. El corazón soy yo. Una de tus tablas salvavidas. He ido con Jax hoy a elegirla.

—¿Cómo está tu hermano? —Acaricié la pulsera con los dedos, sin querer perderla ni tampoco a él.

Jared se encogió de hombros.

—No se rinde. Mi madre ha contratado a un abogado para intentar conseguir la custodia. Quiere conocerte.

Sonreí.

—Me encantaría.

No supe qué más decir. El regalo era precioso y me encantaba lo que representaba. Pero lo que más me gustaba era que al fin estaba conociendo a Jared de verdad. Habíamos perdido mucho tiempo estos años, pero él había encontrado una familia en su hermano y percibía el amor que sentía por él.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla, pero me la limpié rápido.

—¿Me la pones? —Le di la pulsera y parpadeé para reprimir nuevas lágrimas.

La abrochó en mi muñeca y no me soltó la mano cuando se sentó y me colocó encima de él.

Me apartó el pelo de la cara y yo me agaché para unir sus labios con los míos. Sabía a calor y a hombre; lo rodeé con los brazos y saboreé la realidad de estar aquí con él.

—Jared. —Mi padre llamó a la puerta y levantamos la cabeza al mismo tiempo—. Vete a casa. Ya nos veremos mañana por la noche para cenar.

El corazón me latía tan fuerte que me dolía el pecho.

«¡Mierda!»

Jared reprimió una carcajada y contestó mirando a la puerta.

—Sí, señor.

Sentí una oleada de calor por la vergüenza en la cara, los brazos, los dedos

de los pies... maldita sea, en todas partes, cuando vi la sombra de mi padre bajo la puerta desaparecer.

—Creo que me tengo que ir.

Me aferré a su camiseta negra y junté la nariz con la suya.

—Ya. Gracias por la pulsera.

—Te voy a echar a perder. —Me acarició el pelo y sonreí.

—No te atreverás. Hazme un favor, deja tu ventana abierta. Puede que te sorprenda alguna noche de estas.

Inspiró profundamente y uní los labios con los suyos. Me acarició con la lengua y enterró los dedos en mis caderas para acercarme más a él. Ya podía sentir que estaba preparada para él.

Mierda. «Tengo que ganarme la confianza de mi padre de nuevo», me repetí en un mantra.

—Venga, vete. Por favor —le pedí y me apeé de la cama.

Él se levantó, pero me agarró para darme otro beso antes de salir por la ventana.

Vi cómo volvía sano y salvo a su ventana, desde donde me echó una última mirada antes de sonreír y apagar la luz.

Me quedé allí un minuto, observando la lluvia chocar contra el árbol.

Un trueno resonó en la noche y me acordé de mi monólogo y de cómo habíamos vuelto al principio Jared y yo. Éramos de nuevo amigos, y algo más.

«Yo era suya. Y él era mío.»

Nunca nos habíamos separado. Ambos nos habíamos estado amoldando el uno al otro, aunque no nos hubiéramos dado cuenta.

Y ahora estábamos completos.

Autora de best sellers de *The New York Times*

Tiá

PENELOPE DOUGLAS

SEDA NEW ADULT

Libros de
seña
FALL AWAY

Tu

¿Qué se esconde en la mente de un acosador?

¿Has estado alguna vez tan enfadado que eso de ponerte a golpear las cosas te relajaba? ¿O tan ciego que te creías que eras más cuando no lo eras? En los últimos años yo me he sentido así. Viajando entre la furia y la indiferencia sin paradas intermedias.

Hay quienes me odian por eso y a los demás les doy miedo por el mismo motivo. Ya nadie puede herirme, nada me importa, nadie me importa.

Salvo Tatum. La quiero tanto que la odio. Hubo un tiempo en que éramos amigos, pero me di cuenta de que no podía confiar ni en ella ni en nadie.

Así que le hice daño. La aparté de mí. Pero sigo necesiéndola. Cuando la veo me centro y lanzo todo el odio que siento sobre ella. Me gusta meterme con ella, retarla, acosarla... lo necesito como el comer, como el aire, como si eso fuera la última parte de mí que hace que siga sintiéndome humano.

Hasta que un día se fue. Se fue a Francia durante un año, y cuando volvió ya no era la misma.

No, ahora, si le doy, me la devuelve.

Autora de best sellers de *The New York Times*

PENELOPE DOUGLAS

Rival

SEDA NEW ADULT

Libros de
seña

FALL AWAY

Rival

Madoc y Fallon. Dos adolescentes que no se conocen y que juegan al límite entre el amor y la guerra.

Ella ha vuelto.

Durante los dos años que estuvo en el internado, no supe nada de ella. Cuando volvió, de día ni me hablaba y de noche dejaba la puerta de su habitación abierta.

Entonces era un tontorrón, pero ahora estoy listo para pagarle con la misma moneda...

He vuelto.

Después de dos años, sigue queriéndome aunque se comporte como si fuera mejor que yo.

Pero ya no me asusta. Ni me presiona. Si se tira un farol, se lo devuelvo. Es lo que quiere, ¿no? Mientras me mantenga en guardia, no se dará cuenta de lo mucho que me importa...